Entre ESPINAS y SEDA ESCARLATA



KRISTEL RALSTON

Autora finalista del 2º premio literario Amazon Storyteller

Entre ESPINAS *y* SEDA ESCARLATA

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2026.
Entre espinas y seda escarlata.
Todos los derechos reservados.
SafeCreative N. 2607256529262

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: H. Kramer
©AdobePhotoStock.

Diseño interior papel: Lotus ediciones
©AdobePhotoStock. ©Freepik

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright. Este es un trabajo de ficción.
Nombres, personajes, personalidades, lugares e incidentes son o bien producto de la imaginación de la autora o bien utilizados de manera ficticia para propósitos de entretenimiento literario. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, eventos o locales o tiendas es completamente una coincidencia.
Prohibido entrenamiento con IA: Sin que de ninguna manera se limiten los derechos exclusivos del autor, bajo la legislación de derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para "entrenar" tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para la generación de texto o audio. La autora se reserva todos los derechos para licenciar los usos de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Puedes suscribirte a la página de Amazon de la autora y estar al corriente de sus más recientes trabajos literarios:

https://www.amazon.com/author/kristelralston

ÍNDICE

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO
TRAZOS DE EUFORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
PASIÓN IRREVERENTE (LIBRO 1) – BILOGÍA SOMBRAS
PREFACIO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2

QUÉDATE EN CONTACTO CON KRISTEL RALSTON
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

«El mayor de los conquistadores es el que se conquista a sí mismo.»

Dhammapada.

PRÓLOGO

Boston, Massachusetts.
Estados Unidos de América.
Años atrás.
Rhys.

El puñetazo lanzó a Rhys contra el pavimento. Él había perdido la cuenta del número de golpes recibidos. El dolor lacerante no era por la paliza, sino por la herida de un cuchillo en su costado izquierdo. Su pecho subía y bajaba con rapidez. No tenía entrenamiento en defensa personal, porque sus peleas callejeras eran de unos cuantos golpes simples, que ocurrían rara vez o casi nunca, al tratarse de tonterías. Esta situación era distinta. Rhys procuró no emitir quejidos, su orgullo se lo exigía, aunque eso no restaba el ardor de un nudo invisible en la garganta. Se sentía enfadado e impotente por la injusticia que estaba experimentando. El cuerpo de un joven de dieciocho años, como el suyo, no podía equiparar la fuerza sumada de dos hombres, curtidos por la calle, armados, y marcados por una vida dentro de la mafia irlandesa.

Sentía rabia, porque lo estaban acusando de ser informante de la policía. Una completa mentira. En el mundo de los criminales, sin importar si eran de alta o baja categoría en términos de territorio y poder, una de la peores traiciones era ser un soplón ante las autoridades. Cuando descubrían policías encubiertos resultaba peor, porque la muerte que sufrían no solo tardaba en llegar, sino que era una tortura en la cual las víctimas rogaban que les dispararan o degollaran, inclusive, para morir pronto y evitar la agonía. La represalia podía alcanzar a los familiares de los detractores. Esto último era lo que preocupaba a Rhys, porque su familia era lo más importante para él y la razón de que hubiera tomado la decisión —daba igual si había sido o no acertada, pues ya estaba vinculado a la organización— de trabajar para la mafia. No poseía ningún rango destacado. De hecho, podría considerarse como un individuo

insignificante en la jerarquía. Pero la traición o la sospecha de ella no analizaba estatus.

Golpe tras golpe lo insultaban y también lo presionaban para que confesara a quién informaba y qué estaba recibiendo a cambio. Pero el muchacho no podía aceptar algo de lo que no era culpable, aunque esa fuese la vía para que dejaran de castigarlo sin tregua físicamente. Su posición vulnerable —yaciendo sobre el cemento de un hediondo callejón entre contenedores de basura— hacía más insoportable la situación. A su edad, los jóvenes solían considerarse invencibles, idealistas y en consecuencia podían —no todos y no siempre— tomar decisiones erráticas. En el caso de este joven de ojos café, su vínculo con la mafia no estaba motivado por la ambición de obtener bienes materiales, sino por algo más importante: la supervivencia de los suyos. Tal vez era una excusa trillada, pero no por eso resultaba menos válida.

¿Existían otros caminos? Claro, aunque ninguno ofrecía dinero rápido.

Su padre, Thomas Callahan, había sido diagnosticado con insuficiencia renal crónica y el salario que ganaba como jefe de un taller mecánico, junto al de su esposa —Mildred— que era contadora, se invertían casi en la totalidad para los cuidados mensuales que sumaban casi mil dólares. Para una familia de clase baja, aunque *Medicare* cubriera el procedimiento en gran medida, cada fin de mes se volvía una encrucijada. Thomas tenía dos años en la lista de espera para recibir un trasplante de riñón para intentar prolongar su tiempo y calidad de vida. Los pacientes que requerían la misma operación eran numerosos y los criterios de selección médica variaban según las circunstancias. Rhys nunca había sido indiferente al esfuerzo de sus padres para que tanto él como su hermano menor, Craig, tuvieran lo básico y digno para subsistir.

Desde que cumplió catorce años empezó a limpiar los garajes de las casas de alrededor, subía paquetería de las compras a los vecinos e inclusive limpiaba oficinas después de clases. A los dieciséis años consiguió un empleo como camarero en un restaurante. Las propinas no eran altas, pero sí mejores que sus pequeños trabajos previos. Aún así sentía que no hacía lo suficiente. Ocho meses atrás,

cuando un cliente del restaurante —que siempre se sentaba en la misma mesa y en el mismo día de la semana— le comentó a Rhys que existía la posibilidad de ganar más dinero si hacía diligencias específicas para una familia importante, pero que esta manejaba negocios que requerían discreción: los McCain. El apellido era legendario por sus orígenes en la mafia irlandesa y se había expandido, desde hacía décadas, en varias partes de Estados Unidos. La legión más fuerte estaba concentrada entre Boston y Nueva York.

En un inicio, Rhys se quedó en silencio ante la mención de esa posibilidad, en especial por el peligro de quiénes estaban detrás y la clase de mercadería —no era ingenuo— que quizá requeriría ser llevada de un sitio a otro. Finalmente, le comentó al cliente que prefería seguir como camarero. Mantuvo su decisión, hasta el día en el que su padre sufrió un desmayo y tuvieron que vender las pocas pertenencias de valor que quedaban para completar el pago de la factura médica. Thomas se había dislocado la cadera. El proceso exprimió los últimos ahorros que poseía el matrimonio Callahan.

Los bancos les podían dar un préstamo, pero no tenían garantías para pagarlo. La casa ya estaba hipotecada y una segunda hipoteca resultaría impensable. Por eso, semanas después del incidente, Rhys tomó la decisión de acercarse al cliente habitual de los miércoles a las ocho de la noche. Hats Wallis tenía un aspecto bonachón y, tal como marcaba la etiqueta del restaurante, vestía de manera formal. Su sonrisa afloraba con facilidad, pero no era de aquellas que provocaba comodidad, sino intriga y cuidado de equivocarse al momento de entregarle el plato de comida o la bebida. Rhys se aventuró a preguntarle si la oportunidad con la familia McCain continuaba en pie.

Desde esa noche, el joven aceptó ser recadero de la mafia.

Su tarea era específica y esporádica, pero pagaba bien: le enviaban un mensaje con una dirección en la que tenía que recoger una encomienda, le indicaban la hora y lugar en el que debía ser entregada y un destinatario. Rhys jamás abría el paquete, ni siquiera por curiosidad. Su paga la recibía en efectivo, dentro de un sobre gris, y la persona que se la entregaba era siempre la misma: un

hombre de bigotes, gorra azul oscuro, vestido de negro, usualmente con un cigarrillo, cuyo nombre —falso de seguro— era Ed. Este parecía contar con un radar para encontrarlo sin importar el sitio, aunque nunca iba a su casa. Lo anterior dejaba un mensaje claro e intimidante: lo sabemos todo de ti, tu familia está excenta de repercusiones siempre que sigas las reglas. Ed actuaba con tal sigilo que pasaba desapercibido. Solo se hacía notar durante unos minutos con Rhys y luego, con la misma agilidad con la que llegaba, se marchaba.

Por otra parte, el joven tenía una meta clara y fecha límite en este trabajo —si acaso podría llamársele de ese modo— y era reunir suficiente dinero para ayudar en casa, hasta que Thomas avanzara en la lista de espera y consiguiera un donante compatible. Después, su intención era desvincularse de esta etapa de su vida y buscar la forma de reescribir una nueva y mejor. No consideraba que dejar atrás este período con la mafia fuese complicado, pues su ocupación de recadero —considerando la magnitud de poder que tenía esa organización criminal— era reemplazable y fácil.

Un puntapié en el abdómen le quitó el aire.

Su mente se centró en la dolorosa vivencia en el callejón, en el presente.

—¿Sabes la única razón por la que aún respiras, hijo de perra? —le preguntó Pollack, luego de darle una patada en la espalda, un gigantón de calva y mirada hostil.

Rhys hizo una mueca y por instinto se agarró de la pared para intentar incorporarse. Por supuesto, no pudo hacerlo, porque recibió un empujón del otro matón. Este era rubio y en sus ojos verdes solo parecía vibrar veneno condensado.

La forma vil en que habían lanzado a Rhys contra la superficie sólida hizo que este se golpeara la cabeza con dureza. Al estar aturdido, caer al piso fue un asunto de segundos. Aprovecharon para patearlo, golpearlo e insultarlo. El chico procuraba cubrir su cabeza con las manos y defenderse como mejor podía. Pero era complicado.

—N… no soy culpable —farfulló Rhys, odiándose por la debilidad en su voz—. Llevo diciéndoles desde un inicio que no tomé esa mercadería, ni soy un…

Un gancho en la quijada lo hizo aullar de dolor, inevitablemente, esta vez.

—¡Esa no es la respuesta, imbécil! —exclamó el rubio, luego le pisó la mano.

Rhys apretó los dientes y escupió la sangre acumulada a causa del labio roto.

—¿Entiendes el motivo de que sigas respirando? —intervino Pollack.

—No lo sé… —expresó, porque era la verdad. A los traidores no solo se les daba una paliza, sino que los llevaban a un sótano en el que utilizaban ciertos artilugios de tortura para extraer información. Lo sabía, porque escuchaba las murmuraciones del barrio y estas no omitían detalles. Al parecer, lo que él estaba soportando era un «trato considerado», caso contrario ya estaría muerto en dicho sótano—. En este momento no se me ocurre nada…—tragó saliva y sangre. Él no sabría qué explicación les daría a sus padres cuando regresara a casa. Necesitaría atención médica para sus heridas. No conocía a alguien que le diera asistencia, gratuita al menos, sin hacer preguntas que él no podría responder—. Así que ignoro ese motivo… —continuó.

El rubio, su nombre era Kanel, se acuclilló y esbozó una sonrisa a la que le faltaban tres dientes. En él había un gusto retorcido al causar dolor a otras personas. Nada fuera de lugar para la posición que ocupaba: ejecutaba las torturas o intimidación a quienes no representaban mayor inconveniente, pero que —aún así— era necesario que supieran que el control lo tenía él como parte de Viper Reigns, la mafia irlandesa a la que reverenciaba y de la que formaba parte desde los quince años.

Desde su posición sobre el cemento, Rhys reptó hacia atrás y su espalda se golpeó esta vez con el metal de otro de los fétidos contenedores. Respirar le parecía ya un esfuerzo sobrehumano. De repente, la punta del cuchillo que Pollack usó para apuñalarlo, minutos atrás, presionó contra su barbilla. Rhys elevó la mirada hacia él y pensó que iba abrirle la garganta de un tajo. Jamás había pensado en su propia muerte o cuestionado esa clase de temas, porque solía tener asuntos más importantes en los qué pensar. Su

enfoque más inmediato era planear una vida lejos de las calles de su barrio: South Boston. Ese era uno de los más peligrosos y que también se caracterizaba por tener un alto número de inmigrantes irlandeses. Esa era la razón de que viviese en los alrededores. Su familia materna y paterna continuaba en Irlanda.

—La hija del jefe le pidió que tuviera clemencia contigo y que te diera el beneficio de la duda —dijo Kanel con desdén y luego escupió a Rhys en la cara. Este se limpió el escupitajo con el dorso de la mano, asqueado—. Si no fuera por ella, ya estarías descuartizado. Ten cuidado, Callahan, al jefe no le agrada tu amistad con la señorita Sloane. Si creen que han llevado su aventurilla de forma discreta, tan solo es porque él lo ha permitido. Pero bastará una queja de la señorita Sloane para que te conviertas en carne de cañón. Ella no es digna de un rufián de baja categoría —zanjó.

«Ah, la hipocresía de este hijo de puta. Dando consejos», pensó Rhys.

—La hija del jefe puede ser caprichosa —intervino Pollack—, y el capo es estricto, pero la complace. Si la acusación contra ti es cierta, ya eres hombre muerto. No habrá apelación a tu favor que sirva para detener tu destino, imbécil —agregó con desdén—. Más vale que confieses de una puta vez si fuiste el que delató a la policía que teníamos una mercadería en uno de los galpones del este. Hemos revisado tu cuenta bancaria y no hay incremento más allá de lo que te pagamos. ¿Dónde está el dinero que te dio la policía o qué mierda te ofrecieron a cambio de esa información?

Rhys lo miró con abierta hostilidad. Sabía que iban a investigarlo, pero que tuvieran acceso a sus estados de cuenta bancario le parecía abrumador. No porque creyera que la mafia careciera de ese poder, sino porque estaba aplicándoselo a él.

—Soy un repartidor de mercadería, ignoro de qué clase. Jamás he intentado abrir los paquetes. No tengo acceso a más información que aquella que me proveen… Que me proveen cuando tengo que realizar entregas —dijo con dificultad para respirar—. ¿Cómo podría ser un soplón…? —preguntó Rhys en un tono frío. Los encargos que solía llevar eran fáciles de ocultar, porque eran pequeños y compactos.

Kanel le dio un puñetazo a modo de respuesta.

—¡Responde! —exigió Pollack.

—Mierda… —jadeó Rhys tocándose la mejilla—. ¿Qué coño quieren…?

Kanel y Pollack se miraron. Como si de repente sus cabezas huecas hubieran empezado a conectar información y sentido común a la vez. Como si hubieran recordado que no solo estaban ellos ahí, sino una tercera persona que observaba lo que estaba sucediendo. Frunciero el ceño. Pollack se rascó la cabeza con frustración.

—La verdad —dijo Kanel cruzado de brazos.

—Ya lo he dicho —farfulló Rhys—. No sé de galpones ni mierdas.

—Ni siquiera presentas lucha ni intentas defenderte —expresó Pollack, mofándose y dándole otra patada—. Eres un gusarapo escuálido. Indigno de la hija del jefe como ha dicho Kanel. No te creas muy listo. Esta es una puta advertencia.

—¿Indigna de mí? —preguntó sonriendo de medio lado, una mezcla de sátira con arrogancia juvenil. El gesto hizo que el labio partido se abriera y sangrara—. Ella es hija de la mafia y yo un recadero. Somos amigos. ¿Acaso es un pecado peor que…?

No, no terminó de hacer la segunda pregunta, porque un aluvión de patadas cayó sobre él, hasta dejarlo prácticamente al borde del desmayo. Estaba malherido y perdía sangre por el costado donde había recibido la cuchillada. El hecho de que estuviera en esta infame situación, no le pareció tan malo a Rhys comparado con saber que Sloane —con quien había estado esa misma mañana en una cafetería— le ocultó que él era sospechoso de traición. No solo eso, sino que iban a tenderle una encerrona para interrogarlo. Este escenario lo cabreó más y se recriminó por su estúpido ego, porque permitió que sus hormonas —y no el sentido común— tomaran decisiones.

Su amistad con Sloane había sido inevitable. Lo que ocurrió luego también, porque la chica era guapísima y con gran sentido del humor. Compartía con Rhys aquella idealización propia de sus edades, filosofías vacías a ratos y reflexiones profundas sobre temas que para los más adultos ya resultaban triviales o insulsos.

El encuentro de ambos tuvo lugar en un pub cuando él celebraba el día de San Patricio, como otros irlandeses en el mundo hacían cada marzo, y fue espontáneo.

Ambos chocaron de repente y Rhys, en un acto reflejo, la sujetó de los brazos para estabilizarla. Al mirarse, la marea de personas que estaba alrededor bebiendo, riéndose y conversando de todo y nada, dejó de interesarles. Cuando Sloane le sonrió fue como si un código secreto hubiera agitado sus sentidos de modo potente. A Rhys le pareció extraño cuando la chica le dijo que no podía sacar el móvil en ese momento, mientras miraba con disimulo alrededor, algo inquieta, y a cambio le dictaba al oído su número. Le dijo que lo memorizara y si de verdad quería volver a verla, la llamara.

Él, por supuesto, lo hizo. No al día siguiente, sino un par de días después.

Los encuentros entre ambos fueron furtivos durante semanas. Empezaron con conversaciones que fueron dando paso a besos robados, caricias cómplices, hasta convertirse en un intercambio sexual entre dos jóvenes ávidos con las hormonas en plena ebullición de experimentos eróticos. La clase de éxtasis intensa y bañada de agitación propia de los años en que los límites solo parecen una referencia social, no aplicable para quienes preferían ignorarlos; con la libertad a sus pies. Sloane le hizo prometer que tenían que continuar su relación bajo un secretismo inicial. Él accedió.

A Rhys, que estaba tan embelesado, lo que menos le interesaba era hacer preguntas. Él solo buscaba divertirse como lo habría hecho con cualquier otra chica que le gustara. Sloane no era su primera amante, pero sí había logrado encandilarlo al punto de querer más de su compañía, en lugar de buscar otra distinta cuanto antes. Quizá tenía que ver con el hecho de que Sloane poseía una mezcla potente de misterio y rebeldía. Desde un inicio hubo una atracción que pasó de una amistad, en absoluto cándida, y luego abrió paso a que el deseo marcara la pauta de sus interacciones.

Sin embargo, todo había cambiado tres semanas atrás.

En esa tarde de jueves —como era su costumbre antes de que cayera la noche—, Sloane y él habían quedado en una zona

apartada de South Boston. Solían buscar siempre áreas lejos de miradas conocidas y exploraban zonas menos congestionadas, diferentes. Fue en esa ocasión cuando ella le confesó quién era en realidad. El nombre de la familia McCain era reconocido por sus crímenes, pero a diferencia de la mafia italiana o la rusa, este clan seguía la tradición de sus pasadas generaciones en Estados Unidos: ejercían el poder desde el territorio que les pertenecía. Por ende, no vivían —por más que tuvieran una gran fortuna y propiedades— en las zonas más acaudaladas. Los McCain tenían la residencia, una fortaleza en cuanto a seguridad, en South Boston. En los medios de comunicación no existían registros de las fotos de las hijas del capo, como una medida de protección, y solo se sabía que se trataba de tres hermanas. El único que sí se conocía por fotos era Henry, por ser el hijo mayor y futuro líder. Así que habría sido imposible para Rhys reconocer a Sloane y tomar la acertada decisión de alejarse de ella al instante. Él no era partidario del caos y hacer diligencias para el crimen organizado había surgido como una medida desesperada, mas no de un gusto por la adrenalina del peligro.

No hubo nada para advertirle que la chica que lo atraía era hija de un mafioso.

—No es el hombre de negocios navieros que te comenté —había expresado Sloane en voz baja, mientras el sol se terminaba de ocultar—. Ni tampoco hace análisis de suelo para constructoras pequeñas. Mi apellido materno es el que conoces: Gallagher, el paterno —había tragado saliva, mirando a Rhys con resignación— McCain. Soy hija del capo de Vipers Reign… Contigo me siento tan a gusto que eres el primero con quien comparto mis sueños de ser ingeniera en robótica y hablar sin temer ser indiscreta, sin temer que me estén utilizando por mi dinero o mis…

—¿Por eso es tu manera de vestir sencilla…? —había interrumpido él. La hija de un capo millonario solo utilizaría las mejores prendas. Pero Sloane, al menos cuando quedaban de verse en algún lugar, parecía similar a otras chicas del barrio.

—Sí… No he querido insinuar que tú…

—Sloane —había zanjado él apretando los puños—, solo dime la verdad.

Ella había tragado saliva y asentido con resignación.

—Estar contigo me hace sentir calma —había expresado—. Pero mi destino no está hecho para trabajar, sino para casarme por lazos de conveniencia… Me rebelo ante la idea, sin embargo, sé que todos los privilegios de los que he gozado desde que nací, al final, tienen ese precio a pagar. Pero, Rhys, por primera vez, a tu lado, siento que no necesito fingir una sonrisa, un enojo o comportarme de una manera específica para agradarte. He sido la persona genuina que, aparte de mi familia, nadie conoce.

Rhys se había quedado atónito, pero existía también enojo. Las palabras de Sloan habían resonado en él como tambores de una melodía inconexa y disonante.

Esa tarde habían estado en una casa que llevaba pocos años abandonada y todavía conservaba la sala en condiciones habitables, salvo por el polvo. Rhys había movido un par de muebles y luego extendido su chaqueta en el suelo, junto al jersey de Sloane, a modo de manta para follar. El ventanal tenía los vidrios ligeramente resquebrajados y por las grietas se había colado, entrecortada sobre los dos, la luz exterior. Después del éxtasis, el silencio se había instalado como una incómoda visita.

—Y pensar que te confesé que hacía encargos para la mafia, poniéndome en riesgo, mientras tú probablemente ya lo sabías… ¿O acaso ignoras lo que hace tu padre? ¿Ignoras lo que ocurre en ese tipo de vida? —le había preguntado, cabreado.

Ella había puesto la mano temblorosa sobre el hombro de Rhys.

Él la había apartado meneando la cabeza, frustrado, y también decepcionado.

—Ignoro los detalles sobre lo que hace mi padre, pero sé que no es dinero hecho limpiamente —había declarado con seguridad—. No tengo idea de quiénes son sus contactos, sus negocios o la clase de gestiones que ejecuta para lograr sus objetivos. He llevado siempre una vida alejada de problemas o la prensa, pero sé que hablan de nosotros, no como los McCain tan solo, sino como Vipers Reigns.

Rhys se había pasado los dedos entre los cabellos negros soltando un suspiro.

—Vaya mierda …

—A mis hermanas y a mí nos mantienen lejos de ese mundo, a diferencia de mi hermano —había continuado ella su relato—. Al estar siempre vigiladas hubo un punto en el que nos llegamos a sentir atrapadas, así que aprendimos trucos para burlar la seguridad que nos imponía nuestro padre. También comprendimos que nuestras hazañas solo lograban ser exitosas durante pocas horas, antes de que nos encontraran o supieran lo que hacíamos. Mi padre jamás nos ha golpeado, pero su forma de darnos una lección implica siempre un escenario en el que nos obliga a recordar quién manda. Así que elegimos lo que merece la pena el riesgo —había susurrado. No había necesitado aclarar que se refería a la relación de ambos—. Papá siempre termina enterándose de todo... Rhys, no quise mentirte, solo sentirme como una chica normal durante un tiempo. Pensaba confesarte todo esto al inicio, pero pasaron las semanas y cada ocasión postergaba la posibilidad de hablar contigo… —había concluido, triste.

—No tienes nada de diferente a las demás chicas. Al final, todas mienten, ¿eh? —había preguntado en un tono decepcionado y retórico—. Siempre hay excusas. A veces, comprendo el cinismo que tienen mis amigos: «fóllalas y olvídalas que apenas empezamos a vivir lo que es bueno». Quizá debí continuar manteniendo esa filosofía contigo —había expresado con rencor en la voz—. De seguro estoy en el punto de mira, algo que he evitado a toda costa, entre los esbirros de tu padre. Planeo apartarme de ese mundo al que perteneces en breve, pero luego de tu confesión ya no sé qué tan fácil sea conseguirlo. Bastaría una palabra tuya, contra mí, para que me desaparezcan.

Sloane había meneado la cabeza agitando su cabellera sedosa ligeramente.

—No, no es así Rhys, yo estoy enamorada de ti —había confesado, ahogando un sollozo—. Esa es la única razón de que esté diciéndote todo esto. Aunque me enfade contigo, bajo ninguna circunstancia pondría tu nombre en un ángulo peligroso ante otros en casa. Además, nadie me asocia con mi padre, porque mi rostro no es público, ni el de mis hermanas. Si he podido seguir viéndote es porque papá así lo ha permitido. Jamás me ha llamado a su

despacho para hablar sobre esto —había comentado señalándolo a él, y luego señalándose a sí misma—. Quizá porque cree que esta es solo una etapa pasajera de mi parte y porque para que te aceptaran como recadero en la organización tuvieron que hacer un barrido de tus antecedentes…

Rhys había elevado la mano en un gesto para que se callara.

—Has sido una excelente actriz pretendiendo que la mafia ignora que estamos follando —había dicho en tono amargo y al que le siguió una ácida risa —. Te conté aspectos de mi familia que nadie conoce. Fui sincero desde un inicio, Sloane, y con toda esa información que conoces —si tu padre te interroga— pondrás en peligro a las personas que yo más quiero. ¿Te das cuenta del efecto y alcance de tu mentira? Da igual cuánto intentes justificar que me hayas ocultado la verdad. El daño ya existe.

—Mi intención jamás ha sido ponerte en riesgo… Solo quise… Fui egoísta y tienes razón al estar enfadado —había dicho afligida—. Perdóname, por favor, por haber mantenido silencio sobre mi verdadera identidad en todos estos meses —había susurrado ella con lágrimas en los ojos—. No me dejes, Rhys. No renuncies a esto.

Él había elevado ambas manos y luego las dejó caer, resignado.

—¿Y qué futuro crees que tenemos, Sloane? Me estás diciendo que te casarás algún día por conveniencia de negocios de tu padre. Yo apenas cumplí dieciocho años, como tú, y tengo metas por alcanzar. Entre esas consta el no abandonar la universidad. A las personas que no tenemos recursos nos dan pocas oportunidades. Estar becado no es un privilegio, porque tuve que pasar pruebas con chicos de altísimo rendimiento y justificar con mucha documentación que no podía pagar la carrera. Y ahora —había movido la cabeza, fastidiado— eso está en riesgo. Si algo me llegara a ocurrir, mi familia no tendría apoyo financiero. Mi hermano es cuatro años menor a mí. ¿Qué crees que está haciendo alguien de catorce años, Sloane? ¿Aprendiendo los trucos de cómo manejar un arma o pesar la cocaína? —había preguntado en tono incisivo y cruel, mas no se había arrepentido de sus palabras.

Sloane había tragado saliva y hecho una negación vehemente. No había culpado a Rhys por insinuar que ella, a la edad de Craig, quizá

ya habría empezado a conocer los entresijos del negocio de Vipers Reign. No solo eso, sino que inclusive en ese aspecto —el de ignorar lo que ocurría en los negocios de su familia— le había mentido. Ella había entendido que se sentía dolido. Por eso había obviado la pulla.

—Yo también voy a estudiar, Rhys. Quizá no logre tener un trabajo regular —había dicho con una mueca resignada—, pero tampoco me convertiré en un títere más. Que me contaras sobre tu familia y tus planes de terminar la carrera de ingeniería civil no lo tomé a la ligera. Entiendo que el dinero que ganas haciendo recados es el extra que necesitan en tu casa y yo jamás haría algo para poner eso en riesgo.

Él se había mesado los cabellos.

—¡Tu padre sabe lo de nosotros! ¡Lo sabe, porque es el jodido capo! Si hubiera conocido tu identidad desde un inicio, Sloane, no estaríamos en esta casa abandonada. No habríamos hecho todo lo que hasta ahora, y tampoco sabrías de mi vida personal.

Ella había soltado un sollozo al creer que estaba perdiéndolo.

—Rhys… —había explicado.

—Además, no sabes si ese «algún día» que mencionaste en relación a casarte por alianzas de negocios entre la mafia no ocurra en años, sino en unos meses. ¿Acaso tu padre te dio una edad en concreto en la que podría considerar ese matrimonio?

—No… Pero mi hermana mayor, Grace, ya tiene veintitrés. Sigue soltera y acabó su carrera de economista —había expresado con un tinte de esperanza—. Así que yo podré acabar la mía y tener esos años de libertad como otra estudiante normal.

—Grace sigue soltera, quizá porque tu padre prefiere las finanzas familiares llevadas bajo confidencialidad, ¿qué persona más confiable que una hija? ¿Lo has pensado desde esa perspectiva? —había preguntado él sin esperar realmente una respuesta—. Lo más común es que siempre exista un cabo suelto en las finanzas de una empresa, legal o no, así que es normal que haya priorizado la carrera de ella. No va a ocurrir igual contigo, maldición —había concluido Rhys—. ¿Lo entiendes?

Sloane había tragado saliva ante la lógica de su novio, porque tenía razón.

—Jamás lo pensé de ese modo… —había susurrado. Secándose las lágrimas.

—Entonces, ¿enviarán a matarme para no ser un obstáculo si decides rebelarte, ante el candidato que tenga pensado imponer tu padre, porque vas a decirle que preferirás estar conmigo? —había preguntado, cabreado por permitirse que la amistad de ambos prosperara a una pasión desbordada. «Quizá fue algo inevitable».—. Mierda.

Ella le había echado los brazos al cuello y retenido contra sí, con fuerza, como si jamás hubiera querido soltarlo. Quizá así había sido. Rhys no la había rechazado.

—Soy la hija preferida de papá. Yo hablaré con él y voy a explicarle que esto no es un juego. Que me dé la oportunidad de vivirlo sin amenazas —había expresado dejando escapar un suspiro, al sentir que él también la rodeó con los brazos—. Su fama de mercenario no se aplica en casa. —Rhys había enarcado una ceja por la ingenuidad de ella. Blynth McCain *era* un mercenario—. Quiero que lo nuestro funcione. Si después de un tiempo juntos no es así, lo que sea impuesto para mi futuro personal lo aceptaré sin refutar —había intentado argumentar con franqueza. En su tono había una inequívoca pincelada de súplica—. ¿Podrías intentarlo… ? ¿Rhys?

El joven de ojos café le había tomado el rostro entre las manos, los dedos presionados contra sus mejillas, el ceño fruncido. «Negarse a verla de nuevo era lo más coherente», había reflexionado con rapidez, debatiéndose entre razones que no habían terminado de encajar y emociones que habían tirado en sentidos distintos. Y es que, teóricamente, los dos podrían funcionar juntos, porque tenían lo que la mayoría de jóvenes: pasión, libertad y muchas cosas en común para no aburrirse.

¿Pero eso era suficiente para asumir el riesgo de considerar esta relación como una con potencial a largo plazo? No había estado seguro. Apenas empezaba a disfrutar de su vida y a conocer los placeres, a pesar de los sinsabores. Sloane era la hija de un capo. Un hombre con fama de inclemente y brutal, así que bien podría

decidir —de repente— que Rhys era un obstáculo, y entonces lo eliminaría a él o a su familia.

—No hay futuro —había replicado, al cabo de un rato, mirándola— cuando ya existe un hombre a elegir entre una lista de candidatos para casarse contigo. Más allá de eso, la seguridad de mi familia está de por medio. Tu padre es peligroso…

Las lágrimas habían rodado de nuevo por las mejillas de la muchacha.

—Estoy contigo… —había dicho Sloane con un nudo en la garganta—. Haré lo posible para que eso no cambie y sé que tú también sientes esta atracción que es imposible de romper. Lo que encontramos es algo especial, Rhys. No puedes negarlo. Somos muy jóvenes, pero hay tanta gente que cambia esquemas y logran estar juntos un largo tiempo. Todo va a salir bien. Papá entenderá y no se meterá con tu familia… Confía en mí. —Rhys había tratado de creer esta última parte, pero algo lo hacía dudar—. No puedo pensar en un futuro junto a otra persona que no seas tú —había confesado con algo parecido a la desesperación—. ¿Acaso no me quieres…?

Él la había callado con un beso firme, voraz, con tintes de confusión y pasión a la vez. Un joven que se creía enamorado era tan peligroso como aquel que creía que con fuerza de voluntad y una causa válida todo era posible. Pero detrás de ese beso, él había evitado darle una respuesta sobre el amor. «¿Qué podría saber alguien de su edad al respecto, si lo que menos buscaba era atarse a tan temprana edad, en especial cuando existían asuntos más importantes que una chica bonita?», había pensado.

—Yo puedo perder mucho si tú decides ir contra de las órdenes de tu padre… —había replicado al cabo de un rato, cuando rompieron el beso—. ¿Me expliqué?

Él no había conocido al capo en persona, ni tenía interés de hacerlo. Rhys trabajaba con intermediarios y ejecutaba su parte, recibía una paga, y ahí estaba todo.

—No lo harás —había insistido ella mirándolo—. Te prometo que, aún si está todo en nuestra contra, moveré todos los hilos que yo pueda para que estés a salvo. Aunque ya no estemos juntos. No voy a decepcionarte, sé que merecemos la pena.

—Sloane, él querrá para ti un futuro lleno de lujos a los que estás habituada. Yo apenas logro ayudar a mi familia —había expresado Rhys con sinceridad. A pesar de su escasez, no había dejado que ella pagara la cuenta cuando iban a comer algo—. Tampoco tengo conexiones sociales. Soy un chico ambicioso, sí, pero sin fortuna.

Ella había sonreído con cariño, sus ojos brillantes de ilusión.

—¿Crees que eso es importante? —había replicado—. Mi abuela nos dejó una herencia cuantiosa, personal, a las tres hermanas. No necesito el dinero de mi padre, ni el de nadie. Esa es mi carta de libertad y, ahora, la que también vivo al estar contigo.

—No creo que el dinero sea importante, pero sé que al final define las oportunidades a las que tienes acceso y a las que no. Desde ese punto de vista, tú querrás más adelante mucho más de lo que ya conoces —había dicho Rhys, porque sabía de tantas historias y escuchaba tantas otras que su mente, en el sentido de lo que era la vida, estaba más curtida que la de los chicos que vivían en áreas más lujosas.

Sloane había soltado una leve exhalación.

—Yo cumpliré mi promesa de intervenir para protegerte a ti y a los tuyos si llegase a surgir algún problema. Ahora que sabes todo de mí, Rhys, y aunque entiendo que eres orgulloso, ¿aceptarías mi ayuda económica para tu papá? —había indagado.

—No —había sido la réplica tajante de él.

—Oh… De acuerdo… Solo era una oferta que estará para ti, siempre.

Él había hecho una mueca.

—Veremos cómo resolvemos todo esto, supongo —había dicho Rhys, mientras pensaba romper limpiamente su relación con Sloane más adelante. Esa tarde no había podido alejarle. La posibilidad de no verla le causaba una incómoda tristeza.

Esa conversación había marcado un precedente para ambos.

A partir de aquella tarde, los dos continuaban siendo cautelosos. La diferencia consistía en que ahora Rhys era consciente de los guardaespaldas —o matones— que custodiaban a prudencial distancia a Sloane. Él ignoraba cómo habría sido la conversación padre-hija con respecto a la relación romántica, pero si Rhys aún

conservaba la cabeza sobre los hombros implicaba que no había amenazas. Todavía.

Rhys no llevó a Sloane a conocer a su familia, porque no encajaba su idea de estar con alguien. Vamos, solo tenía dieciocho años. Ella, en cambio, había insistido en que la visitara para que conociera dónde vivía y así pudiera verla más a menudo cuando sus horarios de clases no coincidían. Rhys se negó por la única vía que conocía: cambiando el tema o besándola. Encontrarse cara a cara con el capo no le apetecía en absoluto y estaba convencido de que el testimonio de Sloane: que Blynth no se oponía a esa relación, seguramente escondía algo detrás. ¿Qué padre, al menos uno de la mafia, aceptaba con beneplácito que su hija estuviera con alguien como Rhys: sin conexiones, ni dinero y que servía solo como un simple recadero?

Solo ahora, mientras estaba magullado y golpeado, Rhys comprendía que su desconfianza tenía sentido. Le hubiera gustado poseer la habilidad de retroceder el tiempo y haber elegido a otra persona en ese pub. Estaba convencido de que la acusación de soplón de la policía tan solo era una excusa para darle una paliza. Blynth no lo había enviado a matar, sino que le daba un mensaje muy directo con esta encerrona: Sloane no era un juego y su tiempo junto a ella estaba por acabarse.



—Tú, escuchas y respondes —expresó Pollack con desdén en su tono.

—Tienes una última oportunidad para decir la verdad —intervino Kanel.

—Primero, Sloane no es cualquiera —dijo Rhys—. Segundo, no he dado información a la policía, tampoco he recibido dinero, menos soy un soplón de otra organización. El dinero que obtengo como recadero es lo único que tengo extra…

Entonces, el hombre detrás la farola pública dio un paso adelante. Un hombre en el que Rhys —al haber sido tomado por sorpresa— no

había reparado.

La luz iluminó unas facciones adustas, el cabello negrísimo y unos ojos grises vacíos. Su manera de vestir era elegante y pulcra, sus zapatos prístinos y el aroma a tabaco se mezclaba con el del callejón. Rhys quiso vomitar. Necesitaba atención médica urgente, pero no existía forma de irse si ese hombre tenía también un arma.

—No has hablado mal de mi hija —dijo la voz firme con un toque irlandés.

Rhys abrió y cerró la boca.

No hacía falta presentaciones o aclaraciones.

«No le prohibió a Sloane verme, porque tenía planeado acabar conmigo él mismo», dedujo Rhys, derrotado. Pensó en Thomas y el peso que representaría saber que su hijo, aquel que siempre le prometía que haría bien su camino en la vida y lograría salir adelante por mérito propio, trabajaba como un integrante de bajo alcance de la mafia. Que el dinero que llevaba a casa no era de las propinas de un restaurante, ya no al menos, sino del fruto que se cosecha con la sangre, las amenazas y la muerte que provocaban las órdenes del patriarca de los McCain en Boston. Se imaginó la angustia de Mildred, así como el terrible ejemplo que dejaría a su hermano menor.

«Qué estúpido fue creer que podría salir indemne», pensó Rhys.

—Señor… —empezaron Pollack y Kanel al unísono.

Blynth levantó la mano e hizo una seña, los dos matones se callaron; él había preferido mantenerse a la sombra. No se ensuciaba las manos si no era preciso.

—No —atinó a decir Rhys de inmediato. Se le heló la sangre al ver que Blynth se acercaba con paso perezoso. Como lo habría hecho Mufasa en una cacería.

El hombre hizo un asentimiento, brevísimo.

—¿Sabes la razón por la cual aún sigues vivo? —preguntó el capo.

Sus trajes costaban una fortuna y habían sido diseñados exclusivamente para él. No solía acudir a situaciones nimias —como esta— pero se trataba de una de sus hijas. Consideraba que la mirada de ilusión de Sloane, al hablar de este jovenzuelo, era un inconveniente en sus planes de expansión y control de territorio. Por

eso zanjaría todo a su modo. No era necesario que su hija interviniera, pero le hizo creer la noche anterior que le daría la opción a responder, al pendenciero Callahan, ante una acusación inexistente. Blynth había mencionado que de fuentes confiables sabía que el muchacho era un soplón de la policía. Fue cuando Sloane le pidió clemencia.

Las artimañas con sus hijas eran entretenidas y fáciles de poner en práctica.

Asesinar a este insignificante muchacho habría sido sencillo, pero como resultado tendría en casa una pesadilla con la que no quería lidiar. Su mujer, Arling, se convertiría en un quebradero de cabeza si sus hijas sufrían. Él necesitaba concentración porque su organización estaba en negociaciones con la Bratva. Así que los tiempos que corrían eran de desconfianza y mucho cuidado. Esta paliza que ordenó que le dieran a Rhys era suficiente para castigarlo por haber tocado a Sloane. Pero, aunque pareciera que él tenía preferencia por alguna hija, no era así. No se podía tener debilidades, a pesar de que estas fuesen su propia sangre. No en su mundo.

—Porque soy inocente, señor McCain —replicó Rhys, aún yaciendo en el piso.

El capo rio sin humor. No existía espacio para ello en su mundo.

—No, Callahan —dijo el capo, mientras sacaba una 9mm con la misma facilidad con la que se quita un reloj—. Sigues vivo, porque hay una prueba para ti.

El cañón del arma apuntaba justo a la sien del chico.

Rhys quiso decirle que si le perdonaba la vida jamás volvería a ver a Sloane. Sin embargo, un lado tozudo —incongruente inclusive— se negaba a olvidar lo que tenía con ella. Quizá porque sentía que, a pesar de que le ocultó su verdadera identidad, siempre fue genuina en lo que importaba: sus acciones y pensamientos compartidos. Si le agregaba lo divertido y aventurero que resultaba el sexo con ella, entonces podría decir que tenía el cóctel perfecto para una bebida de alta potencia.

—Una prueba. Bien —farfulló Rhys. Se preguntaba si estas personas podrían escuchar la fuerza con la que su corazón golpeteaba como un tambor inquieto.

—¿Qué es lo que te motivó a aceptar la oferta de Hats? —preguntó Blynth.

En el tono de voz del hombre existía una siniestra suspicacia.

—Mi padre necesita un trasplante de riñón. No hay avance en la lista de receptores, así que aporto en casa para lo que haga falta —replicó con franqueza.

—Puedo ayudarte a escalar en esa lista —expresó el mafioso. Rhys tragó saliva y tan solo esperó a que el hombre continuara. Se temía que no iba a gustarle en absoluto lo que escucharía a continuación—. Y ya que he determinado que no eres un soplón —dijo burlonamente y con matices venenosos, porque era obvio que esa acusación había sido la excusa para este castigo—, no voy a matarte. Lo podrías considerar un indulto. Viniendo de mí, un gran gesto. Pero tengo un último encargo.

El chico tragó saliva e hizo un asentimiento.

—¿Último…? —preguntó Rhys con los pensamientos corriendo un triatlón mental, haciendo conjeturas financieras, sobre su vida, su futuro y el de Thomas.

—Me encargaré de que tu padre entre al primer lugar de la lista de receptores de riñón —expresó. No hacía falta aclarar que él ya sabía todos los antecedentes y la realidad de Rhys, y que esta charla solo era para amedrentarlo. Por eso ni siquiera se molestó en preguntar en qué hospital estaba recibiendo el tratamiento de diálisis —. A cambio recibirás instrucciones para una última entrega y te apartarás de Sloane.

Rhys lo miró con desconfianza. Estaba con un capo, no un hombre de palabra.

—Señor McCain —replicó con suavidad y odió el tono sumiso con el que salió su voz. Pero, ¿qué carajos podría hacer, cuando estaba incapacitado para moverse y con el cañón de una pistola apuntándolo? —. Sloane es importante para mí —confesó. No iba a decirle que la quería o que estaba enamorado; ni él lo sabía. Tampoco tendría sentido, porque Blynth no era el tipo de padre de familia usual.

McCain esbozó una sonrisa que parecía más bien una mueca.

—Mi hija es caprichosa. Tú, al igual que muchas cosas con las que ella se suele obsesionar por temporadas, formas parte de sus novedades esporádicas. Lo entenderás más pronto que tarde —replicó con desdén y guardó el arma—. Supongo que la elección no es tan difícil: salvar a tu padre o recibir un disparo fulminante.

No era una decisión complicada. Sin embargo, Rhys consideró que Sloane sí merecía una explicación sobre las razones por las que tendrían que dejar de verse.

—No, señor, no lo es —aseveró Rhys—. La vida de mi padre es mi elección.

El hombre de manos toscas hizo un asentimiento leve.

—Nos entendemos bien —dijo el capo—. Por cierto, tampoco le comentarás a Sloane que he hablado contigo. Así que no podrás usar esta conversación como argumento para que comprenda por qué no querrás volver a verla. Eso sí, como ella es muy lista, sabrá que la causa de tus golpes y moratones fue porque te acusaron de soplón, y yo tuve la cortesía de darte el beneficio de la duda —expresó sarcástico.

—Yo… sí, de acuerdo, así será, señor McCain.

El capo se apartó de él. De inmediato, Kanel y Pollack lo imitaron. Un coche negro, en el que Rhys no se había fijado por razones obvias, ya estaba esperando.

—Recibirás instrucciones para tu última entrega, Callahan —dijo Blynth.



Rhys, después de decirles a sus padres que lo habían asaltado, fue llevado inevitablemente a un centro médico. Menos mal contaba con un poco de dinero y el seguro social cubría parte de la factura. No tuvo lesiones internas, pero la fractura de una de las costillas requirió atención especial. Cuando Sloane lo vio, se echó a llorar y le pidió disculpas por lo que los esbirros de su padre habían hecho. Rhys, en ningún momento hizo mención de la presencia de Blynth. Sin embargo, le faltaron cojones para decirle que no quería volver a

verla, menos cuando fue a visitarlo a su casa casi a diario, hasta que estuvo casi completamente recuperado. Sloane inclusive lo ayudó con las tareas —él tenía la mano fracturada y no podía escribir ni usar bien el teclado del viejo ordenador—, y los apuntes que tomaba de las clases grabadas en el Zoom.

Al día siguiente de recibir el alta médica, Ed se acercó a Rhys. Este último acababa de salir de la universidad y estaba camino a una tienda de víveres cercana. No había visto a Sloane en varios días, porque ella le comentó que estaban preparando la fiesta de cumpleaños de su hermana mayor. A Rhys le daba igual. Ahora, que ya estaba físicamente bien, su mente y determinación tenían claro el paso urgente: terminar su relación con ella. No podía verla en persona para decírselo, ya no, porque la chica sabía convencerlo del modo más mundano que todos conocían. Por esa razón, él decidió solo enviarle un mensaje de texto explicándoselo. Luego bloqueó su número.

—Tu tiempo ha concluido —dijo el hombre y le entregó una caja negra.

—¿Qué significa…?

—Ábrela —zanjó Ed.

Estaban en una calle poco transitada. El follaje de los árboles los ocultaba.

Rhys frunció el ceño y quitó la tapa con rapidez. El contenido consistía en una invitación a la fiesta de la hermana de Sloane. Debajo había lo que parecía ser un esmoquin. Pero esa no era la parte que lo dejó más inquieto. Elevó la mirada hacia Ed, y este mantuvo su expresión impasible. Rhys regresó su atención a la jeringuilla.

—¿Para qué es esto…?

Por primera vez desde que tuvo contacto con Ed este sonrió.

—Dijo el jefe que elegiste a tu padre —expresó ajustándose la chaqueta—. Y que ha llegado el momento de cumplir tu parte. La única razón por la que no tienes tu nombre en una lápida y tu cabeza destrozada, pudriéndose entre gusanos, es porque la señorita Sloane ha insistido en que tardaste en sanar y que tu padre se excedió.

—Terminé mi relación con ella… —murmuró. De hecho, Thomas ya estaba en el primer lugar de la lista para ser el receptor del próximo riñón disponible.

Ed ignoró el comentario. Le daba igual.

—Hoy es una noche importante. El jefe no quiere a su hija mayor de mal humor, menos cuando es una celebración familiar. Pero hay una persona que está convirtiéndose en un inconveniente —replicó Ed—. En el bolsillo interior del esmoquin, para el evento de hoy, encontrarás una fotografía. —Rhys vio también un pequeño dispositivo para la oreja y lo tomó entre los dedos—. Te darán instrucciones al llegar, actívalo todo el tiempo apenas entres a la mansión, al terminar echas todo a la basura. Si fallas eres hombre muerto. Más te vale que ejecutes bien este encargo.

—¿Un anestésico…? —farfulló Rhys en relación a la jeringuilla, confuso.

No hubo respuesta.

El hombre tan solo emprendió la partida, silbando, y luego subió a una Harley Davidson para alejarse a toda velocidad de los alrededores. Apenas llegó a casa, Rhys sacó el traje y observó la fotografía. No le sonaba de nada. ¿Qué diablos iba a hacer?

La respuesta esperada llegó horas más tarde durante la celebración.



Aquella noche, Rhys Callahan terminó de perder a la chica de la que creyó estar enamorado, se convirtió en una persona que no podía reconocerse a sí misma al mirarse al espejo, pero también perdió lo que nunca imaginó posible: su humanidad.

CAPÍTULO 1

El sermón del sacerdote le pareció tan vacío como todas las mentiras que existían en las instituciones a las que muchos se aferraban porque necesitaban creer en algo. En alguien. Sin embargo, ella no juzgaba, mas era enfática en no permitir que intentaran lavarle el cerebro con ideas que no formaban parte de sus convicciones. El motivo de que Alana estuviera en las primeras bancas de una iglesia esa mañana, para una misa de cuerpo presente, tenía que ver con Elizabeth Bowen-Fitz, la nonagenaria a quien le brindaban un último homenaje. La mujer había sido referente de cultura, abolengo y tradición entre el grupo más selecto de la sociedad bostoniana. Este lo encabezaban cinco familias, y su descendencia, con un amplio abanico de recursos financieros y conexiones inimaginables para el ciudadano de a pie. Se trataba de los herederos de aquellos que prácticamente estuvieron en Boston desde su fundación en los 1600s.

Entre esos apellidos estaba el de Alana Pemberton.

La joven belleza de ojos azules jamás se había sentido cómoda con las reglas y expectativas que la rodeaban. Incluso ahora, con la madurez de sus veintisiete años y un título de abogada, le costaba tolerar la hipocresía y la vileza con las que ese grupo —presente ahora en la iglesia— solía actuar con los demás. No eran los únicos billonarios y multimillonarios en el mundo en comportarse como si todo girara alrededor de sus existencias, pero al ser personas que frecuentaban varias de sus actividades sociales sí le resultaban un fastidio. No todos. Después de la mayoría de las interacciones, Alana terminaba cansada no solo de sonreír, sino de tratar de usar una barrera para que las idioteces no vencieran la cordura que evitaba mandarlos a la mierda. Sus padres eran personas respetadas, queridas inclusive por su labor filantrópica a favor de preservar las zonas históricas de Boston, así que —para no tener discusiones, en especial con su madre— procuraba controlar su temperamento. No era una mujer malhumorada, sino que poseía la tendencia a decir lo

que pensaba. Esto último se traducía en expresar la verdad, sin filtros, y como consecuencia creaba impasses. Con el tiempo, ella aprendió a modular su manera de expresarse —sin dejar de ser fiel a sí misma— gracias a que su padre le dio un consejo que permanecía en su mente cuando estaba a punto de perder la paciencia: no todos están listos, ni merecen escuchar la verdad. Alana aplicaba la enseñanza también en su profesión.

En ese limitado grupo social, que medía la valía de otros basándose en su reputación financiera y conexiones entre apellidos generacionales, había excepciones. Alana tenía el privilegio de conocer a varias de esas personas con las que, genuinamente, disfrutaba una conversación o salidas breves a tomar algo. No era una mujer con demasiados amigos, sino mas bien selectiva, así que sus interacciones en sociedad eran siempre con una finalidad clara en mente: ayudar a una causa benéfica, participar de un homenaje, asistir a una gala, estar en la presentación de un escritor famoso, asistir a la premiere mundial de un filme o la apertura de una nueva tienda.

Una misa de cuerpo presente no era una situación cómoda para Alana, sin importar quiénes eran los asistentes, pues siempre asociaba esta clase de situaciones a una similar que la marcó para siempre: la muerte de su hermano gemelo, Rochester, cuando ambos tenían ocho años. Él había fallecido durante unas vacaciones, esquiando, en Colorado. Una avalancha los tomó desprevenidos y los equipos de rescate no lograron encontrar a su hermano, sino hasta un día después. Desde entonces, los funerales le causaban una sensación de estar atrapada y removían memorias dolorosas. Esta era la razón de que soliera evitar esta clase de situaciones.

Además, también le molestaba que hubieran convertido los funerales, y todo el proceso en sí, en un acontecimiento de sociedad. Lo anterior lo consideraba lamentable. Las personas no asistían a condolerse de verdad, sino a hacerse presentes con la familia de los occisos porque —en el caso de la gente adinerada— afianzaba un lazo más, a través de una situación de vulnerabilidad emocional. Se trataba de un paso calculado y frío, la sinceridad era esquiva. Alana no podía actuar de ese modo ni comportarse como si

el dolor ajeno fuese una carta adicional de reafirmación. Así que, por más de que su madre se enfadara cuando se negaba a asistir a funerales de personas que no eran cercanas, ella mantenía su postura. Su padre jamás la regañaba.

Para Alana, el caso de Elizabeth era muy diferente. La señora había sido como una mentora. Aunque fue estricta y tajante en su proceder, le mostró con generosidad cómo sobrellevar conversaciones difíciles, afrontar momentos incómodos y salvar situaciones que podrían convertirse en embarazosas, entre sus pares. Fue la única que sabía todo sobre los entresijos de la alta sociedad y también los códigos para acceder a espacios de incalculable poder. Quizá consideraba a Alana como la hija que nunca tuvo, pues la mujer enviudó sin tener descendencia. En agradecimiento por la amistad de Elizabeth, sus enseñanzas y las breves tardes de franqueza sobre lo que de verdad ocurría detrás de los lazos de familia y asociaciones de negocios en Boston, Alana aceptó invitaciones a eventos a los que hubiera preferido cambiar por una cobija y una buena película o serie. No solo eso, sino que —a pesar de los dolorosos recuerdos que una misa fúnebre traía a su memoria— ahora estaba presente en Trinity Church.

Pero Alana también sabía cómo funcionaba una rama diferente de ese entramado de la alta sociedad: la gente de su misma edad. No de la mejor forma.

Durante sus años de secundaria, Alana sufrió bullying, especialmente desde que su cuerpo se desarrolló. Su personalidad risueña empezó a ocultarse tras muros distantes, y se volvió cauta y desconfiada. Las bromas crueles sobre el tamaño de sus pechos o sus caderas no faltaron. Además, siempre obtenía buenas notas y poseía talento para cantar; esto último fue lo que la llevó a formar parte del coro. No era popular, pero tampoco impopular, aunque las otras chicas parecían detestarla sin razón. En una ocasión, la encerraron en el cuarto de limpieza durante horas. Por más que gritó, nadie la escuchó, pues esa zona quedaba apartada del edificio principal.

Cuando el conserje la encontró, Alana tenía los ojos hinchados de tanto llorar y el cuerpo le temblaba; además, los nudillos estaban

raspados por golpear la puerta. Su móvil se había quedado en la mochila, que continuaba en el casillero. A pesar del incidente, Sandy Whitburn Pemberton —su madre— se negó a cambiarla de colegio y tampoco presentó una queja formal. De hecho, la culpó y adujo que eso no le habría pasado si hubiera demostrado más carácter. Además, le dijo que ningún Pemberton había abandonado la Noble and Greenough School y que Alana no sería la primera en romper la tradición familiar, y mucho menos en perjudicar la reputación del apellido. Los chicos implicados en el *bullying* no fueron castigados, pese a que Alana no tuvo reparos en nombrarlos y también relatar lo ocurrido al director de la escuela.

Las burlas sobre su físico cesaron cuando el capitán del equipo de fútbol, Alex Saltonstall, en medio del pasillo de los casilleros, se dirigió a quienes atormentaban a Alana —tres chicas y dos chicos— y les dijo con firmeza que, si tenían dos dedos de frente, entenderían que una mujer como ella era la que los chicos deseaban, porque tenía las curvas en los lugares correctos; y añadió que envidiaban su talento para cantar, así como la inteligencia que explicaba sus buenas notas. Sonrojada y halagada a la vez, Alana se limitó a observarlo con una mezcla de agradecimiento y bochorno. Tiempo después, el capitán de fúbtol la invitó a ser su pareja en el baile de graduación.

—¿Es verdad lo que dijiste aquella tarde en el pasillo? —le había preguntado Alana en un susurro, mientras bailaban. La iluminación tenue; la música suave.

—Me sorprende que no te des cuenta de lo bonita que eres, Alana —había replicado el chico de ojos verdes y físico fuerte. Se iba a la universidad de Notre Dame, en Indiana, pues lo habían admitido por su rendimiento en el campo de fútbol—. Cada parte de tu cuerpo me atrae, pero no quiero hacer nada que tú no desees. Además —había detenido su movimiento, mirándola— me marcharé a otro estado.

Alana había tragado saliva. Si bien la había llevado al baile, no era la primera vez que estaban juntos. Alex la había invitado a salir: caminar por la playa, comer hamburguesas, estudiar juntos algunas materias o solo escuchar música o charlar. Él había sido su primer *crush,* y quien le dio el empujón de confianza que le hacía falta.

—Gracias… —había dicho, mirándolo—. Eso quiere decir que… Mmm… No sé cómo ponerlo en palabras sin avergonzarme si acaso he comprendido mal.

Alex se había reído e inclinado hacia ella para hablarle el oído.

—¿Eres virgen, Alana?

Ella había abierto y cerrado la boca por la pregunta dicha tan a bocajarro.

—Yo… Esto. Sí.

—Te deseo, pero mi vida ni mis sueños están en Boston. Prometerte que te hablaré a distancia o que volveré a visitarte para intentar tener una relación de novios, más que la de amigos que tenemos ahora, sería mentirte…—había tomado una inhalación profunda—. Pero quisiera besarte, tocarte y escuchar tus orgasmos.

Alana se había reído con timidez. ¿Orgasmos? Claro que ella se tocaba e inclusive había comprado un vibrador. No le podía decir que él era su fantasía. Pero en ese instante, Alex le había ofrecido la oportunidad más genuina de hacerla real.

—¿Me prometes que no vas a lastimarme…? —había preguntado ella.

Él había hecho un asentimiento.

—Sí, pero la primera vez va a dolerte y no lo haré a propósito —había replicado con los ojos brillantes de deseo, excitado—. Luego pasará y todo será mejor.

—Alex, he visto las chicas con las que sales —se había mirado a sí misma, envuelta en un Versace azul que marcaba la sensualidad de sus curvas juveniles.

Él le había tomado la barbilla con firmeza para que lo mirara.

—Me gustan para divertirme, sí —había respondido con franqueza —. Pero si tuviera que elegir entre una mujer como tú, llena de curvas perfectas y un rostro lindo, y una mujer que puede desaparecer entre mis brazos por ser tan delgada, te elegiría a ti. Te he visto siempre de lejos, aunque siempre te notaba esquivando a los demás…

—El *bullying*… —había tragado saliva—. Prefería estar alejada.

—¿Hoy prefieres quedarte bailando y que te lleve a casa? —había preguntado.

Alana sabía que era la noche en que definiría un antes y un después.

—No, Alex —había dicho con valentía y excitación—. Quiero vivir una noche para recordar. Sé que te irás a Indiana, como acabas de decirme, y yo también tengo mis propios sueños aquí, pero en Harvard. Cumple tu promesa: no me lastimes.

Alex había esbozado una sonrisa y había extendido la mano para salir del salón.

Sí, la noche fue una de las más bonitas para Alana y la guardaba con cariño en sus recuerdos. Desde entonces no volvió a tener contacto con Alex. Solo sabía, por los noticieros de deportes, que había firmado contrato con los New England Patriots, un año atrás. Así que estaba de regreso en Boston, pero no se habían reencontrado.

Ahora, mientras Alana observaba a su alrededor y el aroma de los adornos florales —mezclado con el del incienso fúnebre— inundaba el interior de la iglesia, advertía que, por mucho que el mundo evolucionara, la arcaica costumbre de juzgar el físico de las mujeres seguía anclada en el tiempo. A ellas se les diseccionaba la apariencia; a los hombres, en cambio, se les concedía vía libre para ser lo que les viniera en gana: apuestos o no, gordos o delgados, esbeltos u obesos, millonarios o no. Era como si la sociedad les ciñera un corsé mental, una varilla invisible que medía si cumplían con esa estética esquelética que vendían las pasarelas y los anuncios de moda. O bien se pasaba al extremo opuesto, y se glorificaba la obesidad como si fuera saludable. Se ignoraba el principio más elemental: no hay dos cuerpos iguales. Y se desoía el siguiente: cada persona tiene derecho a vivir su vida como le dé la gana.

La talla de ropa ideal, según las mujeres que —como su madre— gastaban doscientos mil dólares, o medio millón, en un bolso Birkin, oscilaba entre la 0 y la 6, y aun esta última se consideraba ya un poco fuera de los límites de lo elegante y lo femenino. Alana no encajaba ni de broma en esos números ridículos: sus curvas habían decidido llenar los sujetadores con generosidad, redondearle un trasero firme bajo las bragas, los vaqueros o los vestidos, y dibujarle unas caderas de trazo coqueto.

Sandy la había atormentado con dietas constantes y la enviaba a ejercitarse con un entrenador privado. Todo lo que tuviera dulce o carbohidratos quedaba prohibido en la cocina del chef de la casa. ¿La consecuencia para Alana? Trastornos alimentarios que la llevaron a un periodo de bulimia. Cuando su padre advirtió lo que sucedía, tuvo una fuerte discusión con Sandy y llevó a su hija de inmediato a Suiza. Darren Pemberton adoraba a su única hija. Durante varias semanas, Alana recibió el mejor tratamiento psicológico y se integró en un grupo de apoyo que la sacó de aquel estado. Poco a poco, recuperó su peso normal y saludable. No obstante, las inseguridades físicas y las secuelas del acoso seguían pululando en las capas de su inconsciente, como gusanos difíciles de aniquilar. Alana aprendió que su cuerpo era sano y hermoso en sus proporciones; que su peso estaba acorde con su metro sesenta y seis de estatura, y que sus curvas eran las que otras mujeres pedían a los cirujanos plásticos. El recuerdo de la noche con Alex —los ojos de deseo, la emoción de la fiesta, la excitación inocente y la admiración— también la ayudó de alguna forma en su terapia.

Por eso siempre estaría agradecida con ese chico que no solo era popular —y ahora un famoso jugador en la NFL— atractivo y talentoso, sino que también poseía un corazón similar al de ella: sincero. Al menos, así fue como él quedó en su memoria.

Desde entonces, sus parejas habían sido un fiasco. No solo emocional, sino que físicamente parecían tener avaricia por su cuerpo, mas no por su placer y gozo.

Alana ahora vivía sola y esa libertad no tenía precio, pero el reto mental —para aceptarse desnuda frente a espejo— continuaba. El desafío se incrementaba cuando las murmuraciones, que daban a entender que no encajaba en el estándar de una mujer físicamente acorde a la estética de la alta sociedad, llegaban a sus oídos. Lo anterior le tomaba poco tiempo para ignorarlo y sacarlo de su sistema. Esto no impedía que dejara de incomodarla o enfadarla. Pero su último novio, su ex, había reabierto las heridas con su narcisismo. Le solía decir que era preciosa, aunque lo sería más si consideraba una liposucción, porque así encajaba mejor entre el estilo de las mujeres con las que él solía salir. Cuando Alana le

preguntó por qué carajos quiso estar con ella, Aaron le confesó que era atractiva e inteligente, pero que esperaba que buscara —con el tiempo— adaptarse al estilo de mujeres que le gustaban: esbeltas, pocas tetas y un trasero más pequeño. La reacción de Alana, quizá un poco tardía, tras esa conversación fue mandarlo a la mierda y cortar la relación. Aaron había intentado minar su autoestima para sentirse mejor a costa de ella y, como Alana lo permitió al no dejarlo a tiempo, le quedó el temor a darle una nueva oportunidad a otro hombre.

Por esa razón prefería enfocarse en el trabajo. De hecho, se ofrecía para ayudar en otros casos, a pesar de que siempre tenía en su portátil un montón de documentos pendientes de leer. Su eficiencia era recompensada, por supuesto, con un buen salario y bonificaciones. El exceso de horas laborables eran su excusa ideal para evitar eventos que consideraba aburridos. Pero una de las actividades a la que jamás faltaba era la competencia anual de pruebas científicas entre los niños de la Fundación Future Rockets. Esta había sido creada por su padre con el fin de otorgar becas escolares a los niños de pocos recursos, pero que poseían un coeficiente intelectual elevado.

Así que Alana prefería su trabajo y la fundación a tener citas románticas.

—¿Por qué rompiste tu relación con Aaron? —le había preguntado una tarde su mejor amiga, Taylor—. De los novios que has tenido me parecía el mejor… Aunque no es que has tenido una lista que supere los cuatros —se había reído.

Con una copa de vino en mano, en un restaurante de Beacon Hill, Alana había soltado un suspiro exhausto. Ella y Taylor se habían conocido en Harvard, años atrás, en la facultad de derecho, volviéndose inseparables. La química había sido inmediata.

—Quizá tengo un radar en la frecuencia equivocada —había dicho, sonriendo.

—A todas nos falla ese radar de vez en cuando, ¿no lo crees? —había preguntado Taylor. —Alana había bajado la mirada un instante y luego le había contado todo sobre Aaron Weston durante los tres meses de la relación—. ¡Joder! Qué hijo de puta. ¿Es que tiene

mierda por neuronas? Una liposucción nada menos —había expresado Taylor, enfadada—. ¿Por qué recién me dices esto, Lani? —había preguntado en un tono consternado y llamándola por ese apodo cariñoso—. ¿Eh?

Alana había soltado una exhalación lenta.

—Porque en algún momento llegué a sentir que estaba fracasando. Que repetía patrones. Que veía fantasmas y que estaba juzgando a Aaron… No lo sé, Taylor. Lamento no habértelo contado —había meneado la cabeza—. Han pasado siete meses desde que rompimos. Así que está superado. No quiero hablar de ese idiota.

—Entiendo. Me habría gustado saber todo esto con antelación y haberte ayudado a entender que ese idiota se merecía una bofetada, no tu atención —había comentado la chica—. Los narcisistas son lo peor que existe. Te libraste de él, pero supongo que este tiempo sin pareja es la respuesta a lo que ocurrió, ¿verdad?

Alana había hecho un asentimiento.

—Mi madre insiste en que salga con Brent Cabot. Él se dedica al negocio de la industria agrícola y coches de carrera, y yo a defender asuntos corporativos y fiducidarios. Así que no sé qué podría existir de divertido en una cita, si no tengo intenciones de formalizar nada. No —había anticipado al notar que su amiga iba a interrumpir—, no, no. Tampoco quiero tener una aventura. Solo quiero serenidad.

Taylor había tamborileado los dedos sobre la mesa de madera.

—Mmm, pero está muy guapo, Lani, y me contaste que fue encantador contigo —había dicho haciéndole un guiño—. Sé que tu madre es una piedra en el zapato, no es una ofensa, porque sabes que es cierto. Pero que se conocieran no fue planeado. Así que sería imposible atribuir una manipulación de Sandy detrás de ese encuentro.

Alana sabía que era verdad.

—Exacto, mi madre no tuvo nada que ver con que nos conociéramos.

Los Cabot era propietarios de negocios que incluían áreas hoteleras, navieras, aerolíneas y productos de belleza. Brent no había ido a la escuela con Alana, sino que se habían conocido —dos años atrás— una tarde en uno de los clubes sociales para celebrar el

4 de julio. En aquella ocasión, él se había acercado a conversar y luego le había preguntado si quería salir a cenar o tomar un café juntos. Alana se había negado con amabilidad, alegando que estaba a tope de trabajo. Sandy había observado de lejos la interacción, claro que sí, por eso insistía en que su hija saliera con el multimillonario.

Los encuentros con Brent se habían repetido, aunque no con frecuencia. Siempre que la veía, él encontraba la manera, sutil y serena, de acercarse y entablar conversación. Alana no podía negar que era encantador, pero también lo había sido Aaron al principio, hasta que todo había cambiado. Ella no juzgaba a todos por igual; sin embargo, en su caso, las dudas estaban ancladas a una experiencia juvenil tóxica.

—Lo sé —había murmurado Alana—. Ahora estoy con un caso complejo y pasado mañana tenemos que entregar la documentación final para el proceso. Han sido largas semanas de trabajo para llegar a este punto y no necesito distracciones. Aparte, Taylor, poco me apetece usar mi tiempo libre para tener una cita con un hombre que, probablemente, sea el duplicado de los que ya conocemos alrededor: hacen monólogos, buscan una esposa trofeo y no saben apreciar las cosas sencillas de la vida: las que no tienen un precio. Es como si fuesen incapaces de resolver un problema sin llamar a un asistente. Como si esta generación de hombres, entre los que podemos elegir, está llena de inútiles —había dicho—. ¿Cómo es posible que un hombre moderno no sepa cambiar la llanta del coche, pero que yo sí? No es machismo, sino que me explota la cabeza ante la ignorancia sobre algo tan básico.

Taylor se había carcajadeado.

—Porque eres muy lista y nunca has querido depender de nadie. Pero da igual, Lani, solo diviértete un poco. Quizá el heredero de los Cabot te sorprenda —había replicado—. Aparte ya cuentan siete meses desde que cortaste con el tarado de Aaron. Un poco de sexo ardiente no te vendría nada mal —le había hecho un guiño, y Alana se había reído de buena gana—. Brent te invitó hace unos días a una regata en la bahía. No pierdes nada. Aunque lo que yo creo que necesitas es un tipo que no pida permiso, que marque su propia ley,

y te haga arder de deseo con poco. Cuando lo encuentres, entonces dejarás de buscar excusas para mantener tu celibato o tus rechazos, Lani.

—Taylor, solo tú podrías salir con un argumento así —había reído Alana—. Yo no quiero repetir mis errores. Estamos rodeadas de máscaras y es complicado lograr conocer la verdad detrás, hasta que es demasiado tarde o muy doloroso…

La rubia había extendido la mano y apretado la de su amiga; su rostro serio.

—Siempre has sido envidiada, Lani, porque tienes carisma, hablas seis idiomas y eres tan genuina como guapa. No eres arrogante, sino lo opuesto —había replicado la arquitecta con cariño—. Eso no lo toman bien las mujeres que te ven como competencia. Ellas buscan la relevancia que tú posees y que obtienes sin proponértelo. Pero los hombres que no valoran tu potencial y lo bella que eres no solo están ciegos, sino que son inseguros. Me alegro que hayas dejado a Aaron, lo que no me alegra es que hubieras permitido que pasaran tres meses para cortar esa toxicidad y las ideas estúpidas que reavivó en tu mente sobre el hecho de que ser curvilínea, en este círculo de gente plástica, no solo es un error, sino que tiene que repararse con cirugía. ¡Dios! —había exclamado, enfadada—. Así que baja las barreras. Acepta ir a la regata…

—Gracias por decirme todo eso, Taylor —había dicho con emoción en la voz—. No sé qué haríamos las mujeres sin una amiga que nos aclare la mente y nos ayude a reflexionar. Te prometo que voy a pensar sobre esa invitación de Brent.

La otra mujer había esbozado una sonrisa, y luego había pedido la cuenta.

—Y también, ¿qué haríamos las mujeres sin una amiga que nos acompañe en las borracheras universitarias y nos salve de lanzarnos a una piscina, congelada, porque no podemos diferenciar la realidad de lo que imaginamos? —había comentado bebiendo el último trago de su Merlot, ante el recuerdo de unas de sus imprudencias.

Alana se había reído.

—Ciertamente. No fue uno de tus mejores momentos, eh, pero fueron épocas divertidas. Recuerdo que los estudiantes extranjeros

no sabían las estúpidas tonterías de nuestro círculo social y por eso nos apreciaban de verdad, ignoraban el dinero o la influencia de nuestras familias. Quizá deberíamos llamar a Rafael, en España; Mabel, en Francia; Rocco, en Italia; y María Inés, en México. Sería una reunión estupenda.

—Ya lo creo que sí —había dicho Taylor, mientras salían del local. Ella había ofrecido pagar la comida esta vez, porque la ocasión anterior la había pagado Alana.

Ambas habían caminado hacia el área de parqueo.

—Te llamo para ir a comprar juntas los vestidos del baile de debutantes —había comentado Alana. Ella formaba parte del comité organizador, aunque no le gustaba particularmente, porque hacían un análisis exhaustivo de las candidatas, según su patrimonio, reputación familiar y lo que podrían aportar en intereses de negocios para el selecto grupo al que serían bienvenidas—. Aunque quisiera saltármelo…

—Elizabeth confiaba en ti, más que en ninguna otra integrante de ese comité, sabía que no juzgabas por apariencias, sino por la intuición de quiénes de verdad podrían contribuir en cultura o talento a nuestro círculo social —había dicho Taylor.

—Lo sé…

Esa conversación había ocurrido una semana atrás.

El baile sería dentro de cuatro meses.



Elizabeth Bowen-Fitz fue durante décadas el referente de la dama con abolengo, intelecto y buenas conexiones: marcaba tendencias en los eventos de gala, fundaba organizaciones benéficas y decidía quiénes eran admitidos en el selecto círculo que encabezaban los cinco apellidos con las fortunas más antiguas de la ciudad. Presidió, además, el Comité Boston Legacy (CBL), encargado del baile de las debutantes, una de las instituciones más difíciles para ingresar. Para las familias adineradas, la entrada de sus hijas, suponía oportunidades y contactos que iban mucho más allá de los rostros y

nombres habituales en la prensa. Se trataba de un abanico de posibilidades únicas en un entorno selectivo y esnob, que avalaba a las recién llegadas como parte de él. A Alana eso le resultaba nauseabundo, pero todas esas personas —ahora enfundadas en trajes de costosos diseñadores, en tonos blancos y negros, durante el velatorio de Elizabeth— habían formado parte de su vida desde que tenía memoria.

Las toleraba, porque tampoco podía convertirse en una ermitaña, pero procuraba restringir su presencia en actos multitudinarios desde que se había mudado sola y ya no tenía que acatar las exigencias de Sandy. Además, le había prometido a Elizabeth que haría lo posible por ayudar en el baile de ese año, aunque también se prometió a sí misma que sería el último. No consideraba justo jugar con la ilusión de tantas jovencitas: aquello parecía, prácticamente, una admisión universitaria. Los rechazos se enviaban, al igual que las aceptaciones, en un sobre cerrado a la candidata.

Alana jamás se comportaba como si los demás fueran distintos o inferiores por no compartir su poder adquisitivo. De hecho, al salir de la universidad, solía ir con su mejor amiga a Revere Beach en lugar de volver a casa: les gustaba mezclarse con la gente y pasear sin prisa por aquella playa popular. Alana apreciaba la ropa de diseñador, sí, pero le resultaba una tortura llevar tacones altos y fingir, durante horas, que se divertía con personas que no conocía o que se acercaban a conversar tan solo porque era una Pemberton. Lo pasaba mucho mejor con unos leggings, una blusa sencilla de algodón y zapatos cómodos, mientras paseaba con Taylor por la ciudad.

Su familia tenía una casa en Martha's Vineyard, donde todos los veranos celebraban fiestas y ejercían de anfitriones de gente conocida, incluso de Hollywood. Sus meses de descanso se volvían tediosos, entre tantos eventos, salvo cuando asistía algún actor o alguna actriz que le gustara. Como eso era la excepción, cada vez que podía escapar de las ambiciones sociales de Sandy, se refugiaba en su habitación a dibujar. Ese era su pasatiempo y era muy buena

en ello. Perdía la noción del tiempo cuando tenía un lapiz en la mano y varios bocetos para llenar a gusto con sus ideas.

Cuando su abuelo le legó la propiedad veraniega de dos plantas frente al mar, Alana transformó la casa en un santuario personal para relajarse. Renovó toda la decoración, borrando la frivolidad de los objetos que no le hacían sentido, y le imprimió un aire más cálido, sencillo y acogedor: su propia marca. No siempre podía escaparse a Martha's Vineyard, pues sus horarios laborales eran ajustados y sus tareas, exigentes. Además, para ella era una prioridad dejar claro que su permanencia en el bufete McKenzie & Trader no se debía a su apellido, sino a su capacidad de resolución y ejecución. El diploma de Harvard Law School, donde se había graduado *summa cum laude* como la mejor alumna de su promoción, avalaba su intelecto, pero no bastaba para acallar las dudas sobre el motivo de su contratación. No era fácil sostener esa lucha cuando sus colegas —no todos habituales de las listas VIP de los eventos *chic* de la ciudad— la veían aparecer en las páginas de sociedad o en reportajes familiares.

Los pensamientos de Alana sobre la regata con Brent y sobre la próxima votación para elegir a las nuevas debutantes del año se disiparon cuando, al concluir el servicio fúnebre, los asistentes empezaron a salir de la iglesia entre murmullos quedos. El siguiente destino era el Mount Auburn Cemetery, en Cambridge, a escasos minutos de Boston. Los padres de Alana no estaban presentes: el mal tiempo en Bélgica impidió que las autoridades aeroportuarias autorizaran el despegue de su avión privado. La abogada asistía en representación de su familia y por aprecio a Elizabeth.

Estaba a punto de subir al coche cuando oyó que la llamaban por su nombre.

El chófer mantenía abierta la puerta del Maserati azul, esperando a que ella entrara. Disponer de chófer era una extravagancia que Alana se permitía solo en ocasiones puntuales como aquella, pues encontrar aparcamiento en Boston era un quebradero de cabeza. En general, a ella le gustaba conducir, pese al tráfico, porque aprovechaba esos minutos frente al volante para subir el volumen de la música y cantar a voz en grito las letras de sus canciones

favoritas. Era su forma de terapia para dejar salir el estrés del día, y de paso evitaba que sus vecinos la tomaran por loca.

—Perdona, ¿eres Alana Pemberton? —preguntó una voz femenina y suave.

La aludida miró por encima del hombro.

—¿Quién eres tú? —preguntó a su vez—. No me suena tu rostro de nada.

—Me llamo Ingrid —sonrió la chica de ojos grises; parecía nerviosa. Su cabello era negrísimo y lo llevaba recogido en una coleta—. Lamento interrumpir, pero al verte no quise perder la oportunidad de acercarme. Solo quería decirte que el nuevo rediseño de la arquitecta Taylor Woods en el área tropical de los jardines del Beacon Hill Garden Club, y que tú patrocinaste, quedó hermoso. Amo la naturaleza —dijo con sinceridad—. Me gusta ir con frecuencia para inspirarme y crear música.

A Alana le pareció una jovencita muy agradable y genuina.

Le devolvió la sonrisa.

—Encantada de conocerte, Ingrid —replicó, y le tendió la mano para estrechar la de la muchacha—. Gracias por tus palabras. Me alegro de que disfrutes de ese espacio con naturaleza. No te preocupes por interrumpir —señaló con discreción a la gente que se dirigía a sus coches—; siempre es agradable escuchar algo como lo que acabas de mencionar. Jardines como ese merecen aprovecharse. ¿No lo crees?

La chica seguía algo nerviosa. Asintió brevemente.

—Yo… Bueno, yo admiro el estilo de ropa que usas, porque es tan elegante y desafiante, así como la manera en que las personas siempre hablan bien de ti.

—Oh, eso es muy amable, Ingrid —replicó Alana, pues no iba a comentarle que la mayor parte de los comentarios no siempre eran halagüeños—. Gracias.

—¿Sabes? Este año me presento al baile de las debutantes. Ya envié mi candidatura. El año anterior me rechazaron porque, según ellos, mi dinero no era lo suficientemente antiguo. Quizá también me habré olvidado de algún requisito y no le comenté a mi familia que

iba a aplicar; ellos no son partidarios de esta clase de actividades. Pero a mí me encantan —dijo con una mezcla de pesar y esperanza.

—La familia puede ser complicada —replicó empatizando con Ingrid—. Me gusta que seas persistente y quieras presentar nuevamente tu candidatura en este año.

—Gracias. Alana, sé que es un poco atrevido de mi parte —murmuró en tono de disculpa—, pero la verdad es que quisiera saber si estarás entre el grupo de votantes para elegir a las debutantes este año. Cumpliré dieciocho, dentro de un mes. Me haría muy feliz ser aceptada, porque tengo grandes ideas creativas para poner en práctica con las fundaciones a las que ayudan. Estudiaré diseño de modas, así que incluso podría contribuir en algún programa vinculado a ello y buscar contactos. ¿Qué opinas?

Alana asintió. Ella jamás habría aprobado que enviaran una carta —aunque eso no estuviera en sus manos— diciéndole a una chica que su fortuna no era lo suficientemente antigua para ser debutante. Así que pensó en otra razón, muy válida y real por cierto, que ofrecerle como motivo a tener en consideración esta vez.

—El año anterior no estuve dentro del comité que da los votos, pues tuve que ausentarme por asuntos profesionales. Así que lamento que hayan rechazado tu candidatura y, además, con un argumento tan absurdo —expresó Alana. La chica soltó una exhalación y asintió, ya lucía menos tensa—. El dinero no debería ser una vara para medir la idoneidad de las debutantes, y tú tienes un talento que sería muy útil: crear a partir de diseños de moda. Da igual si apenas vas a empezar a estudiar, pues lo haces porque ya posees ese talento y vas a perfeccionarlo y profesionalizarlo, ¿verdad? —preguntó con amabilidad. Ingrid la miró como si tuviera una varita mágica en la mano y asintió—. Pero tienes que tener en consideración un factor real por el cual sí pudieron declinar tu candidatura: tenías diecisiete años, y solo puedes aplicar al cumplir los dieciocho. —El baile será en cuatro meses, y la fiesta del anuncio de las candidatas dos meses antes —explicó ella—. Hay reglas que no pueden obviarse.

—Sí, Alana, lo sé —comentó con una sonrisa—. Esta vez lo haré bien.

Ingrid tenía tendencia a saltarse las normas, no por creerse superior, sino porque cuando algo le hacía ilusión quería resultados rápidos. Como ocurrió con el baile de debutantes: el año anterior había enviado su candidatura sin decírselo a su familia, que consideraba esa clase de eventos ridículos y anticuados. Ella no lo veía así. Ahora que estaba a punto de cumplir los dieciocho, volvería a intentarlo, y esta vez sí se lo contaría a su familia. Sabía que la apoyarían, aunque no compartieran los mismos puntos de vista sobre este interés suyo en particular. Pero le daba igual.

—Estupendo. Hagamos algo, Ingrid —dijo la otra mujer en tono cómplice—: esta vez, cuando me den la lista de candidatas y vea tu nombre, votaré por ti. ¿Vale?

A la chica se le iluminó la mirada.

—¿De verdad? —preguntó con emoción.

—De verdad —replicó Alana, dándole una palmadita en el hombro. Miró alrededor: los coches ya se ponían en marcha. Ella necesitaba acabar cuanto antes con este asunto, porque tenía una llamada con un cliente en Inglaterra—. Podría haber otra Ingrid en la lista, no sería nada raro, así que dime, ¿cuál es tu apellido?

—Soy Ingrid Callahan.

—Ha sido un placer hablar contigo —expresó Alana sonriendo—. Debo irme.

—Por supuesto. Claro, claro —dijo la chica, ilusionada—. Qué maja eres.

La abogada le hizo un guiño y luego subió al Maserati.

¿Cómo iba a saber Alana que este encuentro le cambiaría para siempre la vida?

CAPÍTULO 2

Rhys jamás dejaba entrever sus emociones, menos durante una reunión en la que estaban de por medio puntos claves de negociaciones. Esto no solo ocurría en las conversaciones iniciales, sino hasta que la rúbrica de las partes involucradas estuvieran estampadas en un contrato. Su suspicacia y análisis crítico, sumadas a su habilidad con los números, le habían servido para ganar licitaciones de varios millones de dólares, no solo en asuntos de la construcción —su negocio principal— sino también en los casinos. El Póker se le daba estupendo, porque sabía cuándo seguir o cuándo detenerse sin caer en el error común: la ambición desesperada y la falta de paciencia de los jugadores. Podía darse cuenta del patrón lógico a medida que iban saliendo las cartas. Eso era matemática pura. Los viajes que hacía a Las Vegas eran ocasionales, dos o tres veces al año como máximo, y estaban relacionados con la cadena de comida japonesa de la que era socio. Una vez conseguido sus objetivos en temas laborales, Rhys no podía quedarse quieto, menos si estaba en *la ciudad del pecado*. La adrenalina del triunfo permanecía recorriéndole la sangre, así que él buscaba la forma de descargar esa energía, hasta agotarla, para luego poder dormir. El recurso más habitual consistía en noches de sexo sin ataduras. No había nombres, solo lujuria desbordada.

Pero la novedad de esa clase de desahogo había pasado a un segundo plano ahora que él tenía treinta y dos años. Quizá era madurez, incluso aburrimiento, ante la facilidad con la que se le daba todo con el sexo opuesto. Tener acceso a las mujeres más bellas y sensuales —que no solían requerir una mente afilada ni charlas profundas para estar entre las sábanas— empezaba a perder el encanto. Su ego masculino ya no disfrutaba como antes de la certeza de que no necesitaba esforzarse para atraer a la mujer que deseaba. De hecho, eran ellas las que buscaban hacerse notar o iniciaban el coqueteo. Rhys estaba a favor de que hombres y mujeres pudieran tomar la batuta en asuntos de flirteo; sin

embargo, él apreciaba más el gusto de lo que significaba la conquista. No recordaba la última vez que había considerado a una mujer como un verdadero reto. No se trataba de machismo, ni feminismo, ni igualdad. Esto tenía que ver con la personalidad de Rhys, pero, sobre todo, con la naturaleza primitiva del homo sapiens: encontrar algo que le interesaba y hacerlo suyo. Resultaba bastante simple, porque se trataba del ingenio y la excitación propia de la caza. Por eso, la satisfacción de la recompensa se volvía de verdad valiosa cuando existía más esfuerzo.

Todo lo fácil duraba poco. No era un secreto.

Los millones de dólares que valían los portafolios de inversión de Rhys, y sus abultadas cuentas bancarias —distribuidas entre Estados Unidos, Suiza e Inglaterra— se forjaron después de experiencias que dejaron huellas de sangre, literalmente, en las calles de Boston. Cuando las puertas de la opulencia se abrieron en cámara lenta dándole la bienvenida, él se permitió vivir a tope. No olvidó cada tropiezo, ni a las personas que intentaron sabotearlo en el camino. Tampoco olvidó la sensación de euforia cuando su empresa se abrió paso entre la competencia convirtiéndolo en uno de los hombres más adinerados del Estado de Massachusetts, y también del país. El sólido respaldo económico llegó junto a oportunidades que un joven surgido de la pobreza jamás habría imaginado. Las aprovechó al máximo, y su ambición aumentó.

Fue así que conoció los placeres carnales que inclusive habían surcado los límites de la tortura, como antesala del éxtasis. Durante un par de años pareció ciego a todo, porque estaba envuelto en una capa de egocentrismo que lo hizo sentir como si fuese el rey del mundo. Los caminos se despejaron para que tuviera una intensa exploración, no solo de adquisición de bienes materiales y contactos de gran influencia —que en otra realidad jamás hubieran reparado en su existencia—, sino también de algunos de los pecados capitales: ira, soberbia, avaricia y lujuria. Dio rienda suelta a su libido como si intentara exorcisar lo que había sido la versión del Rhys soñador e incrédulo, hasta cierto punto, antes de Sloane y durante los años dentro de la mafia.

Él se había curtido con la vida, con el tiempo, y el cinismo lo acompañaba como una sombra que podía quitarse o usarse a conveniencia. Si a eso le sumaba la cantidad de dinero que ganaba, aparte del subidón a su ego con la atención femenina, el cóctel perfecto para embriagarse de la efervescencia del éxito estaba servido. Bebió litros de esa fórmula novedosa y que también tenía sabor a libertad. Le tomó gran esfuerzo abandonar Vipers Reign, pero cuando lo consiguió, experimentó algo parecido a la paz. Aunque sabía que esa sensación jamás la volvería a tener en la pureza de su completo significado. Al final de su vínculo con los McCain y sus esbirros, Rhys no supo definir si ellos le debían un favor o viceversa. Tampoco quería averiguarlo.

Ese capítulo de su vida estaba enterrado, pero no podía decir lo mismo de las secuelas. Él endureció su corazón, rodeándolo de una armadura sólida, porque fue la única manera de que todo aquello que hizo para sobrevivir no lo destruyera. ¿Si alguna vez se drogó para intentar olvidar? Jamás. En una travesía como la que le tocó cruzar, si no estaba alerta y con los sentidos afilados, su cabeza habría sido la diana perfecta.

Rhys dejó atrás la vida de asesino a sueldo con una sola certeza: el dinero que entrara en sus arcas sería limpio. Cada centavo que produjera llevaría su sudor, su ingenio y su voluntad. No la sangre de otro. Su determinación propició que, con los años, alcanzara ese objetivo. Sin embargo, muchos de sus sueños fueron postergados.

El anterior fue el precio que Rhys pagó para que su padre ascendiera en la lista del hospital y recibiera el trasplante de riñón. Pero destrozar vidas —sin importar que quienes recibían un fulminante balazo se lo merecieran— se volvió una pesadilla. De hecho, la telaraña oscura de aquellos años solía envolverlo en pesadillas y, si bien podía desplazarlas a un rincón de su mente —a conciencia y durante una temporada— lo que no podía borrar era el recuerdo de cada ocasión en la que presionó el gatillo. Él buscó terapia psiquiátrica, y también un entrenamiento especial —como el de los soldados que regresan de la guerra; aunque en su caso no era un héroe, sino un criminal— para reinsertarse en sociedad y construir un entorno profesional tolerable.

Nadie conocía su pasado. Si acaso lo sospechaban, les convenía mantener la boca cerrada. Porque Rhys hacía honor a su reputación de hombre vengativo e inclemente. Detrás de su belleza varonil, aquella que Miguel Ángel hubiera cincelado a gusto en la antigüedad, existía un alma atormentada. O quizá, ni siquiera un alma.

Pero daba igual lo que otros pensaran, pues él era el que marcaba las reglas en un mundo abismalmente distante de aquel barrio empobrecido y peligroso en el que nació. El pasado trazó las grietas más profundas del hombre en el que se había convertido: fiero, tajante, calculador e inclusive despiadado en los asuntos vinculados a sus negocios. Solo su madre, que aún vivía; su hermano, Craig, que se había recibido de cirujano general; y su hermanastra, Ingrid, conocían la versión que Rhys intentaba no desdibujar por completo entre el fango que manchaba su conciencia. Con su familia, él procuraba bajar las barreras. No guardaba resentimiento por el camino que se vio obligado a tomar en su juventud, pues, al fin y al cabo, ejerció su libre albedrío.

Ingrid llegó —como todo lo que le ocurría a Rhys en lo relacionado a su vida personal— sorpresivamente a su familia. Saber de su existencia trastocó por completo la dinámica de su madre y su hermano. Fue el equivalente a echar un balde de agua fría sobre los asientos de madera del sauna: el vapor pareció ahogarlo. Ni en sus más complejas reflexiones pensó que el matrimonio de sus padres no era lo que siempre había creído: compartían la sangre irlandesa, los buenos y malos momentos, pero en especial una lealtad inquebrantable. Thomas lo había decepcionado profundamente.

Fue triste enterarse de la verdad sobre su padre, en especial porque sucedió después de que falleciera. No hubo opción a tener un cierre: reclamos o exigir explicaciones en relación a la existencia de una hermanastra. La admiración que tuvo por Thomas —así como la imperiosa necesidad de salvarlo y que pudiera recibir el trasplante de riñón— fue el impulso que lo llevó a tomar decisiones moralmente cuestionables. Para Rhys no existían medias tintas si se trataba de los suyos, incluso cuando lidiaba en soledad con las recriminaciones silenciosas de sus propios actos desde el primer

homicidio. Su memoria solía perseguirlo con el ácido recuerdo de aquellas horas en las que el sudor le recorría la frente, la garganta clamaba por un trago de agua y el tiempo corría de prisa, inflexible y puntual. Cuando bastaba un segundo mal calculado para perder el ángulo perfecto de un disparo; un solo segundo para que el dinero de una ejecución no entrara en su cuenta y, por ende, no pudiera destinarse a la recuperación de Thomas ni a los gastos de la casa. Su madre y su hermano creyeron su mentira —porque si algo poseía Rhys era una capacidad de convencimiento extraordinaria—: que se había inscrito en un programa especial de la policía local para jóvenes de bajos recursos, que él estaba a prueba, y le pagaban.

En teoría, claro que Rhys estaba a prueba, pero con la mafia. Si fallaba en un encargo, quien llegaría en un ataúd sería él. Por eso se entrenaba a diario con los gatilleros de Vipers Reign y, por su cuenta, corría varias millas al día para adquirir resistencia física. Estar en forma le daba agilidad y músculo, pero sobre todo calmaba las imágenes de cómo se desplomaban los cuerpos de sus víctimas, de cómo explotaba la materia gris y luego se esparcía en el pavimento o donde la muerte los encontrara.

Todo ello resultado de medidas desesperadas: ver cómo su padre se iba debilitando con el paso de los meses, cómo las posibilidades de recibir un trasplante se diluían y cómo Mildred doblaba turnos en la oficina para estirar el presupuesto. Un chico nacido en South Boston, como Rhys, sin contactos capaces de situar el nombre de Thomas Callahan en los primeros lugares de la lista de receptores de un nuevo riñón, carecía de alternativas reales en casos de salud extremos como aquel. La única forma de llevar dinero rápido a casa —a pesar de que implicaba vivir en conflicto con sus propios principios y todas aquellas enseñanzas de sus padres— fue aceptar la vía alterna que cruzó su camino. Una vía lúgubre, malévola, pero que pagaba muy bien en metálico. Cuando volvía a casa, después de cometer un asesinato, Craig solía estar aún despierto y le pedía que le contara qué cosas le habían enseñado los agentes de policía. La curiosidad era genuina y estaba matizada por una inocencia del mundo que, sin saberlo, su hermano mayor ya no poseía. Rhys, que volvía agitado, intentaba no descargar la rabia que tenía contra sí

mismo hacia Craig. Así que le respondía que le contaría otro día, porque estaba agotado. Su madre, en cambio —ignorante del tormento mental de Rhys— le ofrecía de cenar. Él no rehusaba, mas le costaba comer.

Por todo lo que arriesgó y dejó en el camino, la doble moral de Thomas con la infidelidad a Mildred fue para Rhys el equivalente a descubrir que la brújula que siempre lo guió apuntaba en la dirección equivocada. Mientras él tuvo que elegir entre apretar un gatillo o ver cómo la situación en casa se iba por el garete, su padre guardaba un secreto brutal. Lo que más lo desconcertó —cuando asumió que la existencia de Ingrid no podía ignorarse, pues llevaba también parte de su ADN irlandés— fue la confesión de su madre: que ella no pidió el divorcio, sino que eligió acompañar a su esposo hasta el último día, porque quiso que sus hijos conservaran la imagen de unidad y solidez de un hogar. Que comprendieran que no todo era un camino de rosas, sino que —en ocasiones— cuando las espinas hacían sangrar, la decisión de tolerar la herida y perdonar no tenía porqué ser un signo de debilidad.

«Mentiras sociales, excusas absurdas, sacrificios innecesarios». Ese había sido el pensamiento de Rhys, porque el argumento de su madre por la infidelidad de Thomas era una muestra de falta de amor propio. ¿Cómo era posible que, en nombre de los hijos, las madres prefiriesen quedarse con un hombre que las humillaba e irrespetaba? ¿Acaso no podían comprender que el trauma más grande en los niños no siempre era el divorcio, sino los gritos, la tensión, los insultos, el llanto y el dolor de la madre o el padre en un matrimonio conflictivo que se mantenía «por el bienestar de la familia» o «por el bienestar de los hijos» o «porque era pecado divorciarse»?

Para Rhys, esa clase de imbecilidades sociales y la romantización de un matrimonio infeliz, pero que intentaban fingir armonía durante años por mantener las apariencias o no destruir un concepto absurdo de «unidad», era vomitiva. Él consideraba más coherente la verdad. «¿Acaso no era más fructífero ver a un padre o a una madre feliz, separados, en lugar de escuchar peleas diarias o notar malas caras?».

El día en el que Rhys, cuatro años atrás, recibió la llamada en la que supo que tenía una hermanastra afianzó su rechazo a cualquier clase de atadura emocional a largo plazo. Tampoco tenía interés en reproducirse. Prefería un acuerdo práctico que durase el tiempo necesario y en el que hubiera independencia de cada parte. Quizá una compañera lo suficienteme guapa para follar e inteligente para no tener una casa silenciosa o pensar que se había vinculado con una muñeca creada con inteligencia artificial. ¿Si acaso esa era la definición de amigos con derecho a roce? Tal vez, pero a Rhys le daba igual. No estaba buscando una pareja. En su vida no había espacio.

Su agenda profesional estaba copada entre viajes y asuntos locales.

Entre esos asuntos había un proyecto en el que llevaba al menos dos años sin lograr concretar. No por falta de recursos ni de estrategia, sino por la gente de mierda de la alta sociedad. Los imbéciles bloqueaban constantemente sus intentos de transformar una edificación —aunque fuese ya el propietario y tuviera los planos y garantías necesarias para preservarla como sitio histórico de Boston— en la joya de su cadena hotelera de lujo: Clover Roots. La propiedad estaba ubicada en Mount Vernon Street, en el barrio de Beacon Hill. Los integrantes de la comisión arquitectónica siempre hallaban la manera para rechazar sus intentos de renovar la casa. Rhys sabía el motivo real, y este no tenía relación con fallos de sus ingenieros o arquitectos o abogados. En absoluto. La razón, que había llegado a sus oídos por terceros, era su ascendencia irlandesa y su apellido que no formaban parte de la generación de los fundadores de la ciudad. Además, lo consideraban un hombre de reputación cuestionable y carente de las credenciales sociales suficientes. A eso le sumaban que provenía de los barrios bajos, mas no los tradicionalmente opulentos.

Bloquear la reconstrucción de aquella casa era el mensaje más claro que esa gente podía enviarle a Rhys: jamás sería uno de los suyos. No era el primer proyecto en el que se entrometían para truncar sus planes, pero sí el que más lo cabreaba. Los terrenos más codiciados de la ciudad seguían cayendo, con una regularidad que

rozaba lo absurdo, en manos de las compañías que pertenecían a los descendientes de las familias fundadoras, competencia directa de Green Wood, la constructora de Rhys.

Esa gente era hipócrita, pero también corta de miras. El magnate disfrutaba de una sana competencia. Cuando los otros creían sobrepasarlo, Rhys encontraba una vía más rentable para llevar a cabo sus proyectos. Jamás perdía. No obstante, con este asunto en particular su paciencia estaba a punto de acabarse. Si bien su pasado oscuro permanecía enterrado —había pagado muy bien a las personas correctas para garantizarlo—, los rumores sobre su temperamento y tendencia a no tener clemencia —cuando ejecutaba sus procesos empresariales— eran bien conocidos. Eso debería bastar para que los propietarios de constructoras, herederos del abolengo de las antiguas fortunas de Boston, cuidaran sus espaldas. Pero su competencia estaba agitando el pañuelo rojo ante una pantera que llevaba bastante tiempo quieta, no porque fuese pacífica, sino porque era letal si se dejaba guiar por sus instintos. Rhys procuraba mantener una convivencia civilizada, aunque cada vez le costaba más.

Su lado vengativo llevaba tiempo clamando que le soltaran las cadenas de la contención autoimpuesta. Nadie que se metiera con él, salía indemne.

Por eso había contratado a un detective con una misión específica: recopilar los trapos sucios de quienes le causaban fastidio en sus gestiones. En silencio y de forma sistemática, Rhys había provocado titulares que colocaban a esos esnobs exactamente donde más los incomodaba: expuestos ante la opinión pública. Los súbitos divorcios, los escándalos por infidelidad, las fotografías de perversiones y crímenes sexuales, las acusaciones de estafa y demás. Según su retorcido sentido del humor, todo eso le parecía entretenido. El mecanismo era sencillo: su asistente personal contactaba al detective, quien enviaba la información de forma anónima a la prensa, con el respaldo técnico de un contacto en asuntos de IT. Mientras el mundillo de máscaras se agitaba con cada escándalo, Rhys se enfocaba en generar más dinero.

Pero la casa de Beacon Hill no era una competencia de negocios: tocaba a su familia. Eso, para Rhys, era imperdonable. Que esos idiotas ignoraran ese detalle era lo de menos. No se trataba de una ambición cualquiera, de esas que podía reemplazar con un mejor terreno o una ubicación superior si le apetecía. Detrás de los planos para transformar la propiedad en un hotel lujoso y discreto —para personas de alto perfil económico que buscaban privacidad— había una razón más importante: Mildred. Alguna vez, su madre le había dicho que esa era la casa más bonita de la ciudad. La ilusión en su voz y la sonrisa genuina al decirlo, años atrás, se le habían quedado grabadas a Rhys. Si había alguien que mereciera sonreír de verdad, era ella. ¿Y quién mejor que él para hacer posible que Mildred tuviera acceso a esa mansión?

Su madre era diferente a él, pues encontraba la felicidad en pequeños gestos: sembrar, cuidar, ver florecer. La floricultura nunca había pagado las cuentas, así que, cuando Rhys empezó a ganar lo suficiente, la convenció y la ayudó a jubilarse. Lo que no consiguió fue sacarla de Jamaica Plain. Su madre se había instalado allí en cuanto él liquidó las deudas familiares y se vendió, no sin dificultad, la casa de South Boston.

Desde entonces, Mildred se aferraba al nuevo barrio por motivos que para ella lo decían todo: el lago, los árboles y los vecinos a los que ya saludaba por su nombre y con quienes compartía juegos de mesa o café. El sentido de comunidad era indispensable para una mujer de naturaleza extrovertida. Rhys probó a tentarla con Chestnut Hill, donde él mismo vivía. Mildred rechazó la idea en cuanto supo que la casa de su hijo había costado veinte millones de dólares y que allí, en aras de la privacidad, los vecinos podían pasarse años sin cruzar palabra. Como irlandesa disfrutaba de una buena conversación y dando paseos a pie. Eso no ocurría en el área de Rhys, y ella lo consideraba como una afrenta existencial y carente de sentido.

No hubo manera de que su hijo mayor la hiciera cambiar de opinión.

Mildred le decía a Rhys que no quería obsequios, sino nietos, pero más que nada verlo feliz con una mujer real y decente, en lugar de

esas modelos —con las que salía en la prensa— que parecían necesitar una transfusión de suero por falta de alimentación. Rhys elevaba la ceja a modo de respuesta y luego cambiaba de tema.

Al margen de la mentira, sobre la realidad del matrimonio de sus padres, si algo quería el magnate era ver contenta a Mildred. Esta vez haciendo lo que ella amaba: cultivando flores. ¿El mejor sitio? El inmenso jardín de la mansión que él había comprado. Pero los miembros de la Asociación Cívica de Beacon Hill, que se negaban a aprobar los permisos de renovación, tenían un arsenal de argumentos legales: los materiales no eran auténticos para equiparar a los originales, que el diseño arquitectónico alteraba la armonía de la calle, que el proyecto iba a requerir estudios adicionales sobre su impacto en el área. Cada vez que el abogado de Rhys llegaba a la oficina, le comunicaba una excusa diferente que provenía de esa gente de mierda.

El magnate estaba cabreado con esa situación de tira y afloja. Se trataba de una guerra de formularios y comités, y eso era lo que más le crispaba: no había puños que lanzar. Rhys sabía que encontraría la manera de lograr su objetivo: renovar la casa, convertirla en un hotel y darle a su madre libertad absoluta para que se encargara del jardín. Por ahora esperaría el momento propicio para actuar. Había aprendido que la paciencia no era una virtud, sino una táctica. El secreto consistía en ir un paso por delante, aunque los otros se creyeran más listos. Cuando algo le interesaba de verdad, y se enfocaba en que tenía que ser suyo, su mente creaba un juego de ajedrez interno: múltiples caminos, múltiples movimientos. En el caso del hotel sabía que hallaría el instante exacto —ese resquicio que quienes procuraban entorpecerlo no estaban vigilando— para dar el zarpazo ganador. El sigilo seguía siendo su mejor aliado.



Desde hacía varios años, los asuntos que Rhys tenía que atender también incluían el bienestar de alguien que se había sumado a su

familia de manera súbita: Ingrid. El encuentro no fue fácil para ninguno. Bajo aquella circunstancia incómoda y extraña, comprendió la grandeza del corazón de su madre: su capacidad para aceptar, con actitud estoica, los cactus que le había lanzado la vida. Ingrid era el resultado de la infidelidad de Thomas, un recordatorio doloroso para Mildred. Sin embargo, fue ella quien insistió —y argumentó ante sus hijos— que la chica no podía cargar con los pecados de su padre. Craig fue quien más se opuso a conocerla, porque había visto llorar a su madre en silencio, pensando que nadie se daba cuenta, y eso no lo había olvidado. Su negativa cambió cuando escuchó a su hermano darle la razón a Mildred.

Rhys se enteró de la existencia de Ingrid cuando su asistente personal, Leslie, le comunicó que un abogado llevaba más de una semana insistiendo en hablar con él. El hombre se negaba a dar detalles del asunto, argumentando que solo podría discutirlo directamente con Rhys, al tratarse de algo privado y delicado. Ante lo inusual del mensaje, él decidió atender la llamada sin saber que aquel sería el punto de quiebre de lo que siempre había considerado intocable: la lealtad de la sangre.



—Buenas tardes, ¿me estoy comunicando con Rhys Nathaniel Callahan? —había preguntado una voz masculina, áspera y también marcada por la impaciencia.

—Usted debe ser el abogado —había replicado el magnate. En ese tiempo tenía veintiocho años—. Mi asistente me comentó que tiene información para mí.

—Sí. Mi nombre es Justin Faith y trabajo para la comunidad de inmigrantes irlandeses en Boston —había contestado el interlocutor —. Acabo de asumir la revisión de varios casos con asuntos pendientes. Entre ellos el testamento de su padre, el señor Thomas James Callahan. El anterior encargado dejó señalado que al documento original, con la última voluntad de su padre, le faltaba una página. Con la cantidad de casos que llegan a nosotros y los

constantes cambios de colaboradores, al ser una organización sin fines de lucro, tuvimos varios retrasos para lograr actualizar los archivos. Pero lo hemos solucionado —había explicado—. Finalmente, encontré la hoja extraviada del expediente. ¿Habló usted con el abogado anterior?

Rhys había fruncido el ceño ante esa pregunta y la explicación recibida.

Tras la muerte de Thomas no hubo abogados de por medio, ni la menor insinuación de que existiera un testamento. Ellos apenas sobrevivían con lo justo cada mes. ¿De dónde habrían sacado la idea de que había algún bien por recibir?

—Nadie se acercó a decirnos nada al respecto, abogado. No existía razón para ello. Si esta llamada es una jodida manera de querer sacarme dinero, entonces…

—No, señor Callahan —había interrumpido el abogado con rapidez —. Nuestro trabajo es ayudar a las familias de recursos precarios, inmigrantes irlandeses y la comunidad previamente asentada en Boston desde hace décadas. Su padre se acercó para buscar ayuda legal —constan incluso los registros y horas— y dejar por escrito lo que cada uno heredaría. Además, la llamada tiene que ver con la hija.

Rhys había soltado una exhalación y se había apretado el puente de la nariz. «Si este abogado tenía ganas de hacerle una charada, la iba a pagar muy cara».

—¿De qué mierda está usted hablando, abogado? —había preguntado con rabia, al imaginar la posibilidad de que su padre hubiera podido traicionar a su madre—. Solo tengo un hermano. Así que no me haga perder el tiempo con idioteces.

El hombre había carraspeado del otro lado de la línea, incómodo.

—En la hoja extraviada, incluida por error en la carpeta de otro cliente, el señor Thomas pide disculpas a su esposa, Mildred, sus dos hijos, Rhys y Craig, por haber fallado en sus votos de matrimoniales —había explicado, leyendo el breve documento con rapidez—. Él tuvo una aventura con una mujer viuda y fruto de esa relación nació una niña a la que pusieron por nombre Ingrid. La manutención corría por cuenta de su padre y también le dio el apellido: Callahan.

Sin embargo, la madre de la niña, Vanessa Hudson, no quiso dar la cara para recibir la medalla de oro que dejó el señor Thomas. El testamento fue elaborado un año después de que él hubiera recibido el diagnóstico médico. Entiendo que esta noticia le cause sorpresa y confusión, ahora entiendo que usted ignoraba la existencia de su hermana. Lo siento.

Rhys había deseado lanzar el móvil contra el vidrio y hacerlo añicos. Recordaba vagamente que en el sepelio —muy sencillo, rodeado de los camaradas del barrio que daban el pésame a otros descendientes de la isla esmeralda— había una mujer con una niña que no le había sonado de nada. Durante la conversación con el abogado había hecho cálculos: Ingrid había sido concebida probablemente cuando Rhys tenía unos catorce años, apenas unos meses antes del diagnóstico de insuficiencia renal de su padre. Así, sin más. Por un instante, había permanecido en completo silencio.

—¿Señor Callahan, sigue ahí? —había preguntado el abogado Faith.

—Sí, continúe…—había zanjado con resignación—. ¿Dónde está esa niña?

—En realidad ahora es una adolescente —había aclarado el otro hombre con amabilidad—. Tiene trece años y vive con la madre, Vanessa Hudson, en las afueras de Boston. Me contacté primero con usted, porque fue la opción que me pareció más coherente. Además, encontrar la información de su oficina resultó más sencillo que dedicarme a una labor de detective y dar con la dirección de la familia Hudson.

—Comprendo —había replicado con una mezcla de enfado y shock —. ¿Hay algo más en ese testamento que pueda ser de utilidad? —había indagado Rhys.

—Aparte de la medalla de oro para Ingrid Greta Callahan —había empezado a leer el abogado de nuevo—, y la disculpa para la familia, su padre menciona que espera que en algún momento usted, Rhys, pueda encontrar el espacio para perdonar la afrenta cometida y que intente no culpar a la señorita Ingrid. También menciona que está agradecido por los sacrificios que hizo para ayudarlo. Estaba orgulloso de usted, porque era un chico brillante y

un hijo excepcional. —Rhys había apretado la mandíbula al recordar cómo se manchó las manos de sangre para intentar salvar a un hombre que no había sido tan íntegro como le hizo creer toda su vida—. Para el señor Craig Randall Callahan, le dejó una caja musical tallada en madera que perteneció a su bisabuela, Sorcha Callahan. La casa, como usted sabe, siempre estuvo a nombre de su madre, la señora Mildred Hannah Callahan. No hay nada más en este documento. El resto de palabras son de jerga legal. Pero le haré llegar el testamento de inmediato.

—Le diré a mi abogado personal que lo contacte —había zanjado —. Aprecio que haya tomado la decisión correcta al llamarme, antes que a la familia de Ingrid. A partir de ahora, yo me encargaré de este asunto. Sobra decir, aunque no está de más, que esta información es confidencial. Lo tiene claro, ¿verdad? —había preguntado en un tono amenazante. Rhys había optado por ser muy selectivo en las reuniones y eventos a los que asistía, y jamás mencionaba temas personales a terceros. Desde que sus negocios habían despuntado, se volvió muy conocido. Eso había creado interés en la prensa social que lo consideraba uno de los solteros de oro de Boston. Rhys había calificado aquel título como una estúpida ironía, pues si esas mujeres de alta sociedad —princesas inútiles y con una vida fácil, a su juicio personal— supieran la verdad, detrás del rostro atractivo y físico imponente que observaban en las fotografías, lo más probable es que huyeran de él con rapidez—. Espero que no cometa el error de pensar que comentar a otros sobre este tema sería un acierto...

—N… no. Claro que no, señor Callahan. De hecho, soy la única persona que ha trabajado y reabrierto este caso. No tengo asistente. Como le comenté, este es un asunto comunitario sin fines de lucro. Yo guardaré absoluta confidencialidad.

—Me alegra saber que es así —había replicado Rhys, aún en tono amenazante.

Después de cerrar la llamada, el magnate había agarrado una botella de whisky y se había embriagado. Tal como solía hacer años atrás, después de presionar el gatillo y recibir la transferencia: aquellas noches en las que la carga se volvía demasiado pesada para

alguien tan joven y sentía que quizá era mejor utilizar el arma contra sí mismo. Ese había sido el precio del camino que eligió a conciencia, no porque le atrajera el dinero fácil, sino por desesperación. Un hombre desesperado era capaz de tomar decisiones absurdas o incoherentes. No obstante, con el paso del tiempo, Rhys había aprendido a contenerse y detenerse a pensar antes de actuar. No recordaba la última ocasión en la que hubiera perdido los estribos. Su máxima reacción —siempre había alguien que quería pasarse de listo y tratar de obtener una respuesta suya a toda costa— solía ser enarcar una ceja con desdén o esbozar una sonrisa amenazante.



Para Rhys fue un calvario pensar en la doble vida que llevó, entre estudiar como un alumno empeñoso en el día, pero dedicarse a cazar a los objetivos que Vipers Reign le asignaba algunas noches. Él había resistido todo eso por su padre. Un padre cuya imagen, después de la llamada de aquel abogado, había quedado desdibujada. ¿Acaso habría continuado en ese camino, en el que jugó a ser Dios al quitar la vida a otro ser humano, si hubiese descubierto antes la traición de Thomas a su madre? Rhys nunca lograba dar con la respuesta correcta. Porque no existía tal cosa en una moral gris.

Tras acordar con Craig y Mildred la decisión sobre Ingrid, Rhys la buscó para tender un puente. El objetivo era simple: construir un vínculo o, si ninguno de los dos lados lo deseaba, seguir sus vidas aparte. No hubo expectativas sobre los posibles escenarios, porque en esas circunstancias tan inusuales tan solo quedaba esperar.

El encuentro con Vanessa, la ex amante de Thomas, fue tenso en un inicio, porque la mirada de Rhys fue fría y desconfiada. Sin embargo, la madre Ingrid en todo momento se mostró amable y le confesó que lo único de lo que no se arrepentía era de haber concebido a una hija. El billonario tan solo escuchó, sin emitir comentarios, porque prefirió enfocarse en la chiquilla de cabello

negro, sonrisa amplia y brillantes ojos grises que se acercó a él, y a Craig, con tímida alegría. Eso lo tomó por sorpresa.

Él se había preparado para algo distinto: acritud, por ejemplo, o desdén incluso hacia ellos. Así que, ante la genuina expresión de curiosa alegría de Ingrid, Rhys se volvió más gentil. Notó que ella tenía los mismos gestos de Craig cuando algo le causaba sincera emoción. Conversaron un largo rato entre los tres, porque Vanessa les dio espacio dejándolos en la sala. No hicieron acusaciones ni tampoco preguntas invasivas. Ellos no eran jueces, y su padre ya no estaba entre los vivos para explicarse.

Los tres llegaron al acuerdo de llamarse hermanos, no hermanastros.

Rhys —con su ojo clínico como ingeniero civil— notó que el apartamento de Ingrid necesitaba mantenimiento urgente en detalles que para otros pasarían desapercibidos. Muchos áreas lucían descuidadas e impropias de una Callahan. Lo anterior no era un juicio que surgiera como referencia a la fortuna que él poseía ni a aires de superioridad, sino por su propia experiencia de carencias y aprietos económicos vividos en su adolescencia. No quería que su hermana tuviera que tomar decisiones riesgosas en el afán de sobrevivir, pues era evidente que su vida era muy modesta. Rhys no permitiría que su propia historia —aquella carga intangible en su conciencia— se repitiera en Ingrid. Daba igual cómo había llegado a sus vidas o las razones detrás de su concepción. No podía ignorar que ahora también era su familia.

Antes de marcharse, los dos hermanos le propusieron a Ingrid empezar a conocerse, saliendo a desayunar ocasionalmente. Vanessa, que había regresado a la sala al escuchar que los murmullos cesaban, observó la interacción con lágrimas contenidas: ver que su hija no era despreciada, sino todo lo contrario, la emocionó de verdad. Por otra parte, en su rol de madre no podía dejar de velar por la seguridad de Ingrid —ambos jóvenes seguían siendo unos extraños—, así que agradeció cuando ellos le solicitaron su consentimiento, antes de proponer ese acercamiento a Ingrid.

Poco a poco, los tres hermanos empezaron a crear un lazo que fue fortaleciéndose con el paso de los años. Rhys le ofreció a Ingrid

lo que una chica de esa edad podría necesitar, al menos de acuerdo con su estilo de vida como multimillonario: la cambió a un mejor colegio y puso a su disposición una tarjeta de crédito —con límite y bajo vigilancia— para que se comprara ropa y demás.

Aparte, sin decírselo a nadie, le abrió un fideicomiso que Ingrid podría utilizar al cumplir los veintiún años. Estaría asesorada por un gestor financiero contratado por Rhys. Eso estaba decidido. Él reconocía que su hermana resultó ser un soplo de aire fresco: era irreverente, creativa y desafiante de un modo casi adorable. Lo más importante para Rhys y para Craig fue que la chica se había ganado el aprecio de Mildred. Nada de lo anterior implicó que su madre y Vanessa se hubiera conocido.

Fue un largo período de asimilación y adaptación para todos.

Para Rhys, llevar sangre irlandesa significaba que la familia era primero. Se defendía a toda costa, sin importar el precio ni el sacrificio. Esa era la consigna.

La historia del matrimonio de sus padres —y otros casos algo parecidos— le había confirmado el aprendizaje de que el amor era una emoción sobrevalorada: tarde o temprano destilaba el veneno de la traición. En su caso tenía dos ejemplos de sobra: la infidelidad cometida por su padre y la relación que tuvo con Sloane.

Una sola experiencia bastaba para romper a un joven de dieciocho años.

Dos, un recordatorio para un hombre de treinta y dos: no olvidar.

Quizá esas eran las razones de que, para él, sus relaciones fueran apacibles acuerdos superficiales. Cuando notaba que una mujer buscaba crear conversaciones, con intenciones veladas que apuntaban hacia un compromiso más serio y a largo plazo, Rhys se alejaba. No le apetecían los enredos fuera del dormitorio, pues no le gustaba perder su energía en banalidades. Tenía responsabilidades de sobra y decenas de personas en nómina que dependían de sus decisiones para mantener el ritmo de ingresos. Por ese motivo, él prefería los números: siempre funcionaban, no había grises, y delimitaban el alcance de su mundo sin medias tintas. Todo era muy lógico.

Pero esa claridad no se extendía a su moral gris, pues él sabía y reconocía de dónde procedió el capital inicial de sus negocios. Rhys podía jugar sucio cuando había competidores que intentaban causarle inconvenientes. Por eso contaba con el mejor equipo de abogados: para ocuparse de las minucias y garantizar que sus operaciones se mantuvieran dentro del marco legal. No permitía transacciones de dudosa procedencia en sus negocios. Prefería mantener a las autoridades fuera de sus asuntos.

Ese mundo —muertes, engaños, zozobra, crimen y traiciones a escalas que el ciudadano común era incapaz de imaginar— pertenecía al pasado, al capítulo sellado que escribió con sangre como parte de Vipers Reign. Su credibilidad y su reputación no tenían precio, y preservarlas implicaba mantener a la mafia fuera de sus asuntos.

Alguna vez, él escuchó decir que el pasado solía regresar sin anunciarse y que el destino —en el que no creía— tenía formas interesantes de trastocar los planes más elaborados. Pero él se consideraba demasiado listo para creer en idioteces.

CAPÍTULO 3

Alana había elegido un elegante vestido que dejaba al desnudo solo un hombro. Su cintura quedaba arropada por la vaporosa seda roja que caía fluidamente casi hasta el piso. Lo más extraordinario era la forma en que un costado de la prenda, escandalosa y discreta a la par, dejaba entrever a través de una abertura —que flirteaba con la idea de mostrar más piel de la que en realidad era posible— su declaración silenciosa. Ella seguía sus propias reglas al vestir y desafiaba, con altiva seguridad, a la sociedad que esperaba siempre toques más conservadores para ciertos eventos. Alana solía tener esta clase de impulsos para compensar la inquietud que, lastimosamente, había sido sembrada por otras personas en relación a su curvilínea figura. Se decía a sí misma que si actuaba enfrentando los miedos con determinación, estos se disipaban o perdían fuerza. La otra opción era paralizarse y evitar salir de casa. Eso era cobardía.

Ella procuraba elevarse sobre los desafíos y mirarlos con pragmatismo para intentar hallar una solución. En un entorno de apariencias y espejos, con reflejos difusos, siempre era complicado discernir entre la sinceridad y los intereses velados. Así se movía el mundo, no solo entre grupos privilegiados o que ostentaban títulos nobiliarios. En una sociedad que premiaba la superficialidad sobre lo genuino, y obedecer patrones predefinidos sobre la originalidad, intentar abrirse camino llevando la bandera de una personalidad que no aceptaba bulos ni los creaba, en el afán de encajar, podría tornarse agotador. Alana era consciente de que la imagen que la prensa retrataba de ella no tenía que ver con su realidad. Las personas leían sobre la glamurosa y vibrante agenda de los millonarios e imaginaban que el día a día consistía solo en situaciones alegres, en nada que los afligiera, y todo lo resolvían con rapidez.

Esa era una percepción errónea, en especial en lo relacionado con Alana.

De hecho, ella procuraba mantenerse apartada de los reflectores y elegía la menor cantidad de actividades de perfil alto. Llevaba años, desde que tenía uso de razón, sonriendo para personas que no conocía, respondiendo preguntas —cuyas posibles respuestas ensayaba previamente con su madre— de periodistas que indagaban sobre qué diseñador prefería o si había visitado la última isla de moda para vacacionar durante el verano o si acaso era verdad el cotilleo de que estaba saliendo con un actor o un magnate, o, simplemente, cualquier novio que quisieran inventarse. Sin embargo, ella comprendía que los negocios de su familia y las contribuciones que hacían a causas de ayuda social —única razón por la que aún no se desconectaba por completo de la agenda de Boston y otras ciudades de Estados Unidos— eran importantes. Solo por aquellos que estaban con necesidad y merecían un alivio: becas escolares, tratamientos médicos, víveres, centros de capacitación, y demás, Alana sonreía para las cámaras y toleraba las aburridas charlas de terceros. Pero, en el día a día, lo que buscaba era el primer instante libre de su trabajo para viajar a su refugio.

En su casa de Martha's Vineyardse escondía bajo las olas, que solían cobijarla con el ritmo inconfundible de la salvaje naturaleza, fundiéndose así con el agua salada. Luego de un largo baño, el mar la dejaba marchar, renovada. No solo quería un solaz de la agitada vida en la ciudad, y tomar un respiro entre el sol y la brisa marina, sino que también buscaba aquietar la mente si alguna situación en particular la abrumaba.

Habían pasado muchos años, pero al recordar —quizá porque continuaba en contacto con aquella persona que era importante para ella— los sucesos pasados parecía que si todo acabara de suceder. Ya no tenía las pesadillas de antes, no obstante, quedaban las reflexiones sobre posibilidades; la curiosidad de lo que habría ocurrido si no hubiese tomado las riendas en sus manos; la intriga de conocer por qué el ser humano era capaz de tantas canalladas. Mas no podía hacer preguntas, ni creía que tuviera la posibilidad de desenredar el hilo de esa madeja para despejar sus dudas.

Aquel acontecimiento que experimentó cuando tenía diecinueve años, la obligó a entender lo efímero de la existencia humana. Pasó

varias semanas en un oscuro túnel emocional. Aún le parecía difícil replicar en palabras lo que significaba la sensación de tener sangre en las manos y, a la par, notar la desesperación de otro ser humano, cuya vida pareció empezar a esfumarse frente a ella. Que una Pemberton se hubiese mezclado en un asunto que podría describirse como turbio, habría causado repercursiones que su madre no hubiera sido capaz de aceptar o perdonar. Ella no vivía para lograr la aprobación de Sandy, pero no quiso crear fricción entre sus padres y por eso calló. Alana sabía que lo que vivió aquella noche de un frío febrero fue el resultado de su propia elección, así como tenía la seguridad de que si tuviera que elegir de nuevo, lo haría todo igual. En ocasiones se preguntaba si su corazón era demasiado generoso y si, a veces, sería todo más llevadero si practicara la gentil indiferencia de su madre. Pero no quería ser una réplica de Sandy Pemberton. Se negaba a ello.

La única que conoció parte del complicado incidente fue Taylor.

Alana la llamó, con la voz temblorosa aquella noche, porque no podía ir a ninguna clínica privada o conocida, menos volver a casa con la ropa salpicada de sangre. Su mejor amiga, cuya mente estuvo más despejada y los nervios más firmes, logró que se movilizaran discretamente a una casa de salud más pequeña. Alana tuvo que dar sus datos personales, no existió otra opción, pero al menos se quedó tranquila al saber que dicha clínica era propiedad de un amigo del hermano mayor de Taylor. Eso le garantizó dos puntos importantes: sus datos no serían filtrados o publicados, y el tema sería olvidado. Lo anterior no incluía las secuelas ni el shock en Alana.

En el caso de Taylor, al no haber vivido el incidente desde un inicio, sino que fue la catalizadora para tomar decisiones rápidas y acabar cuanto antes con la desesperación de su mejor amiga, su percepción resultó muy distinta. Inclusive, le dijo a Alana que era valiente por haber actuado de la manera en que lo hizo y que, si bien no fue un escenario alentador el que experimentó, se alegraba de que hubiera tomado la decisión que le gritó su instinto. Al final, acordaron no volver a hablar del asunto.

Con el paso de los años y la llegada de la madurez, su mirada sobre las batallas que podía librar y las que serían imposible de

ganar cobraron un matiz distinto para Alana. Ahora, elegía con cautela cómo afrontar cada una. Comprendía que gran parte de la sociedad creyera que el dinero lo compraba todo, pero no era una realidad. Sí que lograba acceso a oportunidades únicas y que ofrecían instantes de alegría, pero no poseía el don de borrar u olvidar momentos en la vida que marcaban para siempre.

Alana quería tomarse un largo descanso de su agenda social. Sentía que el aire que respiraba se volvía cada vez más denso entre la gente que frecuentaba, pero que —inevitablemente— formaba parte de su entorno. No tenía amistades cercanas, salvo Taylor y un par de personas más, sino más bien conocidos que ejercían como el aceite de las piezas de engranaje que permitía que la maquinaria de alta sociedad y sus intereses funcionaria a la perfección. Pero ella estaba harta. Por eso, en los últimos seis meses, había ido paulatinamente haciendo una lista de sus diferentes roles —heredados por derecho de antigüedad— en comités de fundaciones, actividades culturales, y deportivas, inclusive. Lo que más la aburría era formar parte del Comité Boston Legacy (CBL). Así que esa noche sería la última ocasión en la que vería bailar a las debutantes que, con su voto y el de las demás integrantes del comité, habían sido elegidas. Alana estaba en contra de juzgar a unas jovencitas por factores ajenos a su carácter o personalidad, tal como hicieron con ella desde que fue consciente de que lo único que importaba era su apellido; por ese motivo sus votos —sin excepción— contenían un «Sí». Las otras integrantes del CBL, la miraban con disimulado fastidio, mas no le importaba. La más pesada de todas era Celine Van Heussen. La mujer ejercía de secretaria y creía que tenía el mismo derecho de opinión que la presidente del comité, además pensaba que su belleza era irresistible y corrían rumores de que su familia estaba en aprietos económicos porque tomaron malas decisiones sobre un negocio portuario con ejecutivos rusos. Celine era tan insoportable y arrogante que Alana prefería darse un golpe en el dedo más pequeño del pie, en lugar de escucharla.

—No comprendo cuál es tu necesidad de aceptar a todas estas chicas, Lani —había dicho el día de las votaciones, semanas atrás. Celine siempre miraba con desdén, a través de esos ojos verdes que

parecían conjurar un maleficio—. Haces que el trabajo sea más complicado para todas, porque nos toma más tiempo descartar a las que no son idóneas como debutantes —había meneado la cabeza—. Si no te conociera desde la escuela, dudaría de que en verdad eres una Pemberton. Tu madre, pobre Sandy, debe escandalizarse cuando le cuentan sobre tu costumbre de no utilizar una negación con la lista de candidatas. Actúas como si no fueses una de nosotras.

Alana, que aquel día tenía había tenido una fuerte jaqueca luego de perder un caso en la Corte, no tenía ganas de soportarla. Detestaba que le dijera «Lani». No había existido nunca esa clase de cercanía entre ellas, pero la mujer parecía no enterarse. A lo largo de toda la secundaria —Celine— había sido su competencia en todo. A ratos parecía odiarla y, en otros, actuaba como la amiga más leal y atenta.

En pocas palabras, la mujer siempre había sido difícil de entender y tolerar.

—No soy de ningún grupo. Nací, como tú, con privilegios, pero eso no me impide tener mi propio criterio. Aparte, la opinión de mi madre no forma parte de la orden del día en este comité —había replicado, en su habitual tono de voz dulce y que empleaba cuando se contenía, a duras penas, de mandar a alguien a la mierda—. Si en algo sirve mi comentario para aclarar tus dudas sobre mis votos, que no deberían interesarte, yo estoy a favor de ampliar el número anual de debutantes a cincuenta.

Celine había abierto y cerrado la boca como si le hubiera quitado oxígeno.

—¿Qué dices? —había preguntado llevándose la mano al pecho, horrorizada.

—Conseguiríamos más beneficios con tantos talentos y ganas de ayudar en las fundaciones a las que el CBL contribuye, si, en lugar de solo veinticinco debutantes, el número aumentara. Simple lógica, Celine —había dicho mirando también a las otras once integrantes del comité, que la miraron con curiosidad—. Pero —había sonreído— por supuesto, entiendo que es algo que debemos discutir en profundidad.

—No hay discusión posible. Sería un rotundo no —había dicho Celine, acomodándose un mechón de cabello rojizo—. ¿Con qué clase de gente estás juntándote desde que trabajas en McKenzie & Trader? ¡Dios mío, Lani! Posees una fortuna inmensa, propiedades y todo lo que en este círculo selecto disfrutamos desde que nacimos, pero te rebajas trabajando —había hecho una mueca—. No entiendo.

Alana se había reído, porque eso era más fácil que decirle que era imbécil.

—Hay algo que se llama propósito, Celine —había expresado con seriedad esta vez, solo para que la mujer la escuchara—. El mío no consiste en aumentar mi fortuna o vivir de lo que otros dejaron para mí. Ser un parásito está en el último escalafón de mi lista. —La pelirroja había hecho una mueca—. Prefiero labrar mi reputación sin tener que dudar si mis éxitos son logros propios o de mi apellido.

Con eso, Celine se había dado la vuelta —incómoda y enfadada— y prefirió charlar con otra integrante del CBL que, ajena a esa última réplica de Alana, seguía leyendo los perfiles que todas tenían que revisar. Aquella había sido una larga velada y la razón final para sustentar su argumento de no seguir formando parte del comité.

Alana consideraba que los criterios que usaban habían perdido coherencia.

Ella se sentía orgullosa de haber elegido la profesión de abogada, porque —más allá de llevar algunos temas familiares cuando era preciso, a nivel privado— le había dado la oportunidad de conocer otro tipo de realidades ajenas a la suya. Si bien McKenzie & Trader formaba parte de la élite de Boston —como firma legal—, la única manera de ingresar era con un currículum estudiantil destacado. No importaba cuánto dinero tuviera el candidato o candidata. La capacidad de resolución y méritos eran las credenciales de entrada, pero era el desempeño lo que mantenía el empleo.

Alana sabía —porque había escuchado los clásicos murmullos de los pasillos, que existían en cualquier trabajo— que todos se preguntaban si daría la talla o si se aburriría de trabajar, en lugar de disfrutar de su fortuna, y abriría algún negocio. Por eso estar en McKenzie & Trader era un interesante desafío personal, pero también

le había permitido elegir casos pro bono. Esos eran los que habían tocado su corazón.

La abogada no buscaba los clientes de procesos fáciles, sino los complejos. Daba igual que no le pagaran, pues esa era la verdadera vocación: ayudar. Fue a través de los casos pro bono que se adentró en investigaciones profundas, archivos de relatos crudos, difíciles y conoció realidades que la dejaban en shock y otras que la dejaban triste al llegar a casa. La satisfacción de encontrar el camino legal para liberar a quienes estaban presos injustamente, devolver la custodia de los hijos a una madre o a un padre, ayudar a quienes eran despojados de sus bienes por una cláusula bancaria incoherente, no tenía precio. Claro, no trabajaba sola, sino con un grupo de abogados —curiosamente eran los veteranos los que elegían esos casos, no los jóvenes—, y no lo hacía por obtener reconocimiento. Se trataba de inclinar la balanza hacia la justicia social, en lugar de vivir en una burbuja de cristal como preferían quienes la rodeaban.

Alana sabía que sus compañeros de profesión, así como un gran porcentaje de sus contactos —si acaso no todos— intentaban entablar amistad con ella, porque buscaban la aprobación que recibían si una Pemberton formaba parte de su círculo cercano o los veían a su lado tomando un café o conversando en alguna fiesta o reunión privada. Si lograban ganarse una sonrisa de Alana y que ella los considerara lo suficiente para invitarlos a algún evento organizado por Sandy y Darren Pemberton, la situación era mucho mejor. Nadie era ajeno al hecho de que las puertas y accesos a oportunidades de crecimiento profesional —a experiencias que el común de los mortales no vivían, a los contactos en círculos impensados con más influencia que un monarca europeo— se abrían con más facilidad al rodearse de los que poseían la llave a ese abanico de opciones. No porque se lo hubiesen ganado por algún mérito específico, sino porque habían nacido bajo la privilegiada estrella de un buen apellido.

Brent Cabot formaba parte de este último grupo.



Alana había hecho caso del consejo de Taylor, semanas atrás, y aceptó la invitación de Brent a la regata. Fue divertido y distinto, no porque fuese la primera competencia de yates a la que acudía, sino porque Brent —a pesar de estar rodeado de tantas personas y tener la meta de ganar como objetivo principal— resultó encantador y considerado en todo momento. No intentó impresionarla ni actuar con la arrogancia de creerse mejor que los demás competidores. Los invitados, patrocinadores, y todos aquellos que no eran parte del equipo náutico, permanecieron en un yate gigantesco desde el que observaban a las embarcaciones buscando la victoria aquella tarde.

Entre canapés, champán, langosta, ensalada, vino y comentarios sobre temas en común, mientras la brisa del Atlántico bañaba de rocío a los asistentes, Alana se sintió menos tensa. Ser el centro de atención no le agradaba —aunque hubiese sido parte de su vida social desde que podía recordarlo— y en esta ocasión el foco de atención era la competición. Brent obtuvo el tercer lugar, con su yate y tripulación, pero en lugar de actuar frustrado, o enfadado por no ganar, hizo bromas sobre sí mismo y la necesidad de buscar regatas menos difíciles para llevarse el trofeo más fácilmente. Aparte, él presentó a Alana como su amiga, ante quienes no la conocían.

Su forma de introducirla ante varias personas fue gentil y natural —como haría con cualquier invitado especial— sin dar pie a que se especulara si el estatus de ambos era más que solo amigos. Otros hombres habrían aprovechado la ocasión para dar a entender que estaban juntos en un plano más personal. Notar que Brent de verdad quería conocerla, le dio la pauta a Alana para disminuir su habitual cautela ante personas que solían ser oportunistas. Si bien tuvo pocos novios, lo que sí experimentó fueron varias desastrosas primeras citas que terminaban antes de empezar, cuando se daba cuenta de que en realidad a sus acompañantes solo les interesaba alguna información de alguien o inclusive pedirle un favor; todo ello disfrazado de galantería y juegos de palabras que la irritaban. En

cambio, Brent no necesitó crear narrativas premeditadas o falsas. Él tenía un plus: poseía la misma influencia que los Pemberton.

Así que ella no se arrepentía de haber ido a la regata.

En las semanas siguientes, el joven heredero había logrado desarmar algunos de los argumentos de Alana ante la negativa de verse de nuevo en una cita, pero sin actividades sociales de por medio. Ella procuró ser franca y directa. Le dijo que no estaba interesada en una aventura pasajera, ni tampoco en considerar una relación a largo plazo. Él le confesó que durante mucho tiempo su idea de tener una pareja estable no le parecía algo atractivo, pero que eso cambió cuando la conoció y que era la razón de que hubiera insistido en invitarla a salir varias veces. Alana se quedó en silencio un largo rato, y al final aceptó la propuesta para quedar a tomar un café y conocerse mejor. Ese fue el inicio de varias salidas juntos. Aunque ella notaba el deseo en los ojos de Brent, no daba pie a que hubiera sexo. Pero sus besos se volvían cada vez más ardientes y cautivadores. Él la hacía sentir cómoda, sin presión. Alana no le habló de que la idea de desnudarse ante un hombre —después de lo vivido con el cretino de Aaron, su ex— le causaba inquietud, porque no quiso entrar en detalles tan personales. Aparte, no tenía por qué justificar sus decisiones íntimas si no le apetecía.

Las ocasiones en que coincidía con Brent no eran frecuentes, porque sus agendas laborales solían cruzarse casi siempre. En ocasiones, Taylor le preguntaba a Alana si quizá no estaba saboteándose a propósito —adquiriendo más carga laboral de lo que era capaz— para protegerse. Ese comentario de su amiga instó a Alana a reflexionar, porque, tal vez, era cierto. Era consciente de que Brent no le daba razones para creer que pasaría de ser un hombre encantador a uno despreciable como Aaron.

Así que, después de considerarlo de verdad, había tomado una decisión.

Esa noche, luego de que acabara la fiesta de PreGala de Debutantes de Boston, en el que se anunciaría la lista de las veinticinco chicas elegidas para ser oficialmente presentadas en el Baile Anual de Debutantes —dentro de unos meses— Alana le diría a Brent que le gustaba la idea de poder verse más seguido. Quizá —

eso no iba a decírselo— ella intentaría vencer la incómoda idea de volverse vulnerable al mostrarse desnuda. Alana deseaba volver a disfrutar del sexo y conocer un lado diferente; uno que ardiera de verdad, porque no creía posible que lo hubiera vivido algo así nunca.

La calma que Brent le ofrecía era agradable y diferente a la de otros pretendientes que solían ser más insistentes, pero que terminaban hartándola o aburriéndola. Con los otros le hacía falta algo más y —probablemente— era esa sensación de serena compañía que Brent sí le ofrecía. Taylor solía decirle que estar en una relación en la que no existía fuego al cruzar miradas o una inmediata palpitación en el sexo, ante la idea de ser tocada por ese hombre, no tenía buen futuro. Alana no sabía si quizá —al darse una oportunidad real con Brent— lograría vivir todas esas emociones que su mejor amiga mencionaba, pero quería intentarlo. Ella había buscado adrenalina y emoción siempre, mas terminaba decepcionada. Porque esa pasión que llevaba dentro e intentaba permitirle expandirse, resultaba en un súbito colapso, porque su pareja no parecía engancharse a su misma sintonía, haciéndola volverse menos espontánea y más cautelosa. Después de las decepciones vividas, Alana prefería una relación en la que pudiera empezar desde la calma, en lugar del caos, y sin tantas expectativas. No quería situaciones de las que pudiera arrepentirse.

La voz masculina a su izquierda la regresó al presente: la fiesta.

—Estás particularmente silenciosa, aunque no por eso menos bella —dijo Brent a su oído. Ella apartó la atención de la gente alrededor de la fuente transparente, llena de chocolate y rodeada de palillos con malvaviscos, y miró a su acompañante.

—Gracias —replicó sonriéndole. Él le hizo un guiño—. A veces me suelo preguntar qué tan vacía puede resultar la vida si eliminásramos todos estos eventos.

El hombre se rio y le dio un apretón leve, juguetón, en la cintura.

—Creo que son pretextos para conocer personas interesantes —dijo flirteando—. No siempre se tiene la suerte de llevar del brazo a una abogada exitosa.

—Ah, qué halagüeño estás hoy —replicó apoyándose en él.

—En absoluto. Soy el hombre más envidiado, ¿sabes cuántos matarían por llevar a una mujer tan sexy como tú del brazo, Alana? —preguntó mirándola con una franqueza que la desarmó—. Que me haya contenido, porque de verdad quiero conocerte, no significa que las ganas de probar cada recodo de tu piel no existan.

Alana abrió y cerró la boca. Esta era la primera ocasión en la que él se expresaba al respecto tan directamente. Ella era consciente de las miradas furtivas de las demás personas. No era ajena a que solía ocurrir con frecuencia, en especial ahora que los descendientes de los apellidos Pemberton y Cabot estaban juntos, la circunstancia era irrelevante. Además, Brent era uno de los solteros que más interés suscitaba entre las mujeres que buscaban aumentar su fortuna, influencia y beneplácito social; así como de aquellas que no poseían riqueza e intentaban utilizar sus encantos físicos para seducir a un millonario como aquel. Por otra parte, los padres de Alana estaban en la mesa reservada para las familias de quienes fundaron este evento décadas atrás en Boston. Alana, en cambio, podía sentarse en el sitio que le apeteciera porque formaba parte del comité del CBL. Ella no dejó de notar la mirada de aprobación de su madre cuando, al llegar con Brent, se acercó a saludarlos. Su padre, por el contrario, solía ser indiferente a esta clase de asuntos. Darren siempre le había dicho que cuando ella eligiera a la persona con la que quisiera pasar el resto de su vida, él respetaría esa decisión. Esta,y otras razones eran por lo que Alana lo amaba tanto. Haría cualquier cosa por Darren, pues fue él quien estuvo a su lado motivándola para que fuese ella misma, en lugar de volverse en una copia de las demás chicas de su edad —a medida que fue creciendo —. Las restricciones, exigencias de etiqueta y elección de amistades las había instigado, y pretendía seguir haciéndolo, Sandy.

El maestro de ceremonias de la fiesta llamó la atención de presentes.

Poco a poco, las charlas cesaron.

Alana, que no alcanzó a replicar el comentario de Brent, dirigió la mirada hacia el escenario. Se iba a realizar el anuncio de las veinticinco candidatas que serían las debutantes de ese año. Cada una recibiría el clásico juego de pendientes y un colgante de

brillantes con sus respectivas iniciales, ya que era parte de la tradición. El hombre del micrófono estaba de pie en un espacio en forma de media luna y que había sido creado especialmente para las hermosas jóvenes de alta sociedad. Todas lucían los mejores vestidos de diseñadores famosos y que marcaban tendencia esa temporada.

La lista de las veinticinco jóvenes elegidas como debutantes, la conocía la secretaria, Celine Van Heussen; la vicepresidenta, Riley Adams; y la presidenta, Vania Lowell. Ellas eran las responsables. Pero Alana, designada parte del comité por la fallecida expresidenta, Elizabeth Bowen-Fitz, tenía acceso a esa información. De hecho, se sentía contenta por el resultado de las votaciones de ese año, y estaba segura de que su antigua mentora y amiga habría estado de acuerdo con las razones de que hubiese más inclusión considerando que el mundo exigía una visión más expansiva.

Todas las elegidas para el Baile de las Debutantes —que se realizaría dentro de dos meses— también recibirían un broche de oro en forma de colibrí, la insignia oficial del evento. Alana miró a Brent con una sonrisa cuando una a una, las jóvenes empezaron a acercarse al escenario a medida que eran mencionadas. Cuando el último nombre fue leído, la alegría ya se había borrado del rostro de Alana. De hecho, estaba furiosa. La lista no era la original que ella conocía y que estaría en el registro oficial.

Quería exigir una explicación, mas no fue posible, porque de inmediato un incidente llamó la atención de todos. Desde la entrada, los agentes de seguridad trataban de impedir que ingresara la única persona que —para Alana— merecía estar en ese escenario en forma de media luna. No solo llevaba un precioso vestido, sino que el cabello negro le enmarcaba el rostro y los hombros como una cascada de brillante líquido oscuro. La chica se abrió paso entre los asistentes, hasta llegar al escenario. Después murmuró algo al maestro de ceremonias y tomó le micrófono con una gracia que —en otra persona— habría resultado una grosería. En este caso fue algo más bien fluido y elegante. La chica esbozó una sonrisa, mezclada entre la tristeza y el desconcierto. Su rostro también lucía algo

agitado por el forcejeo para librarse de los guardias y entrar al evento. Las palabras que dijo a continuación afligieron a Alana.

—Buenas noches —dijo la voz segura, aunque también algo temblorosa—. Mi nombre es Ingrid Callahan. Este vestido lo confeccioné yo misma. Elegí la tela y lo cosí a mano, porque considero que el talento no está solo en la tecnología, sino en la habilidad de los dedos y mente de quien añora crear prendas especiales. Este año no recibí una negación para este evento, porque cumplí la mayoría de edad hace un par de meses. Lo que significaba, por lógica, que era una de las veinticinco candidatas a ser debutante. Por eso hice con ilusión un trabajo maratónico y especial —se miró a sí misma, llevaba un precioso vestido de organza azul con toques dorados y detalles de cristales Swarovski—. Sin embargo, a pesar de tener la invitación, que certificaba que estaba entre las elegidas, los guardias me impidieron entrar —explicó contrariada y agobiada—. Así que tuve que utilizar mi entrenamiento en defensa personal para…

—Ingrid —zanjó un voz masculina, calmada y peligrosa—. Suficiente.

Todo el salón guardó silencio. Los murmullos se esparcieron como el zumbido de las abejas. La orquesta de viento, que estaba amenizando el momento, se detuvo.

La piel de Alana pareció cobrar vida de repente y su piel se erizó. Entre los presente, casi al unísono, dirigieron la mirada hacia la entrada principal. El hombre que estaba de pie lucía imponente, intimidante y elegante, y su sola presencia daba a entender que sabía que ocupaba un lugar más importante que cualquier de los presentes. El traje hecho a medida destacaba su físico y también el aura de autoridad que lo rodeaba con naturalidad. No solo eso, sino que opacaba al entorno. Ninguno de los guardias se atrevió a acercarse, de hecho, se hicieron a un lado para darle paso.

Alana, que estaba cerca del escenario, vio cómo el desconocido se abría camino hasta llegar al escenario. Sin decir más palabras, él se detuvo justo en el lugar en el que estaba Ingrid y le extendió la mano. La joven soltó una exhalación, le devolvió el micrófono al maestro de ceremonia, y caminó hacia las escaleras para bajarlas de

la mano de quien acababa de llegar a buscarla. El atractivo y magnético hombre detuvo el andar, por consiguiente lo hizo también la joven, justo en el centro del salón. Parecía ser el dueño del mundo y un comandante en jefe al que nadie osaría interrumpir. Barrió el gran salón, su ostentosa decoración y a los asistentes, con una mirada hostil.

—La ofensa que ha sufrido Ingrid, no va a quedarse sin consecuencias —dijo él con claridad, no necesitaba el micrófono para hacerse escuchar, porque todos lo observaban atónitos. Estaban preocupados por la persona que estaba ante ellos, más allá de las formas—. Disfruten la velada. Tendrán noticias mías, no lo duden.

La advertencia era clara. La amenaza, todavía más.

Hubo un instante, cuando el apuesto extraño de ojos llenos de secretos, en que esa mirada firme se cruzó con la de Alana. Y fue como si un trueno hubiera quebrado la cúpula de vidrio que estaba sobre el salón. El estruendo silencioso entre ambos ocurrió con la misma brevedad con la que desapareció. Al cabo de un rato, cuando Ingrid —caminando con resignada serenidad— y su acompañante salieron del lugar, los murmullos se convirtieron en charlas más sonoras. Alana no pudo borrar la extraña certeza de que lo sucedido con Ingrid, por alguna razón, iba a pesarles a todos.

Alana, por simple impulso, aceptó la copa de champán que le ofreció un camarero. Dio un par de pequeños sorbos. En el entorno subyacía el desconcierto.

—¿Quién es él…? Todos parecen temerle —le preguntó ella a Brent.

Su acompañante hizo una mueca, casi despreciativa ante la mención.

—Un irlandés que se cree el amo del mundo y que lleva años ganando terreno, con fuerza y sin descanso, para convertirse en uno de los más ricos del país —dijo.

Alana frunció el ceño. No comentó que físicamente el hombre le pareció un gladiador dispuesto a romper el cuello de los que habían ofendido a Ingrid, pero que había hecho gala de una contención

monumental. Tal como un depredador que sabe que lleva la partida con ventaja y solo es cuestión de tiempo para dar el primer zarpazo.

—No lo he visto antes…—murmuró Alana—. No me suena de nada.

—Frecuenta la clase alta en asuntos de negocios, no en estos temas sociales. No porque no pueda, sino porque desprecia todo lo que representamos. Como te acabo de comentar, el hombre surgió —según comentan, y no lo dudo— de barrios bajos. Además, tampoco colabora el hecho de que algunas de nuestras amistades, cada vez que pueden, trunquen los planes de las empresas de él a propósito —explicó.

Alana lo miró con curiosidad.

—¿Por qué? Entiendo que parece intimidante, pero esto no tiene sentido.

Brent soltó una exhalación leve.

—Porque es lo que consideramos alguien de «nueva fortuna», y no pertenece a nuestros círculos por derecho, sino por su cuenta bancaria y portafolio. A mí me da igual, porque nuestras industrias de trabajo son distintas —dijo apresurándose a aclarar ese detalle al ver la notable desaprobación de Alana por el comentario, lo cual evidenciaba que no le gustaban estas diferenciaciones—. Hay rumores de que su pasado es algo turbio. La chica es su hermana —continuó, anticipándose a la pregunta que probablemente haría su cita de esa noche—. Supongo que ustedes en el comité decidieron no aceptarla y ella, como cualquier joven que quiere ser relevante a su edad, entró aquí fingiendo tener una invitación cuando no era el caso —concluyó Brent.

Alana meneó la cabeza y lo observó con seriedad.

—En absoluto —replicó ella con incredulidad. No tenía idea quién estaba detrás de la afrenta contra Ingrid, pero le parecía repudiable —. Los votos del comité son secretos, pero sé que puedes guardar una confidencia. ¿Verdad? —Él hizo un asentimiento—. Yo le di el voto a Ingrid Callahan —comentó en voz baja, a pesar de que alrededor la fiesta había retomado el ritmo—. Ella estaba en la lista de debutantes para este año, por supuesto que recibió una invitación, porque completó el número de aprobaciones mínimas

requeridas. Dios mío… Lo más probable es que hubieran hecho un cambio de última hora, aún cuando ya estaban repartidas las invitaciones, y no le notificaron. Hacer algo de esta calaña a una joven tan agradable como Ingrid, aunque no la conozco en profundidad, me hace decepcionarme de este evento…

El hombre no quiso discutir con ella. ¿Quién en su sano juicio querría enfadar a la mujer a la que deseaba y a la que quería que llevarse a la cama? Él, obvio, no.

—Las amenazas de Callahan no son en vano —replicó Brent, mientras el maestro de ceremonias empezaba a entrevistar brevemente a las nuevas debutantes y el cuarteto de cuerdas ofrecía una perfecta ejecución musical de fondo. Aún así, la nota de sombría tensión se negaba a desaparecer de la fiesta—. Van a rodar cabezas.

Alana se sentía inquieta, pero no podía encontrar una explicación al respecto.

Lo único que la hermosa abogada podía entender era que cuando su mirada se cruzó con la de ese extraño algo pareció romperse dentro de ella. Como si cuerdas invisibles, que no sabía que llevaban años rodeándola, se hubieran desatado de repente. No para dejarla en libertad, sino para recordarle que en la vida no podía darse por seguro lo que siempre había tenido a disposición. Alana acabó su copa.

—¿Cómo se llama ese hombre? Me dijiste que se apellida Callahan.

—Rhys Callahan —replicó Brent con acidez. Luego cambió el tono serio por una sonrisa dedicada para la mujer que quería, si ella lo permitía dentro de un tiempo, que llevara su apellido y su descendencia—. Entiendo que te haya molestado lo ocurrido con la chica, porque eres una persona íntegra y de gran corazón. Pero no pierdas tu energía en algo que no tiene remedio. Además, lo más probable es que la presidente del comité le envíe un obsequio de alto valor y quedará todo solucionado. Eso no está en tus manos, me dijiste que este es tu último acto como integrante del CBL. Así que, ¿por qué mejor no te relajas, hermosa Alana, y disfrutamos la noche?

Alana apenas esbozó una sonrisa, porque tenía el presentimiento de que lo que acababa de suceder no iba a resolverse con facilidad. Un hombre que desafiaba abiertamente al grupo social más influyente de la ciudad —sin alzar la voz, con la entereza dominante de quien siempre había sido el depredador y nunca la presa— no improvisaba. Tampoco aparecía en eventos que claramente repudiaba, en especial cuando de por medio había una afrenta a su familia. Con más claridad: su hermana.



Al llegar a casa, Alana hizo su rutina de belleza: quitarse el maquillaje, la ropa, y luego meterse bajo las sábanas. Al cerrar los ojos para intentar dormir, su mente se dirigió a dos aspectos. El primero fue recordar que jamás le dijo a Brent que ella quería verlo con más frecuencia y explorar juntos qué más tenían en común, en un plan romántico.

Lo segundo fue evocar el rostro de rasgos masculinos, el cabello peinado hacia atrás, la penetrante mirada color café, la barba de cinco días sin afeitar y la perfección que la tela del esmoquin marcaba en lo que denotaba un físico impactante. Tan impactante que la posibilidad de desear conocerlo, palmo a palmo, le aceleró el pulso.

Fue el inequívoco tono de esa voz profunda —que, a pesar de la amenaza declarada, le pareció una caricia invisible sobre la piel— lo que consiguió que Alana se preocupara… «¿Quién era de verdad Rhys Callahan…?», se preguntó bostezando.

No hubo respuesta, sino solo Morfeo llevándola al mundo que dominaba: los sueños. Por supuesto, él también habitaba y comandaba, a la par, el de sus pesadillas.

CAPÍTULO 4

Rhys tuvo largas reuniones con sus proveedores asiáticos y europeos. No fueron negociaciones agradables, porque los cambios de horario resultaron un fastidio para alguien que, como él, solía mantener una rutina que le permitía usar su tiempo eficientemente. A pesar de que sabía que estas circunstancias formaban parte de su trabajo, cada cierto tiempo, no dejaban de irritarlo. Su humor se agrió más al enterarse —apenas aterrizó en Boston— de que Craig no podría asistir como acompañante de Ingrid a la PreGala de Debutantes, porque lo habían llamado de urgencia para que atendiera un caso en el hospital para el que trabajaba. Rhys no estaba de acuerdo con las ideas de su hermana y por eso acordaron que Craig se encargaría de ese asunto.

Además, luego de su ajustada agenda de viajes, lo que menos le apetecía era rodearse de un grupo de seres frívolos que encontraban regocijo en actividades absurdas y obsoletas. En su plan de retorno a casa, Rhys había previsto pasarla de otra manera: desahogando el estrés con una noche de sexo sin complicaciones. Aunque no se comprometía con una mujer de manera exclusiva, eso no significaba que hubiese ocasiones en las que repetía con alguna amante a la que consideró interesante.

Lo ocurrido con sus hermanos lo obligaba a reajustar su plan. Quizá, pensó tratando de mirar el lado práctico de la situación, lo mejor sería que fuese él en lugar de Craig, porque Ingrid no tenía malicia y solía poseer la tendencia a buscar siempre el lado positivo o bueno de los demás. Lo anterior lo cabreaba, porque nadie mejor que él sabía que cómo era el mundo: un foso gris en el que sobrevivir no siempre dependía de esforzarse o de tener suerte, sino de tomar medidas crudas y extremas.

Rhys no envidiaba a las familias que veía sonrientes o los padres llevando a sus hijos a jugar soccer o béisbol. Él creía que en algún modo había intentado en esos años hacer las paces con la traición de su padre. Al final, el resultado del dolor de una persona —en este

caso su madre, al convivir con la infidelidad de Thomas— había resultado en un desenlace inesperado: la existencia de Ingrid. Para Rhys y Craig, aunque ya la conocieron cuando tenía trece años, ella merecía toda la protección que pudieran darle, así como el apoyo que le faltó ante la ausencia de su progenitor.

Pero en esos instantes, cuando la luna creciente brillaba en el cielo, él pensaba en el presente: llegar lo antes posible al salón principal en The Isabella Stewart Gardner Museum. A pesar del esfuerzo del chofer, que lo recogió en el hangar privado del aeropuerto, hubo un accidente en la vía y se retrasaron veinte minutos. Eso aumentó su mal humor todavía más. ¿Cuál era la necesidad de hacer un debut social? El certificado de nacimiento debería ser suficiente para ser considerados parte de la sociedad. ¿Para qué gastar esfuerzos con el fin de encajar en un grupo de gente, cuyo mayor logro consistía en tratar de no llevar a la bancarrota el negocio familiar heredado, o comprarse el yate más caro para estacionarlo en alguna isla de moda?

No obstante, Ingrid le había dicho que para ella sí era importante rodearse de chicas de su misma edad y que pertenecían a ese grupo especial, porque así tendría acceso a oportunidades interesantes e inclusive crearía amistades con otras experiencias e ideas. Las conexiones que ellas solían tener con ciertos diseñadores u organizadores de pasarelas de moda, le parecían valiosas a Ingrid porque iba a estudiar diseño. Para analizar estilos y tendencias e inclusive tenía en mente proponerle a alguna de las otras debutantes que aceptara llevar un diseño suyo para lucirlo en alguna fiesta. Una exposición social de esa clase sería perfecta. No era lo mismo que una persona mencionara que llevaba un vestido hecho por Ingrid Callahan, ante un grupo que podría validar su trabajo y comentarlo ante oídos conocedores de moda, a que lo luciera alguien desconocido. Lo anterior propiciaría que pasara desapercibido su plan. Un plan entre muchos, porque si algo poseía Ingrid era una creatividad desbordante. Aparte, argumentó apasionadamente ante Rhys y Craig sobre las integrantes del Comité Boston Legacy, expresando que se preocupaban por crear programas de ayuda sin fines de lucro. Les explicó a sus hermanos que los fondos solían

provenir de donaciones de varias familias que estaban comprometidas con las causas sociales.

Rhys —a diferencia de Craig, que era más paciente— tenía poca inclinación para lidiar con esa clase de conversaciones. Prefería otras temáticas sobre la vida de su hermana y que no incluyera tratar de crear una imagen casi perfecta de ese grupo de personas que orquestaban esta clase de actividades cada año. Por eso optó por no discutir más al respecto y hacer creer a Ingrid que no tenía más argumentos que darle para hacerla caer en la cuenta de que estaba perdiendo su tiempo, porque existían otros modos más prácticos —y menos tediosos— de llegar a sus objetivos. Ella no cambió de opinión, a pesar de que Rhys le ofreció —a cambio de que no se inscribiera en esa bobería— un viaje para hacer un tour por los mejores talleres de confección de Estados Unidos. Obviamente, la terquedad formaba parte del ADN de los Callahan, porque su hermana le agradeció, pero insistió en que no altería su plan.

Así que gracias a esa terquedad, Rhys estaba yendo a ese dichoso evento.

Ingrid ya sabía que estaba en camino. A él le habría gustado que lo esperara, en lugar de adelantarse. Pero también comprendía que llegar tarde y dejar una mala primera impresión no era algo en lo que Ingrid incurriría, menos aun si consideraba esa PreGala como un pináculo de sus aspiraciones. Por otro lado, en su caso específico, el hecho de llegar tarde o temprano —según los escenarios y quiénes integraban la contraparte— solía ser un asunto más bien estratégico. Así medía ciertos detalles del carácter de los demás: si eran ansiosos, pragmáticos, calmados, determinados o impulsivos. Los mejores negociadores —y más difíciles— eran quienes usaban la expresión neutral y no permitían que las manipulaciones ajenas los perturbaran. Y esa era precisamente la parte que más disfrutaba Rhys: romper las estructuras mentales de los demás, encontrando el punto débil, para luego hacerse con el liderazgo de todo cuanto él buscaba obtener. Jamás dudaba de sí mismo y nada lo intimidaba. Las reglas estaban definidas a su conveniencia e intereses; los demás —fuesen o no conscientes de ello— obedecían. Así funcionaba su vida en todo aspecto.

Sin prisa, con el elegante andar aprendido a lo largo de los años, bajó del coche.

Lo último que hubiera esperado, al acercarse a la puerta de cristal con marcos dorados, fue ver a Ingrid discutiendo y tratando de apartarse de los guardias de seguridad que le impedían el paso. Se notaba, por los movimientos corporales, que los dos pelmazos no estaban siendo nada amables, y sus expresiones eran de altiva superioridad. Cabreado, Rhys no tardó en acercarse y empujar con firmeza al que había hecho trastabillar a Ingrid. Acto seguido, sujetó con suavidad a su hermana para estabilizarla. Los guardias al notar el rostro hostil, la corpulencia amenazante y el aura de peligro que rodeaban al recién llegado, marcaron distancia y se disculparon.

Fue como si la presencia de Rhys hubiera activado un sensor de alarma en ellos. El magnate los ignoró. De ese par se ocuparía después. No le importaba si tenían una familia que alimentar o si estaban hasta el cuello de deudas. Habían cometido el grave error de meterse con la persona equivocada. Pero los detalles se los dejaría a su mejor amigo, Leyton Bancroft. Este se ganaba la vida indagando y recopilando datos sobre otras personas en su exitosa firma de headhunting: Talent Seeker Corporation. Con esa información, Rhys le encargaría a su abogado personal —a quien en una estructura mafiosa italiana habrían llamado consiglieri— que les hiciera una visita que terminaría en dos desempleados más en las estadísticas. ¿Le remordía la conciencia llegar tan lejos por un incidente como el que acababa de presenciar? En absoluto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rhys en tono sereno, a pesar del enfado—. Si te han hecho daño —revisó que no tuviera huellas en los brazos— dímelo ahora, Ingrid.

Ella lo miró con una mezcla de desesperación y desconcierto. Negó.

—No me han hecho daño físico —murmuró—. Pero me han impedido la entrada, porque dicen que mi invitación no tiene la marca de agua de seguridad y es inválida. Sugirieron que soy una de las chicas que cree que puede pasar a este evento falsificando el documento —explicó, mostrándole el papel a Rhys—. ¡Y no es verdad!

Él leyó el contenido y luego lo dejó caer al piso. A ella no le importó el gesto.

—Sé que no es verdad. Tú jamás harías algo fuera de los reglamentos —replicó con una sonrisa que solo esbozaba para su familia: amable y sincera. Además, se alegraba de que sus hermanos nunca hubieran pasado las pruebas difíciles que él eligió con tal de salvar a su padre—. Quizá sea mejor volver a casa. Yo me encargaré…

Él no logró terminar la frase, pues su hermana, en un arrebato muy propio de su edad —así como de la convicción de que ese evento era todo lo que más anhelaba en esa etapa de su existencia — aprovechó que ya estaban en el umbral para adentrarse en el opulento lugar. Rhys apretó la mandíbula, porque sabía que Ingrid poseía la mala costumbre de expresar sus frustraciones sin medir las posibles consecuencias y aún no lograba comprender que todo tenía un tiempo y un espacio para llevarse a cabo.

Sin querer agregar otro momento embarazoso para ella, llamándola para que se detuviera al instante, Rhys avanzó hacia el salón con la actitud que habría tenido un rey que considera un lugar indigno de su presencia. Hubiera preferido tratar al siguiente día con esta situación, pero Ingrid estaba propiciando con sus acciones a que tomara otras medidas. Él ya se imaginaba que el rápido andar de la joven tenía un propósito: llegar al escenario, explicar su retraso y el incidente con los guardias.

No se equivocó, por supuesto. Decidió que le daría un límite de tiempo para que dijera lo que sea que tuviera en mente, luego se marcharían de The Isabella Stewart Gardner Museum. Se trataba, casi literalmente, de un palacio veneciano trasladado a Boston. La ostentosidad que exudaba abrumaba a Rhys, porque él prefería poseer algo único y de altísimo valor, pero que no estuviera contaminado por los excesos. Daba igual que fuese un edificio del año 1903 y que se comentara siempre de la exquisitez de los mármoles, la arquitectura, los frescos, los cortinajes y demás. Él había aprendido a disfrutar de los placeres y lujos del dinero, pero se inclinaba más por poseer objetos únicos de alto valor que pudiera aprovechar, en lugar de que estorbaran o se convirtieran en simples

adornos olvidados por el paso del tiempo. Así que, al final, ¿cuál era el sentido de vivir para complacer a otros? La respuesta era obvia: ninguno. Eso formaba parte de los temas que su hermana menor aún no entendía.

O quizá la forma de Rhys de ver la realidad estaba trastocada, porque sus manos no eran capaces de crear belleza ni vida, sino de apagarla y ensuciarla hasta quitar el último hálito de oxígeno. Ya no utilizaba un arma para ganar dinero, pero aplicaba los mismos principios de sus tiempos de sicario: elegía su meta, delimitaba los pros y contras, creaba escenarios diversos y salidas a cada uno, conocía a su objetivo, sus aficiones y detalles particulares, luego marcaba un tiempo. Al final, ejecutaba. En algunas ocasiones habría deseado llevar una Glock 34, así podría mandar a la dimensión de los muertos a esos hijos de perra de su competencia que se empeñaban en frustrar sus intenciones de ganar licitaciones de alta exclusividad. O, como en el caso de su propiedad ubicada en la Mount Vernon Street, remodelar lo que le pertenecía por derecho y con escrituras registradas.

«La diplomacia en los negocios a veces resultaba un jodido dolor de cabeza.»

Se tomó un instante para observar quiénes estaban alrededor. Los conocía a casi todos, mas no eran sus amigos. Sabía detalles importantes vinculados a temas empresariales de muchos de los convocados esa noche. De hecho, existía una carpeta con archivos en los que él registraba personalmente los perfiles de sus competidores. Lo podría considerar un pasatiempo con una finalidad importante: estar siempre alerta sobre quiénes eran las personas con las que trataba. La cantidad de dinero que estuviese en juego no restaba la minuciosidad a su manera de trabajar. No malgastaba esfuerzos. Tampoco se trataba de hallar obstáculos y sentirse pletórico al vencerlos, sino de encontrar caminos que no le hicieran perder ni tiempo ni recursos. Por eso no contrataba incompetentes. Si un empleado fallaba, era despedido de inmediato. Él no daba segundas oportunidades ni aceptaba excusas ante desempeños mediocres.

Mientras Ingrid —después de que el maestro de ceremonias le hubiera cedido el micrófono— terminaba de desahogarse, explicándole al público que le parecía injusto lo que había sucedido y que era preciso que lo enmendaran, Rhys escuchaba. La respuesta que recibió ella fue de risas quedas, murmullos burlones y miradas lastimeras. Él apretó la mandíbula con fuerza y no dejó que su hermana continuara, a pesar de que la voz de la joven en ningún momento se quebró ni tampoco dio lugar a creer que estaba rogando ser una debutante. Al contrario, ella estaba conteniendo la desazón bastante bien. Él le había dado exactamente tres minutos para que dejara salir lo que necesitaba expresar. Pero la humillación que le hicieron pasar a Ingrid: enviarle una invitación —por error o con el propósito específico de causar esta situación—, y que durante meses ella hubiera invertido horas confeccionando su vestido con ilusión, el cuidado que se tomó eligiendo los accesorios correctos, ensayando el breve discurso de agradecimiento y todos los planes de lo que significaba ser una debutante, Rhys no iba a olvidarlo. Sabía que esta gente, que miraba a los demás con altivez, valoraba los apellidos de tradición, no las nuevas fortunas, sin importar su cuantía o repercusión social. Las organizadoras de la PreGala, al parecer, estaban utilizando a Ingrid como ejemplo de lo que ocurría cuando alguien a quien no consideraban parte de ese entorno ni tenían intención de aceptar en él insistía en integrarse donde no pertenecía.

Los cotilleos en la prensa social al día siguiente —si acaso no estaban ya comentándose en grupos de chat en esos instantes y publicándose en columnas digitales— serían brutales. Ni siquiera cuando él encontró a Sloane abriendo los muslos, mientras un hombre que le doblaba la edad la follaba, sintió tanto asco e intención de matar a sangre fría como sí lo experimentaba ahora. Lo que sentía era una cólera visceral, porque se habían metido con lo más valioso para Rhys, aquello que no tenía precio: su familia. Que nadie del comité organizador se hubiera preocupado por aclarar lo sucedido, y disculparse inclusive, tan solo confirmó su teoría de que su hermana era el conejillo de indias de la ocasión. Se acercó al escenario.

Rhys se movía con la misma calma que emplearía un tigre para evitar levantar sospechas, en la masa de presas potenciales, sobre lo que era capaz de hacer. Su atención estaba fija en la mirada indignada y decepcionada de Ingrid. Él le extendió la mano en un gesto silencioso. Su hermana comprendió tan solo con mirar la expresión fría del magnate que estaba a pocos segundos de perder los estribos en un sitio que no era el adecuado para eso. Y que solo estaba conteniéndose —a duras penas— por consideración a ella. La joven soltó una exhalación suave y aceptó que su tiempo de libertad de expresión había concluido a la par que lo hacían sus anhelos de ser aceptada en un grupo que podría abrirle escenarios y actividades importantes que el dinero no podía comprar. Se apoyó en la fuerza y determinación que irradiaba su hermano. Este la sorprendió deteniéndose de repente, justo a unos pasos más adelante del lugar exacto desde el que se aseguraba que todos pudieran verlo sin importar el ángulo en el que se encontraban. El silencio se apoderó del salón. La música bajó el tono, casi cesando por completo. El tono de voz de Rhys retumbó en todo el lugar.

La amenaza que lanzó el magnate, diciéndoles que iban a pagar la afrenta cometida contra Ingrid, fue como sentir el filo de una espada japonesa: bastaba un ligero toque para rasgar la piel y dejarla sangrando. Algunos tragaron saliva, nerviosos, otros se quedaron atónitos. La reputación del multimillonario no solo estaba respaldada por los grandes y exitosos proyectos inmobiliarios desarrollados, o por las asociaciones en contratos que había logrado llevar a cabo en varias partes de Europa y Asia, sino porque, aunque sus modales eran prístinos, las decisiones que tomaba en la mesa de negocios eran tajantes. No titubeaba y tampoco le importaba a quiénes dejaba atrás. Los osados que intentaban pasarse de listos o jugar con su tiempo, terminaban en algún aprieto financiero o de repente eran investigados por corrupción o lavado de activos. Es decir, los trapos sucios salían a relucir, hundiéndolos. Rhys no solo infundía respeto, sino la clase de temor que nadie en su sano juicio ignoraría.

La única persona que conocía al completo la verdad de su pasado era él y aquellos que vivían entre las sombras más perversas de Boston. Pero desde las cloacas no irían a buscarlo, pues no existían

deudas ni vínculos pendientes. Su salida había sido limpia —o quizá era un estupendo eufemismo— y estas personas, que ahora estaban en The Isabella Stewart Gardner Museum y que creían ser descendientes de algún dios especial —o que cagaban oro en lugar de mierda— jamás se acercarían ni un milímetro a su vida en South Boston. Los invitados a la PreGala de Debutantes habían heredado un legado cultivado por generaciones, sin haber sudado ni sufrido un ápice por cada puto dólar que adornaba sus cuentas bancarias y cubría sus caprichos. Nunca se imaginarían que alguien que competía en las mismas ligas financieras —como él— era capaz de todo para que sus seres amados tuvieran una oportunidad de sobrevivir. Así que hacían bien en escuchar con inquietud su amenaza.

Aparte, Rhys no usaba sus palabras sin tener la plena intención de cumplirlas.

Solo el extremo autocontrol le impidió perder los estribos y contribuyó a que mantuviera la expresión fría. Una vez que su breve comentario concluyó, también lo hizo su tiempo. Sin embargo, antes de salir junto a Ingrid, su atención recayó en una mujer que parecía muy a gusto con un acompañante. Los ojos azules de ella, la forma en que el vestido rojo se ajustaba a las curvas generosas de un modo tan sensual como discreto, y el rostro impecablemente maquillado, lo irritaron. No le gustó en absoluto que, después de varias semanas sin tiempo para encontrarse con alguna amante y follar a gusto, fuese alguien como ella —seguro una señoritinga con la vida fácil, sonrisas fruto de un camino sin esfuerzos y acostumbrada a que sus caprichos se cumplieran con el chasquido de sus dedos— quien lograra afectarlo de manera tan visceral y ajena a su voluntad. Pero ninguna mujer era de fiar, ni merecedora de su atención más allá del tiempo que requerían sus bajos instintos. Y esta solo era otro rostro sin nombre.

Rhys rompió el contacto visual e ignoró las ganas súbitas, e inexplicables, que sintió de apartar con un puñetazo la mano de ese bellaco que parecía muy cómodo posándola sobre la cintura de la mujer. Tensó la mandíbula y guio a su hermana —que menos mal

conocía bien su temperamento y no puso objeciones— hacia la salida.

Una vez que estuvieron en el coche, Ingrid se limpió las lágrimas que había contenido con éxito durante todo ese tiempo, pero que ahora empezaron a rodar libremente por sus mejillas. Al verlas, Rhys pensó que iban a pagar por el momento incómodo que le hicieron pasar a su hermana y por haber jugado con sus ilusiones. Quizá él no estaba de acuerdo con los sueños o metas de Ingrid sobre ser debutante, pero si lo que ella buscaba era pertenecer a ese círculo social por la razón que fuese, lo haría. Él encontraría el eslabón más accesible para vengarse por lo ocurrido.

Después de llamar a su agente de relaciones públicas —que recibía un excelente salario para estar disponible a cualquier hora, al igual que su abogado personal y también su asesor financiero— y ordenarle que realizara un control de daños inmediato, en relación a lo que se pudiera estar publicando sobre la PreGala de Debutantes con respecto a Ingrid, así como lo que seguramente saldría al día siguiente.

Rhys dejó a su hermana en la casa donde todavía vivía con Vanessa. Lo preocupaba que Ingrid quisiera independizarse, porque con dieciocho años recién cumplidos no estaba lista para un mundo tan infame. Las circunstancias de vida que experimentaba eran diametralmente opuestas a las que él tuvo a esa edad, y por eso se había preocupado —así como Craig— para que no tuviera carencias, contara con la mejor educación que el dinero pudiera pagar y se sintiera siempre respaldada por su familia. A pesar de su tendencia al control, Rhys era consciente de que no le correspondía ejercer el rol de padre ni madre, así que solo maniobraba lo que estaba dentro de su potestad. Por esa razón, le compraría un piso, asignaría vigilancia —sin que ella lo supiera y solo por precaución— hasta que notara que ya podía volar con alas propias. De ese modo intentaría darle un escudo extra y temporal de protección.

—¿En verdad vas a cumplir tu amenaza, Rhys? —preguntó Ingrid, antes de bajarse del coche—. Quizá solo fue una confusión… —bajó la mirada—. Déjalo estar, porque, al final, ya expresé lo que tenía en

mi cabeza. Me hubiera gustado extenderme, pero sé que tan solo hubiera empezado a contar mis sueños y…

—Ingrid —interrumpió el magnate—. Necesito que comprendas algo muy importante: las casualidades no existen con esta clase de personas. Querían enviar un mensaje y te utilizaron. Humillaron el apellido que tú y yo compartimos. Por supuesto que voy a cumplir mi palabra. ¿Acaso ser aceptada en ese círculo no es lo que más deseas, porque consideras que puedes aportar con tu talento y también abrirte paso a oportunidades? —La joven hizo un asentimiento suave y breve—. Entonces así será.

Ella hizo una mueca, porque sabía que su hermano se interesaba de verdad por su bienestar, pero también era consciente de que poseía un lado severo y determinado. No lo había vivido en carne propia, mas, en una ocasión que estuvo de visita en las oficinas de Green Wood, la constructora de Rhys, había escuchado cómo una empleada le contaba a otra —sin reparar en quién era Ingrid— que él había despedido sin contemplación a todo el departamento de licitaciones. ¿La razón? Le presentaron una propuesta con errores propios de un grupo de novatos, en lugar de cinco expertos graduados en Yale y NYU, y eso casi le costó a la empresa un contrato millonario. Al día siguiente, sin embargo, los reemplazos de esos empleados ya estaban trabajando. El mensaje se entendió alto y claro: nadie era indispensable y él medía los resultados.

—No todas las personas del comité son iguales, Rhys —se apresuró a comentar, porque sintió la necesidad de aclararlo—. Hay alguien especial y que…

—Buenas noches, hermanita —zanjó él en un tono de voz firme, aunque amable—. No vamos a discutir más por hoy. Creo que ambos hemos tenido suficiente. Acabo de regresar de un viaje de mierda con horarios insufribles. Yo tengo que recuperar el ritmo, porque mi asistente elaboró una lista extensa con mis pendientes en la ciudad. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó. Ingrid hizo una mueca y luego asintió—. Bien. Me alegro de que ambos hayamos concluido todo este tema.

Ingrid posó la mano sobre el antebrazo de su hermano, mirándolo.

—Prométeme algo, entonces. —Él solo enarcó una ceja—. No seas injusto.

Rhys soltó una risa sin alegría.

—¿Y me lo dices tú, que has sufrido una injusticia hoy? —preguntó con incredulidad—. Debes aprender a endurecer tu corazón, Ingrid, eres demasiado generosa. La sociedad no observa a los demás del mismo modo en que tú sueles hacerlo: con optimismo. Por ahora vete a descansar. Mañana tienes clases. Yo me encargaré de que entres en todos los grupos sociales a los que esas debutantes van a acceder. Porque vas a ser una de ellas. Nadie volverá a mirarte como si no merecieras el mismo trato solo porque nuestros ancestros no nacieron aquí varios siglos atrás.



Una vez que estuvo a solas en su mansión, Rhys llamó a Leyton y le pidió que investigara a todas las personas que integraban el comité organizador de la PreGala. Aunque fuese su mejor amigo, no aceptaba que hiciera gestiones gratuitas. No le parecía justo mezclar la remuneración por un tiempo de trabajo con los momentos en que interactuaban sin utilizar las habilidades de negocios del otro. El compás moral de Rhys no tenía una tonalidad específica, así que la forma en que actuaba o conducía sus acciones poseía una definición propia que no se ajustaba a las expectativas de los demás. Lo que nunca haría sería aprovecharse de una amistad para extraer beneficios laborales. Quizá, por esto último, la palabra «amigo» o «amiga» rara vez se pronunciaba cuando se refería a una tercera persona. Contaba con una extensa lista de conocidos, a los que apenas toleraba y a los que consideraba un mal necesario, pero aquella lista en la que entraban sus amigos no completaba ni cuatro nombres.

En alguna ocasión, durante una salida de fiesta con Leyton, cuando eran más jóvenes, Rhys le comentó que su pasado no era un tipo de información que desearía que pudiera rastrearse. Leyton le aseguró que si lo autorizaba, borraría cualquier rastro. No solo eso,

sino que jamás hablarían sobre ello y que no repetiría ni indagaría sobre lo que encontrara en la *dark web* o en algún otro registro similar. Rhys lo miró un largo instante, sopesando la oferta y reflexionando, y luego de un rato asintió.

Una semana después de esa conversación, el que se convertiría más adelante en fundador y propietario de Green Wood y Clover Roots tenía ya un historial limpio. Es decir: no existía información de quién fue antes de graduarse de la universidad y de conseguir su primer gran cliente. Lo que dejó Leyton, para que no se percibiera como algo hecho adrede, fue esparcir datos bastante generales, los cuales no podrían encajar en un perfil específico debido a su vaguedad. Pero no era una práctica inusual, pues personas famosas —y también otras que no lo eran, sino que poseían fortunas cuantiosas o formaban parte de organizaciones secretas— reajustaban los datos a los que el público tenía acceso en redes sobre ellos. Así creaban la imagen que querían.

Todo lo que existía en la sociedad era una manipulación. Nada era real, porque las situaciones, personas y acontecimientos cíclicos se basaban en una percepción que se alimentaba con un bombardeo de titulares, espionaje tecnológico e invasión de *posts* en redes sociales que «lavaban el cerebro» de la población incauta e ingenua. Para Leyton, sin embargo, ese aspecto era de gran utilidad en su empresa y propósitos.

De esa ocasión en que Rhys aceptó la oferta de Leyton había pasado casi una década. El acuerdo de no mencionar nada sobre el pasado del otro seguía intacto.

—¿Qué clase de datos buscas con exactitud? —preguntó Leyton —. Recuerda que poseo grandes capacidades de búsqueda y alcance, mas no tengo dones psíquicos.

Acababa de llegar a una fiesta con su novia de turno, aunque en realidad no se enamoraba de ninguna. Si algo disfrutaba el apuesto rubio era perderse entre la multitud que no lo conocía. Con un vaso del mejor alcohol disponible y un ambiente glamuroso, junto a una compañera atractiva, era suficiente para entretenerse. Entre tantas personas se volvía anónimo; no necesitaba interactuar más que con

la mujer que llevaba del brazo o con la que eligiera, si estaba soltero, para follar una noche.

Su amistad con Rhys era valiosa, porque ambos se conocían desde los años en que el dinero escaseaba. El único interés mutuo consistía en hablar de algún tema específico, saber que existía un vínculo de apoyo —en un mundo de depredadores peores o iguales que ellos— y que podían lanzarse una soga para ayudarse a salir de algún foso. Los dos eran hombres fuertes, devastadoramente atractivos y millonarios, pero que conocían el valor de la vida y el precio que a veces se pagaba por mantenerla.

Aparte, coincidían en la manera de aproximarse a los negocios: cínicos, cautos y analíticos. Su amistad era atípica, pero mantenía una lealtad comprobada y sólida.

—Algo que sea consistente para utilizar como una ventaja de negociación —contestó Rhys—. Esta gente siempre incurre en la misma clase de tonterías. Así que cuanto más encuentres, mejor. Si existe algo distinto, que consideres peculiar y único o más interesante para mis propósitos, agrégalo. Además, quiero todos los perfiles de las personas que fueron invitadas a la PreGala de Debutantes de hoy. No solo de quienes forman el jodido comité organizador —agregó—. ¿Ha quedado todo claro?

—Rhys, a veces eres demasiado críptico —comentó riéndose—. Pero lo que comentas suena más bien a un chantaje. ¿O me equivoco? —indagó, mientras Carly, su novia, lo instaba a que dejara el móvil y se diera prisa para ir a la pista de baile.

—Envíame la cantidad que tengo que pagarte por esta gestión. Que te diviertas, Leyton. Adiós —replicó sin responder a la pregunta, y cerrando la llamada.

Cuando Rhys entró en la ducha, su jodida cabeza empezó a conjurar fantasías sexuales con el rostro de una mujer cuyo nombre e historial ignoraba. Con la mano apoyada sobre la pared, y la otra masturbando su grueso miembro con ímpetu, gimió al llegar al

clímax. No fue suficiente. Después de un rato, jadeante y con la mente algo más clara, dio un fuerte puñetazo contra el mármol de la ducha, soltando una maldición.

CAPÍTULO 5

Piezas de dominó cayendo en cámara lenta. Esa era la manera en la que se podría describir lo que había empezado a suceder últimamente. La prensa estaba dándose un festín con titulares sobre personas que durante años habían evadido ser el centro de atención, al menos si no se trataba de asuntos vinculados a actividades de corte cultural, ambiental o social. En esta ocasión, varios de los esquivos millonarios que formaban parte de la élite más reservada de Boston tenían sus nombres e imágenes nada halagüeñas convirtiéndose en el centro de los cotilleos. Las fuentes de información de los periodistas, *youtubers* y *tiktokers*, provenían de todos los niveles: directivos, empleados medios, obreros, proveedores. No había un origen específico ni un perfil definido. Algunos no tuvieron inconveniente en que se publicaran sus nombres, pero los demás —la gran mayoría— habían optado por el anonimato.

Lo cierto es que la situación resultaba muy complicada para los afectados.

Timothy Wagner, gerente financiero de una cadena bancaria muy importante del país, no solo vendía información de los clientes de la cartera más exclusiva a empresas de estudios del consumidor —que incluía programas piloto de inteligencia artificial— sino que en las noches de los viernes hacía presentaciones vestido de mujer en una plataforma digital de pago. Las reproducciones que llevaban sus memes y videos superaban el millón y medio. Anton Voyermor-Heighl, vinculado a la línea de joyerías de alta gama de mayor antigüedad de Boston, y contribuyente generoso de eventos religiosos muy representativos cada año, tenía dos familias «no oficiales». Lo anterior destruía su imagen de hombre conservador y seguidor de la ley de Dios. El pastor de su congregación había dado declaraciones expresando que todos tenían derecho a ser perdonados y que hablarían con Anton sobre cómo sobrellevar sus pecados. Las redes sociales, por supuesto —siempre que se trataba

de temas de política o religión— explotaron con comentarios, acusaciones y amenazas varias.

Diana Goldstein-Meyer, la fundadora de una exitosa tienda especializada en tés exóticos de diversas partes del mundo, tenía cuatro denuncias de empleadas por maltrato verbal. Sin embargo, habían sido desestimadas por carecer de pruebas suficientes, según lo que se relataba en los reportajes. Al parecer, las exempleadas no firmaron contratos de confidencialidad, pues Diana confió en que su amenaza de arruinar a las familias de esas mujeres —usando su famoso apellido como peso firme en la balanza— sería suficiente. Aquel fue un grave error, sin duda, y ahora le estaba pasando factura. Otra prominente mujer en la palestra mediática era Tara Wade, una artista cuyas obras estaban en las galerías más reconocidas en diferentes ciudades. Ella y sus cuatro socios tenían una acusación grave: el uso de menores de edad posando sin ropa mientras ellos bosquejaban retratos y esculturas. El FBI ya había realizado arrestos y allanamiento en las propiedades de los involucrados. Un absoluto horror. De hecho, esta era la noticia más impactante y que había trascendido a otros países.

En el caso de Vania Lowell, la presidenta del CBL (Comité Boston Legacy), su récord como persona estaba intacto, mas no era el caso de su hijo mayor que había sido acusado de violar a su exprometida y golpear al nuevo novio de ella hasta dejarlo casi inconsciente. Con un pago millonario y un jet privado para callar a las víctimas, aquello pareció quedar olvidado. Pero alguien había hurgado lo suficiente para tirar del hilo que destapaba esa olla de grillos. La situación ya no era un asunto privado.

En cuanto a Riley Adams, la vicepresidenta del CBL, una reportera que seguía muy de cerca sus emprendimientos —pues era de aquellas personas que siempre aceptaba ayudar a organizar eventos, en especial vinculados a la política— publicó sobre la doble vida que llevaba. Riley estaba casada con un Senador Federal de Massachusetts, muy respetado y admirado por sus planes de justicia en materia migratoria. Como pareja, Jeff y Riley daban la imagen de un matrimonio comprometido, sólido y vinculado a proyectos de mejora social. No obstante, mientras Jeff estaba en Washington D.C.

trabajando por su cargo público, su esposa pasaba la mayor parte del tiempo con sus hijos en Boston. Lo que nadie sospechaba, ni siquiera como posibilidad, era que Riley tenía una amante, cuyo nombre no se había divulgado. Aunque la elección de preferencia sexual no debería ser un asunto para debatir, al ser algo estrictamente privado, en esta ocasión se trataba de figuras públicas que, además, condenaban al colectivo LGB+ en sus discursos y esgrimían argumentos de rechazo hacia ellos. Al parecer, una vez más, la hipocresía tomaba protagonismo.

El ritmo de publicación de las «novedades» ocurría a cuentagotas, pero de tal forma que, en cuanto empezaba a apagarse la agitación o murmuraciones sobre un caso, llegaba otro a acaparar las conversaciones de la semana. Los temas también abarcaban asuntos de sobornos, sobreprecios, tráfico de influencias. La caja de Pandora se había abierto y nada complacía más a las masas que la exposición —de preferencia en circunstancias vergonzosas— de la clase social que dominaba el espectro global: criaturas privilegiadas que consideraban su existencia más importante que la del resto. No era envidia lo que sentían los demás, sino repudio ante la inequidad reinante: quienes trabajaban incansablemente, sin que su salario alcanzara para algo más que subsistir, y vivían en angustia constante, mientras otros acumulaban fortunas a su costa e influían en las decisiones que movían el curso de la sociedad. Por eso, humanizar —aun desde la tragedia— a estas personas, cuya privacidad estaba siendo demolida, generaba una extraña sensación de justicia. Aunque no lo fuera.

Alana, que leyó un par de esas noticias, se sintió consternada por las revelaciones sobre esas personas —con las que solía encontrarse en algunos lugares por temas profesionales o en alguna reunión— aunque no fuesen sus amigos. Se alegró, eso sí, de que los casos más graves hubieran sido expuestos y obtuvieran la suficiente atención para que los involucrados recibieran su merecido por sus despreciables actos. Todo lo anterior afianzaba su decisión de desconectarse de su entorno social y recluirse entre las páginas de la ley que necesitaba leer en su oficina.

Su mente estaba enfocada en analizar las estrategias legales para los casos que tenía asignados. Uno de ellos era una demanda colectiva contra una constructora que había entregado la obra —un edificio de viviendas— con defectos y el CEO se negaba a reembolsar el dinero a los compradores, ni quería pactar para hacerse cargo de las reparaciones y así llegar a un acuerdo extrajudicial, en lugar de ir a los tribunales. Alana asumía que la razón podría ser que los costos de reparación serían igual o más altos que todo lo que implicó construir la propiedad. Pero le pagaban muy bien para resolver esa clase de asuntos y ella lo disfrutaba. El Derecho Corporativo era una rama exigente y los casos más recientes que había en la firma legal requerían más atención. En el afán de cumplir con los tiempos límites que le dieron, ella suspendió sus visitas al gimnasio. Solía ir a nadar muy temprano en la mañana. Pero nada superaba la sensación de libertad de su casa en el pueblo de Edgartown, en Martha's Vineyard. Disfrutar de la brisa marina, la sensación de la arena bajo sus pies, así como dejarse llevar por el vaivén de las olas, eran la receta perfecta en cualquier época.

A pesar del afán de mantener distancia de la gente, la aburrida cháchara sobre temas triviales, escuchar halagos falsos y percibir la envidia sobre la ropa que usaban otros, Alana no podía rehusar asistir al cumpleaños de su madre. Sandy solía recordarle que era lo único que le quedaba, después de que Rochester hubiera fallecido siendo tan pequeño y dejando un gran vacío. A esto, Darren —el padre de Alana— solía llamarlo manipulación emocional e intervenía a favor de su hija para que ella solo hiciera lo que en verdad le apetecía. Pero la joven abogada no quería tener desencuentros con su madre y, más allá de que Sandy intentase buscarle un candidato a esposo «adecuado», hasta el punto de resultar un incordio, al final ella era su familia.

La fiesta se celebró entre cincuenta personas, en la mansión de los Pemberton. La lista de invitados fue depurada concienzudamente, pero ni la ausencia de los protagonistas de los vergonzosos titulares impidió que el resto de los asistentes dejara pasar la ocasión de hablar al respecto. Por supuesto, siempre utilizando un tono velado como si fuese un secreto; como si los

diferentes grupos de conversación, sentados en las preciosas mesas en el jardín trasero de la casa, no supieran de qué hablaban los otros. Pero ese era parte del juego de fingir una diplomática ignorancia.

Lo anterior enfadaba a Alana, aunque llevaba tanto tiempo inmersa en esa rutina social que ya le restaba importancia. Durante la velada no pudo evitar saludar a algunos conocidos y se sorprendió —relativamente, conociendo a Sandy— de encontrar a Brent. Su madre tenía sus planes de casamentera y ella lo sabía, así que no hizo ningún comentario al respecto. Al final, Brent la hacía sentir a gusto y ella, por iniciativa propia, había aceptado salir con él, aunque sin poder definir exactamente qué eran: llevaban semanas sin verse y jamás había intentado presentarlo ante otros como algo más que un amigo. Su mejor amiga, Taylor, le había dicho que entre más rápido tomara una decisión —es decir: seguir o no aceptando invitaciones de Brent— más pronto el destino determinaría si era él el hombre de su vida o si le enviaba otro más a su medida. Ante la ocurrencia de Taylor, Alana se había reído, porque su amiga siempre había sido peculiar y directa; lo primero que le llegaba a la mente, lo dejaba salir sin tanto pensarlo. Las dos hacían un gran equipo y solían estar presentes la una para la otra en los momentos altos y en los tristes. Aunque nadie reemplazaría jamás la falta de su hermano Rochester, Alana consideraba a Taylor como una hermana.

—Me habría gustado verte más seguido, Alana, en todo este tiempo. Han pasado semanas —le había dicho Brent durante el momento de la cena—. ¿Hice algo que te molestara o dije algo incorrecto la última vez? Estuve pensando en sorprenderte en tu oficina, pero imaginé que lo habrías considerado una imposición.

Ella había decidido dar un paso más con Brent, eso era cierto, pero esa intención perdió la fuerza con el paso de los días. Lo debatió en su cabeza como si dos fuerzas inexplicables estuviesen retándose: una le decía que con cualquier hombre tendría las mismas inquietudes, y otra le exigía comprender que si Brent fuese el correcto no se autocuestionara tanto al respecto. La idea de que fuese él quien rompiera con sus temores aún persistentes —desnudarse y ser vulnerable en la cama— ya no le parecía una

decisión cómoda ni correcta, sino todo lo contrario. Desde la PreGala, Alana había marcado distancia a propósito con Brent, sin decírselo directamente. Por eso había evitado aceptar sus invitaciones, y sus respuestas eran más cordiales que el tono cercano que había empezado a tener con él antes del evento.

Si bien era frontal, la posibilidad de herir sentimientos ajenos —en especial cuando la persona no había hecho nada para merecerlo— le sentaba fatal. Y algo en Brent era demasiado adecuado, si acaso tal cosa existía. Decía las palabras correctas, la trataba de manera impecable y dejaba entrever lo mucho que la deseaba. Casi como la promesa de un cuento de hadas al que le faltaba el villano. Llegó incluso a buscarlo en redes sociales, rastreando rumores incómodos o señales de alarma. Nada. Su perfil resultaba creíble y confiable. «¿Por qué, entonces, no podía soltar el ancla?», había pensado. «¿Quizá porque la perfección, en lugar de tranquilizarla, la inquietaba?».

—No, no has dicho nada inadecuado —había replicado ella, mientras los camareros servían los platos, y las risas de alrededor se mezclaban con la música, en un ambiente agradable. El matrimonio Pemberton siempre había sido famoso por su calidez y buen gusto como anfitriones—. Me gusta tu compañía y conversar contigo.

Él había ladeado ligeramente la cabeza.

—Alana, eso lo podrías decir de un buen amigo. ¿Es así como me percibes? Porque, al menos yo, jamás habría besado a una amiga como lo he hecho contigo —había expresado en tono que no logró ocultar su decepción por la respuesta de ella.

—Honestamente, Brent…

—Lo que te comenté hace un tiempo no ha cambiado en absoluto —había interrumpido con suavidad, tocándole la mano. Aunque ellos no lo notaron, el gesto no había pasado desapercibido para Sandy—: Te deseo y me gusta la manera en que logras hacer sentir a las personas a tu alrededor: siempre bienvenidas, o cómo te conviertes en el centro de atención sin ningún esfuerzo. Compartimos una química que yo siento muy fuerte. Sin embargo, noto que te contienes conmigo todavía, por alguna razón, y me gustaría saber al respecto. ¿Qué te detiene? ¿Qué puedo hacer?

—No es un asunto que pueda discutir en estos instantes, Brent… —había dicho—. Y tampoco es algo que esté roto en mí y que necesite arreglarse, así que mencionarlo tampoco tiene ningún sentido. Se trata más bien de llegar a un punto en el que pueda dejarme llevar por completo y… —carraspeó— no siento que esté ahí todavía contigo. Además, detesto ser el centro de atención. Supongo que eso es un detalle atípico cuando muchas personas buscan que las tomen en cuenta a toda costa.

Brent había hecho un ligero asentimiento.

—Parece inevitable que las personas tiendan a orbitar hacia ti —había contestado haciéndole un guiño—. ¿Sabes? Me habría gustado, cuando te conocí hace años, haber sido más directo sobre el interés que tenía por ti e invitarte a salir con más insistencia. Pero si no estabas estudiando, para mi mala suerte ya salías con alguien.

«Entonces no tienes las agallas suficientes para conseguir lo que de verdad te interesa», había pensado ella de inmediato. Además, se había dado cuenta de que la distancia, en lugar de haber enfriado el interés de Brent, provocó lo contrario. Sus palabras con ella eran genuinas. Y eso, lejos de facilitar las cosas, las complicaba. La cultura de Brent era pulida y su trato gentil. Pero, ¿hablar de química sexual entre los dos? ¿De aquella que conjura fantasías sobre caricias íntimas y piel con piel? No. Y esa velada había sido la segunda ocasión en que el tema había cruzado su mente.

Durante los días en que no se vieron, ella había analizado si aventurarse a romper sus barreras con él habría tenido algún sentido o si la habría satisfecho de verdad. La conclusión había sido rotunda: no. Elegirlo para intentar cerrar las grietas entre su inseguridad y la intimidad no habría resultado coherente. Su propio cuerpo era incapaz de mentir, aunque su mente hubiera insistido en buscar argumentos para convencerla de que él era la opción menos riesgosa. Pero otra parte de sí había insistido en que el riesgo, alto o bajo, no condicionaba la idoneidad de una decisión tan personal. Esa certeza la había vivido, sentido en la piel, más que pensado.

En la soledad de sus noches, cuando sus propios dedos se deslizaban bajo el elástico de sus bragas buscando alivio de una necesidad que nadie había satisfecho en mucho tiempo —al menos

no alguien distinto a ella misma—, la respuesta había sido inequívoca. El gemido que brotó de su garganta en cada ocasión había sido anhelante, agitado y lleno de alivio, pero no por pensar en Brent, por más que ese experimento hubiera tenido la finalidad de confirmar que podría sentir placer a su lado. Esas imágenes que se recrearon como un tráiler prohibido, pero a la vez sugerente y desprovisto de cualquier inhibición sexual, pertenecían a un hombre del que ella solo recordaba sus rasgos, y una mirada que se había enlazado con la suya tiempo atrás.

La fuerza de esa presencia se quedó grabada en Alana como lo habría hecho una caricia imperceptible, tentadora y rebelde. Eso jamás le había ocurrido con nadie.

Cuando Ingrid y aquel hombre abandonaron el evento, los cotilleos giraron en torno a la reputación de Rhys: implacable, frío, brusco e incapaz de comprometerse con una sola mujer. Alguien que operaba bajo sus propias reglas en un mundo que no lo consideraba uno de los suyos, aunque él actuara como si lo fuera; como si todo le perteneciera por el simple hecho de saber qué hilos mover para alcanzar sus objetivos. Lo describieron como el tipo de hombre que una madre calificaría como todo lo opuesto a lo deseable para su hija. En el lenguaje de los asistentes a eventos tradicionales y VIP, él era dinero nuevo: innegable e influyente, pero carente de las raíces que ese círculo —que llevaba siglos construyéndose a sí mismo y dando forma a la dinámica social— exigía en silencio a quienes pretendían formar parte de él.

—A pesar de que he pasado gran parte de mi vida yendo a fiestas, inauguraciones, asuntos culturales, eventos con alto nivel de asistencia, actividades en clubes sociales y otros temas que requieren lidiar con muchas personas a las que apenas conozco —había replicado, mirándolo—, no me siento a gusto en las multitudes. Me incomoda sonreír cuando lo único que me apetece es ver una película en casa o estar con Taylor u otros amigos muy cercanos cenando en un sitio calmado. El cumpleaños de mi madre es todo un acontecimiento para ella, y no puedo dejar de asistir, pero yo prefiero un perfil más discreto, porque siempre he considerado estos ambientes como una obligación. —Él había

elevado ambas cejas, tomado por sorpresa—. Sé que a ti te gusta socializar y de seguro esperas a alguien igual.

—Va más allá de eso, Alana. Busco una persona que se mezcle con naturalidad en las rutinas, viajes y privilegios de los que gozamos, pero que, a la vez, posea una carrera que disfrute. Que quiera hijos y esté dispuesta a todo por ellos —había dicho—. Eventualmente, como ocurre con algunas mujeres, lo más probable es que decida dejar la profesión para dedicarse a algo igual de noble: cuidar a los hijos.

—Eso… —había meneado la cabeza, horrorizada ante la posibilidad de convertirse en el molde de las mujeres como su madre: tenían una profesión o una afición, pero la intercambiaban por dedicarse a solo ser mamás, olvidándose de sí mismas y su identidad como personas—. Eso es ir demasiado lejos —había completado la frase de un modo que sonara amable, pero no pudo ocultar su enfado—. Esta me parece una conversación apresurada y no estoy lista para…

—Precisamente —había intervenido él con suavidad— por eso quiero estar contigo, no apartado de ti. Mis negocios pueden reajustarse para coincidir con los momentos en que tú tengas tiempo disponible. Entiendo que por ahora estás consolidando tu carrera, y que disfrutas ser abogada, pero también que sabes la importancia de una familia, y que esta se convertiría en tu prioridad a largo plazo.

—Lo siento, Brent. Mis ambiciones no se limitan a elegir un rol u otro, aunque este tema no tendría porqué sacarlo a relucir hoy. Estás buscando algo que no soy y quizá proyectas en mí una imagen que no poseo —había expresado sintiéndose atrapada—. Lamento si te di alas para creer que podríamos llegar a algo como aquello.

—No fue mi intención asustarte. Solo quise que supieras que voy en serio —había dicho—. Tampoco sé qué es lo que te detiene o si existe otra persona que tenga tu interés… ¿Acaso mi franqueza ha arruinado toda oportunidad contigo…?

Ella, que detestaba enemistarse con las personas, había hecho una negación. Pero notaba también la pregunta pasivo-agresiva y sus instintos entraron en alerta.

—Lo que significa, Brent, es que podemos continuar siendo amigos como siempre —había contestado—. Discutir asuntos de familia cuando nuestra relación no ha llegado a ese punto… Tengo demasiadas responsabilidades por ahora —había concluido y evitó mencionar lo que de verdad le impedía abrirse por completo: Aaron Weston y sus juegos de menosprecio que había aplicado en ella. Tampoco le había gustado la insistencia de Brent. Parecía diferente esa noche, pero no había logrado imaginar de qué iba—. Prefiero enfocarme en mi carrera y desligarme de la vida social.

Él había meditado la respuesta y su expresión se había vuelto afligida.

—Para mí es imposible no pensar en ti como la mujer que deseo —había afirmado, acariciando suavemente el interior de la muñeca de Alana con el dedo.

Ella no había sentido ningún cosquilleo, ni tampoco emoción alguna.

—Quizá me has idealizado o quizá necesitas algo de mí —había expresado frunciendo la nariz esta vez—. ¿Existe alguna razón para que sea yo, y no otra persona, en quien estás tan interesado cuando hay tantas candidatas con las que puedes pensar en hacer planes a largo plazo? —había indagado súbitamente, suspicaz.

Brent había soltado una exhalación.

—No, Alana —había comentado apartando la mano con una expresión incrédula—. Tu comentario me parece insultante, aunque comprendo que otros pudieron acercarse a ti con las mismas intenciones que varias mujeres lo hacen conmigo: dinero, la influencia de mi apellido, el prestigio de mis conexiones... ¿No?

—No fue mi intención insultarte. Pero tienes razón, lo pensé —había murmurado—. Lo lamento… Prefiero hablar de temas más ligeros, ¿de acuerdo?

—Disculpas aceptadas —había dicho sonriendo—. Tu mensaje está claro.

—Brent… —había murmurado Alana, sintiéndose incómoda—. A ojos de los demás haríamos una pareja ideal, pero, a pesar de que eres encantador conmigo, no me siento capaz de mentirte para intentar llenar las expectativas de terceras personas.

Él había soltado una risa queda, meneando la cabeza.

—No sientes que podrías llegar, con el tiempo, a enamorarte de mí, ¿es eso?

—No lo sé —había replicado con suavidad—. El amor no está en mis planes. No estoy en un momento de mi vida en el que quiera algo con nadie. No es por ti.

Brent había hecho un gesto de decepción y burla hacia sí mismo.

—Incontables ocasiones me burlaba de algunos amigos cuando decían que se habían enamorado a primera vista o que creían en ello —había expresado agarrando una copa de champán y luego bebiendo un par de sorbos, mirándola—. Qué irónico.

Alana había abierto y cerrado la boca.

Antes de que pudiera responder, los habían interrumpido para ofrecerles el postre y, al cabo de media hora, Brent se excusó argumentando que tenía que levantarse temprano para atender algunos asuntos. Le había dado un beso en la mejilla a Alana, no sin antes susurrarle al oído que si alguna vez cambiaba de opinión, él estaría esperándola y dispuesto a demostrarle que podía conquistar su corazón.

Ella tan solo lo había visto marchar y soltado una exhalación.



A pesar de sus compromisos en la firma legal, Alana sí se dio el tiempo de buscar razones tras lo sucedido con Ingrid Callahan. Pero todo el equipo del CBL, al menos las integrantes más prominentes, estaban fuera de la ciudad en la inauguración de un spa en Arizona. Sin embargo, no se dio por vencida y acudió a los registros. Se enfadó al comprobar que la lista no era la que Alana había leído como documento final y dado —al igual que el resto de los miembros del CBL— su aprobación. El texto había sido deliberadamente alterado y no existía invitación como futura debutante para Ingrid. ¿Cómo podría reclamar si, conociendo tan bien a las mujeres del comité, ninguna aceptaría haber cometido una infracción? Insistir implicaría una discusión en la que Alana no

se guardaría nada y se resquebrajarían las relaciones que su madre tanto apreciaba, es decir, con las familias de las involucradas. Y esta clase de situaciones eran precisamente las que Alana quería dejar atrás. Pero iba a hallar a la responsable.

Por otra parte, sabía que su voto no fue en vano, porque aquella noche —a pesar de tener todo en contra— Ingrid Callahan dio un ejemplo de lo que era la entereza, al exponerse ante tantos desconocidos en el afán de expresar sus pensamientos. Si esperaba una explicación de las líderes del CBL, al ser alguien tan inocente en estos asuntos, jamás iba a ocurrir, porque las mujeres como Celine, Riley o Vania, jamás admitirían sus errores públicamente. Menos —tal como sospechaba Alana— eran intencionales. Se cubrían las espaldas. Si ella no se había enterado de los cambios de último momento sabía que ocurrió a propósito porque, al haberle dado su voto de aprobación a Ingrid, Alana sí habría exigido una rectificación inmediata.

Considerando que los asistentes habían estudiado en las mejores universidades del mundo, su comportamiento —esas miradas ajenas, altivas e indiferentes— dejó mucho que desear en cuanto a esa supuesta educación. Alana había seguido de cerca el conteo de votos de cada candidata y estaba cabreada por lo ocurrido. A ella no le correspondía firmar ningún documento ni encargarse de archivarlos, porque esa responsabilidad recaía en las tres principales integrantes del comité. Así que no quería pecar de hacer acusaciones, porque —tal como sabía— Celine, Riley y Vania tenían la tendencia a delegar todo cuanto pasaba por sus manos, porque —según ellas— siempre estaban con el tiempo justo, pues tenían una agenda social copada. Lo más probable era que le hubieran dejado la tarea de las invitaciones a otra persona. Aun así, ¿quién había tomado la decisión de quitar un nombre de la lista aprobada?

Esa noche de la gala, Alana tuvo la intención de acercarse a Ingrid para decirle que sí formaba parte de las debutantes oficiales y que esperaba que disculpara el error y asistiera al evento de presentación oficial en unas semanas. No obstante, en el momento en el que Alana había tenido la intención de apartarse de Brent para cumplir su propósito, la imponente presencia de Rhys Callahan llenó

el salón creando un silencio que no era incómodo, sino expectante. El hombre poseía un magnetismo que parecía haberse expandido alrededor con autoridad, como si fuese una onda sutil y firme a la vez, aun cuando su atención no estuviera dirigida hacia alguien específico.

Por otra parte, Alana no creía que los sucesos que habían adornado los titulares mediáticos fuesen una casualidad. Tampoco lo era que algunas compañías estuvieran siendo auditadas por la agencia fiscal, ni que un par de negocios en los puertos hubieran sido clausurados por falta de cumplir las normas de salubridad. Los involucrados en estas desavenencias, aunque no todos, eran personas que estuvieron en la lista de invitados de la PreGala. Si todo lo que estaba ocurriendo era producto de las maquinaciones del hermano de Ingrid, entonces él poseía mucho más poder del que muchos estarían dispuestos a reconocer. Lo anterior resultaba peligroso.

Alana se preguntaba cómo sería enfrentarse a un hombre como ese irlandés, en una mesa corporativa en donde había cientos de millones de dólares en juego y la tensión se palpaba en el aire. Ella, como abogada, disfrutaba de una discusión coherente, argumentada y afilada para defender los intereses de sus clientes. Podría apostar un millón de dólares, sin miedo a perder, que quienes negociaban con el multimillonario de ojos oscuros lo hacían como si fuese una batalla campal sin tregua.

Por las conversaciones que tuvo con Taylor, Alana sabía que existía cierta inquietud entre la élite de Boston. Todos tenían algo que esconder, claro, pero esta vez era diferente: ignoraban quién podría convertirse en el siguiente objetivo. Podían sospechar que Rhys estaba detrás de aquellas publicaciones, porque sus amenazas habían sido muy claras, y lo que estaba ocurriendo concordaba con sus palabras.

Sin embargo, el magnate —según las noticias de la sección de economía— llevaba un par de semanas en Australia gestionando una posible alianza con Aussie Equinox, una firma de capital de inversiones que además desarrollaba un software innovador con inteligencia artificial para empresas constructoras. Así que resultaba

difícil imaginar que un hombre tan ocupado se tomara el tiempo de orquestar la caída pública de un grupo de personas desde el otro lado del mundo. La élite de Boston no era estúpida. Sabía que a Rhys lo precedía una reputación de manipulador inclemente. Lo que no terminaban de entender era la escala de lo que tramaba contra ellos, ni hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Además, el avispero social estaba por ahora en descanso: ya había pasado más de una semana desde la última publicación. Meryl Tanner, fundadora de una cadena de tiendas de perros de raza pura, fue acusada de maltrato animal y de tenerlos en condiciones crueles de confinamiento. Ella había sido el objetivo más reciente de la prensa, víctima de sus propios errores y maldades.

Alana consideraba que el súbito cambio de interés de los medios locales —ahora más enfocados en las tarifas arancelarias, asuntos deportivos internacionales, el impacto del fenómeno de El Niño en el mundo, la hambruna en África, la muerte de especies por contaminación y demás— tan solo era temporal. Casi similar a lo que ocurría antes de un tsunami: el terreno se agitaba, el mar se retiraba antes de regresar con una fuerza capaz de arrasar con todo, sin distinciones, sin piedad y sin avisar. Y si esa marea regresaba con la fuerza que Alana sospechaba, nadie estaba a salvo. Ni siquiera ella. Si eso ocurría, lo que estaría en juego sería mucho más que su reputación.

Pero con tal de proteger a la persona que siempre estaba dispuesta a todo por su bienestar, Alana haría lo que fuese. Su padre era su apoyo y quien la motivó a que, a pesar de la insistencia de Sandy de que estudiara administración de negocios, ella siguiera su pasión: la abogacía. Su secreto fue la única forma de salvar a su familia.



Saturada de trabajo, harta de las llamadas constantes de Sandy para que asistiera a una tarde de té en el club Diamond Marine y de sus mensajes preguntándole cuándo volvería a verla junto a Brent, Alana

aprovechó el primer fin de semana en el que no tenía trabajo acumulado para ir a su refugio en Martha's Vineyard: su preciosa casa frente al mar. El clima primaveral todavía conservaba los vestigios fríos del invierno, pero no era eso lo que le impedía zambullirse en el agua salada, sino la marea alta y las corrientes peligrosas. A pesar de que podía llegar a ser osada, no era idiota, así que en esta ocasión no habría baño en el mar, pero sí lo haría en su piscina climatizada. Apenas llegó, dejó el espacio preparado para disfrutarlo durante los dos días de estancia planeada. Después salió a su restaurante favorito. Le encantaba la comida mexicana y este local, Enchiladas Bravas, llevaba casi una década funcionando en una zona muy pintoresca y llena de vida. A ella le habría gustado llegar más temprano, pero salir de Boston un viernes por la tarde fue, como siempre, una lenta tortura hasta llegar a Woods Hole. Una vez en la cubierta del ferry se relajó al sentir la brisa salobre.

No se arrepentía de haber llevado el coche, aunque el trayecto completo, hasta su destino final, tomara dos horas y media completas desde que salía de casa. Podría haber tomado un vuelo —como hacía la mayoría de la gente— pero la facilidad de moverse una vez en Marta´s Vineyard, sin depender de otros, le parecía mejor. Pero si era honesta, la bicicleta le ganaba a cualquier otro medio de transporte en la isla.

Ella le había dado el fin de semana libre al ama de llaves, que se encargaba de mantener la propiedad y también cocinaba, porque Alana necesitaba soledad. Therese Clayton era un amor. Cuando la joven abogada le pedía que se quedara un rato más a tomar un café, la señora aceptaba siempre con una sonrisa y solía contarle historias interesantes recopiladas a lo largo de sus sesenta años. Alana la consideraba como la figura de una abuela. Sus abuelos —tanto los padres de Darren como los de Sandy— fallecieron antes de que ella cumpliera los cinco años, así que Alana no tenía recuerdos vívidos de ellos, ni conocía la experiencia de cultivar esa clase de vínculo afectivo.

Al final de la comida pidió una margarita y disfrutó cada sorbo. Como ya la conocían en la zona de Edgartown, los propietarios se acercaron a saludarla brevemente. La maravilla de Martha's Vineyard

era la interconexión entre los distintos pueblitos, las calles estrechas —más preparadas para bicicletas que para coches en temporada alta —, los comercios personalizados —en lugar de grandes cadenas—, la naturaleza de árboles frondosos que se mezclaba con el panorama playero y un toque bohemio en el aire. Pero lo que más llamaba la atención en Edgartown, conocido por ser el lugar donde las familias de la época de oro de Boston poseían sus propiedades amplias y lujosas, era la arquitectura: colonial de madera blanca inmaculada, contraventanas negras, porches discretos y jardines que evocaban otros tiempos pero que, ahora, se fusionaban con lo moderno. El ritmo de vida era distinto al de Boston.

Cuando regresó de su cena, satisfecha y feliz, ya había oscurecido. No le importó haberse olvidado de encender las luces antes de marcharse, pues el área no solo era supersegura, sino que además allí se sentía relajada. No tenía que vestir de una manera específica para seguir un protocolo, así que había optado por un vestido turquesa de tirantes, que le llegaba hasta las rodillas, y ofrecía un aspecto tentador a su figura. Llevaba el cabello suelto, cayendo como cascadas de seda, bajo los hombros, y no tenía ni una gota de maquillaje. Sus sandalias bajas eran cómodas y combinaban con su pedicura color morado claro. La libertad de la soledad y la playa eran únicas.

Con una sonrisa abrió y luego cerró la puerta. Anhelaba dormir con el sonido de las olas rompiendo en la orilla como fondo para arrullarse, la calefacción encendida a la temperatura ideal, mientras se acurrucaba bajo las sábanas de algodón egipcio. Al siguiente día su plan era caminar y explorar la playa, recoger algunas caracolas con las que solía redecorar una pequeña estatua que había hecho cuando era solo una cría.

—Para una abogada, a pesar de vivir en un área tranquila, ser demasiado confiada en que nada malo va a ocurrir podría considerarse una debilidad —dijo una voz desconocida, pero tan profunda y masculina que tuvo el eco fuerte de un trueno.

Alana soltó un grito y su instinto fue agarrar lo primero que encontró, un jarrón que valía miles de dólares, y lanzarlo contra el hombre que estaba cómodamente sentado en su sillón favorito junto

a la ventana. El sillón en el que leía largas horas. Él, con el instinto de un felino, lo esquivó sin problema moviendo el cuerpo hacia un costado. Apenas se notó el gesto, y a continuación él enarcó una ceja con arrogancia.

—¡Lárguese de mi casa! —explotó Alana, mientras agarraba el móvil.

—Si fuera usted, abogada Pemberton, evitaría hacer esa llamada. Si lo piensa y respira con calma, notará que no tengo un arma, pero sí maneras de evadir la ley.

Ella no sabía qué hacer, sus sentidos estaban alertas y sus nervios agitados.

—No… No sé qué hace aquí, señor… —dijo con enfado y desconcierto.

Él esbozó una sonrisa depredadora. Casi cruel.

—Ya nos habíamos visto de lejos, pero qué terrible error no presentarme antes de entrar en esta bonita casa. Una que quizá, después de todo lo que he leído sobre usted, no sea en realidad suya —replicó haciendo un gesto hacia el sillón que estaba justo frente a él. Alana lo ignoró deliberadamente, no se acercó—. Oh, vaya. De nuevo confundiendo los roles, qué terrible de mi parte, me invité yo solo a su propiedad y estoy ofreciéndole sentirse cómoda. Puede hacer lo que mejor le parezca: estar de pie o sentarse —la recorrió con la mirada— interesante atuendo. En absoluto parecido a esos trajes tan formales o los vaporosos vestidos de gala que suelen ser «adecuados».

—Quiero que se vaya de aquí… —exigió perdiendo la paciencia. Se sentía vulnerable de todas las formas posibles. Como si esa mirada, que jamás había logrado borrar de su cabeza, la estuviera desnudando y, al mismo tiempo, juzgándola. Esto último, sin embargo, no poseía ningún toque de burla o crítica, sino algo parecido a un deseo contenido entre lo inevitable y lo imposible—. No me gusta repetirme.

Él ignoró el comentario de Alana, pero no logró hacer lo mismo con la eléctrica sensación que pareció atraparlos de repente. Para alguien que no creía en esas cosas, resultó un problema que no había previsto. Aun así, sus ojos devoraron las curvas generosas que

sus manos de repente desearon recorrer. Apretó la mandíbula brevemente, como si con ese gesto sus instintos pudieran anularse. Eso no sucedió.

—He considerado que, luego de lo que vamos a conversar, será mejor tutearnos —replicó él, sarcástico—. Aunque algunas personas te dicen *Lani*, me parece que pierde un poco el toque de firmeza de tu nombre: Alana. Y, antes de que me olvide de algo tan importante, llámame Rhys. Señor Callahan suena muy formal, ¿no lo crees así? —preguntó, mientras ella agarraba otro objeto y fallaba en su segundo intento de atacarlo. Él tan solo dejó escapar una carcajada sin alegría—. Siéntate.

—¡Tú no vas a ordenarme en mi propia casa! Estás invadiendo mi casa.

Rhys perdió la sonrisa.

—Te conviene sentarte, Alana, a menos que prefieras estar de pie para enterarte de cómo tu vida va a cambiar de ahora en adelante. Empezando por la posible pérdida de tu licencia profesional de abogada en el estado de Massachusetts —zanjó él. Su tono era serio, firme y peligroso—. ¿Qué vas a elegir? —preguntó.

CAPÍTULO 6

El trabajo de Leyton había sido eficiente y directo. El resultado se continuaba extendiendo como un veneno entre los círculos sociales de Boston. El efecto de un rumor resultaba devastador cuando no se basaba en suposiciones, sino en hechos concretos. Eso era exactamente lo que estaban retratando en la prensa tradicional y digital sobre las personas que —seleccionadas por Leyton y con la aprobación de Rhys— estuvieron en la PreGala de Debutantes. La exposición mediática era el primer movimiento calculado de la partida que Rhys había visualizado para vengarse por lo que le habían hecho a Ingrid. De hecho, Leyton tenía la consigna de continuar alimentando al monstruo de los escándalos, pero a cuentagotas. Esa estrategia era más dañina y duradera. Además tenía una lógica: una nueva publicación hacía recordar la anterior y eso era equivalente a reforzar el patrón que señalaba al mismo perfil de personas. Así que los intocables de Boston continuarían en vilo, preguntándose quién sería el siguiente o si todo había acabado con el último escándalo publicado. El miedo y la incertidumbre eran dos herramientas interesantes que Rhys disfrutaba utilizando. Ambos provocaban, con el tiempo, un comportamiento errático en los afectados y los volvían vulnerables. ¿Qué hacían las personas vulnerables? Cometían errores.

Rhys, desde Australia, se sintió satisfecho al leer los titulares de cómo iban cayendo las máscaras que recubrían los trapos sucios de la élite social. Además, consideró una excelente decisión de su parte haber aceptado la oferta de visitar Sídney justo en esa temporada en particular. Su acuerdo con Gabriel St. James y Knox Wentworth —socios de Aussie Equinox— había superado todas las expectativas iniciales, así que firmaron un contrato de colaboración que se extendería durante cuatro años. La sintonía entre los tres multimillonarios fue tal que Rhys agregó más días a su agenda internacional para visitar, además de Sídney, Brisbane y Gold Coast.

Cuando regresó a Estados Unidos, el magnate ya había identificado quién era ese eslabón débil en la cadena entre los perfiles cuya información obtuvo Leyton. Notó quién tenía el mayor riesgo de perderlo todo, y que no solo podría perjudicar a la persona en sí, sino a todo un legado, porque poseía uno de los apellidos más antiguos y respetados. Un apellido que podría darle a Ingrid acceso a oportunidades sin igual, porque nadie se atrevería a contrariar las decisiones de los Pemberton, y mucho menos las de la única heredera. La alta sociedad se vería obligada a aceptar a Ingrid —con los brazos abiertos y sin mirarla por sobre el hombro— por el simple hecho de asistir a los mismos eventos en compañía de una mujer que mantenía un historial social pulcro. Al menos eso era lo que otros pensaban. En el caso de Rhys, después de leer el dosier sobre su historial profesional y académico, además de rasgos personales, supo cuál era el Talón de Aquiles de la mujer que —sin ella saberlo— había agitado sus instintos más primitivos como ninguna otra. Ahora conocía más que su nombre: sabía cuál era su punto de quiebre y la razón por la que había cometido un grave error. Esa clase de equivocaciones que permanecen invisibles porque nadie busca secretos sobre quien parece intachable, como era el caso de Alana Pemberton.

Hasta que, por supuesto, llegó Rhys.

—Me pareces una persona de moral despreciable —expresó Alana dejando la bolsa sobre una mesita de vidrio y luego se acomodó en el sillón frente a él. Lo miró con altivez sin dejar entrever el terror que se había apoderado de ella—. Explícame por qué lanzas una amenaza sobre mi carrera, invades mi propiedad privada y, además, tienes la osadía de intentar dar la voz de mando en un sitio que no es tuyo —exigió.

Él sonrió de medio lado. La mujer ignoraba que, en otros tiempos, si alguien tenía la más leve inclinación a contradecirlo o enfrentarlo acababa muerto. No pudo evitar preguntarse qué haría si supiera que él era un asesino. No podría utilizar la palabra «reformado», porque jamás fue a una terapia o estuvo en prisión para pagar sus crímenes. El hecho de que su dinero no llegara a costa de apretar un gatillo, no implicaba que el título de asesino a sueldo desapareciera.

Como los alcohólicos o los drogadictos: lo siguirían siendo el resto de sus vidas, aunque hubieran dejado el vicio.

—La opinión que pudieses tener de mí me tiene sin cuidado —dijo Rhys mirándola a los ojos—. No lanzo amenazas, dicto sentencias y las cumplo. Considerando que eres aficionada a los eventos sociales, así también debes tener afinidad por los cotilleos. ¿Acaso no has leído sobre la terrible reputación de quienes parecían ser unos ciudadanos ejemplares, últimamente? —preguntó con regocijo.

Ella abrió y cerró la boca.

—Tú… —empezó en tono acusador.

—No estoy aquí para debatir o entretener tus oídos con asuntos que menospreciarían tu inteligencia sobre lo que, parece obvio, ya has comprendido que puedo hacer sin ensuciarme las manos o perder mi tiempo —zanjó y luego agarró un sobre que estaba junto a él, en el sillón, y se lo entregó a Alana—. Mientras lo abres —continuó— te haré un resumen de lo que encontrarás. —Ella agarró con desconfianza el sobre azul, en el que no había reparado porque su mente estuvo concentrada en asimilar lo que estaba ocurriendo —. Te vas a familiarizar con el contenido, porque pertenece a tu propia historia. Tus propios errores —agregó—. Así podrás recapitular al intentar juzgar mi moral, cuando la tuya no es tan distinta.

Alana sacó los documentos y empezó a leer. Controló el temblor de las manos.

Elevó la mirada un instante hacia Rhys, incrédula, furiosa y consternada.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó retóricamente. Él no iba a decírselo.

—Tu familia posee un portafolio interesante de negocios, pero el que ha estado durante generaciones como parte intrínseca del apellido, a través de Galerías Pemberton, ha sido todo aquello vinculado al arte —continuó Rhys—. Como proveedores de coleccionistas privados y casas de subastas reconocidas, ser los intermediarios por excelencia los había convertido en negociantes prósperos. Y hablo en pasado, como acabas de notar. Tu padre cometió un error, da igual si a propósito o porque fue engañado,

pero autenticó y vendió piezas falsificadas, poniendo en riesgo el legado familiar. Es tan alta la confianza de la gente en Darren que no se les ocurriría dudar de la veracidad de las posesiones que adquirieron gracias a él.

Alana apretó la mandíbula. Su pulso estaba agitado y su mente iba a mil por segundo estudiando todas las hipótesis sobre qué demonios habría traído a este hombre a su casa en la playa. Quería saber el porqué, a diferencia de los demás de su círculo social, el responsable de todo el caos la estaba visitando, en lugar de continuar disfrutando a distancia —como de seguro lo había estado haciendo hasta ahora— el resultado de sus manipulaciones, a través de los diferentes titulares de la prensa. Estaba segura de que no existía ninguna consideración en esta visita, sino algo más complicado. Mucho se temía que esta noche no acabaría bien. Al menos, para ella.

—No sé a dónde quieres llegar al decirme todo esto y mostrarme documentos a los que no deberías tener acceso —replicó Alana—. Mi padre es un hombre con fallas, como todos, pero jamás perjudicaría a otros en el afán de aumentar su fortuna o poner en riesgo lo que nuestros antepasados construyeron con tanto esfuerzo. Existe una explicación, mas no eres digno de recibirla —defendió ella con seguridad.

—¿Digno? —preguntó carcajeándose. No de un modo alegre, sino sarcástico y también con un toque de arrogancia—. Debo asumir, sin equivocarme, que el asunto de la procedencia del «dinero nuevo» en la sociedad de Boston, como todos los que son iguales a ti, dirían de empresarios que nos hemos hecho a nosotros mismos a lo largo de la vida, tiene algo que ver con lo que implica tu concepto de «dignidad».

—Si por «iguales a mí» te refieres a personas con sentido común y delicadeza, que saben que meterse a la casa de un extraño no solo es contra la ley, sino además algo propio de gente inculta, puedes pensar lo que se te dé la gana —replicó Alana.

No le diría que su padre tenía un tipo de demencia llamada frontotemporal, que deterioraba el juicio y la toma de decisiones tan silenciosamente que ni quienes lo rodeaban lograban detectarla. Ella

lo supo, porque su padre le confió el secreto durante un viaje que hicieron a Italia para celebrar el cumpleaños de Sandy. Esta última, siempre pendiente de la vida social más que de las emociones o contratiempos familiares, no podía darse cuenta de lo que sucedía con su esposo, porque el cambio era sutil y de progresión lenta. Pero, aparte, ella pasaba más tiempo tratando de llenar los espacios en su agenda personal, mientras su esposo trabajaba o viajaba fuera. Ambos solían llevarse bien, mas no como una pareja de esposos, sino como buenos amigos que —después de tantos años juntos— habían perdido la pasión o el interés en adaptarse a los cambios de la edad o interesarse más por las necesidades del otro.

Alana, preocupada, pensó en todas las actividades en las que su padre estaba involucrado en términos comerciales. Se tomó varios meses investigando sigilosamente, como abogada, transacciones y documentos. Cuando encontró las inconsistencias en Galerías Pemberton, la decisión de salvar la reputación de Darren —aún a costa de lo que podría costarle a ella: su carrera como abogada y un posible juicio al cometer un delito— y todo lo que a su padre le importaba no dudó en llegar.

Jamás habría imaginado que alguien la pudiera descubrir. Porque tan solo había limpiado las huellas de Darren, pues él ya no era consciente de algunos fallos que cometía. Después de ello, le sugirió que nombrara a un experto que lo reemplazara en los temas de las galerías, aunque él continuase realizando viajes o asistiendo a ciertas reuniones con clientes, pero ahora en calidad de Presidente Ejecutivo. Para cada uno de los otros negocios de la familia, ya existía un CEO que llevaba la batuta. Su argumento para él fue que ya era tiempo de que disfrutara más y bajara el ritmo de compromisos. Ella no mencionó lo que había hecho para salvar el prestigio familiar.

—Me consideras alguien inculto, pero mi dinero me redime de algún modo. Porque o si no, si hubiera estado aquí vestido con algo comprado en tiendas de clase popular, habrías salido corriendo sin escuchar ni una sola palabra nada más verme; sin importar el peligro. ¿Te seguiría pareciendo inculto, aunque me haya graduado

con honores en una universidad de la Ivy League? —preguntó él en tono burlón, irónico.

—La imagen que tengo ahora de ti es la de un matón de barrio que se hace pasar por alguien refinado, que no tiene decencia y que, además, siente gusto por causar daño a otros por una equivocación cometida en un simple evento social —replicó sin cortarse—. Lo más probable es que otras personas te consideren civilizado, porque debo reconocer que eres un excelente actor: contenido, determinado y con manerismos que te hacen pasar como alguien refinado. Pero ya veo que tu verdadera esencia sale a relucir cuando no tienes público. La educación no viene de la universidad en la que te gradúas, sino de cómo tratas a las demás personas sin importar su clase social o si acaso tiene o no un portafolio multimillonario —zanjó.

Rhys ladeó la cabeza. La mujer tenía agallas, lo reconocía.

—Te concedo que me llames matón de barrio —contestó en modo irónico y con un toque de acidez—. Pero ni tú, ni tu grupo de amistades, son más educados. ¿Acaso te pareció correcto cómo Ingrid llegó ilusionada a ese ridículo lugar, tan solo para ser detenida como si fuese una criminal, en la entrada. Así, sin más? —preguntó, mordaz—. El que se atreve a tocar a mi familia no sale indemne. Ahora lo sabes.

—Claro que no. Lo que hicieron no estuvo bien. Hubiese sido o no tu hermana. Ingrid me parece una joven encantadora y sí estaba en la lista de…

—Ahórrate las explicaciones —cortó Rhys—. Lo que sea que quieras decir ya no tiene efecto. Tengo las copias de las actas. Los votos no favorecieron a mi hermana y, aún así, le enviaron una jodida invitación. Si querían hacer una demostración de que ella no pertenecía al grupo de debutantes, porque no nació con una cuchara de oro para alimentarse, se equivocaron de persona. Y ahora lo están pagando. Muy caro.

Alana no insistió en tratar de explicarse ni preguntar de dónde sacó las actas. No tenía importancia y él no iba a creerla. Así que, por ahora, tan solo lo dejó pasar.

—Serías un pésimo juez, porque permites que el sesgo de tus prejuicios se cierre a escuchar razones. Lo que más abunda en ti es un ego descomunal —dijo ella.

Rhys enarcó una ceja, le miró la boca y posó la mirada sobre el escote del vestido. Ella notó el curso de ese recorrido, pero, en lugar de cruzarse de brazos, replicó el gesto de él: enarcó una ceja. Rhys notó los pezones erectos sobre la tela.

—Menos mal no soy uno de aquellos jueces de la Corte, ¿no lo crees? —preguntó retóricamente—. Pero existen otras áreas en la que soy excelente juzgando y recibo gemidos como agradecimiento —expresó con una sonrisa de suficiencia.

—Qué vulgar y de mal gusto —dijo Alana con rabia—. Termina de una buena vez con lo que sea que hayas venido a decirme y luego quiero que te vayas de aquí.

Rhys le hizo un guiño. No era juguetón, sino la antesala de una bomba.

Por lo general, él prefería a las mujeres que usaban la boca para darle placer y separaban los muslos con el mismo fin. En asuntos de negocios era diferente, porque no mezclaba lo personal con lo profesional. Nunca. En esta ocasión se trataba de algo diferente, porque ella era la catalizadora ideal para que las metas y propósitos de Ingrid se cumplieran y, a la par, enseñarle el costo que implica menospreciar a los demás.

Las reacciones de Alana a sus respuestas o preguntas no solo eran interesantes, sino que al notar cómo ella se sonrojaba al enfadarse lo llevó a preguntarse qué ocurriría si la tuviera bajo su cuerpo; si esa piel tersa se sonrojaría también; si el color de los pezones sería rosáceo o acaso más oscuro y a qué sabrían al contacto de su lengua. Que él la tocara significaría probablemente lo más bajo que ella podría caer. Así que hallar la forma de avergonzarla, frente a los hipócritas del círculo social que ella tanto apreciaba y que habían ofendido a Ingrid, sería interesante. Todo lo haría en la medida que su hermana no se viese afectada. Cuando su plan acabara, cuando sintiera que había reparado la ofensa a su familia, entonces olvidaría a Alana. Punto.

—Qué hospitalaria —se mofó Rhys—. El asunto del buen o mal gusto, tal como lo mencionas, no tiene que ver conmigo, sino con esos documentos que acabaste de leer. —Alana hizo una mueca de disgusto—. Algunas obras de tu galería familiar son de una procedencia que va más allá de un fraude comercial ordinario: arte robado. Aquellas colecciones fueron obtenidas mediante el saqueo sistemático de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Como abogada debes saber que un delito federal de esta clase no prescribe y no existe un documento capaz de ocultarlo —expresó e hizo una pausa calculada. Ella cruzó las piernas, un inequívoco gesto de que estaba a la defensiva y no tenía intención de ser flexible. «Ya veremos», pensó él—. Sin embargo, algo curioso que noté fue que alguien sí intentó cambiar ese detalle; alguien que al ser un experto en derecho corporativo creyó ser más inteligente. Y probablemente pensó que nadie se daría cuenta jamás, y firmó con su propio nombre.

Alana nunca había sentido ganas de ahorcar a alguien. Salvo ahora.

El rostro varonil poseía una expresión tan arrogante que quiso borrársela de una bofetada. Ella no era una mujer con tendencia a la violencia, pero este hombre insoportable y descarado parecía poseer la capacidad de sacudir los impulsos propios de una persona brusca y sin autocontrol. Alana jamás había intentado lanzar un objeto contra otro ser humano, ni tampoco había sentido como si su cuerpo pareciera vibrar de forma natural tan solo al ver a alguien de quien tan solo conocía por rumores.

Ahora ella no necesitaba pruebas para aceptar quién estaba detrás de la ola social de escándalos, menos consideraría una casualidad que la mayoría de esas víctimas fueran varios de los asistentes al evento en el que Ingrid pasó un incómodo momento. Con esta charla —si podría llamarla así— su inicial sospecha se volvía más que obvia, pero no le había dado mayor importancia, porque —según la prensa financiera— Rhys estaba en Australia. «¿Quién en su sano juicio —a más de un día de vuelo de distancia de su país de residencia y con negocios por coordinar al otro lado del mundo— se daba a la tarea de planear cómo arruinar la

reputación de otros?», se había preguntado ella. La respuesta era bastante simple: un psicópata funcional.

—Al parecer —dijo Alana con frialdad, dejando a un costado las copias de los documentos—, tienes una gran capacidad para invertir recursos en los asuntos ajenos. Yo habría preferido que alguien con ese nivel de alcance hubiera optado por indagar los sucesos, antes de actuar, y así entender que hay errores que ocurren bajo un contexto. Incluso podría haber pedido explicaciones y llegar a sus propias conclusiones, en lugar de usar un evento como plataforma para amenazar a los presentes que pagarían una afrenta. Pero supongo que eso requeriría diplomacia…

Ella no se sentía capaz de seguir sentada. Se puso de pie, cruzó los brazos y, tal como lo haría una reina ante un plebeyo, miró a Rhys. Este sonrió de medio lado y con deliberada lentitud la imitó. Pero al igual que hizo Alana, no se quedó sentado.

El magnate avanzó, rodeando la mesa de centro, hasta quedar cerca de ella.

Alana sabía que los juegos de poder no solo eran con palabras. Los gestos a veces eran mucho más elocuentes. En varias ocasiones se enfrentó a idiotas que se creían mejores abogados, porque el ego de ellos era más elevado que la capacidad de sus neuronas. Pero esta clase de oponente —alguien que invadía su privacidad tal como Rhys Callahan hacía— no era igual a otras, aunque mantenía la similitud en la arrogancia. Ella no estaba acobardada, sino preocupada porque detestaba hallarse en un escenario desconocido y ante el que no tenía defensa. Su fortaleza como abogada radicaba en la capacidad que poseía de prepararse con rapidez, y al detalle, sobre temas que surgían y que eran necesarios para aportar en una diligencia. Por eso sentía que su principal arma no estaba con ella: el conocimiento. No le gustaba la desventaja.

Cuando Rhys se acercó, Alana no sabía si él esperaba que diera un paso atrás.

Ella permaneció en su sitio.

Como si estuviera retándola en silencio, Rhys avanzó otro paso.

Alana no se movió.

La distancia entre los dos se acortó. Mucho.

Ahora, con la luz de la lámpara directamente sobre ambos, hubo un cambio sutil en el aire. El azul de los ojos de Alana se encontró con la oscuridad de los de Rhys, y lo que surgió entre ambas miradas no tenía nombre o forma de definirse, pero tampoco se trataba solo de hostilidad. Él estaba complacido de que ella le plantara cara, aunque Alana no podría saberlo, ni tampoco que aquello estaba relacionado con la adrenalina que Rhys experimentaba cada vez que tenía un nuevo reto en la palestra.

—Cuando tengo un objetivo, lo consigo. No siempre en persona —miró su reloj Audemars Piguet de forma distraída, como si quien estuviera quitándole el tiempo fuese ella—. Mi agenda tiene prioridades —enarcó una ceja—, pero hice una excepción tan solo para elegir el eslabón más débil de la cadena social que cree poseer el privilegio de existir por sobre los sueños de otros. Entre todos los apellidos relevantes, más allá de la fortuna, buscaba el prestigio. Aquel que no se compra con dinero, sino con reputación. Y qué sorpresa la mía al saber que tú no solo formas parte del CBL, sino que eres de las pocas integrantes de una familia con entrada abierta a cualquier clase de actividad restringida o limitada para otros. El apellido Pemberton encabeza la lista de los más antiguos de Boston —expresó él—. Y casualmente también tiene como única heredera a la persona que ha puesto en riesgo su propia carrera de abogada y la honra acumulada durante años, para encubrir un delito. Veintitrés documentos a lo largo de tres años. Todos con tu firma, registrados ante la Secretaría de la Commonwealth, y muy bien redactados. Casi impecables, diría yo. El casi tiene que ver con el hecho de que te haya descubierto —dijo de modo burlón.

Un hombre habituado a relacionarse con gente de la peor calaña, así como refinados empresarios, sabía que no podía entrar en una negociación —daba igual de qué tipo— sin antes medir de qué estaba hecho el oponente. En el caso de Alana, la mujer no solo estaba envuelta en un paquete exquisito de curvas, sino que poseía ese espíritu guerrero que subyacía tras la aparente compostura. Escondía más de lo que mostraba. Se preguntaba qué sería… Nada resultaba tan placentero para Rhys que descubrir que volvía débil a otros y luego, poco a poco, verlos caer como planeaba.

La venganza no era un plato que se sirviera frío, sino que se preparaba con antelación para disfrutar la viva satisfacción de mostrar sus cartas ganadoras al final.

—¿Y qué se supone que haga yo con todo lo que estás diciéndome? Porque estás arruinando mi fin de semana, no me agrada tu presencia, Rhys—replicó ella.

—Qué bueno que lo preguntas —dijo él dando un paso adicional —. Y sobre el agrado mutuo o no, Alana, es lo de menos. Solo eres un medio para un fin. Simple.

Los separaban apenas unos centímetros. Suficientes para sentir el calor del otro, no para ignorarlo. Se miraron en silencio, retándose durante varios segundos: ella intentando anticipar qué demonios iba a decirle él a continuación; y Rhys procurando mantener las manos para sí, porque lo que deseaba no era únicamente vengarse del círculo social de Alana. Su plan era utilizarla para provocar incomodidad en la gente que la había rodeado desde siempre. Acabaría con la burbuja de perfección.

Que un hombre al que no consideraban uno de los suyos —tan solo por haber surgido de barrios humildes— socializara con alguien a quien ese mismo círculo trataba como si fuese la realeza bostoniana sería interesante. A Rhys lo respetaban por su fortuna, propiedades e influencia. Mas no le daban acceso a opciones privilegiadas —que podrían beneficiar sus negocios— porque lo veían como un recién llegado que nunca encajaría en un mundo que, por generaciones, había ido dándole forma a las normas en el ámbito social. Rhys les daría una lección y vengaría el mal rato que tuvo que pasar su hermana. Ingrid era la razón de que él estuviera orquestando todo esto.

—No sabes qué emoción me da escuchar eso —replicó ella con sarcasmo.

Él sonrió de medio lado.

—¿Estás interesada en que tu familia se arruine?

—Supongo que es una pregunta retórica —dijo Alana elevando el rostro.

—Exactamente. Lo que se traduce en que no tienes salida más que cumplir con lo que voy a ofrecerte a cambio de no denunciarte y

que pierdas tu licencia como abogada por haber cometido un delito al cubrir las estafas de tu padre, al certificar documentos válidos para vender obras de arte robadas y, además, falsificadas —dijo en tono serio—. Todo lo anterior implicaría un escándalo mucho mayor que esos conocidos tuyos que han sido expuestos mediáticamente y cuyas vidas ya no son tan privadas como deseaban —sonrió con malicia—. ¿Sabes por qué? Porque tu apellido es el que tiene más peso. Y porque es el que necesito para que Ingrid sea feliz.

—Para ser un hombre de pocas palabras, hoy pareces estar dando un discurso.

—Lo puedo dar cuando hay que establecer reglas claras, Alana —dijo mirándole la boca—. De ahora en adelante —metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsilla de terciopelo, lo suficientemente discreta para que no causara incomodidad al llevarla— vas a usar este anillo. Cuando te pregunten por qué lo llevas en el dedo del compromiso, les dirás a todos que es porque te has comprometido con Rhys Callahan.

—¿Qué dices? —preguntó ella con sorpresa y también confusión.

—Ábrela.

—No estoy interesada en…

—No me repito. Y si no haces lo que te digo, Alana, saldré por esa puerta y te aseguro que mañana toda tu familia, tu reputación y tu carrera quedarán en la ruina. —Ella apretó los dientes y agarró la bolsilla de terciopelo. Al abrirla el anillo con un diamante solitario brilló bajo la luz—. Póntelo. No es algo romántico. Es un chantaje.

Alana contó mentalmente hasta tres. Podría cortarle la cara con el anillo.

—¿Satisfecho? —preguntó cabreada, mientras la pieza de oro blanco estaba en su dedo—. No sé por qué piensas que van a creer que yo estaría contigo…

Esta vez, la sonrisa de él fue sincera. Y eso la dejó sin aliento por un segundo.

—Porque así como tienes que actuar en la Corte o ante tus clientes, pretendiendo que todo está bajo control y que conoces exactamente cómo resolver cualquier inquietud o imprevisto, así también vas a convencer a otros de que tú y yo hemos estado

saliendo discretamente durante un tiempo y que este fin de semana hicimos una escapada —expresó—. En tu casa de la playa, te propuse matrimonio. No te esperabas mi llegada, en jet privado, porque yo debería estar inaugurando uno de mis hoteles en Hawaii. Mi vicepresidente fue quien en realidad se hizo cargo y así pude permitirme sorprender a mi futura esposa —relató con una media sonrisa. Ese gesto, al parecer, era su marca registrada cuando el sarcasmo tomaba el control.

—No te he visto de rodillas —farfulló con altivez y burla. Sentía el peso frío del anillo en el dedo. Jamás había tenido fantasías sobre el matrimonio o una propuesta romántica, pero le parecía ofensiva la manera en que Rhys trataba el tema.

—Creo que no tendremos esa etapa. Aunque si es una propuesta sexual la que estás haciéndome en estos instantes, no me interesa. Otras ya satisfacen mis necesidades, pero aprecio el gesto —dijo Rhys y alcanzó, por sus reflejos, a detener la bofetada que Alana iba a darle. Le sujetó la muñeca con firmeza. Ella forcejeó, pero fue inútil—. Deja de moverte, Alana, y escucha lo que voy a decirte claramente.

—Eres un hijo de perra —dijo entredientes. Si bien era una mujer diplomática en su trato con la gente, la canallada de este hombre no merecía de su consideración.

—Peores cosas me han llamado —replicó él—. Si quieres mantener tu carrera como abogada y a tu familia lejos del ocaso de un desprestigio, luego de tantas generaciones liderando la alta sociedad, vas a ser mi prometida. No es una petición con intención de casarme contigo, sino de fingir que es la finalidad. Durante el tiempo que yo decida que ha sido suficiente, tú abrirás el abanico de oportunidades que merece Ingrid quien, por cierto, jamás debe saber la verdad. Ni ella, ni nadie. Vas a organizar una agenda social con actividades que sean relevantes. Le enviarás ese calendario a mi asistente para que coordine con los demás asuntos de mi día a día, porque lo más importante es que los eventos que elijas tienen que ser en beneficio de mi hermana. Ella está interesada en asuntos de diseño de modas —explicó—. Y en lugar de lanzarme miradas hostiles y actuar como si yo fuese tu peor enemigo…

—Has hecho hoy todo lo posible para que te considere de ese modo —interrumpió zafándose del agarre de Rhys, y él no hizo intento de tocarla de nuevo.

Él acababa de erigir una jaula de oro para ambos. La puerta estaba abierta. Ella podría elegir entre ver el mundo desde el interior con ese jodido anillo, cumplir un tiempo y luego alzar el vuelo para siempre; o tan solo ignorar el chantaje, salir y dejarlo atrás. El inconveniente era que volar hacia su libertad tendría un precio muy alto.

—¿Y qué ganas tú? —preguntó Alana—. Porque no creo que el altruismo sea una de tus cualidades positivas más destacadas. Y eso creyendo que las tienes…

—Abrir puertas con la única llave que mi fortuna no puede comprar: un apellido antiguo. Que Ingrid sea aceptada e integrada de verdad. Que los proyectos de construcción de mi compañía, en zonas específicas y de mayor rango de plusvalía en ubicaciones únicas, no sean boicoteados por los hijos de puta que creen ser dueños de esta ciudad, porque tienen complejo de conquistadores de otros siglos —replicó.

Ella hizo una mueca.

Conocía que las amistades de sus padres solían jugar sucio y crear un entramado que les garantizaba, antes que a otros, obtener los permisos en las zonas comerciales o residenciales con más plusvalía. Dejaban a los otros competidores con desventaja u obstaculizaban el camino. Pero no solo en el ámbito de la construcción, sino en diferentes áreas de negocios. A veces les salía bien la trastada, otras, no tanto. Asumía que alguien con la persistencia de Rhys habría ganado gran parte de esas contiendas, pero debería estar interesado en alguna en la que aún no había ganado.

—Yo voté a favor de Ingrid. Estás hablando con la persona equivocada…

—Mi hermana no necesita tu conciencia tranquila o tus explicaciones vacías —interrumpió Rhys—. No se te ocurra intentar pasarte de lista y sabotearme, Alana.

—Nadie va a creer que tú y yo…

—La gente cree en lo que ve, y como serás tan buena actriz, lo creerán.

—No pienso tener ninguna clase de acercamiento físico contigo —dijo ella—. Aparte, llevo semanas distanciándome de todo ese entorno social. Me he retirado de muchos clubes y organizaciones, porque estoy priorizando otros asuntos —concluyó.

—Ese es un problema tuyo, no mío. Solo tienes dos opciones: los eventos sociales conmigo como mi prometida, ayudando a Ingrid, o los tribunales federales que se llevarán tu licencia profesional y la buena imagen de tu familia. Tú decides.

—Eres un malnacido. ¿Acaso crees que voy a cambiar mi estilo de vida por ti? —preguntó quitándose el anillo y dejándolo caer sobre el suelo de parqué.

Él ignoró el gesto, porque ese anillo era una bagatela para su presupuesto. Sí, le había costado dos millones de dólares. Porque nadie creería que Alana Pemberton aceptaría menos, y Rhys estaba decidido a ganar esta partida contra la alta sociedad.

—Lo tomaré como un halago —dijo con indiferencia—. Por cierto, si el anillo te queda grande o muy justo lo puedes enviar a reajustar —expresó Rhys—. Lo único a lo que mi asistente tendrá acceso es a la agenda que enviarás con un calendario. El resto de temas, incluyendo el asunto del anillo, lo puedes hablar con Ferdinand Russell, mi abogado. Porque él redactará el contrato de confidencialidad que vas a firmar, así que estará enterado de pormenores. Si lo considero oportuno te contactaré o puedes hacerlo tú. Si bien estoy ocupado para minucias, intentaré ser flexible —se burló.

Alana había escuchado de Russell, ¿quién no? Se trataba de uno de los abogados con dos especialidades: corporativo y penalista. Era excelente en ambas y su estudio jurídico poseía varias oficinas distribuidas a lo largo de la costa este. «Dios mío».

—¿Qué pasa si me niego a esta farsa y chantaje? —preguntó desafiante.

Él se inclinó hasta dejar sus labios cerca de la oreja de Alana. Aspiró su aroma: una mezcla suave de peras con canela. Después le

recorrió el cuello con la nariz de arriba abajo con deliberada lentitud, para volver a la oreja; la sintió temblar en silencio.

Ella contuvo la respiración. Sus venas sintieron que les inyectaban adrenalina, y toda su piel se erizó por este contacto. No podía moverse. Se quedó atónita.

—Dicen que en la cárcel no son tan amables —contestó a cambio —. Te dejaré la tarjeta de presentación de mi abogado en la consola cercana a la puerta. Llámalo cuando hayas tomado una decisión, y si quieres revisar los términos y condiciones. Salvo que te consideres infalible en tu profesión, te sugiero conseguir un abogado que sea mejor que el mío para que te defienda de todo lo que saldrá en la prensa y que se cobrará con creces tu reputación —dijo en tono de advertencia—. Te enviaré un mensaje con mi número. Sería redundante que me preguntes cómo tengo el tuyo.

La hermosa abogada hizo una mueca. Si sabía lo de Darren, su número de teléfono era la parte más fácil de todo este asunto. Sus cuerpos permanecían cerca, pero la calidez de los labios de Rhys se apartó del cuello y la oreja de la heredera.

Alana tenía un conflicto entre pedirle que se acercara de nuevo o llamar a la policía nada más verlo alejarse de su casa. Esta situación era una absoluta pesadilla. En especial, porque sentía que estaba tratándola como lo que siempre detestó: un medio para un fin, un puente para aprovechar los beneficios que llegaban asociados a su apellido, una conexión que llevaría —a quien se asociara con ella— a esferas de acceso restringido y le ofrecería oportunidades que otros desconocían o, tal como acababa de decirle el arrogante de Rhys, no tenían forma de acceder a ellas, porque existían aspectos que no poseían un valor tangible y en los que fortuna no servía.

—En realidad no tengo opción, ¿o sí? —preguntó ella retóricamente.

—Tienes lo que resta del fin de semana para que tomes una decisión. Ese anillo —señaló la pieza que continuaba en el suelo—, lo puedes considerar un obsequio. Quizá puedas inclusive venderlo para comprarte uno más a tu gusto. Pero creo que en prisión no permiten a las reclusas, aunque sean de cuello blanco, llevar joyas.

Ella quiso insultarlo con todas las palabrotas que tenía atoradas en la garganta.

—No recibo obsequios de un chantajista inescrupuloso como tú —zanjó.

—Al menos cuando me acusan de ser un criminal, no lo niego —dijo él en tono velado y con una sonrisa pérfida. Apartándose por completo, salió de la casa.

CAPÍTULO 7

Boston, Massachusetts.
Estados Unidos de América.
Años atrás.
Rhys.

La seguridad exterior era más apropiada para una reunión de presidentes, en lugar de la celebración de una fiesta de cumpleaños. Aunque, por supuesto, se trataba de la mafia y esta poseía más enemigos que cualquier político. Rhys tuvo que pasar varios filtros antes de que le dieran paso al interior. A pesar de que llevaba una jeringuilla, no le hicieron preguntas ni tampoco lo retuvieron más de lo que hicieron con los demás invitados. Él asumía que estaban al corriente de que tenía la autorización de no crearle problemas, sino darle facilidades. El esmoquin le quedó como si hubiera sido hecho por alguien que conocía bien cuáles eran sus medidas. Ya no se inmutaba ante este tipo de detalles, pues aceptaba que la mafia conocía el perfil completo de las personas que se vinculaban a la organización. Aparte, desde que se convirtió en recadero, había empezado a estudiar sobre las diferentes familias de todas partes del mundo que conformaban estas entidades que trabajaban bajo su propia ley y condicionaban la vida de muchas personas. Algunas películas parecían exagerar lo que señalaban los libros de historia, pero Rhys había escuchado rumores que daban a entender que Hollywood era solo un muestrario menos cruel de lo que era la realidad.

Aunque no tuviera conocimiento profundo de cómo funcionaba el sistema de Vipers Reign —pues entendía que cada mafia se conducía de manera distinta—, solo se necesitaba sentido común para comprender que todas tenían un detalle que no variaba: se obedecía sin hacer preguntas, a menos que le dieran la opción de hacerlas. Por otra parte, Rhys se sentía un poco inquieto al hallarse en un tipo de trabajo diferente al que llevaba tiempo ejecutando. No tenía

demasiados detalles o directrices en un ambiente que le era ajeno. Solo llevaba un pequeño auricular en una oreja —invisible a la vista — y todavía no le daban ninguna orden a seguir. Solía ser paciente en algunos aspectos, pero en esta ocasión se trataba de tener éxito en su encomienda si quería continuar vivo. Pero lo más importante: necesitaba que su padre se salvara.

No existía espacio para cometer errores.

Empezó a caminar, fingiendo que estaba habituado a estos eventos. Si actuaba como si no encajara, llamaría la atención. No quería eso. Sus pasos eran mesurados.

Al entrar en la mansión se quedó maravillado ante la cantidad de lujos y la magnífica decoración que solo había visto en películas. Todas las personas, no podría decir la cantidad porque eran más de las que podía contar con un simple vistazo, vestían ropas cuyo costo de seguro podría cubrir un año entero de su universidad. Los camareros iban y venían de un lado a otro con una agilidad que ni siquiera él había logrado aprender durante el tiempo en el que trabajó en el restaurante. Continuó caminando a la espera de que el auricular se activara, pero no sucedió. Se dio el tiempo de recorrer los alrededores, mezclándose entre la gente sin hablar con nadie en particular, mientras buscaba el rostro de la fotografía y que había memorizado. Se trataba de un hombre de aproximadamente treinta años, su rostro podría haber salido en las tapas de revistas si no fuese por una marcada cicatriz en la mejilla izquierda. Ese detalle afeaba la simetría de sus facciones angulares. Rhys se preguntaba por qué razón le interesaba al capo. A este último no lo veía por ninguna parte. Su inconsciente lo traicionó al intentar buscar a Sloane. La había echado en falta. Esa era la verdad.

Pero había hecho un trato, así que la vida de su padre era su prioridad.

Estaba a punto de aceptar una copa de champán —sí que había probado esa clase de bebida, pero sabía que la calidad que se ofrecía esta noche él no podría pagarla— cuando vio a Sloane a lo lejos. No estaba sola, sino rodeada de un grupo de amigos y parecía estar divirtiéndose. Lucía hermosa con un vestido color vino que se ajustaba a su cuerpo. Llevaba el cabello recogido en un tocado que

realzaba el cuello delicado. Los pendientes que colgaban de sus orejas eran de color esmeralda. Se preguntó qué diría si lo viese en esa fiesta; si acaso pensaría que la estaba buscando porque tenía la intención de pedirle que volvieran o si lo despreciaría por no haber tenido las agallas de decirle a la cara que la relación no podía continuar. Debido al movimiento constante en su línea de visión, Rhys observaba a Sloane a destiempo.

Lo más preocupante era que todavía no lograba encontrar al hombre de la fotografía, a pesar de que había sido sigiloso y que procuró no distraerse demasiado con su ex. Al cabo de unos minutos, cuando de repente volvió la atención al patio, Sloane ya no estaba con el grupo de amigos del inicio. Frunció el ceño, desconcertado, porque fue como si se hubiera esfumado entre los invitados. Eso le pareció algo extraño, pero no podía perder el tiempo haciendo hipótesis, porque tenía un asunto por resolver. Se obligó a enfocarse. Maldijo por lo bajo, pues ignoraba dónde carajos estaba la persona con los rasgos que él se había aprendido de memoria. Empezó a caminar hacia otras áreas de la planta baja. No veía a nadie con una jodida cicatriz.

Se pasó los dedos entre los cabellos. «Mierda.»

—Callahan —dijo una voz siniestra y desconocida a través del auricular.

Él se detuvo en seco y casi tropieza con una elegante anciana. Murmuró una disculpa y se dirigió a una zona cubierta por árboles en la que había gente fumando. Pasó de largo, hasta que encontró lo que era un pequeño jardín dentro del principal.

—Sí, escucho —replicó. No preguntaría quién era, porque no se lo diría—. He buscado al objetivo, pero no lo encuentro. ¿Cuánto tiempo tengo para hacerlo?

—Tu trabajo es seguir nuestras órdenes —dijo la voz masculina, ignorando el comentario. Su tono era firme y frío—. Sal del puto jardín y sube al segundo piso.

Rhys empezó a caminar siguiendo las instrucciones, consciente de que estaba siendo observado. ¿Desde qué parte o cómo? Nunca lo sabría. Se abrió paso entre los invitados que bailaban a gusto con la música a tope. Las risas se mezclaban entre charlas breves apenas

audibles. Además, había un bufé de comida instalado con una longitud equivalente a varias mesas. Durante su camino, Rhys notó por el rabillo del ojo que el capo estaba conversando con una señora a la que llevaba del brazo; asumía que se trataba de la esposa. Pero por ninguna parte veía a Sloane. No conocía a las hermanas sobre las que ella le había hablado, así que no podría identificarlas. Continuó su recorrido, hasta que alcanzó el segundo piso. Esa área tenía dos pasillos y llegaban los sonidos de la fiesta, pero con menos intensidad que en la zona de los invitados.

Él había tomado la ruta que le indicó la voz: ir a la segunda planta sin que nadie lo notara, entrando antes por la cocina trasera —entre el agitado trabajo de chefs y el equipo de catering— y luego dirigirse al pasillo de la derecha. Hacia la primera puerta.

—Estoy afuera de la puerta —dijo en voz baja Rhys.

—Entra. Se trata de un estudio. Abre el segundo cajón del escritorio. Agarra la 9mm. Guárdala en tu bolsillo para que sea rápida de sacar. ¿Comprendiste?

Rhys se quedó unos segundos en silencio, mientras cumplía la consigna.

Esperó a que la voz le diera más instrucciones.

—Hecho… Eh, jamás he utilizado un arma de este calibre —expresó el joven arriesgándose a que de repente alguien se acercara para matarlo o sacarlo a rastras.

El hombre del auricular, en tono escueto y rápido, le explicó cómo utilizarla.

—No puedes fallar, ni dudar, Callahan.

—Entendido —replicó el joven, inquieto—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Dirígete hacia el otro pasillo. Rápido. Abre sin llamar a la quinta puerta del lado derecho. Cuando lo hagas, lo primero que harás es avanzar hacia el hombre que vas a encontrar. El de la fotografía. Mátalo. El arma tiene silenciador. No importa la cantidad de disparos —dijo la voz con frialdad—. Después, mata a su acompañante.

Rhys se quedó estático por un instante. Se le secó la garganta.

—Yo…

—Tu padre se queda sin su trasplante, y tú recibes un regalo al fallar una orden de la mafia: la muerte. ¿Dos decesos en la familia serán agradables para tu hermano y para tu madre? ¿Soportarán sobrevivir de ese modo? —preguntó irónico, pérfido.

—No… No estoy dudando. Sé lo que acordé con el capo. Sí…

—Mira, pendejo, no tengo tiempo. Actúa en este instante. Al acompañante del hombre le clavas la jeringuilla. Da igual la parte del cuerpo. Solo hazlo. ¿Copiado?

Rhys había visto el contenido de la pequeña jeringuilla. Tenía 5 ml de un líquido transparente, aunque lucía algo espeso. No tenía ningún olor. Ahora, por la orden que acababa de recibir, comprendía para qué finalidad servía. Inhaló profundamente para darse fuerzas. Nada de esto había sido contemplado por él cuando aceptó ser un recadero de la mafia, menos cuando aceptó el trato con Blynth.

Estaba sin salida en una situación creada por sí mismo. Él no era un asesino, pero iba a convertirse en uno más de la lista. ¿No decían que el fin justificaba los medios? En este caso, para Rhys, no podría ser más cierto. El costo moral, altísimo.

—Sí —replicó tragando saliva. Su pulso estaba superagitado. Habría dado lo que fuese para tener un trago de agua—. Entendido. Lo haré.

—Tienes cinco minutos para cumplir con la consigna. Si no lo haces correctamente, el equipo de limpieza se encargará no solo de la escena, sino de ti —dijo la voz a modo de sentencia, sin admitir réplicas. Luego todo quedó en silencio.

Rhys se preguntó si el sonido de su corazón retumbando en el pecho podría escucharse alrededor, aunque no hubiera nadie. Él no era imbécil para creer que el «equipo de limpieza» al que se refirió el hombre eran unas mucamas. Solía leer *thrillers* de crímenes y juicios, pero jamás pensó que en la vida real escucharía esos términos.

Ahora estaba solo.

Se pasó la lengua sobre los labios. Intentó ralentizar la respiración.

Después se dirigió a la puerta y sacó el arma. Cuando dejó de temblarle la mano con la que sostenía la 9mm, con la otra giró la

manilla y entró rápido. La escena que tuvo ante él no iba a ser posible de borrar jamás de su memoria. Así como tampoco podría olvidar la furia ciega que lo embargó al instante. Parecía que sus ojos todavía intentaban asimilar la cruda escena, pero su cerebro ya había procesado todo de golpe.

No era un estudio en este caso, sino una habitación. En la alfombra estaban dispersas varias prendas. Un hombre de espalda con músculos definidos y un trasero que se movía al vaivén de sus caderas estaba follando con una mujer que gemía en un modo quedo, pero imposible para Rhys no identificarlo. Ni tampoco de quién se trataba. Sus instintos parecieron activarse. Ninguno de los dos amantes se dio cuenta de su presencia, hasta que apretó el gatillo y el disparo dio en la pierna del hombre. Este, por instinto se giró, y Rhys notó que era la persona de la fotografía. Pero no le importaron los gritos de la mujer que, incontables veces, había gemido su nombre.

Apretó de nuevo el gatillo y en esta ocasión, en la postura que estaba el desconocido —mirándolo por sobre el hombro, entre el asombro y el dolor—, la bala entró directo en la sien. El hombre cayó con todo su peso sobre Sloane y esta soltó otro alarido con desesperación, apartando ese cuerpo de inmediato. Manchada de una sangre que no era suya, con los muslos aún separados, la mujer estaba en shock.

Rhys mantuvo el arma levantada. No temblaba. Sentía como si hubiera hecho esto toda su vida, cuando era la primera ocasión en que mataba a alguien. Por breves segundos pareció entender que las motivaciones para cometer un crimen solo requerían de un aliciente que removiera las emociones más primarias de una persona.

—Zorra —dijo él con desprecio hacia Sloane, acercándose.

Ella reptó hacia atrás, pero no calculó bien la distancia y cayó sobre el colchón. Se recuperó rápidamente y volvió a acomodarse. Le temblaba la barbilla. Tenía miedo.

—No… Por favor, no —susurró y agarró la sábana para cubrirse—. Te lo puedo explicar, Rhys —dijo con lágrimas cayendo sobre las mejillas—. Escúchame.

—¿Desde cuándo, maldita seas? —preguntó y le puso el cañón del arma en la frente. Ella sollozó—. Todo lo que me decías eran puras mentiras. Con cuántos más habrás follado, mientras jurabas que me querías. Cuando me contabas tus estúpidos sueños. ¿Es ese el hombre con el que ibas a casarte? ¿Eh? —preguntó presionando el cañón, hasta que la presión hizo que ella trastabillara y cayera de nuevo en el colchón.

Rhys se inclinó sobre ella. Su mirada había perdido calidez y acababa de ser reemplazada por algo parecido a la oscuridad que atrae a las almas en pena: vacía.

—N… no… —susurró Sloane—. No es con quien iba a casarme… No…

Él estaba cegado por la rabia, la traición y una profunda decepción. Había creído hacer lo correcto al alejarse de ella. Quiso buscarla esta noche inclusive para hablar, un instante, sin embargo, desistió y prefirió mirarla desde la distancia. Pero jamás pensó que quedaría como un reverendo idiota, un cornudo nada menos, pensando en los sentimientos de Sloane cuando la mujer follaba con otro hombre. «¿Cuánto tiempo habría durado la aventura? ¿Cuánto tiempo burlándose de él?».

Rhys recordó la razón de estar en esa habitación.

Solo tenía cinco minutos.

Su vida o la de este par de hijos de perra. Uno ya estaba aniquilado.

Dejó el arma sobre la mesilla de noche y sacó la jeringuilla. No le dio tiempo a Sloane de reaccionar o tratar de agarrar la 9mm, sino que con rapidez le clavó la aguja en el cuello con más fuerza de la que habría sido necesaria. No pudo evitarlo; quería verla sangrar; quería verla suplicar y llorar de dolor. Las emociones que experimentaba no eran propias de él, sin embargo, parecía estar poseído por un lado oscuro que quizá siempre había necesitado salir, y que en ese instante encontró la grieta necesaria para colarse a la realidad. La rabia lo tenía cegado, la adrenalina no le permitía pensar con claridad, pero el instinto de supervivencia y la razón de que estuviera en esa maldita fiesta no se le olvidó: una oportunidad de vida para su padre.

El precio a pagar: quitar dos vidas a la vez.

La mujer, al intentar agarrar a Rhys, cayó sobre la alfombra.

Se llevó la mano a la garganta. Abría y cerraba la boca. Le costaba respirar.

—Ojalá no te hubiera conocido… He perdido lo único que tenía valor para mí: la humanidad —dijo Rhys y, en un gesto ajeno a sí mismo, le escupió en el rostro.

Ella se limpió el escupitajo, pero las lágrimas seguían cayendo.

Intentaba hablar, pero su garganta estaba cerrándose. Como si un puño la estuviese ahorcando. La sustancia empezó a paralizarle el cuerpo. Sloane jadeaba.

—Rhys… Perd… Perdóname… Por…

Él la quedó mirando, no dijo nada. La furia que llevaba dentro no se calmaba. Y por esa razón, aunque sabía que no era la orden que le dieron y que la jeringuilla ya había hecho su trabajo —porque Sloane se estaba apagando— tomó una decisión impulsiva. Esos ojos que todavía permanecían con un hálito de vida, cada vez más débil, estaban llenos de lágrimas, miedo y súplica silenciosa. No tenía voz, no podía hablar ni moverse, menos defenderse. Algo en Rhys no pudo tolerar verla de ese modo. No quiso verla agonizar, ni que así fuese el último momento entre los dos.

Agarró el arma y disparó.

Sloane quedó sin vida. Su cuerpo inerte. La sangre empapando la alfombra blanca con beige. Restos de materia cerebral se mezclaron con el suave material del acolchado. Él no tenía idea de cuánto tiempo se quedó en ese estado. Contemplando el cuerpo inerte, pero a la vez sin observar nada. Hasta que la voz le habló de nuevo.

Rhys reaccionó, como si saliera de un trance, parpadeó varias veces. Y a la par se dio cuenta de lo que acababa de hacer, más allá del asesinato: no solo le había quitado la vida a Sloane, su exnovia, sino a la hija predilecta del capo de Vipers Reign.

—Buen trabajo. Ha concluido el tiempo —dijo el hombre—. Sal de la casa.

—La persona que acompañaba al hombre de la foto… —susurró Rhys.

—El jefe lo sabe y lo planeó de esta manera —replicó la voz de un modo rápido y en el mismo tono monótono, frío—. Lárgate de esa habitación. Te quedan cuarenta segundos para desaparecer. Lleva el arma contigo y también la jeringuilla.

Rhys no miró atrás. Tan solo, como un autómata, bajó las escaleras. Tomó en esta ocasión un pasillo que llevaba a la salida de servicio y se fundió con la noche. Cuando empezaba a alejarse volvió a escuchar la voz en el auricular. En esta ocasión, le habría gustado que se quedara en silencio y no haber conocido la información que el hombre le dio. Porque, a partir de ese instante, su corazón perdió toda nobleza.

—No habría represalias contra ti —habló el desconocido—. Sloane estaba vendiéndole información a ese hombre. Creyó ingenuamente que el capo lo ignoraba.

—Yo…

—Tú fuiste una distracción. No existe ninguna herencia de la abuela, Callahan, así que el dinero de Sloane provenía de vender información de Vipers Reign al mejor postor. Su inocencia es tan genuina como la bondad de Lucifer —comentó, ignorando que cada palabra era como una cuchillada en el plexo solar de Rhys y también aniquilaba toda posibilidad de volver a contemplar el vínculo con una mujer bajo un concepto distinto al de una compañía desechable y temporal. Cada palabra mataba cualquier resquicio de empatía que hubiera existido en él—. Esta era la única forma de deshacerse de ella. Se considerará una situación sin resolver. El capo elegirá un chivo expiatorio para culpar, y ese no serás tú. Has cumplido muy bien con tu parte.

—Su propia hija… —alcanzó a farfullar Rhys.

—En los negocios de la mafia, la familia es la más importante; tan importante como la lealtad. La falta de ella se paga con la muerte sin considerar el grado de parentesco, Callahan. Este es un mundo de decisiones complejas para sobrevivir.

—Sloane… Mierda…

—Ella estaba embarazada de ese hombre —expresó con indiferencia—. Abortó hace tres semanas. El jefe no tiene piedad. Todo lo que hace es calculado.

—¿Qué…? Esto es demasiado… Yo… —murmuró y apoyó la mano contra la pared más cercana. No podía creer lo que estaba escuchando, aunque fuese real.

—No soy psicólogo —replicó el otro hombre con hostilidad—. Deja el auricular, el arma y la jeringuilla en el primer bote de basura de la siguiente esquina. Un equipo se encargará de esa minucia, Callahan. El jefe estará satisfecho contigo.

—Pero era su jodida hija… —dijo sin poder evitarlo.

Del otro lado se escuchó una carcajada indolente.

—Procesa lo ocurrido. Sabes seguir órdenes. Y si quieres ganar mayor dinero que siendo un repartidor de mercadería, puedes ser parte del equipo de asesinos a sueldo. Los sicarios ganan muy bien. Recibirás un correo. Acéptalo —exhortó.

—¿Es una orden…? No creo que pueda volver a…

—Tienes el instinto, la rapidez y sigues órdenes. Te falta entrenamiento, como a cualquiera. Serían los miles de dólares más fáciles de obtener: apretar un gatillo —dijo. No volvió a hablar. Eso era todo. El encargo había llegado a su final.

«Misión cumplida», pensó Rhys con ironía.

Después de deshacerse del arma, la jeringuilla y el auricular, vomitó.

Su cuerpo temblaba. Sentía una pesadumbre en el pecho que no era capaz de explicar. Necesitaba sentarse, pero no podía hacerlo, porque prefería regresar a casa. Pero, a la vez, no sabía con qué cara miraría a su familia. Él no era ni sería jamás el mismo Rhys que se había despedido de ellos esa noche, argumentando que iría a una fiesta para ayudar como valet parking, porque ese Rhys había muerto en el instante en el que apretó el gatillo; en el instante en el que la vida de Sloane y su amante se apagaron a causa de sus disparos y lo que, imaginaba, era un veneno inyectable. Daba igual. Jamás podría ver la vida del mismo modo. La ilusión o la esperanza tan propia de su edad había sido despedazada, porque había pagado el precio de intercambiar su moral y su humanidad por la oportunidad de que su padre pudiera mejorar su vida.

Necesitaba estar a solas y bañarse.

Quería embriagarse, pero eso no borraría sus acciones.

Se sentía sucio, aunque en el traje ni en las manos tenía gotas de sangre o suciedad. Lo que estaba manchada era su conciencia. Lo que estaba destruida era la confianza en el sexo opuesto y cualquier indicio de pensar en una mujer como algo más que un coño para satisfacer sus necesidades. Lo que había sido aniquilado por completo era su concepto del amor, ahora sabía que era una triste y fútil invención.



Cuando llegó el correo semanas más tarde, Rhys no lo meditó demasiado. Su padre había sobrevivido y estaba en proceso de recuperación, luego del trasplante. Eso era lo único que importaba. El resto —la moral, la culpa y ese peso extraño e indescriptible que todavía sentía en el pecho cuando intentaba dormir— era un lujo que no podía permitirse, porque para Rhys era más importante salir de las cloacas de South Boston. No solo por él, sino por su familia: su madre, su hermano y su padre.

Aceptó la oferta para convertirse en sicario de la mafia.

Cinco días después, le dieron las instrucciones para empezar su entrenamiento.

Durante el proceso, Rhys notó algo peculiar: la curva de aprendizaje le resultó corta, porque la parte más compleja —que era cruzar la línea entre la moral y el crimen— él ya la había pasado. Además, en el transcurso de las semanas entendió que ese ligero, casi imperceptible, tirón en el pecho antes del primer disparo en cada encargo no desaparecía nunca, sino que dejaba de tener importancia. Se volvía costumbre al repetirse tantas veces y parecía adherirse al trabajo como parte de él.

Uno de los aspectos que le pareció muy útil fue aprender a leer el lenguaje corporal de sus objetivos, definir el momento y segundo exacto en los movimientos para que el proyectil impactara en el sitio preciso. Desperdiciar balas convertía la misión en un acto descuidado y Rhys, como estudiante de ingeniería civil, prefería lo controlado y organizado. Coordinar su vida de alumno regular en la

universidad con los encargos de Vipers Reign no fue fácil, menos justificar sus ausencias en casa de sus padres. Por ese motivo, él eligió mudarse a un pequeño estudio y así tener mayor independencia. Pudo pagar los estudios de su hermano que, a pesar de que era listo, no logró ingresar a la carrera médica a través de una beca. Así que gracias al dinero que ganaba, pagos siempre puntuales y generosos de la mafia por su excelente desempeño, Craig logró obtener su título universitario. Su padre se recuperó por completo. Durante un tiempo, la familia pareció recobrar un poco de serenidad.

En cuanto al capo, Blynth, jamás mencionó el asunto de Sloane. Fue como si no hubiese ocurrido. Las noticias apenas se hicieron eco del tema, porque la mafia estaba detrás y eso evitaba que se publicaran ciertos titulares e información. Para el resto del mundo, Sloane McCain se había suicidado. Nunca se mencionó al amante.

En esos años como sicario, Rhys construyó dos cosas: una cuenta bancaria sólida que si no hubiera aceptado la oferta de la mafia jamás hubiera logrado sostener, al menos en pocos años. Con ese dinero, aprendió a realizar pequeñas inversiones que le daban intereses. Lo segundo fue obtener su título como ingeniero civil, graduado con honores, porque le había prometido a su madre que iba a sentirse orgullosa de él cuando acabara la universidad. Y era ese título académico el recordatorio que lo ayudaba en aquellas noches oscuras, en las que el trabajo se volvía pesado y la frialdad parecía apropiarse por completo de él, y lo hacía fijarse en que no solo aniquilaba vidas, sino que sus manos e intelecto poseían la capacidad de crear. Rhys deseaba más que nada bosquejar proyectos únicos que alguna vez pudiera ver hechos realidad.

En lo profesional y familiar, todo funcionaba. En lo personal, era otra historia.

Por supuesto que hubo varias amantes, el detalle era que ninguna duraba más de lo que él consideraba que merecía la pena. Sus necesidades variaban y también sus gustos. Fueron épocas en las que podía gastar mucho dinero, pero siempre pensaba en el futuro y que provenía de un ambiente de carencias. Un ambiente que no quería replicar de nuevo y por eso, aunque proveía a su familia,

también era inteligente y sabía administrar lo que ingresaba en su cuenta bancaria con cada encargo de la mafia.

Rhys, con las mujeres, se encargaba de establecer los términos desde un inicio. Si buscaban que él les arreglara la vida o les hiciera obsequios caros, las dejaba. Él no era un cajero automático ni pretendía mantener a nadie. Se volvió cínico. No volvió a creer en lágrimas, historias tristes, menos se interesó por los sueños de las amantes que pasaban por su cama. Él follaba, la pasaba bien durante unas horas o días, pero no volvió a darle el beneficio de la duda, ni tampoco su confianza, a ninguna mujer.

CAPÍTULO 8

Alana apenas logró dormir a lo largo de la semana, después de la invasión —pues no iba a llamarla de otra manera— de Rhys Callahan a su casa en Edgartown. En lugar de tener un espacio de tranquilidad en la playa, el chantaje la había dejado inquieta. Su mente estuvo lanzando hipótesis de posibles escenarios para librarse de la situación con el irlandés, pero en ninguna existía algo para contrarrestar las pruebas que él poseía. Inclusive se adentró a investigar su pasado, ya no en redes sociales, sino con la persona que solía trabajar para su familia y que averiguaba qué colecciones privadas de arte estaban a punto de salir a la venta. Laurence Courtier era excelente para localizar piezas exclusivas, sin importar en qué ciudad del mundo estuvieran disponibles, y así le daba a Galerías Pemberton ventaja competitiva. El negocio del arte era más sofisticado y complejo de lo que nadie podría imaginar, no solo porque se trataba de piezas únicas, sino también porque una negociación podía tardar meses. Pero Laurence no logró encontrar nada comprometedor sobre Rhys que pudiera dar a Alana pruebas con el mismo efecto que las de él. Es decir, un doble chantaje en el que las partes quedaran frenadas a la vez, en un punto neutral. La situación la frustró.

Por otra parte, aunque amaba ejercer de abogada, si la amenaza hubiera sido un procesamiento por fraude federal y encubrimiento, ella podría haberse defendido con todo lo que tenía al alcance. El abogado de Callahan era una eminencia, sin duda, pero inclusive los más exitosos tenían fracasos. Alana poseía la perseverancia, suspicacia y sagacidad suficientes para batallar hasta dar con una salida que no incluyera la cárcel. No obstante, un proceso judicial habría dañado su reputación irreparablemente. De poco o nada le habría servido encontrar un acuerdo legal viable, en lugar de ir a juicio. Pero lo peor hubiese sido que sus padres salieran en los titulares noticiosos, porque se habrían convertido en una burla de quienes disfrutaban ver a otros sufriendo un caótico e inevitable

declive social. En el caso de Sandy, jamás se lo perdonaría. Mas lo que de verdad la llevó a ceder ante el contrato y el chantaje de Rhys no fue su madre, ni el miedo, ni las terribles consecuencias. Fue su padre.

Si ella no hubiera firmado el ridículo documento en la oficina de Ferdinand Russell, Darren habría sufrido, porque él sí valoraba desde un punto de vista sentimental, no material, la herencia que había pasado de generación en generación entre los Pemberton. Inclusive se sentía orgulloso de pertenecer a una familia que —desde los inicios de Boston— había ofrecido a la sociedad filantropía, apoyos a planes gubernamentales y, ahora en el nuevo siglo, contribuía a que el arte continuara siendo un punto importante del entramado de aprendizaje y cultura, a través de las galerías.

Aparte, cada rama de sus negocios contaba con un proyecto que buscaba integrar a la juventud en actividades que repercutieran positivamente en su formación intelectual. «¿Cómo podría permitir que su propio padre cayera en la jaula de los lobos para ser destrozado?». Alana decidió proteger a los suyos, pues no le parecía justo que el trabajo de sus ancestros se diluyera por errores involuntarios de su padre, consecuencia de una enfermedad. Sus movimientos legales habían sido sigilosos durante tres años —cuando se enteró de lo que ocurría con Darren—, y así habrían continuado si no hubiese aparecido el cretino de Callahan. Pero esta era la realidad a la que tenía que enfrentarse y la aceptaba. Ella siempre buscaría defender a los suyos.

Darren era una de sus personas favoritas, no solo por ser su padre, sino porque era el mejor ser humano que conocía. En incontables ocasiones había presenciado su generosidad y calidez con otras personas, sin importar si eran ricos o pobres o si convenía que integraran su red de contactos. Quizá ese era uno de los aprendizajes más valiosos que poseía gracias a él, entre otros tantos. A pesar de que siempre estaba ocupado, por su abanico de negocios o viajando, jamás le negaba un instante de su tiempo para conversar o para detenerse y saber cómo estaba; no siempre lograba llegar a todas sus actividades escolares, pero la llamaba para decírselo. Todas las promesas que hacía, las cumplía; a

diferencia de su madre. Desde que tenía memoria, Darren la mimó bastante. Como cuando organizó una fiesta para celebrar sus nueve años con la decoración y réplica exacta de la casa de las hadas madrinas de La Bella Durmiente, hasta ser su inversor cuando ella se graduó de un curso de repostería y decidió abrir una tienda de galletas y postres. Esto último fue un éxito que duró poco tiempo, pero el gusto por cocinar se mantenía. De hecho, hacía las tartas de cumpleaños de su familia. Sandy tenía la manía de criticar si el postre quedaba muy o poco dulce, pero a Alana le daba lo mismo, porque sabía que al final su padre era el que los disfrutaba.

«Todos cometen errores y eso no significa que han fracasado, sino que tienen la posibilidad de mejorar en la siguiente oportunidad», le solía decir Darren cuando ella llegaba a casa con alguna mala nota de la escuela o cuando estaba aprendiendo a andar en bicicleta y se caía las primeras veces que intentaba mantener el equilibrio. Lo mismo ocurrió cuando aprendió a nadar; las veces que tragaba agua o se frustraba, él la animaba a que volviera a intentarlo. No era el clásico padre que la regañaba con gritos o condicionamientos emocionales. La forma en que le hablaba era pragmática.

—Papá —le había dicho en una ocasión, ella tenía doce años—, no entiendo por qué no despediste a Milla. La vimos que estaba llevándose el dinero que dejaste sobre la mesita del otro salón. Ese dinero era para ir esta tarde al cine con mis amigas.

Darren le había hecho un gesto para que se sentara junto a él en el sofá.

—Milla tiene cuatro hijos. Todos tienen más o menos tu misma edad. Ella ha trabajado con nosotros desde antes de que nacieras, Lani, y acaba de cometer un…

—Error —había interrumpido ella, completando la frase—. Pero existe una diferencia entre equivocarse y cometer un delito. Robar es un delito, papá. Merece castigarse. ¿Acaso no es lo normal en cualquier circunstancia? —había preguntado.

El hombre de ojos celestes la había mirado con una sonrisa.

—Entiendo tu punto, pero, ¿acaso le preguntaste por qué tomó el dinero?

—Claro que no, porque el motivo no importa, papá —había replicado—. No quiero ser mala, porque Milla es buena con nosotros, pero hay que ser justos en todo.

—Bueno, después de que tú me comentaras lo sucedido, yo sí fui a hablar con ella, Lani. —Alana había elevado ambas cejas—. Lo que tú creías que era un robo, en realidad se trató de que Milla tomó el dinero y fue a guardarlo en mi cajón del estudio. Cuando fui a comprobar, efectivamente, los treinta dólares estaban ahí. Completos.

—Yo…

Darren le había hecho una caricia en la cabeza.

—A veces, querida hija, las personas cometen ciertos actos que van contra todo pronóstico de considerarse justos o coherentes. En ocasiones son culpables, en otras —como el caso de Milla— no. Pero siempre existe un trasfondo, una realidad, una historia. Si quieres ser abogada, como tantas veces me lo has dicho, entonces debes comprender que inclusive los delitos más graves están cometidos por seres humanos. Por ende, tienes que analizar sus circunstancias con nombres y apellidos, no como anónimos que llegan a tu escritorio para ser condenados. ¿No lo crees así?

Ella se había sentido avergonzada e hizo un asentimiento.

—¿Y qué tal si hubiera robado el dinero de verdad? —había preguntado Alana.

—Entonces, le habría preguntado la razón.

—¿Así nada más?

—Hay algo importante en todo esto, Lani. De algún modo, me alegra que haya sucedido y que fueses tú la testigo de la situación —había expresado mirando a su hija—. Procura siempre darle a la persona frente a ti la oportunidad de explicarse. Si la ofensa que cometen es muy grave, no te apresures a emitir un juicio: medítala. Pero siempre pregunta qué ocurrió para que esa persona haya llegado a cometer un delito.

Alana había hecho una mueca.

—Supongo que le debo una disculpa a Milla…

—Así es, señorita —había sonreído el multimillonario—. Ve y habla con ella.

Desde esa conversación ya habían transcurrido quince años.

Aunque tenía presentes las palabras de Darren, en medio de la agitada vida del ejercicio profesional a veces se le olvidaban. Además, no todo era blanco y negro; muchas personas no merecían ser escuchadas. Sin embargo, ella hacía lo posible por intentar ser justa. El problema radicaba cuando la contraparte no le correspondía.

La ironía era que tenía que aplicarse a sí misma la lección de esos años. Por supuesto que había cometido un delito, pero existían razones importantes detrás. No era de extrañar que Rhys nunca le hubiera hecho preguntas sobre los porqués, porque al parecer ese no era su estilo. Tan solo actuó, en lugar de preguntar, chantajeándola. Pero, al igual que ella, tal como cualquier persona, seguro él también tenía secretos.

Ahora, ella tendría que pasar los siguientes dos meses pretendiendo ser la prometida del primitivo de Callahan. Además, tenía que hallar la manera de que su rostro no diera a entender que no le hacía gracia estar al lado de un chantajista. Sin embargo, al tratarse de un contrato —en términos de Russell: un acuerdo de colaboración social sin remuneración— Alana también tenía la potestad de negociar. Durante la firma no estuvo Rhys, de lo contrario ella quizá no hubiera logrado guardar sus réplicas mordaces e impropias de su usual prudencia. Alana estableció que los días domingos eran solo para ella, y que bajo ninguna circunstancia compartiría ese día con el multimillonario. También exigió que sus actividades profesionales se respetaran y que nada vinculado a su gestión en McKenzie & Trader se viera asociado o perjudicado por ese contrato. Aparte agregó que si entre las cláusulas constaba que no podría ser vista con ningún hombre —en una situación que dejara dudas sobre este falso compromiso matrimonial— la misma norma tenía que aplicarse a Rhys. Argumentó que no se convertiría en el centro de burlas o comentarios fuera de lugar, si era a Callahan a quien encontraban en circunstancias indiscretas. Esa clase de reglas tenían que ser en doble vía. Al escucharla, el abogado había llamado a Rhys —este al

parecer estaba ocupado y su respuesta fue rápida— y luego aceptó incluir la petición.

Finalmente, Russell le explicó que ambos debían mostrarse cercanos en público, no hostiles, porque cualquier distancia evidente pondría en duda la veracidad de la relación. Alana apretó los dientes. Era exactamente la clase de cláusula lo suficientemente ambigua como para no poder rebatirla, así que no lo intentó. Russell añadió que si ella no actuaba con la calidez y amabilidad por las que la conocían en la ciudad, la narrativa de una relación discreta que ahora salía a la luz resultaría poco creíble, en especial si se mostraban distantes o incómodos el uno junto al otro.

Lo que más enfadó a Alana fue descubrir que existía una penalidad —además del daño a su reputación y el riesgo para su licencia profesional— por incumplimiento en el contrato: tendría que venderle a Rhys su casa de la playa por la mísera cantidad de 5 dólares americanos. «¿Cómo iba a tolerar la cercanía de ese idiota de Callahan?».

Antes de acabar la reunión con el abogado, que tardó casi una hora, Russell le recordó —casi como si intentara empatizar con Alana — que tenía que velar por los intereses de su cliente, y que era primordial la credibilidad, así como generar lo más importante entre lo acordado: crear accesos para Ingrid en diferentes actividades que pudieran beneficiarla a largo plazo como aspirante a diseñadora de modas, porque ir acompañada de Alana le garantizaría a la hermana de Rhys recibir aceptación y respaldo inmediato. Las personas que conociera Ingrid no volverían a mirarla por sobre el hombro, menos si una Pemberton se dejaba ver en público llevando un anillo que la uniría en un futuro cercano a la familia Callahan. En toda la conversación, Alana tuvo la última palabra y pidió añadir una cláusula final: si alguien descubría que todo era una farsa, Rhys cargaría con las consecuencias. Ella expresó que no estaba dispuesta a convertirse en el chivo expiatorio de nadie. Russell la miró con una expresión amable y llamó de nuevo al magnate. Esta vez, el silencio al otro lado de la línea pareció durar más de lo habitual antes de que la respuesta llegara. Aceptó.

Los siguientes ocho días, luego de salir de la oficina del abogado, fueron los más largos que recordaba. Y ahora, mirando el ramo de rosas rojas sobre su escritorio, comprendía que el tiempo de pausa —porque Rhys tuvo que viajar a Londres— había acabado. Ese día empezaría su charada. Por otra parte, no había sido el propio Rhys quien la llamó, sino su asistente, para informarle que el magnate pasaría a por ella a las siete de la noche para ir a cenar. Esa sería su primera actividad juntos. Aunque fuese una farsa, ¿qué le costaba al majadero aquel tener modales y ser él mismo quien se comunicara para hablarle de la cena? «Será idiota.» El restaurante estaba en boga y acababa de ser inaugurado meses atrás. Se trataba de un asador de alto nivel cuya propuesta fusionaba la parrilla argentina con los sabores de la churrasquería brasileña.

Alana consideró pedir a la persona de limpieza que echara esas flores a la basura, porque no tenían ningún significado, y además estaba el detalle de que a ella no le gustaba que le regalaran esa clase de cosas. Prefería otra clase de detalles significativos de verdad. Pero tenía que recordar que estaba en un juego sin salida. «Solo son dos meses», se recordó, mientras enviaba el último correo de la jornada. Sentía rabia al no poder hablar con Taylor de lo que estaba sucediéndole, porque el contrato estaba blindado para que la verdad sobre lo que ocurría no fuese revelada. Sabía que difícilmente el abogado o Rhys iban a enterarse si ella lo comentaba con terceras personas. No obstante, ella estaba segura de que de alguna forma su chantajista, que parecía leer más allá de lo que alguien quería expresar, lo notaría más pronto que tarde. No quería exponerse a tener más encuentros desagradables con él.

Aunque como abogada ella podría hallar algún atajo, el riesgo no valía la pena.

«¿Y qué tal si acordaba verse con Taylor y le hablaba en clave?», pensó de repente. Si era sutil, su mejor amiga podría ir descubriendo por sí sola lo que estaba ocurriendo, como si fuera un acertijo. Técnicamente no estaría violando el contrato. Aunque también existía la posibilidad de que Taylor, en lugar de solo comprender lo que pasaba, le exigiera más detalles de las razones de haberle ocultado lo de Rhys. «No necesitas que tu mejor amiga

se resienta contigo, la necesitas de tu lado; y cuando todo acabe, entonces podrás hablarlo sin reprimirte», reflexionó. Alana soltó una larga exhalación. Ahora caía en la cuenta de que a Taylor tendría que mentirle. Entre ellas siempre habían sido lo más sinceras posible. Eso le dolía y era otra razón para detestar a Rhys. Apagó el ordenador y echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla. Cerró los ojos unos instantes. Al rato, con algo parecido a la resignación, agarró su bolsa y abandonó la oficina. «Necesito un baño relajante antes de salir…».



Alana se aplicó unas gotas de perfume. Le gustaban los aromas frutales y el de pera con toques ligerísimos de vainilla era su preferido. El baño le había sentado muy bien. Durante el tiempo que se arregló frente al espejo recordó que tenía que restar importancia a las fotos que circulaban en internet de Rhys con otras mujeres. Había cometido el error —inconsciente— de pensar que la gente no creería que un hombre que salía con acompañantes que poseían un cuerpo delgado y atlético, la consideraría a ella —siendo tan opuesta al molde usual de Rhys— como la persona con la que quería casarse. Luego su voz interior, enfática, condenó esa reflexión de absurda inseguridad y la instó a blindarse del mejor modo posible: vestirse con las prendas que la hicieran sentir más guapa y atractiva, para ella; que usara un maquillaje tan delicado que exaltara sus pómulos y ojos con toques precisos; y que dejara su cabellera larga y suave caer con libertad bajo sus hombros, pero recogida a un lado con una horquilla.

Con renovada seguridad, no menos nerviosa —porque jamás había vivido una situación como esta— eligió un vestido midi azul noche, de corte limpio y sin pretensiones. Nada que sugiriera esfuerzo. Porque se trataba de sentirse bien ella, mas no de impresionar a un idiota. Buscó sus tacones Manolo Blahnik que le daban un poquito más de altura a un metro con sesenta y ocho, dieciocho menos que Rhys. Alana comprobó que su móvil estuviera

con la batería completa y después tomó una larga inhalación para prepararse. No sabía qué esperar. Solo quería que las siguientes semanas pasaran rápido y que Ingrid encajara con las personas que iba a conocer, pues no todas eran agradables, aunque poseyeran las conexiones que una aficionada a la moda buscaba. Alana agarró su bolsa y guardó el labial, al ver un BMW Alpina aparcando frente a su jardín delantero. Ella vivía en una casa de fachada en piedra rojiza oscura, de dos pisos, con su característica escalinata de entrada, en Back Bay.

Al contrario de lo que hubiera pensado —considerando los antecedentes— Rhys bajó del coche y llamó a la puerta, en lugar de cometer la grosería de tocar el cláxon esperando a que ella saliera de la casa y subiera al automóvil, mientras él permanecía en el asiento del conductor. Alana abrió con suavidad y elevó el rostro.

Podría invitarlo a pasar, pero no era esa clase de relación. Todo era falso. Ella no estuvo preparada para el impacto de verlo de nuevo. Más allá del fastidio que sentía hacia él, no podría recordar a otro hombre que luciera mejor un traje como Rhys. De chaqueta color azul oscuro, pantalones a juego, camisa interior gris sin corbata y dos botones abiertos, la ropa le quedaba tan bien que sus músculos se ajustaban perfectamente a la tela; cada prenda parecía que estaba diseñada para contener los instintos salvajes de un hombre que aparentaba extremo control, pero subyacía la amenaza de que pudiera desatar su verdadera naturaleza de un momento a otro.

El cabello abundante, algo ondulado y suave, estaba peinado hacia un lado; muy al estilo de John F. Kennedy Jr. Pero fue la mezcla de la mirada masculina —profunda y casi secreta, recorriéndola de arriba abajo sin reparos— junto a la colonia que poseía un aroma similar al pecado, a la tentación y al peligro, lo que consiguió que el cuerpo de ella reaccionara. Lo sintió en cada poro de la piel, pero logró controlar el ligero temblor que la atrapó. Le parecía injusto que el universo conspirara para que la persona que estaba jugando con su reputación y la de su familia la afectara así.

Ella tenía práctica en despistar a la gente sobre su verdadera opinión, a través de una sonrisa y, además, siempre tenía una frase

amable para no volver a hablarles durante el resto de la velada, el evento o el encuentro. Resultaba una pena que en el momento que más necesitaba esa habilidad, como ahora, no pudiera hacerlo. No por falta de voluntad, sino porque ese jodido contrato se lo impedía. «Dos meses.»

—Buenas noches, Alana —dijo Rhys con frialdad, pues lo que menos deseaba era que sus instintos tomaran la delantera. Se recordó que esta mujer representaba todo lo que él despreciaba en la sociedad y que formó parte de la humillación de Ingrid. Tenía las pruebas—. Qué bien que estés lista, porque detesto la impuntualidad. Solo para dejar clara esta situación: no es una cita, sino un asunto contractual. Procura no malinterpretar ciertos gestos, creyendo que me interesas más allá del pacto que hicimos. Recuerda lo que está en juego. Sobre Ingrid, al detalle, hablaremos luego.

Alana se debatió entre darle una patada en los testículos o cerrarle la puerta en la cara. Las palabras de él actuaron como un balde de agua fría, y cualquier extraño trance que su cuerpo hubiera podido experimentar se desvaneció. «Calma. Calma.»

—Qué encantador, Rhys, no esperaría menos de ti —replicó con sarcasmo. Para evitar continuar frente a él, lo rodeó y siguió su camino hacia el BMW—. ¿La caballerosidad es solo para la sociedad o quizá alcanza también para abrirme la puerta? —preguntó en un tono dulce y engañoso, que solía usar cuando alguien le caía mal.

El magnate se acercó y apoyó una mano a cada lado de ella, sobre el metal frío de la puerta, atrapándola, y bajó el rostro hasta que sus alientos prácticamente se mezclaron. La distancia no superaba los diez centímetros. No se trataba de un error táctico de Rhys. Durante toda esa semana, desde que la vio en Edgartown, su enfado había ido en aumento. Inclusive buscó a Corinne, una mujer con la que pensó follar de nuevo, pero después de tomar un par de tragos en la barra del hotel en el que se habían citado, él decidió terminar la velada antes de tiempo. Su libido pareció no sentir el estímulo suficiente. Al llegar a casa, cabreado, fue a su gimnasio privado y se dedicó a entrenar, hasta quedarse exhausto. Ese fue el único modo para desahogar la frustración. Pero le bastó el recuerdo

de la expresión dolida y agobiada de Ingrid, para pensar en la razón de que hubiera orquestado sistemáticamente esa venganza.

Por otra parte, su viaje a Martha's Vineyard se trató de una estrategia de intimidación planeada, aparte fue una vía discreta y sin testigos. Se sorprendió al conocer una versión distinta de la que mostraba la prensa sobre Alana: sencilla, pocas joyas, el cabello suelto en lugar de los peinados impecables de las fotos, y una expresión relajada. No la perfección en estilo y postura que exhibía en los eventos, sino algo más real. Una versión que, estaba seguro, muy pocos habían visto de ella.

Ese rostro calmado cambió cuando notó que él la esperaba en el interior de la casa. A Rhys no le gustaba su jodido instinto, propio de alguien habituado a estudiar perfiles antes de un asesinato, que le gritaba que esa mujer escondía algo más allá de los documentos que encontró Leyton. De otro modo, ¿por qué habría exigido que los domingos quedaran libres de compromisos con él o con Ingrid? De hecho, los domingos eran las mejores ocasiones para mostrarse en público y así afianzar la idea sobre su compromiso falso. Él había aceptado la cláusula de Alana porque existía una ambigüedad y pensaba aprovecharla. De ese modo conocería lo que ella escondía.

—Esta noche habrá gente observando y también escuchando. Los camareros son cotillas, porque conocen la clase de gente que va a Mountain Steaks. Al tratarse de un sitio de moda nada pasará desapercibido. Hay reporteros especializados en comida que estarán haciendo alguna crítica gastronómica y podrían reconocernos —dijo Rhys, sin apartarse ni un centímetro. Esa cercanía le permitía, tal como hacía una semana, ver de cerca los expresivos ojos azules. Esta vez, él era quien le transmitía un mensaje de hostilidad—. Así que durante la cena vas a sonreír como si estar juntos te hiciera feliz. Como si ser mi prometida fuera algo especial e importante para ti.

Ella podía sentir el calor que emanaba del cuerpo masculino. Estaba rodeada de esa energía potente y algo parecido al deseo. ¿Química, tal vez? Le había sucedido la primera vez que lo vio en la PreGala, aun estando lejos y sin saber quién era. Se repitió en la

playa. Y ahora, en plena calle. Se preguntaba si la percepción era mutua.

—Mi profesión no es ser actriz, pero como abogada mi trabajo, entre otras cosas, consiste en fingir frente a un público adverso que estoy a cargo de la situación y que ellos tienen más que perder que el cliente al que mis colegas y yo representamos —replicó ella, sosteniéndole la mirada, sin acobardarse. Procuró no fijarse en la boca sensual de Rhys, porque de lo contrario perdería toda posibilidad de armar frases coherentes. Que hablara sin tartamudear ya era un éxito—. Así que la pregunta sería si tú sabrás estar a la altura al ser mi acompañante o si vas a tener esa habitual expresión de indiferente arrogancia. Porque te recuerdo que si bien yo puedo hacer bien mi rol y ayudar a Ingrid, eso sería solo el cincuenta por ciento. El resto es tuyo.

Los ojos de Rhys destellaron peligrosamente ante la franqueza y provocación. Ella estaba recordándole la diferencia de mundos sociales a los que pertenecían, y que nada tenía que ver si eran o no parte de una red similar debido a sus bienes y fortuna.

—Aquí aparece la verdadera Alana —dijo él con burla—. Dudando de si seré capaz de encajar entre los tuyos y de usar la misma máscara que los que te rodean. Pero te informo que, a diferencia de ti y de tus amigos, mi única herencia fueron las ganas de salir de los barrios bajos en los que viví antes de ser multimillonario. Y aun así, aprendí a moverme entre lobos mejor que cualquiera que naciera entre ellos. Así que descuida, yo sabré fingir que te tolero lo suficiente para haberte dado un anillo.

Ella enarcó una ceja.

—Encajas en mi círculo, Rhys, lo sabes. Pero tu hostilidad es un punto en contra —replicó Alana—. Y con el interés que tienes en ayudar a tu hermana, la actitud que tengas cuando salgamos, con o sin ella, marcará una gran diferencia.

—Mi interés es comercial, no busco amistades con una panda de hipócritas.

—Pues finge lo contrario. O esto no funcionará. Al fin y al cabo, la idea de chantajearme fue tuya —expresó mirándolo—. Aparte resulta muy hipócrita de tu parte despreciar al grupo del que formo

parte, y no necesitas decírmelo para darme cuenta de tu fastidio al respecto, pero a la vez buscas que tu hermana encaje y forme parte de él. ¿Doble rasero, no te parece? —preguntó retóricamente—. Los rumores que se esparcen sobre lo cruel y despiadado que puedes ser en los negocios, sin que te importe nada, también pueden afectarme desde el punto de vista de que estoy asociándome contigo. Así que te sugiero disminuir tu actitud antagonista. Sigue siendo tú, me da igual. Pero si no vas a decir nada bueno, mejor mantente callado y déjame a mí hacer la parte social porque soy experta en eso —comentó ella, determinada.

Rhys no se movió de inmediato. La miró un segundo más de lo necesario, como si evaluara algo. O como si estuviera debatiéndose entre las decisiones a tomar.

—Solo recuerda, Alana, lo que está en juego para ti —dijo acercándose hasta que sus bocas casi se toparon—. No intentes aleccionarme. No me provoques si no quieres sufrir las consecuencias. —Ella sentía que su ritmo cardiaco empezó a acelerarse y vio las pupilas de Rhys dilatadas. De repente, los ojos café oscuro se volvieron invitadores y sugerentes, peligrosos—. ¿He sido claro o no? —indagó él.

—La de los interrogatorios, por lo general, suelo ser yo, y me pagan un estupendo salario por mi trabajo. No respondo preguntas que no merecen respuesta. Ahora, ¿te importaría apartarte? A menos, por supuesto, que planees darle a mis vecinos un espectáculo que no consta en el contrato que firmamos días atrás —dijo.

—Un espectáculo… —murmuró perdido en el tono de la voz que era mandona, pero suave y melódica a la vez. Miró esa boca que parecía rogar ser mordida a modo de castigo—. No, Alana. Si por espectáculo te refieres a hacer algo más que simplemente besarte con pasión, te equivocas. Cuando una mujer gime mi nombre, lo hace en privado. Varias veces. Y muy alto. Aunque, ya que lo mencionas, quizás tú sí querrías público —concluyó Rhys, sarcástico —. O quizá lo has tenido, ¿es así?

Ella contó mentalmente hasta tres.

—Te cruzaría la cara de una bofetada si la marca no fuese a generar interés al llegar al restaurante —replicó, consciente de que se había sonrojado del enfado. El muy canalla poseía la habilidad de girar las tornas en su contra con rapidez. Menos mal no había elegido ser abogado, porque si se hubieran enfrentado en una Corte, lo más probable era que el juez los hubiese sancionado por desacato y detenido por intento mutuo de homicidio premeditado—. Ahora, quítate de mi espacio personal.

—Si tienes suerte, Alana —dijo con arrogancia sosteniéndole el mentón entre los dedos, mientras con la otra mano sacaba las llaves del bolsillo—, quizá me sienta generoso y te enseñe que algunos gestos tienen efectos diferentes en otros escenarios. Pero como te comenté en alguna ocasión, la satisfacción la buscaré en otro sitio.

—Siempre que seas discreto, me da igual —mintió. Porque algo en ella se rebeló ante la idea de saber que podría acostarse con otra mujer—. Pero deberías tener en consideración y recordar las cláusulas del contrato —sonrió sin emoción.

—Que te dé igual es la respuesta de una mujer a la que nunca han follado bien. Lo suficiente para seguir sintiéndolo al día siguiente —dijo Rhys en tono crudo.

Ante la velada insinuación sexual y el último comentario, Alana agradeció que él no tuviera la capacidad de utilizar superpoderes para darse cuenta de que ella tenía las bragas húmedas. En lugar de permitirle responder, Rhys se apartó y ella se hizo a un costado. Él abrió la puerta del copiloto para que subiera. Luego rodeó el automóvil, se acomodó en el asiento y encendió el motor. No volvieron a hablar, hasta que llegaron al restaurante. Quizá podrían sobrevivir a esta primera cena juntos.

CAPÍTULO 9

La mesa que les asignaron en Mountain Steaks era una de las más bonitas, pues no solo tenían vista a la ciudad, sino que la ubicación era estratégica para ver y ser vistos, tal como era el propósito principal de la noche. Los atendieron casi de inmediato para tomarles la orden y luego les ofrecieron exquisitas entradas de cortesía. Para Alana el escenario era una réplica exacta de aquello que llevaba años haciendo: pretender que disfrutaba una velada, cuando en realidad lo que sentía era ganas de regresar a su casa de inmediato. Estaba usando la máscara de la perfecta socialité que todos conocían.

Durante el tiempo que ella redujo considerablemente su asistencia a fiestas o eventos, su vida pareció más calmada; así que regresar a la rutina que tanto la fastidiaba no era agradable. Con una discreta mirada recorrió los alrededores. Reconoció a unas parejas con las que antes jugaba tenis: Grace y Marlo Meeks, Laureen y Charles Parkles; una familia con la que sus padres solían viajar a Egipto porque eran entusiastas de esa cultura: los Lodge, y aparte notó a un grupo de mujeres con las que había colaborado para recolectar víveres y dinero para un monasterio de clarisas que subsistía gracias a las donaciones. Todo ese pequeño barrido visual fue muy rápido. Además, le permitía distraer su mente de la persona que estaba acompañándola y también de la sensación de claustrofobia —y no en un sentido negativo, sino más bien vinculado a la urgente necesidad de alejarse de Rhys, como si él fuese una dinamita y, aun así, ella quisiera tratar de desactivarla—, durante el trayecto en coche.

—Qué interesante notar cómo tu expresión cambia por completo cuando estás en un ambiente social en el que tus conocidos son clientes frecuentes —expresó Rhys, atrayendo la atención de Alana —. Tú lo haces porque te gusta, yo por negocios y, aun así, me cabrea tolerar a la gente imbécil. En tu caso —sonrió de medio lado, notando cómo Alana enarcaba una ceja, ante su afilado comentario —, parece como si estuvieras reemplazando en una progresión que

resulta casi cinematográfica, si la pusiera en cámara lenta, una máscara distinta a la de la persona que he conocido yo: protestona, impulsiva incluso, altiva si te apetece y con tendencia a decir lo que tiene en mente sin importar lo que yo pudiera pensar. Te transformas en alguien distinta, aunque es difícil determinar si más accesible o más proclive a proteger a tu «yo» real.

A ella no le gustó la facilidad con la que él se dio cuenta de ese cambio ligero, porque solía ser sutil en la manera en que iba acoplando sus actitudes, según el tipo de personas con las que tuviera que lidiar. Pero Rhys la había leído con rapidez. Esa no era una habilidad común. En la universidad, Alana tuvo una clase de criminalística y de forma breve, no profunda, le mostraron cómo crear el perfil de una persona para determinar patrones de comportamiento y posibles reacciones. Como ella no tenía particular interés en ser abogada penalista, la clase le pareció un borrón en su malla curricular. Pero sí le había quedado el comentario del profesor, un prominente abogado, que señalaba que algunos individuos tenían un olfato natural para detectar lo que a él y a muchos profesionales —incluyendo forenses— les costaba aprender. Así que ella podría considerar que la afinada percepción de Rhys lo convertía en uno de esos casos extraños. No le agradaba ese aspecto, al ser ella el foco de atención.

—No me importa lo que puedas pensar de mí —replicó, mirándolo. Estaban frente a frente. A pesar de la música ambiental y el leve ruido de alrededor, Alana sentía que el entorno estaba desdibujado y lo único nítido eran los dos—. Las circunstancias bajo las que estamos aquí, y en general, están basadas en un chantaje. Posees información que puede arruinarme. Lo más probable es que me consideres una delincuente de cuello blanco, así que no necesito perder mi tiempo en agradarte.

Rhys la observó por sobre el borde de su copa de vino tinto y esbozó una sonrisa cínica, porque ella no podría ni imaginar que sus acciones eran un juego de infantes, en comparación con el número de homicidios que él había cometido. Por ahora se regocijó en ver a Hanner y Wanda Lodge, una pareja cercana al círculo de Alana y que estuvieron en la infame noche que fue la detonante de que estuviera

en ese restaurante con la mujer de ojos azules. Había notado cómo fruncieron el ceño y se mostraron contrariados al ver que él se sentaba a la mesa con la que, según el mismo Leyton le había comentado, era la referencia de la perfecta socialité. Rhys tan solo los miró con suficiencia. Después envió un breve mensaje de texto a su mejor amigo.

Lodge Constructions era una de las empresas que competía con la suya: Green Wood. No ganaban las licitaciones de proyectos por ser los más idóneos, sino porque pagaban sobornos. Él, a pesar de que podría incurrir en el mismo proceder, consideraba que ya había cometido suficientes crímenes. No necesitaba agregar otros.

Él hizo un asentimiento breve mirando a Alana.

—Un comentario válido —dijo el magnate—. Ahora, ya que estamos conversando tan civilizadamente —se burló— vamos a crear una historia de cómo nos conocimos. No tengo inclinación de hablar de mi vida personal, pero puedes encargarte de darles una versión corta que satisfaga a esas hienas ávidas de cotilleos cuando surja la ocasión. Me imagino que se sentirán conmocionados de que una mujer que se considera «uno de ellos» esté con un hombre de «dinero nuevo». El idílico pedestal en el que te han puesto, probablemente, se empezará a resquebrajar. Una lástima. Poco a poco, te puedo asegurar, los tuyos te darán la espalda, cuando los dos meses hayan pasado. Pero —se inclinó hacia adelante, sin dejar de mirarla a los ojos— eso será ya asunto tuyo, porque para entonces mi hermana tendrá lo que busca. No quiero que sea debutante. Los Callahan no recibimos migajas de otros, ni rogamos.

Cuando entraron en el restaurante, él había posicionado su mano en la espalda baja de Alana. El gesto pareció tomarla desprevenida, mas no hizo amago de apartarse, sino que elevó el rostro para mirarlo. Por un fugaz momento, un instante de alteración de su cordura, Rhys se preguntó cómo sería si esta charada fuese real.

—Eso queda claro —replicó Alana con frialdad. La comida de repente le supo insípida. Dejó el tenedor a un lado—. Me estás usando como una pieza en un tablero que en tu cabeza retorcida tiene sentido. Solo recuerda que habría preferido ir a la cárcel, pero, al igual que tú, mi familia tiene más importancia que lo que pueda

pasarme. Además —elevó el mentón—, lo que dije de Ingrid es cierto: me parece una jovencita muy agradable. Tuve la oportunidad de conocerla brevemente y…

—Para, Alana —interrumpió Rhys—. El interés que tengo en saber tus comentarios relacionados con mi hermana, si se conocieron o se hablaron o lo que fuese, me da igual. Vamos a ceñirnos a lo que me compete —expresó. Si alguien viese su rostro, no podría deducir si estaba siendo hostil o amable con Alana, pues Rhys se caracterizaba por no dejar entrever sus emociones si no quería; era neutral—. La versión sobre cómo nos conocimos. Eso es importante hoy. Escucho tus sugerencias.

Alana lo miró un instante. Una vez más, su parte irracional —la que se podría dejar llevar por las emociones y cometer idioteces— pareció activarse. Llevaba años practicando el autocontrol, pero Rhys poseía una maldita forma de cabrearla como ningún otro ser humano. Ella recordó que si perdía los estribos, su imagen —que se convertiría en la comidilla de todos, después de que supieran que estaba con Rhys— tendría otro rasguño adicional. No quería dar munición al ejército de cotillas, menos recibir la llamada de su madre —que llegaría de todos modos, pero si podría retrasarla qué mejor— pidiéndole explicaciones de cómo era posible que hubiera caído tan bajo.

Alana esbozó una sonrisa. Sí, aquella tan estudiada y que parecía natural.

—Primero, aprecio que consideres que tengo más imaginación y sentido común que tú para darte ideas sobre lo que, al parecer, disfrutas: contar mentiras. Segundo, te propongo empezar por lo más lógico —dijo en un tono aparentemente dulce y dócil, pero en realidad contenía suficiente arsénico para matarlo si las palabras fuesen armas. Sin saberlo, eso complació a Rhys—. Podríamos, por ejemplo, decir la verdad: entraste a mi casa como un vulgar intruso, una persona sin modales y con un sobre que contenía información para chantajearme, mientras, a la par, actuabas como si el dueño de esa casa en la playa fueses tú. Y todo por creer que contribuí a la afrenta que se cometió contra tu hermana en una actividad social.

¿Suena convincente? —preguntó mirándolo como si él tuviera el secreto del Santo Grial… del Infierno.

Él soltó una risa queda. El sonido le recorrió la columna vertebral a Alana como si hubiese recibido una caricia que provocó que sus sentidos se agitaran.

—Podrías decir eso, sí —dijo él, impasible—. Aunque no sería la clase de explicación que alguien como tú daría, en especial si aceptaste un anillo. ¿Verdad? —comentó Rhys sin esperar una respuesta, consciente de que algunos comensales los observaban de reojo. Para los demás, los gestos de ambos no denotaban una discusión sobre la farsa que estaban poniendo en práctica, sino que lucían muy a gusto juntos.

—El matrimonio no ha sido nunca una prioridad —comentó Alana. En un acto que la tomó desprevenida, Rhys tomó la mano en la que tenía el anillo. De inmediato sintió una descarga eléctrica. Se miraron a los ojos como si eso no se lo hubiesen esperado—. La clase de hombre con la que hubiera salido no es como tú.

Rhys no estaba habituado a tocar a una pareja espontáneamente. Pero había notado a un hombre que le sonaba de alguna parte y parecía interesado en Alana, pues su mirada no era para los dos —como curiosidad— sino solo para ella. La mesa en la que se encontraba era apenas visible. Se preguntó quién demonios sería. Rhys ni siquiera iba a tomarse la molestia de perder el tiempo analizando su propia reacción.

Alana bajó la mirada a los dedos que acariciaban el contorno de su anillo. No eran suaves como los de los hombres con los que había salido. Estos tenían callos apenas perceptibles en las yemas, la señal de manos acostumbradas a algo más exigente que firmar documentos. El toque era firme y con esa aspereza sutil que solo dejaba el trabajo de quien había levantado peso de verdad, usando herramientas o cosas que pesaban. Ese detalle, contra toda lógica, provocó que se le erizara la piel.

—No me digas, ¿y qué habrías elegido? —preguntó él mirándole la boca. Procuró ignorar la punzada de enfado que le causó el comentario de Alana, pues era como si vertiera alcohol sobre una herida abierta en él: rechazo a sus orígenes. Como si no fuese

suficiente labrarse un camino entre espinas y lograr llegar a la cumbre. Además, le recordaba que los hijos de puta que formaban parte de los círculos sociales de ella eran los que se entrometían en sus proyectos multimillonarios—. Ilústrame.

Ella, aunque notó el súbito tono gélido en Rhys, lo ignoró deliberadamente. En esta ocasión eligió responder con sinceridad. No estaba calculando la respuesta, pero ningún hombre con el que había salido —sin importar la duración o las razones— le había hecho esa pregunta en mucho tiempo. Sabía que su falso prometido no esperaba una respuesta sincera o sin ironía. Sin embargo, iba a dársela.

—Alguien que busque detrás de los cristales de las apariencias e intente conocerme por lo que soy, en lugar de usarme porque mi apellido e influencia puede ofrecer oportunidades sociales o conexiones corporativas únicas. Alguien que tenga nobleza y que sepa valorar la vida, a pesar de lo que tenga que sacrificar para mantener esa vida saludable o en serenidad, en especial si se trata de un ser querido —expresó, pensando en Darren—. Que intente llegar a un punto medio entre sus sueños y que no anule los míos, sino que los impulse. Sinceridad abierta. Un apoyo… y pasión.

Rhys ladeó la cabeza. La contempló un instante. No había esperado una respuesta tan honesta, menos que le hiciera notar que detrás de esas palabras existía algo que compartían: creer que el esfuerzo por sus seres queridos merecía la pena.

—Para ser alguien cuya prioridad no es casarse, lo tienes todo claro —comentó utilizando un atajo para no darle importancia a la ligera apertura que ella acababa de darle sobre sí misma—. Supongo que cuando el dinero no es un problema, las mujeres prefieren elegir las cualidades por sobre la supervivencia. Algo que no se debate, creo.

Alana consideró sus palabras e hizo un breve asentimiento. Le sorprendió que la respuesta de Rhys no hubiese sido hiriente. Por ahora, él parecía más civilizado, pero ella sabía que de un momento a otro podría retomar su actitud insufrible.

—Es coherente saber lo que quieres, a pesar de que no sea lo más importante en el presente, pero podría serlo en el futuro.

Porque eso define hacia dónde vas y te marca la pauta de los objetivos a trazarte, como persona y profesional —contestó y distraídamente, casi sin darse cuenta, sus propios dedos jugaron con los de Rhys.

—¿Cuántas de esas sonrisas que repartes son de verdad? —indagó él, consciente de la forma en que la piel de ambos podría asemejarse a un cerillo contra la lija: los roces constantes provocarían que ardiera. Rhys debería repudiarla y rehuir el contacto siempre que fuera posible, pero al tocarla parecía estar acariciando una tela de seda. Quizá seda escarlata, aquel color que se agitaba advirtiendo peligro.

Alana frunció el ceño. Pero sus dedos ni los de Rhys se apartaron.

—Las justas para sobrevivir en este mundo que me tiene cansada —contestó con frontalidad—. Llevo años, como si fuese un entrenamiento, lidiando con personas de toda clase social. Las más llevaderas y sencillas no pertenecen a mi entorno habitual. Por eso gestiono casos pro bono en mi oficina. Con quienes tienen pocos recursos económicos no necesito fingir, porque de verdad me importan. Ellos ven la verdad de quién soy, y a cambio recibo lo mismo, porque ambos buscamos una meta en común: justicia sin importar el precio. Y cuando el precio no importa, entonces defender a una persona no es un negocio, sino un asunto de compromiso.

De repente, Alana se dio cuenta de que había dicho más de lo que él acababa de preguntarle. Básicamente, porque —a diferencia de otras personas— la estaba escuchando. No la interrumpió, sino que permitió que se expresara con libertad. «¿Estaba recolectando información para luego usarla en su contra?», se preguntó ella.

—Es lo más sincero que he escuchado de alguien que pertenece a un grupo que desprecio profundamente —expresó Rhys. Luego apartó la mano y a cambio agarró la copa de vino. Fue consciente de que esta súbita comodidad al hablar con ella, lanzándose pullas o no, se salía del guion que tenía trazado. Debía recordar que esta mujer además de beneficiar a Ingrid, era también parte de su revancha. Verla colgada de su brazo y sonriendo ante otros, mientras por dentro lo detestaba, tenía algo de justicia. La heredera Pemberton que respetaban y cuya imagen social era impecable,

reducida ahora a un instrumento en sus manos. Que la mujer que admiraban en la alta sociedad llevara su anillo sin poder confesar que era una farsa.

Esa era la otra parte de su venganza: la silenciosa.

—¿Qué habrías elegido tú, si no estuvieras chantajeándome y pensaras en casarte con alguien? —preguntó ella. Porque sintió curiosidad. Cuando él apartó la mano de la suya sintió que la frágil conexión empezó a perder fuerza con rapidez.

Él sonrió de medio lado. Sardónico.

—Habría elegido lo mismo que decidí hace años: alguien interesante para follar y no aburrirme. El resto me da igual —replicó regresando a su habitual crudeza.

Alana notó el cambio de inmediato y lo que fuera que habían creado se rompió al instante por completo. Volvió a erigir sus barreras, y conservó una actitud serena.

—Suena prometedor, sin duda —dijo ella con una sonrisa estudiada. La clase de expresión que daba a entender a otros que estaba complacida, feliz y a gusto. Recordó que su máscara social no podía romperse, por mucho que Rhys saliera con sus respuestas idiotas. Había demasiado en juego para ella. Al fin y al cabo, el acuerdo era simular que estaban comprometidos—. Y ya que retomamos este asunto del contrato, Rhys, la versión será simple: nos conocimos hace varios meses en la presentación de un famoso saxofonista. Me invitaste a cenar, pero te rechacé las primeras veces, porque estaba viéndome con alguien. Luego me convenciste de darte una oportunidad, porque te tomaste la molestia de averiguar qué era lo que de verdad me sacaba una sonrisa: caminar por la playa y disfrutar del aire después de cenar en algún restaurante nuevo, de esos con una gastronomía que se sale de lo convencional. No fuimos exclusivos hasta pasado un tiempo. Y decidimos mantenerlo en secreto, hasta que me propusiste matrimonio en mi casa de Edgartown y acepté. ¿Qué tal?

Rhys enarcó una ceja. Pocas cosas salían de su conocimiento sobre Alana.

—Sé perfectamente con quién salías: Brent Cabot —replicó con fría indiferencia—. Al parecer tiene una fijación contigo. Lleva tiempo

persiguiendo tus atenciones. Ese es el único detalle de tu versión que no necesita ensayo —finalizó.

—Cualquiera diría que trabajas para la CIA —dijo ella, cabreada.

—Si alguna vez te aburres de ser abogada, en el caso de que no pierdas tu licencia, por supuesto —dijo a propósito para recordarle que esto era un chantaje—, te veo un brillante futuro como creadora de historias. Tu versión suena creíble.

—Vaya, muchas gracias. Sin ese halago, ¿qué sería de mi autoestima?

—Creo que superaste el haber tenido un ex al que le gustaba machacarte sobre tu peso y te sugería ir al gimnasio, porque te consideraba gorda y se burlaba de tus curvas. —Alana abrió y cerró la boca, horrorizada—. Así que, considerando que el atuendo que has elegido y que ha provocado que más de uno en este restaurante te devorara con la mirada al verte entrar, diría que tienes un cuerpo que no necesita la clase de ejercicios que ofrece un gimnasio —expresó lacónico, pero en sus ojos existía un destello parecido a la lascivia—. Y por si te preguntas, tu ex está a punto de recibir la visita de la DEA. Una pena que ocupara su tiempo traficando drogas con Italia.

—¿Cómo sabes sobre algo tan… personal? —farfulló consternada —. ¿De dónde sacas el asunto de las drogas? ¿La intervención de la DEA? Estás alucinando.

—Tengo mis métodos y casi siempre existe alguien que me debe algún favor, no lo cobro en dinero, por supuesto —expresó bebiendo con calma de su copa—. Aunque algo tiene que ver que Weston acostumbre a irse de la lengua y ser infiel.

—¿Qué dices… ? —dijo meneando la cabeza.

Él tan solo se encogió de hombros, mientras terminaban de comer. Esta noche Rhys había pedido un Filete de Buey de Kobe, y ella un Wagyu A5 Japanese Ribeye.

—Gajes del oficio —dijo con sarcástica arrogancia—. No dejo nada al azar.

Alana se sintió demasiado expuesta. No le gustó. Le daba igual si el estúpido de su ex recibía la visita del mismísimo presidente del país. Pero que Rhys supiera la razón de que hubiese terminado con

Aaron, le parecía atroz. Sintió el rostro ruborizarse, se tocó las mejillas. A pesar de todo, con gran esfuerzo mantuvo una expresión amable por hábito aprendido. Pero necesitaba espacio de él. Aire, urgente.

—Voy a ir al aseo de damas —expresó con la intención de levantarse.

Rhys, consciente de las miradas —y no era un bruto de la selva—, le hizo un gesto para que no se moviera. Se puso de pie, rodeó la mesa y le ayudó con la silla para que ella se levantara. Al hacerlo, quedaron muy cerca del otro. Eso pareció un peligro al estar en público, pero a la vez una puesta en escena espontánea para que los cotillas que quisieran «pruebas» tomaran discretamente alguna foto con el teléfono.

Él notó que los ojos de Alana parecían dos lagunas agitadas. No era por la cercanía, sino por lo que acababa de revelarle. Pero no iba a disculparse por la verdad. Quizá no fue el momento preciso para expresar lo que sabía, mas no se caracterizaba por seguir las reglas de nadie, sino las propias. Le puso la mano en la cintura, la detuvo.

—No fue una ofensa —dijo Rhys en tono firme.

—¿Estás disculpándote por entrometerte tanto en mi vida personal?

—Por supuesto que no —replicó él—. Y me alegra que cumplas bien tu rol.

La actuación no era la fortaleza de Rhys, así que se limitaba a hacer con Alana lo que jamás haría con una pareja temporal o una cita en público: tocarla o mostrarse cercano. La expresión de su rostro para el resto continuaba igual: estoica e indiferente; mas procuraba que con su acompañante fuese distinto, porque si tenían un acuerdo, él no sería quien lo pusiera en riesgo. Con ella surgía de manera natural su lado menos hostil. Aunque cuando solo estaban los dos, había reparado en que sus diálogos lo provocaban al punto de querer aplacar a Alana de la forma más primal posible.

—Debes sentirte con suerte, Rhys —murmuró—, porque aunque jamás he cometido un asesinato, no sabes lo cerca que estoy de clavarte un cuchillo en el cuello.

Él soltó una risa queda. Los demás, pendientes de esta pareja que combinaba lo clásico de una mujer distinguida en Boston, con alguien que no poseía el mismo estatus, cotilleaban sobre lo bien que se los veía juntos. Otros, susurraban que era imposible que una Pemberton estuviera en una cita con alguien con la reputación de Callahan. Pero los más suspicaces repararon en el detalle más importante: el anillo.

—Por hoy ha sido suficiente exposición social —replicó él a cambio —. Me encargaré de la cuenta. Cuando regreses nos marcharemos. Procura no tardar.

—Tardaré lo que necesite —farfulló dándole la espalda y manteniendo una expresión cálida, mientras se alejaba para ir al aseo de damas. En el camino notó que algunos la observaban con disimulo. Lo sabía porque ella aplicaba tácticas similares.

«Idiota entrometido», pensó abriendo la puerta del baño.

Alana sintió alivio de que aquel episodio de su juventud, el que guardaba en secreto con su mejor amiga, no hubiera llegado a conocimiento de Rhys. Estaba segura de que, si lo hubiera sabido, él ya lo habría sacado a colación. Por fortuna, al día siguiente era domingo. Y no cualquier domingo, sino el primero desde que había blindado esos días en el contrato. Eso significaba dos cosas. La primera, que no tendría que lidiar con este hombre que la exasperaba y que, a la par, parecía provocar que sus hormonas se sacudieran como si les hubiesen puesto un chute de adrenalina. La segunda, que se reencontraría con ese pasado que un día la persiguió, aunque ahora de forma distinta. El resultado se había transformado en una gran compañía.

Al cabo de diez minutos salió del lavabo.

La última persona que hubiera pensado encontrar, la detuvo.



—Lani Pemberton —dijo la inconfundible voz de Alex Saltonstall, sonriendo—. La única razón por la que no me acerqué a tu mesa fue porque estás acompañada y no quise interrumpir. Han pasado varios

años desde que nos vimos. Sigues igual de hermosa —sonrió el hombre de ojos verdes y al que ella le entregó su virginidad en el baile de graduación de la secundaria—. Supongo que sigues sin ser fan de la NFL.

Ella lo miró con una sonrisa que iluminó su rostro y luego se rio.

—¡Alex! —exclamó y le dio un abrazo—. Oh, por Dios. Ha pasado tanto tiempo. Y sí —mantuvo la sonrisa—, los deportes definitivamente siguen sin interesarme. ¿Cómo así estás en Boston? Creía que te habías mudado con tus padres cuando te dieron el pase para irte a jugar a otra universidad. ¿Me equivoco? —indagó.

—Sí, lo hice, pero hace cinco días firmé contrato con los New England Patriots como *quarterback*. Estoy alquilando una casa hasta encontrar una adecuada, y también les compraré otra a mis padres, que están organizando la mudanza para venirse conmigo a Boston. Lani, ahora tú y yo podríamos reunirnos y hablar de lo que han sido estos años —comentó el famoso jugador. En la zona en que se encontraban no llamaban la atención—. Me dijeron que este lugar es exclusivo y, en medio de la cantidad de fans que tiene la NFL, opté por venir a cenar con la garantía de que no iba a ser molestado. Estaba ya a punto de marcharme, ¿me das tu número? Me encantaría quedar contigo. Mis padres se alegrarán de saber que te he visto —sonrió.

Alana notaba los cambios en su exnovio y amigo. Solo tenía bonitos recuerdos con él. Ahora era todo un hombre, más fornido, más alto inclusive y guapísimo. Le había perdido la pista porque, era cierto, a ella no le gustaba el fútbol americano.

—Oh, por supuesto…

—Cariño —intervino Rhys, tomando a Alana de la cintura y rompiendo por completo la dinámica del reencuentro entre los dos amigos—. Llevabas rato en el baño de mujeres, así que vine a ver si pasaba algo. —Luego miró al hombre, que era tan alto como él —: Rhys Callahan —extendió la mano. El deportista la estrechó.

—Qué tal, Rhys —replicó el otro—. No quise acercarme a saludar, porque los vi muy compenetrados conversando —sonrió con buen rollo—. Soy Alex Saltonstall.

Alana sintió los dedos de Rhys apretarle la cintura posesivamente. Lo miró.

—Fuimos compañeros en la secundaria. Nos perdimos la pista porque cada uno siguió un rumbo diferente —comentó ella, cálida—. Si me hubieras dado un poquito más de tiempo, Rhys, habría podido contarle a Alex que estamos prometidos.

—Oh, mi enhorabuena —replicó Alex—. Justo le contaba a Alana que acabo de firmar contrato con los New England Patriots y que estaré viviendo en la ciudad.

—Ahora recuerdo de qué me sonaba tu cara, aunque no veo mucha televisión —replicó Rhys. La explicación del otro hombre no le agradó—. Espero que seas lo que el equipo estaba buscando. Ya tenemos que marcharnos, Alex. Que vaya bien.

—Me ha encantado verte —dijo Alana con sinceridad, alegre de ver un rostro conocido y el único referente masculino de que se podía tener una relación bonita, breve y recordarla con cariño después de los años—. Saluda a tus padres de mi parte. Estoy trabajando en McKenzie & Trader. Aunque tengo mi agenda bastante ajustada, al igual que la tuya, seguro podemos hallar un punto intermedio para hablar, Alex.

—Fantástico, Lani. —Le dio un beso en la mejilla. Después le extendió la mano a Rhys—. La mujer con la que vas a casarte es encantadora. Qué afortunado.

—Lo sé, gracias —replicó Rhys en tono distante.

El camino de salida del restaurante lo hicieron en silencio. Los dedos de Rhys ya no sujetaban la cintura femenina, sino que estaban entrelazados con los de ella. Alana podía sentir la vibra de enfado contenido de Rhys, pero no comprendía la razón, pues había seguido todo el protocolo planeado. Y si alguien tenía que estar ofendida o enfadada, por la intromisión en sus asuntos privados, debería ser ella.

Una vez que estuvieron dentro del coche, Rhys continuó callado, pero la tensión parecía aumentar a medida que avanzaban más kilómetros. Al llegar a Back Bay, él aparcó el BMW, después se bajó y rodeó el automóvil para abrirle la puerta. Esperó a que Alana subiera las pocas escalinatas que llevaban a la entrada de su casa.

—No vuelvas a hacer algo así —dijo él finalmente.

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño. Lo miró sin comprender.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con fastidio—. ¿Ahora hablas en clave? No tengo ganas de descifrar tus acertijos, porque estoy cansada. Hoy ha sido un largo día.

Rhys le tomó el rostro con una mano y bajó la cabeza para estar casi a la misma altura. Se miraron varios segundos sin hablar. Lo que pasó entre sus miradas tuvo la carga de una tormenta a punto de estallar. Solo hacía falta que uno de los dos cediera.

—No vuelvas a abrazar a otro hombre mientras lleves mi anillo en tu jodido dedo. Me importa un bledo si es falso o real este maldito compromiso —dijo controlando a duras penas lo que necesitaba hacer: besarla. Lo que en realidad lo había cabreado, pero no pensaba expresarlo en voz alta, fue haber visto la sonrisa sincera y la expresión de honesta alegría en Alana con ese amigo de la secundaria—. Tampoco vas a quedar con el tal Alex para actualizarte de nada. ¿He sido directo y claro, Alana?

Ella elevó ambas cejas. Que su cuerpo no temblara no implicaba que estar tan cerca de Rhys no la afectara. Sentía cómo su sangre bullía y su pulso se aceleraba.

—En ninguna parte del contrato existe prohibición a tener amigos, así que no vas a agregar reglas de un momento a otro —zanjó ella —. Sé lo que debo hacer.

Rhys le deslizó el pulgar sobre el labio inferior. Lo recorrió de un lado a otro, lentamente, y después presionó con suavidad calculada. Por simple instinto ella abrió los labios, mirándolo. Él le introdujo el dedo en la boca. Alana lo mordió y al instante de la garganta de Rhys surgió algo parecido al gruñido de una bestia apenas en control.

—Entra en tu casa —expresó, soltándola y apartándose de golpe, como si ese contacto hubiera estado a punto de envolverlo en llamas. De hecho, tuvo que utilizar cada gramo de voluntad para no dar pie a que llegara a más—. Tienes suerte de que sepa contenerme. Procura no provocarme, porque no siempre será así —zanjó.

Ella lo vio darle la espalda y dirigirse hacia el coche.

Su respiración no era calmada, en absoluto. Estaba excitada.

Alana, después de poner la seguridad en la casa, apoyó la espalda contra la puerta tratando de recuperar el resuello. Escuchó el BMW alejándose de los alrededores. Meneó la cabeza, como si así pudiera recuperar el sentido común.

«¿Qué rayos fue todo eso, Alana Pemberton?», se reprochó a sí misma.



Cuando despertó, Alana revisó el móvil. Tenía llamadas perdidas de Sandy —al menos diez—, mensajes de texto de Taylor, y también de personas que se creían en el derecho de hacerle preguntas. No podía responder a nadie aún. Luego vio en las noticias de sociedad la imagen de ella y Rhys saliendo del restaurante, con los dedos entrelazados; pero también había un *zoom* del anillo que destacaba en su mano. Relucía, sin duda.

Pero no fueron esos titulares los que lograron borrar la bruma que había nublado su mente la noche anterior, cuando estaba segura de que Rhys iba a besarla y de que ella habría participado activamente en ese beso, y traerla de golpe a la realidad. En la sección empresarial, el matrimonio Lodge —que también había cenado en Mountain Steaks y al que ella había saludado de camino al baño— ocupaba los titulares. La fundación benéfica de ellos, Water & Tech, estaba acusada de desviar millones de dólares en donaciones hacia cuentas privadas y pagar sobornos. Esa misma mañana, Hanner Lodge había roto su silencio con un comunicado escueto negando las acusaciones, mientras la prensa acampaba frente a la mansión familiar.

Todo lo anterior le recordó que había estado a punto de besar al hombre que estaba destruyendo sistemáticamente su entorno. Y que, aparte, la había chantajeado.

«Por suerte, hoy es domingo. No tendré que verlo», pensó e hizo una mueca.

El café de su desayuno necesitaba estar muy cargado para darle suficiente energía. No podía, ni quería, ir a visitar a la persona que la consideraba su confidente sin la calma que ese encuentro siempre merecía. Era su secreto mejor guardado. Lo que los unía había nacido de la peor de las circunstancias, y sin embargo se había convertido en uno de los pocos vínculos verdaderos que valía la pena conservar.

CAPÍTULO 10

Años atrás.
Alana, 19 años.
Boston, Massachusetts.

Durante la comida en la casa de una de sus compañeras de la Facultad de Artes y Ciencias, en Harvard College, Alana conoció a Kiernan Slugger, un estudiante escocés que le parecía muy atractivo. Existía algo especial en el acento de alguien de ese país que provocaba un interés en ella distinto al de los chicos estadounidenses. La tarde de febrero era fría, pero en el interior estaba encendida la calefacción, mientras jugaban *Pictionary*. Los equipos se habían armado y pasaron un par de horas muy entretenidas. La penalidad para los que perdían era beber tres shots de tequila. Al finalizar la última tanda del juego, los perdedores —menos mal Alana no era uno de ellos— estaban más borrachos de lo que podrían imaginar. El ambiente se volvió más divertido, la música propició que empezaran a bailar sin más, y a la par contaban con camareros contratados para que tuvieran todo al alcance. No solo había variedad de entradas, sino también cócteles. La edad legal para beber era los 21 años, pero al estar en un sitio privado, con adultos en la planta superior, podían ignorar ese detalle.

Alana estaba habituada a que hubiera camareros para una reunión tan pequeña, pues su mundo estaba construido de comodidades. Al contar con un grupo de amigos que poseían las mismas facilidades y accesos a formas de divertirse, ella había pensado que todas las personas vivían igual. Pero esa perspectiva cambió cuando su padre la llevó, con unos doce años, a repartir víveres a un albergue de niños de su misma edad. Darren le explicó que lo que ellos y su grupo de conocidos daban por garantizado —tener personas a su servicio, posibilidades de comprar lo que quisieran o viajar en jet privado si no existía cupo en primera clase en los vuelos comerciales— no formaba parte de la realidad de la

mayor parte de la sociedad. El shock inicial había dejado a Alana sin palabras. Desde ese día, ella aprovechaba la vida que tenía sin darla por garantizada. Jamás se le cruzó por la mente discriminar a quienes no poseían su misma posición económica. Inclusive cuando escuchaba a alguno de sus amigos expresarse despectivamente de los becados en Harvard, los reprendía y argumentaba que tener esa beca implicaba un mérito adicional, porque esas personas tuvieron que luchar por obtener una plaza y a la par compitieron con otros postulantes igual de preparados que ellos y que buscaban entrar a esa universidad. Desmerecerlos no le parecía justo.

—¿Te gustaría que te lleve a casa, Alana? —le preguntó Kiernan cuando ya casi eran las once de la noche. Taylor se había ido más temprano, porque tenía que acompañar a sus padres al aeropuerto para recibir a unos familiares de Texas—. Nos contaste que tu chofer no estaba disponible y que tu coche está en el taller. Eugene, que también se ofreció a llevarte, no parece estar muy interesado en marcharse aún.

Alana no tenía por costumbre aceptar esta clase de ayudas. No le importaba si se trataba del hombre más atractivo del campus o si era descendiente de los vikingos. Ella siempre optaba por ir con amigos o en su coche o llamar al chofer de su familia. Pero, tal como acababa de mencionar Kiernan, esas posibilidades ahora no existían.

—Mmm, no sé —respondió con una sonrisa—. Creo que…

—Los escoceses manejamos del lado contrario, algo raro, lo sé —interrumpió riéndose—. Pero te aseguro que soy el mejor conductor de Edimburgo en Boston.

Alana soltó una risa suave. Miró a sus demás amigos, que estaban hablando de naderías, y la verdad era que no le apetecía quedarse más tiempo, aunque la pasaron estupendo. Consideró que si Isabelle, la anfitriona y alguien muy selectiva para elegir a sus invitados a casa, había incluido a Kiernan, entonces todo estaba bien. Asintió.

—De acuerdo, muchas gracias —replicó ella—. Vamos.

Después de despedirse de todos sus amigos, bajo la promesa de que se verían pronto para ir a esquiar un fin de semana a Aspen, Colorado, Alana salió del barrio Newton. Kiernan conducía un Ferrari

negro. Ella no era muy partidaria de esa clase de automóviles, porque los consideraba poco prácticos, pero apreciaba la increíble capacidad del motor. Además, su padre tenía un hangar en el que coleccionaba coches de lujo y, si tenía suerte, solía permitirle conducir alguno. Durante el trayecto a casa, Alana se entretuvo hablando de las materias que estaban estudiando en ese semestre.

Pero cuando llevaban ya varios kilómetros recorridos y su atención estuvo en el trayecto, no en el perfil atractivo de Kiernan o en hablar apasionadamente de tópicos políticos, se dio cuenta de que estaba en una zona por completo desconocida. Empezó a sentir inquietud, aunque el GPS tenía como destino la dirección de su casa. De hecho, la ruta estaba marcada, tan solo que en esta ocasión era un poco más larga. No quería ofender al escocés diciéndole que estaba equivocado de camino cuando era evidente que no se trataba de eso, sino que había elegido la ruta con más desvíos. Aun así no le pareció demasiado agradable, y pronto una sensación de inquietud la invadió.

—¿Elegiste el camino más largo para hablar conmigo a propósito? —preguntó en un tono bromista, aunque apretando el bolso que tenía sobre las piernas con más fuerza de lo normal—. Esta ruta suelo evitarla cuando voy a casa en mi coche, porque hay varios baches que con el tiempo afectan el automóvil… —murmuró con recelo.

Él esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Eres muy cuidadosa como conductora entonces —replicó Kiernan.

Alana hizo una mueca. No le gustaban las respuestas. No le gustaba hacia dónde parecían dirigirse: no era a su casa evidentemente, aunque la ruta estuviera marcada. Empezó a decirse a sí misma que Isabelle era una persona selectiva y que no invitaría a alguien que pudiera causar daño a otros o que le provocara desconfianza. Intentó no hacerse escenarios catastróficos en la mente. Respiró profundamente.

—Suelo serlo —dijo ella—. En serio, Kiernan, prefiero que redirijas la ruta hacia la vía más corta. Podemos quedarnos conversando en

el coche o te puedo invitar un café. Sé que apenas bebiste en la reunión y esa fue la razón de que viniera contigo.

—No pasa nada, mujer —contestó con simpleza—. Solo tomé un desvío.

—De eso acabo de darme cuenta, y no me gusta. Y ahora acabas de detener la marcha. Dime el porqué —preguntó en tono cauto, cuando él aparcó el coche en un área algo solitaria. Sirenas de alerta sonaron en su mente—. Quiero saberlo ahora.

Él la miró como si estuviera volviéndose loca o sobreactuando.

—Calma. Solo voy a retirar algo cerca —argumentó—. No me tardo. Solo mantén el seguro en las puertas. Aunque esta zona es tranquila es mejor prevenir.

—¿Prevenir qué? ¿A qué te refieres? —preguntó mirando alrededor.

No había ni un alma. La luz de las farolas era débil. Miró a la esquina del fondo y esta lucía mejor iluminada que la que tenía justo enfrente. Retuvo a Kiernan.

—Voy a recoger algo, Alana —sonrió, y ella le soltó el brazo en el que puso su agarre para que no se fuera sin antes darle una contestación—. Será muy rápido.

—Pero…

Sin más, él salió y caminó hacia el sitio que lucía más iluminado.

Los instintos de Alana no bajaron la alerta, porque el movimiento de Kiernan le parecía anormal. ¿Por qué necesitaba hacer ese desvío y qué era lo que tenía que recoger? El coche tenía vidrios polarizados, y desde fuera no podía verse hacia el interior. Nadie sabría que ella estaba dentro y sola. Los minutos pasaban, pero no había señales de su *crush*. Alana jugó con el teléfono, pasándolo de una mano a otra, y considerando si llamar o no al 911. Pero, ¿qué iba a decirle a la operadora si no existía ningún riesgo y tampoco estaba siendo amenazada por nadie? También consideró escribirle a Taylor, pero ella le preguntaría lo mismo que una operadora: cuál era la emergencia. Así que intentó relajarse y no elucubrar historias fatídicas.

Cuando transcurrieron seis minutos, contados por reloj, Alana vio por el retrovisor que Kiernan iba hacia el coche corriendo como si

hubiera visto un demonio. No porque estuviese desesperado para entrar en el Ferrari, sino que —para horror de ella— dos jovenzuelos iban persiguiéndolo con la misma rapidez. No tuvo tiempo de reaccionar cuando él abrió la puerta, entró y puso el motor en marcha a toda velocidad. Habría parecido una carrera sin sentido —considerando que los dos desconocidos iban a pie—, hasta que notó que, casi al instante, otro automóvil empezó a perseguirlos. Kiernan maldijo, pero en ningún instante atinó a explicar qué ocurría, aunque Alana se preguntó. Lo que sí hizo fue dejar una bolsita en el pequeño espacio entre asientos. Ella la agarró por curiosidad y vio el contenido, color blanco.

—¡¿Qué rayos pasa, por qué estamos en esta carrera?! —preguntó a gritos. Sentía que sus palpitaciones se incrementaban. Jamás había tenido un ataque de pánico, así que no tenía la intención de permitirse perder los estribos. Pero este idiota parecía estar haciendo todo lo posible para causarle un colapso nervioso—. ¡Dime!

Kiernan miró por el retrovisor, a un lado y a otro, y no se pasó el semáforo. Estaba por completo desviado de la dirección de la casa de Alana. No servía de nada el GPS, pues él conducía sin un rumbo y tratando de dejar atrás al otro automóvil.

—Fui a comprar algo y me dieron menos cantidad por lo que pagué —expresó con fastidio—. Colabora y deja de hacer preguntas, a menos que quieras que nos alcancen. Porque si llegaran a hacerlo, los dos vamos a pasarla fatal, ¿comprendes?

Llevaban ventaja de varios kilómetros por la velocidad del Ferrari.

—¿Los dos? ¿Estás demente, pedazo de idiota? ¡Me ofreces llevarme a mi casa, pero decides detenerte a comprar cocaína! Aparte, tienes la osadía de robarles a los vendedores y esperar a que no te pase nada. ¡Menudo estúpido estás hecho! —gritó otra vez agitada y preocupada—. Quiero que me dejes aquí. ¡Ahora! —exigió Alana.

Desde que volvió al Ferrari, sin dejar de pisar el acelerador y controlando cada movimiento, él la miró por primera vez. Su expresión era una mezcla de dos aspectos: temeridad y agitación. Pasaron varias avenidas, a esa hora de la noche había poca

circulación vehicular. Parecían estar en una carrera al estilo de la F1, menos dramática.

—No tengo ni puta idea en dónde estamos y bajo ningún concepto voy a permitir que te bajes, ¿cómo voy a dejarte tirada en una calle cualquiera a esta hora?

Ella soltó una risa de incredulidad y se frotó el puente de la nariz pidiendo serenidad. De tanto apretar el bolso tenía los nudillos casi blancos. Soltó el agarre.

—¡Ufff! ¿Qué tal si hubieras pensado en eso, en lugar de comprar drogas? Solo a un subnormal se le ocurre esta imprudencia. ¡Paga lo que les debes o regrésales la mercadería! —exclamó agarrando la bolsita y agitándola. Con una mano, él se la arrancó de las manos para guardarla en el bolsillo izquierdo de la camisa—. Detente. Quiero que detengas este Ferrari. ¡Hazlo! No quiero saber de ti ni tus adicciones.

Kiernan estaba sudando frío, porque tenía miedo. Lo que hizo fue estúpido, sí, pero llevaba días sin consumir y no creía que pudiera continuar sin volver a probar aunque fuese un gramo de cocaína. Por eso les había escrito a sus usuales vendedores.

—No sé en dónde estamos, Alana —dijo exasperado—. Puedo ir a la casa de un amigo y guardar el coche en el garaje. Contamos con ventaja y estaremos seguros.

—No —zanjó ella, no quería asociarse con esta situación—. Déjame fuera de este enredo, Kiernan, porque no es mi asunto. ¿Acaso crees que burlándolos, ellos se darán por vencidos? Me basta el sentido común para saber que si hoy no te encuentran, lo harán cuando menos lo esperes. La gente de las calles vive y muere por la ley de quien tenga el mando. ¿Cómo pretendes pasar la carrera de leyes haciendo imbecilidades? —preguntó. Nunca en su vida había maldecido tanto como esa noche.

Cruzaron hasta una zona cercana al centro.

A pesar de la insistencia de Alana, Kiernan continuó y no detuvo la marcha.

—Soy más listo que ellos —replicó con arrogancia—. El coche que traen no tiene la misma velocidad. Además, tengo dos proveedores, no solo esos estafadores.

—¿Quieres que te felicite? —preguntó con hastío—. ¡Para el maldito coche!

Atravesaron el puente de Congress Street.

A los pocos minutos, él detuvo el automóvil en la acera más cercana.

El frenazo los impulsó a ambos hacia adelante con un rebote fuerte.

—Pues entonces bájate y que te vaya bien —dijo él—. Estoy tratando de darte una salida, pero tú prefieres quedarte en donde sea que nos encontremos ahora.

—Jamás debiste meterme en esto para empezar, Kiernan. No solo has sido egoísta, sino también un tonto. Busca ayuda —replicó ella abriendo la puerta.

Empezó a caminar con rapidez y el Ferrari se alejó chirriando las llantas. Alana maldijo en silencio. La zona en la que estaba parecía ser de estudios y oficinas empresariales, pero no de lujo, sino más bien de tipo estándar o medio. «Menos mal aquí no se siente amenazante o peligroso», pensó, aunque la incertidumbre y el enfado que sentía por la imprudencia de Kiernan no acababan de disolverse. Notó que en algunos edificios, en un par de pisos, aún quedaban luces encendidas. Ella asumía que quizá era el personal que se dedicaba a la limpieza, pues a esa hora ya nadie trabajaba, y así podían moverse alrededor sin que les ensuciaran de nuevo lo que dejaban limpio.

Su andar era rápido y miraba a todos lados, como si la estuvieran persiguiendo; su corazón continuaba acelerado. Sacó el móvil y le envió un mensaje a Taylor contándole en pocas palabras lo que acababa de ocurrir. Le aseguró que, aparentemente, estaba bien. Y que iba a tratar de encontrar un lugar público e iluminado para regresar a casa. Su mejor amiga no respondió el mensaje, pero Alana sabía que más pronto que tarde lo haría o si no, le tocaría llamarla e interrumpir el momento familiar que estaba viviendo al ir a ver a sus seres queridos al aeropuerto.

Alana buscaba un sitio al estilo de un Cumberland Farms —el equivalente a un 7 Eleven en Boston—, porque eran tiendas que atendían las veinticuatro horas. Así tendría un espacio iluminado,

pediría un café caliente y llamaría un Uber. Prefería eso a quedarse en la vereda sola, en especial si la temperatura era 2 grados Celsius. Se arrebujó en su abrigo y se ajustó la bufanda. Anduvo con celeridad casi cinco minutos cuando finalmente vio un CVS. Soltó una exhalación. Eso era mejor de lo esperado.

Se dirigió hacia el letrero brillante rojo con blanco. Estaba a solo tres cuadras de distancia. Cruzó la calle y sostuvo un ritmo de caminata que le provocó calor. Cuando iba a girar en la última cuadra, escuchó un ruido agónico. Se paró en seco, porque parecía un animal herido. Frunció el ceño, pero procuró no prestar mayor atención. No era su asunto. Luego volvió a escuchar lo que parecían gemidos de dolor entremezclados con un balbuceo. «No eres detective, Alana. Así que continúa tu camino para regresar a casa», pensó sin detenerse. No podría llamar a su madre o a su padre a contarles que estaba en alguna parte del centro de Boston, después de haberse ido con un chico —porque le pareció guapo— y que se detuvieron a comprar cocaína.

Sandy habría puesto el grito en el cielo. No sabría cuál habría sido la respuesta de su padre, pero de seguro no iba a felicitarla ni darle palabras reconfortantes. «¿Qué iba a responderles?». Prefirió arreglárselas sola, además le quedaba poco para llegar al CVS. El quejido débil continuó, pero esta vez parecía como un clamor de ayuda. Si los alrededores hubieran estado más llenos, quizá Alana no habría escuchado nada.

Estaba ante el típico caso de las películas de terror en el que todos los espectadores le gritaban al protagonista, desde sus butacas, que no se le ocurriese ir a comprobar qué estaba sucediendo. El problema con Alana era que solía seguir sus corazonadas, a pesar del peligro, o quizá a su edad era un poco ingenua o quizá algo idealista o tonta. No como Kiernan, eso seguro. Así que decidió ralentizar el paso, aunque en ningún instante dejó de mirar de un lado a otro, alerta. No era la única deambulando en esa zona, quizá había unas cuantas personas por ahí, pero cada cual en su propio rollo. Se dirigió hacia el sitio del que surgían los sonidos ininteligibles.

«¿Estás de broma? Alana, no eres Dennis Lehane y esto no es Mystic River, así que no tienes que resolver ningún misterio», le gritó su voz sensata. Sin embargo, el lado que no quería quedarse con la intriga ganó esta vez. Ella siguió la ruta que la llevaba al sitio desde el que provenían esos sonidos agónicos. Su andar se volvió lento y cauto. En la secundaria había integrado el equipo de atletismo, así que no existía razón por la que temiera no ser capaz —a pesar de sus botas— de correr velozmente si lo requería. Se detuvo abruptamente ante lo que era la entrada de un callejón al ver una cabeza de cabello abundante sobre el concreto. Alana conservó bastante distancia.

Notó que había sangre en el pavimento como si la persona —era un hombre— se hubiese arrastrado, hasta llegar a este sitio. Él pareció sentir su presencia, porque se quedó callado como si esperara a que ella le causara daño o le diera el golpe final. Alana observó que había una señora que se dirigía hacia esa dirección, iba algo distraída con el móvil, así que decidió llamarla. No iba a quedarse en ese sitio a solas ni tampoco acortaría la distancia para acercarse a ese hombre. Fue corriendo hasta la mujer. Esta levantó el rostro, apartándolo de la pantalla iluminada, y frunció el ceño.

—Disculpe, señora —dijo Alana algo agitada y con expresión de inquietud por lo que acababa de observar—. Hay una persona tirada en el piso —señaló el lugar con el brazo y la otra mujer siguió el gesto con la mirada— y está herida. No quiero acercarme sola… Me sabe fatal dejarlo o no sé si llamar a una ambulancia… Yo…

—Calma —replicó la mujer, quizá tendría alrededor de cincuenta años, guardando el móvil—, respira. Eso es. A ver, ¿qué ha pasado? . —Alana se lo contó rápidamente—. Bien. Te acompañaré, pero al primer indicio de peligro nos vamos. Y es necesario que llamemos a la policía o inclusive al 911, porque no somos policías.

—El hombre está herido. Hay sangre en el pavimento —se pasó los dedos sobre la bufanda—, no sé. No me sentiría bien conmigo misma si lo dejó tirado…

La mujer le dio una palmada en el hombro e hizo un asentimiento.

—Soy Leonna —murmuró, mientras avanzaba junto a la joven.

—Alana, encantada, gracias por no correr en la otra dirección —dijo.

La señora de ojos negros esbozó una sonrisa leve.

Las dos se acercaron al sitio en el que estaba la persona herida. Lo hicieron manteniendo una distancia prudencial, hasta asegurar que él no podía moverse o que hubiese otras personas alrededor y se tratara de una trampa. Cuando Leonna notó que el área estaba semiiluminada, que el cuerpo del hombre estaba la mitad a la vista y la otra mitad oculta en el callejón, el pavimento estaba manchado de color rojizo, comprendió que no había peligro de que fuese una artimaña para algo retorcido. Los alrededores, que ella conocía bien porque vivía a pocas calles, estaban tranquilos.

—Solo está él —expresó Leonna a la joven—. Veamos qué se puede hacer.

—Mmm… ¿Hola… Señor…? ¿Llamo al 911…? —preguntó Alana con tiento.

Él tosió y luego soltó un quejido parecido al de un animal acorralado.

—Por… Por favor —jadeó el hombre—. Necesito ayuda… Estoy herido…

Alana prefirió mantenerse lejos y no dar pasos en falso, pues ignoraba si él tenía un arma. En la posición en que se hallaba, el hombre podría agarrarle las pantorrillas y hacerla caer o inclusive lastimar a Leonna. Alana miró cómo el desconocido se movió con esfuerzo, pero en esta ocasión el gemido de dolor fue más agudo. Se arrastró hasta que el cuerpo estuvo más cerca de la acera, pero aún no fuera del callejón. Ella pudo verle mejor el rostro. Tenía una cicatriz profunda en la frente.

—Yo… ¿Puede ponerse de pie? —indagó, nerviosa. No sabía qué más hacer o decir, pero era consciente de que la pregunta que acababa de decir era absurda.

—¿Tiene la capacidad de sostenerse lo suficiente para incorporarse? —intervino Leonna, su voz sonaba más firme y segura —. Si hace algo que podría parecer sospechoso, tenga la seguridad de que llamaré a la policía y le echaré gas pimienta —dijo sacando el espray de la cartera. Siempre lo llevaba consigo donde sea.

—No… Escuchen … No voy a hacerles daño —susurró muy débil —. Solo denme la mano… He perdido mucha sangre. Siento que voy a desmayarme…

Alana tenía dos opciones. Irse y dejarlo atrás para que el universo decidiera la suerte de él. O bien ayudarlo para que estuviera por completo en la acera, pues solo así podría verlo mejor e intentar —quizá— hacer un torniquete donde sangraba. No creía que Leonna estuviese entrenada en primeros auxilios o ya habría hecho algo al respecto. Las dos mujeres se miraron en ese instante. Leonna hizo un asentimiento.

Alana extendió la mano y él la tomó. Pero se soltaron al instante debido a que estaba resbaladiza por la sangre, pues el hombre estuvo presionándose la herida para evitar desangrarse. Alana se miró los dedos sucios con el líquido viscoso. La recorrió un temblor fruto del shock. En cuatro intentos más, él logró quedarse al fin lejos del callejón. La luz de la farola, que estaba algo lejana, apenas le iluminaba el rostro. Las manos de Alana temblaron un poco al agarrar los kleenex que le ofreció Leonna, para que se limpiara las manos, y sin querer se ensució la ropa. Esta escena era un caos.

—¿Qué le pasó? —preguntó Leonna en un murmullo—. Voy a llamar al 911.

—Sí… —replicó él acostado en la dura superficie. Con los ojos cerrados.

—¿O tiene algún familiar? ¿Quizá tiene un contacto de emergencia en el móvil? —preguntó Alanna a continuación. Él tosió e hizo una negación con suavidad.

—No tengo a nadie en quien pueda confiar, no tengo teléfono…

—¿Dónde está herido? —pregunto Leonna.

—Un disparo en el abdomen, en la pierna y cerca de la clavícula… Me partí varios dientes… Estoy lleno de sangre… —se quejó—. No quiero morirme… 911…

Alana necesitaba pensar con rapidez. Si llamaba a emergencias, tal como había sido su primera opción y lo sugerido por Leonna, pues ahora tenía sangre en las manos, le empezarían a hacer preguntas, llegaría la policía, y si el hombre decía que tenía heridas de bala, todo sería peor. Aparte tendría que llamar a su padre y este,

debido a la situación, no dejaría de hablarlo con Sandy. Su madre crearía un alboroto si se enteraba de que una Pemberton estaba involucrada en un sórdido evento. «¿Cómo le explicaría que no le parecía bien dejar morir a una persona?». Imposible.

—Yo llamaré… —empezó Leonna, decidida, y sacó el móvil.

—No, yo me encargo. Deme un momento. No me deje sola, por favor —susurró Alana. La mujer miró el reloj—. Conozco a una persona que puede resolver esto sin involucrar a las autoridades, porque… Porque mi familia es muy conocida en la ciudad y sería un gran problema para mí si se llegase a filtrar mi identidad —dijo.

Leonna hizo una mueca.

—Esta clase de situaciones se manejan con la policía —refutó.

—Por favor… —pidió Alana de nuevo.

—Como quieras, pero no me vas a meter en este embrollo. Te acompañé porque pudiste estar en gran peligro, mas no te conozco de nada y si te quieres hacer cargo de esta situación ya queda en tus manos —dijo con la intención de irse.

—Espere —dijo Alana. De inmediato hizo lo que consideró menos problemático: llamó a Taylor. Su amiga respondió al instante y le pidió que le diera la ubicación. Alana abrió el Google Maps —tragó saliva al ver cómo manchaba la pantalla con los dedos— y le envió la dirección. Le pidió a Taylor que se diera prisa —. Listo —agregó cerrando el teléfono y mirando a Leonna—. Una amiga organizará el traslado sin costo. No sabemos si él cuenta con un seguro médico. ¿Se quedará…?

La mujer hizo una mueca, poco convencida.

—De acuerdo… Te acompañaré hasta que venga tu amiga. Si no llega pronto, entonces llamaré a la policía —expresó la mujer. No eran amigas y eso estaba claro.

Alana murmuró un agradecimiento y luego bajó la mirada hacia el hombre.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó ella—. ¿Intentaron robarle?

—Aquiles… —susurró—. Sí… Quisieron robarme… ¿Traerán ayuda?

—Claro que sí —replicó Alana—. No tengo ningún recurso a la mano para darle algo de tomar. No sé primeros auxilios… Siento

mucho lo que le ha pasado.

—Son los riesgos de trabajar de noche… —tosió y luego soltó un gemido de dolor—. Los turnos… Los turnos del día son menos riesgosos, pero mal pagados.

Ella contaba los segundos para que apareciera su mejor amiga.

Al cabo de veinte cruciales minutos llegó Taylor y, a la vez, Leonna se marchó deseándoles buena suerte. La mujer prefirió no involucrarse más en algo ajeno.

Entre las dos amigas acordaron que lo mejor sería llevar al hombre a una clínica en la que ellas, por sus apellidos, no pudieran ser reconocidas. Un amigo del hermano de Taylor era dueño de un centro médico y también, claro, atendía emergencias. Pronto, la ambulancia llegó y el personal fue eficiente para trasladar al herido. No se presentó la policía, ya que nadie denunció el hecho. Taylor le aseguró a Alana que el amigo de su hermano pasaría esta situación con perfil bajo, a pesar de que se tratara de un herido de bala. Alana estaba manchada de sangre; se sentía asqueada y asustada.

Cuando entraron al centro médico, al haber sido Alana quien encontró al hombre, tuvo que identificarse. No quedó de otro modo, pero lo hizo bajo la promesa de que su identidad jamás se filtraría. Todo sucedió de forma muy discreta. Y esa noche, ella reconoció el privilegio de tener los contactos correctos en los momentos necesarios. Si no fuese por Taylor, que estaba siendo muy racional y pragmática, Alana no sabría qué habría sido de ella esa noche. Lo que había empezado como un día entretenido y una velada interesante con alguien atractivo, terminó en un desastre.

La adrenalina, mezclada con el miedo, la incertidumbre, el peligro y la sangre de un hombre moribundo, resultó demasiado para una sola noche. Una enfermera asistió a Alana tomándole la presión y los signos vitales. Le dio un tranquilizante para que dejara de temblar, no de frío, sino porque su cuerpo por fin parecía reaccionar. Taylor estuvo a su lado y llamó a su chofer para que le llevara ropa. Después de un rato, Alana guardó sus prendas ensangrentadas en una bolsa desechable, se lavó las manos para limpiarse la sangre en el pequeño cuarto de baño. Miró a su mejor amiga y esta le dio un

gran abrazo diciéndole que había sido temeraria, pero salvó una vida.

—¿Saldrá bien de la operación? —preguntó Alana a uno de los médicos, en referencia a Aquiles—. Me comentó que tenía varias heridas y sangró muchísimo.

—Solo puedo responder a familiares cercanos, pero dado que el señor comentó que no tenía a nadie y que usted era la persona que lo ayudó —sumado a que el dueño de la clínica es también un gran amigo—, le diré la verdad. Perdió bastante sangre y para alguien de sesenta y cuatro años es crítico. Está en la mesa de operaciones, estable según entiendo, pero no saldrá hasta dentro de unas horas. Si desea desentenderse de todo esto, lo puede hacer ahora mismo. Aquí termina todo.

Taylor iba a aceptar y marcharse, pero Alana le sostuvo la mano y negó.

—¿Podríamos venir mañana de visita?

El doctor se rascó la cabeza.

—En la noche, mañana, tengo guardia de nuevo. Durante el día nadie va a poder atenderlas sin requerir más información de la que ustedes quieren dar —dijo.

Las dos amigas se marcharon. Alana llamó a su madre para decirle que iba a quedarse a dormir en casa de Taylor, porque ya era muy tarde y prefería quedarse a cotillear un rato más sin la prisa por volver; Sandy tan solo le pidió que no se quedara despierta hasta tan tarde porque le saldrían arrugas. Alana ignoró ese comentario.

La ropa con sangre la dejaron en la bolsa de desechos tóxicos del hospital, y luego fueron a descansar a casa de Taylor. Aunque la única que consiguió dormir fue esta última, pues Alana tuvo pesadillas sobre la sangre, el impacto de ver a un hombre moribundo y verse las manos ensangrentadas. Tampoco le sirvió de mucho que la escena previa a la situación hubiera sido el imbécil del escocés comprando cocaína, como quien iba a comer hamburguesas por el *drive-through.* No quería saber más de él.

Los siguientes días, hasta que Aquiles se recuperó, Alana fue a visitarlo en las noches junto a Taylor. El hombre les contó que trabajaba como vendedor en una distribuidora de licores y ganaba

comisiones por ello. En la noche del atraco él estaba cerrando caja cuando le dispararon, nada más salir a la calle. Les dijo que cayó de inmediato al piso como peso muerto por los impactos de bala y no logró moverse. Además, les explicó que durante un rato permaneció en absoluto silencio, sin quejarse, por si quienes le dispararon estaban esperando a comprobar si continuaba con vida. Él calculó unos cinco minutos en ese estado y luego levantó la cabeza. Al no ver a nadie —ni siquiera acercándose a ayudarlo—, decidió reptar como mejor pudo para salir de ese lugar… Y logró cruzar dos callejones, pero en el último —que era en el que Alana lo encontró— sus fuerzas flaquearon y se dejó caer al suelo, sin esperanzas.

La última noche, Taylor ya no pudo asistir, porque tenía un viaje a Nueva York. Pero mantuvo la promesa a su mejor amiga de que, después de la primera noche del suceso —sumada a las visitas—, ya no hablarían más del tema. Sería su gran secreto.

Alana había notado, en las breves interacciones con Aquiles, que este parecía distraído o hablar pero súbitamente perdía el hilo de lo que iba a decir y cambiaba de tema. A ella no le había parecido tan normal. «¿O el hombre sufría de Alzheimer?».

—Aquiles —dijo el día previo a que le dieran el alta—, sé que no es de mi incumbencia y no quiero ser imprudente. Pero… ¿Sufre alguna condición médica?

El hombre la había observado un instante y asintió levemente.

—El doctor me ha diagnosticado amnesia lacunar de origen traumático. Eso significa que tengo lagunas en la memoria y hechos que me llegan de forma fragmentada… Supongo que a raíz del golpe en la cabeza al caerme… Antes no, no sufría de nada —dijo—. No sé en dónde está mi documentación… Ni dónde vivo. La buena noticia es que sí recuerdo qué año es y mi nombre —sonrió sin alegría—. Alguna otra cosa he de recordar. Ha sido una situación tan brutal como agónica…

Alana consideró que debería cortar el vínculo y dejar que interviniera la policía, o alguien; en realidad no tenía idea de cómo proceder. Sin embargo, conocía a la propietaria de un edificio, cuyo alquiler era bastante asequible. Quizá podría llamarla para hablar sobre este caso en específico y pedirle que considerara que Aquiles

viviese en uno de sus pisos durante un tiempo, hasta que fuese recuperando la memoria. O quizá, si resultaba ser un buen inquilino, inclusive podría quedarse más tiempo.

—Lo entiendo, pero me alegro de que haya sobrevivido, Aquiles —dijo Alana.

—Gracias a usted. Le debo la vida y eso jamás voy a olvidarlo —sonrió.

Ella se rio por la ironía del comentario.

—Mañana le darán el alta médica —dijo la joven—. Puedo buscarle un…

—Las lagunas mentales no incluyen, menos mal, recordar mi número de cuenta bancaria —interrumpió el hombre con amabilidad —. Solo tengo que gestionar el proceso para obtener mis papeles de identificación y el resto de seguro va a fluir.

—Le puedo ofrecer un lugar para alquilar —expresó Alana—. No sé si tenga el presupuesto, lo digo sin ofenderlo, pero es un área sencilla de la ciudad. La dueña del edificio —este lugar sí que tiene un ascensor funcional—, colabora conmigo en jornadas para ayudar a niños en situación de orfandad y pobreza. Así que podría hablarle de usted, apenas tenga sus documentos en regla, para que lo ayude. ¿Qué tal?

El hombre esbozó una sonrisa agradecida. Sus dientes delanteros estaban rotos a la mitad. Esa clase de arreglos costaba una fortuna. Pero él se conformaba con tener la capacidad de comer con el resto de dientes, hasta encontrar un buen dentista.

—Usted es un ángel, Alana. Si no me hubiera ayudado…

Ella hizo una negación y puso la mano sobre la de él.

—Solo soy una mujer un poco imprudente y que tuvo suerte de que usted no fuese un asesino fingiendo estar herido para matarme —sonrió, y Aquiles se rio—. Le dejaré mi número de móvil. De verdad, considere mi oferta, y cuando esté todo en orden llámeme para organizar el tema de la vivienda. Al menos, hasta que logre recordar más detalles y si acaso tiene familiares a los que, por ahora, no recuerda.

Él hizo un asentimiento. La miró con franqueza.

—Gracias, Alana. Quizá, algún día, pueda devolverle de alguna manera el gran favor que me ha hecho al haberse arriesgado a darme, literalmente, una mano.

Alana había investigado, después de que él le hablara del diagnóstico médico, en profundidad sobre el padecimiento relacionado a la memoria. Al parecer se trataba de esperar y dejar pasar el tiempo para que las lagunas mentales fuesen borrándose y existiera un progreso paulatino, pero sostenido. No era un escenario en el que pudiera aplicarse a una medicina específica o manipulación para que la memoria se agilizara.



Desde que Aquiles obtuvo su documento de identidad, recuperó sus cuentas bancarias y alquiló el piso de la amiga de Alana, la amistad de ellos se volvió casi un ritual de conversaciones. El hombre, aunque a veces confundía fechas o hechos o se quedaba de repente en silencio antes de terminar una historia, la veía como la hija que nunca tuvo. Recordó que se había divorciado dos veces, pero no tenía interés en buscar a sus exesposas para que le contaran qué ocurrió en esos años de su vida.

Alana estudiaba en el college de Harvard, preparándose para luego entrar a la Facultad de Leyes, y casi no tenía mucho tiempo libre de lunes a viernes. Así que acordó con Aquiles que lo visitaría todos los domingos, a menos que tuviera demasiado por estudiar, alguna actividad familiar o viajes. Poco a poco, el vínculo entre ellos fue estrechándose. Las conversaciones eran largas, amenas y entretenidas.

El hombre sabía mucho de asuntos legales y eso la sorprendía, pues no contaba —según Aquiles— con una titulación en leyes, sino en economía. Con el paso de las semanas y meses, las visitas a Aquiles se convirtieron en un momento en el que ella podía expresarse libremente sin ser juzgada, podía quejarse o expresar sus dudas —tampoco era un libro abierto, claro, mantenía sus reservas como estaba segura de que Aquiles también guardaba las propias—

y no necesitaba usar una máscara. Podía relajarse. El hombre había ido poco a poco recordando más cosas, pero, en general, se frustraba al no poder mantener el libreto completo en algunos temas al charlar.

Los meses dieron paso a años. La confianza entre ambos se afianzó. Alana lo consideraba como aquel tío ocurrente, gruñón e irreverente que solía existir en casi todas las familias. Aunque no en la de los Pemberton. Así que entre jugar una partida de ajedrez, charlar tomando café o debatir sobre algún tema en específico, las dos horas que ella lo visitaba se pasaban muy rápido. El hombre le comentó en uno de esos domingos que se sentía agradecido de que fuese su amiga, a pesar de que él era un viejo cascarrabias que despotricaba contra el sistema y era intolerante a las banalidades. Ella le respondió que los puntos de vista que él le ofrecía, al conversar, le servían mucho para afilar sus argumentos como abogada, porque Aquiles no utilizaba filtros ni decía lo políticamente correcto. Él solo se encogía de hombros y cambiaba el tema, pues era de las personas a las que los halagos no les sentaban bien.

—Bueno, quizá le falta un poco de amor en su vida, Aquiles —le había dicho ella una mañana—. Saphire lleva viuda desde hace unos años. —Él había fruncido el ceño, porque no le sonaba de nada el nombre—. Su vecina de enfrente, la que siempre viene a traerle comida con la excusa de que está probando nuevas recetas, parece bastante interesada en ser más que amigos. ¿Por qué no la invita a salir un día?

Él se había cruzado de brazos y ladeado la cabeza, pensativo.

—Mmmm. La mujer cocina fatal —había replicado—. Creo que si las balas de aquella noche no me mataron, lo más probable es que sí lo haga esa comida. Uggg.

Alana había soltado una risa franca y sonora. En alguna ocasión, le había sugerido que buscara quizá un lugar rodeado de una vida social más versátil con otros adultos mayores, en lugar de continuar viviendo en el edificio al que se había mudado al salir del hospital. Pero Aquiles le había dicho que prefería un perfil bajo y que solía ser más alérgico a las personas de lo que ella pensaba. Alana no había insistido.

—Saphire es un amor. Lleva cinco años viuda y tiene su misma edad. ¿Qué tal si lo intenta? —había preguntado Alana—. Mantendremos nuestro ritual de los domingos, tal como acordamos, pero no me importaría invitar a una amiga suya. Inclusive yo podría servir como intermediaria para que su mal humor no la ahuyente.

Aquiles se carcajeó. Luego agarró un cigarrillo y dio varias caladas.

—Nah, los recuerdos que han estado llegando a mi mente tan desdibujados me harían quedar como un idiota si empiezo a contarle una anécdota y luego no sé cómo acabarla… —había contestado dejando el cigarrillo y luego bebiendo café.

—Todos tienen defectos —había dicho Alana de buen humor—. Además, no necesita hablarle de su pasado. Le puede contar sobre su presente: el trabajo que tiene como vendedor en un taller de coches y lo bien que se la pasa. ¿Qué tal eso?

—Ah, muchachita, el amor es un arma de doble filo.

—Supongo que sí, pero es imposible destruirlo cuando es real —había dicho ella con convicción—. No creo que todas las personas tengan el privilegio de amar.

Aquiles había sonreído cínicamente.

—En los jóvenes todo es optimismo —había expresado meneando la cabeza—, pero en los viejos, como yo, vemos la realidad de otra manera. Solo prométame que, cuando se enamore, me va a presentar al dechado de virtudes que eligió. De eso dependerá que utilice un cuchillo o quizá le ofrezca una taza de café.

Alana se rio.

—Primero tendrá que pasar la prueba más importante: la mía. Luego la de mis padres, mi madre especialmente —había comentado —. Aparte, con la amenaza que acaba de hacer, no sé si sea conveniente traerlo. —Aquiles se había encogido de hombros—. Con usted puedo hablar de todos los temas: política, economía, crímenes, libros, leyes. ¿Está seguro de que no recuerda nada sobre su profesión?

—No, Lani —había dicho con un suspiro—. Solo sé que vendía en la distribuidora y que era el encargado de cerrar, hacer el arqueo de caja, y luego me iba. Creo que me conviene más vivir como ahora:

sin recordar mucho, y lo poco que llega a mí no es nada fatalista. He hecho nuevos amigos. Ya tengo un piso. He comprobado que no tengo familia, porque mis padres murieron, soy hijo único, y si acaso tuviese un familiar lejano, no tengo idea de si quisiera relacionarse con alguien anticuado.

Alana había mirado su reloj. Luego movió la pieza en el tablero de ajedrez.

—Jaque mate, Aquiles —había dicho con una sonrisa triunfal.

—Ahhh, usted es demasiado lista, Lani. Demasiado lista. Será una abogada excepcional. En lugar de derecho corporativo, ¿qué tal si elige derecho penal?

—Me parece muy arriesgado y no tengo ganas de defender criminales o que alguno me chantajee si no tomo su caso —había respondido con franqueza—. Prefiero el ámbito corporativo, porque puedo ayudar con las gestiones familiares. Por cierto, ya ha pasado mucho tiempo desde que nos conocemos, Aquiles. Prefiero que me tutee. Yo no podría, porque siento que sería una falta de respeto. ¿Le parece bien?

Él había hecho una mueca y luego asintió.

—El próximo domingo hay partido de fútbol. Lo veremos en la casa del inquilino del piso A9. Sé que no te gusta ese deporte, así que si prefieres no venir…

—Me iré de viaje fuera de la ciudad —había replicado, mientras agarraba su bolsa—. Pero le prometo que traeré, como ya es habitual si viajo, un souvenir.

—Si hubiera tenido una hija, me habría gustado mucho que fuese tan lista y decente como tú, Lani —había expresado el hombre en tono meditabundo.

—Gracias, lo tomo como un cumplido —había replicado ella.

—No es un cumplido, sino la verdad. ¡Buen viaje, Lani! Disfruta y mira si logras pescar un novio también —había dicho con una risotada, mientras Alana salía.

En ninguna de esas conversaciones, a lo largo del tiempo, Alana sospechó que Aquiles era mucho más que un hombre que parecía conocer el mundo. Él atribuía todo eso a las lecturas que llenaban su día a día, después del trabajo, así como a los documentales que solía ver en algunas plataformas digitales. De hecho, a ella le parecía una persona extremadamente inteligente y con una articulación verbal excelente. Consideraba una lástima que no pudiera recordar tantas cosas de su vida, pues sabía que esa era una de las mayores frustraciones de su amigo. Ella procuraba no dejar de visitarlo, pero a medida que transcurrían los años, su trabajo y su vida en general demandaban más de su tiempo. Por eso, cuando tenía un espacio los domingos, no dudaba en acudir durante dos o tres horas a charlar con ese amigo que había conocido en una situación catastrófica. «A veces la vida pone a las personas correctas, en los momentos menos pensados», solía pensar Alana al reflexionar sobre lo extraño que podía ser el destino.

Jamás habría podido vislumbrar que Aquiles, sin planearlo, también cambiaría su vida con el paso del tiempo. A pesar de que, en lugar de salvarla, pondría su mundo en un abismo en el que ella tendría un pie delante del vacío y otro firme sobre una cumbre de piedras. Que quedaría vulnerable y se convertiría en la encarnación de la balanza de la justicia de su propia vida. Porque la decisión final no sería fácil de tomar.

CAPÍTULO 11

Durante las siguientes tres semanas, Alana y Rhys se vieron menos de lo esperado. Cada uno tenía una agenda distinta y los tiempos de ambos apenas conseguían encajar. Además, ella estaba en medio de un caso importante y solía quedarse hasta altas horas de la noche en la oficina con el equipo de abogados asignado. En el caso del magnate, las visitas de supervisión a las obras, reuniones largas con su grupo de expertos y también con la plana de altos ejecutivos de sus dos compañías —la cadena hotelera y la empresa constructora —, se sumaron a un par de viajes a otra ciudad durante el día de los que volvía en helicóptero en la noche. Aun así, consiguieron que el acuerdo funcionara lo suficiente para concretar tres actividades sociales importantes y con la audiencia que a Rhys le interesaba: los conocidos y amigos de su «prometida». Esas galas eran la fachada pública, el escaparate donde el círculo de la socialité debía verlos juntos y confirmar que el compromiso era real. Las demás ocasiones de sus encuentros, en cambio, no fueron eventos grandes, sino reuniones más selectas. Siempre en zonas que Alana sugería por ser poco concurridas por el público general: espacios ocultos tras una puerta sin cartel, a los que solo se entraba con reserva o contactos. Un *speakeasy*, por ejemplo. A Rhys le pareció una elección interesante —ella proponía algunos sitios y él seleccionaba otros—, y así fue como se dio cuenta de lo bien que conocía Alana la ciudad. En esos lugares circulaba otra clase de personas: contactos más reservados, gente influyente que prefería el bajo perfil. Tan útiles para los intereses de Rhys como quienes asistían a las galas, aunque por motivos distintos.

Cuando Ingrid supo que su hermano era el prometido de Alana quiso saber todos los detalles, los ojos le brillaron de alegría y saludó a la hermosa mujer con un abrazo como si la conociera de toda la vida. Esta, en un modo que resultó natural, le devolvió el gesto sonriendo. Esa espontaneidad provocó que Rhys frunciera el ceño, pues antes del encuentro estuvo tenso ante la posibilidad de

una reacción incómoda de Alana debido a la naturaleza extrovertida de Ingrid. Pero se guardó para sí mismo lo complacido que se sintió de ver a su hermana contenta y hablar tan emocionada sobre los proyectos que tenía en mente cuando empezara a estudiar diseño de modas.

—Mi hermano se tenía guardada esta noticia —había dicho, mientras los tres estaban comiendo un sábado en un precioso restaurante con vista al mar. Esa había sido la primera reunión para romper el hielo con la joven de dieciocho años—. Si lo hubiera mencionado antes, quizá me habría ahorrado el horror de esa PreGala, pues habría recurrido a ti, Alana, para contarte las buenas noticias y tú me habrías dicho que se trataba de un error. Sin embargo, te agradezco el voto de confianza en mí.

Rhys había apretado la mandíbula.

Al notarlo tenso, Alana lo había ignorado y se inclinó para darle una palmadita amable en la mano a Ingrid. La consideraba una chiquilla encantadora y, además, que sabía muy bien lo que quería. Así que le había dicho que se alegraba de que hubiera tomado el micrófono aquella noche y hubiese expresado lo que cruzaba por su mente.

—Tú mejor que nadie sabes que Rhys es un hombre bastante hermético, así que por eso prefirió fingir que no nos conocíamos —había replicado siguiendo el guion pactado—. Estábamos tratando de encontrar el día adecuado para verte y conversarlo. Sé lo mucho que Rhys se preocupa por ti. Ayer estuvimos con Craig y le pedimos que no te comentara nada, porque queríamos decírtelo personalmente.

—¿Cuál voto de confianza? —había preguntado el magnate, un poco hostil.

Alana había intentado contestar, pero Ingrid se adelantó.

—Conocí a Alana por una casualidad —había expresado la joven en tono alegre mirando a su hermano mayor—, mientras ella salía de una iglesia y yo estaba caminando por esa área. La reconocí, ¿cómo no hacerlo cuando es una de las personas que tiene gran estilo al vestir y su reputación en Boston es la de una mujer que procura siempre darle un poco de tiempo a otros, aunque esté ocupada? En todo caso, el asunto es que me acerqué a ella y le

conté mis planes e intenciones de colaborar con las actividades que hacen las debutantes cada año; también que me postularía y que esperaba que no me rechazaran como lo hicieron la ocasión anterior, y con justa razón: no tenía la edad adecuada. Ella no tenía por qué detenerse para atender a una persona extraña que la abordó de repente; sin embargo, tuvo la amabilidad de hacerlo.

Rhys había tomado un sorbo de café y miró brevemente a Alana.

—Ah, ¿y qué te respondió, ella? —había preguntado Rhys, pensando que Ingrid, siendo tan franca como siempre, le confesaría que Alana le habría dicho que no podía garantizarle el acceso o que confiaba en que sería una buena candidata, pero que no podría ayudarla—. Porque tengo entendido que era parte del comité… ¿No?

Ingrid había esbozado una sonrisa.

Alana se contuvo de mirarlo con fastidio.

—¡Me prometió que me daría su voto! Y sé que lo hizo —había respondido, mientras se llevaba a la boca un pedazo de torta de chocolate—, porque una de las chicas, Ninette, la única a la que considero una de mis amigas, logró leer la lista. Ella tiene sus modos. Por eso, la situación de aquella noche me pareció ofensiva y confusa. Alguien debió hacer modificaciones de último minuto. Porque Ninette no mentiría.

Rhys se había recostado contra el asiento. El brazo izquierdo sobre el respaldo de la silla de Alana. Ingrid se había ubicado frente a los dos para hablar más a gusto.

—No me digas. Qué dato tan interesante —había comentado Rhys —. Supongo que Alana no es culpable de lo que te ocurrió, sino que otra persona cometió un error. Sin embargo, el daño causado existe y, a veces, cuando te asocias con personas equivocadas también te manchas las manos y eres responsable del error.

—Qué interesante, Rhys, ¿tú, reconociendo un error? —había preguntado Alana—. Creo que desde que estamos juntos he ejercido buena influencia en ti.

Ingrid se había reído.

—Claro que lo eres —había intervenido, complacida—. Mi hermano es bastante tozudo y necio, pero tiene un gran corazón. Él

no te culparía por lo ocurrido. O si no, tú no tendrías su anillo que, por cierto, está precioso. Estoy feliz por los dos.

—Supongo que Rhys es bastante discreto con sus gestos filantrópicos, porque jamás me ha contado de alguno en particular —había replicado Alana en un tono de mofa que solo el multimillonario podía comprender—. En todo caso, me alegra verte otra vez y que finalmente podamos contar el secreto de que estábamos saliendo juntos. Bueno y que estamos prometidos —había sonreído—. Además, le pedí a Rhys que quería verte, porque tengo una propuesta para ti. Algo mejor que ser debutante.

Los ojos de Ingrid se habían abierto de par en par, asombrados.

—¡Ohhh! Quiero saberlo todo, cuéntame, por favor.

Alana se había reído al escucharla, mientras Rhys, sin ser consciente, acariciaba distraídamente el cabello sedoso peinado en una media coleta de la mujer a su lado.

—Ser debutante no ocurrirá, no porque no lo merezcas, sino porque existen vías más idóneas para que colabores con las ideas que me dijiste aquella mañana —había comentado Alana—. Voy a organizar una lista de eventos pequeños y medianos, pero muy importantes, para que me acompañes. Principalmente temas de moda: diseñadores, distribuidores, escuelas de modelaje, exposiciones exclusivas, ¿qué tal?

Ingrid se había levantado de la silla, había rodeado la mesa y abrazado a Alana.

—Gracias, eres un sol —había murmurado—. Eso es muy generoso de tu parte. No sabes la ilusión que me hará ir contigo y conversar de todo un poco, pero también poder adentrarme en ese mundo especial que solo alguien como tú conoce.

—Lo hago encantada, Ingrid —había replicado Alana sonriendo y dándole una caricia en el brazo a modo de reafirmación—. Si algo se te ocurre o ves en la prensa algo que te interese, llámame —habían intercambiado números— y lo coordinamos.

Ingrid había regresado a su silla y mirado a su hermano que estaba callado.

—Ya sé que eres taciturno y, para ser sincera, no sé qué hiciste para conquistar a alguien tan genial como Alana, si siempre traes

esa cara de gruñón —había dicho.

Alana había soltado una carcajada.

—Quizá tengo un lado más amable y lo muestro en persona, sin público —había replicado Rhys enarcando una ceja—. Craig está al corriente del compromiso. Como acabo de decirte no tenemos fecha decidida, así que procura no insistir en ello. Cuando tengamos más detalles probablemente te los contaremos. ¿De acuerdo?

La chica había hecho una mueca.

—Está bien, Rhys, está bien… Pero al menos le compraste un anillo especial —había comentado Ingrid—. En alguna ocasión nos comentaste a Craig y a mí, que a las mujeres que son una aventura les regalas topacios, pero a las que merecen la pena el esfuerzo, el tiempo y la inversión: diamantes. Y ella es la única mujer a la que…

—Si quisiera que analizaras todo lo que digo, Ingrid, te habría pedido que en lugar de diseño de modas consideraras estudiar psicología —había interrumpido él.

Alana se rio, porque le parecía curioso cómo Rhys se había sentido incómodo por las ocurrencias y frescura que aportaba la hermana en la conversación. La chica era sincera, natural y extrovertida. No pretendía ser otra persona para impresionar, así que se había sentido satisfecha de haberle dado su voto. Sospechaba quién había estado detrás del cambio de actas de las debutantes, pero a esas alturas existía algo más peligroso: Rhys la había chantajeado, existía un contrato de por medio con una amenaza que él cumpliría sin dudarlo, porque se notaba cuánto le importaba Ingrid.

—Supongo que debo considerarme especial de tener este anillo —había respondido Alana siguiendo el hilo, aunque secretamente se sintió complacida de saber que era la única mujer, pretensiones falsas o no, que recibía diamantes de Rhys.

En ese momento, ella había sentido los dedos del magnate masajearle el cuello debajo del cabello con suavidad. Sus terminaciones nerviosas se habían despertado.

—Porque lo eres —había respondido Rhys, instándola a mirarlo.

Alana habría creído en sus palabras si otro hubiera sido el contexto.

—Awww —había interrumpido Ingrid juntando las manos con emoción—. En serio, no puedo estar más feliz de verte con alguien tan increíble, Rhys. ¿Sabías que Alana destinaba parte de su tiempo, cuando era estudiante, para apuntarse a programas de ayuda de Greenpeace que buscaban reunir esfuerzos y salvar especies en peligro? No solo eso —había continuado emocionada, sin reparar en las mejillas sonrojadas de Alana—, sino que durante una campaña de Versace la eligieron como imagen local para promocionar un nuevo perfume. Ella envió las ganancias a los niños con desnutrición de Ghana. En serio, tenerla en la familia Callahan es lo mejor.

—Si ya has dejado de alabar tanto a mi prometida —había dicho Rhys, serio —, ¿crees que ya podamos continuar con el resto del plan y dirigirnos a la marina?

—Ay, qué aguafiestas. Tú eres quien debería saber todo esto, en lugar de que yo esté contándotelo. Se nota que aún te falta ensayar tu romanticismo —había dicho Ingrid, y luego se había girado hacia Alana—: Gracias por tenerle paciencia. Estoy segura de que algo bueno debe existir en él para que hayas aceptado soportarlo.

Alana se había reído a la par de que Rhys la ayudaba con la silla.

Los tres se habían levantado para continuar las actividades de ese sábado.

—Seguramente fue mi alter ego quien aceptó este anillo, porque tal como acabas de comentar, querida Ingrid, tu hermano tiene mucho por aprender —había replicado Alana, sintiendo los firmes dedos de Rhys rodeándole la cintura mientras salían de la cafetería e iban hacia el coche—. Quizá pueda enseñarle un par de cosas.

—O quizá yo pueda enseñártelas a ti —le había dicho Rhys al oído, en un tono bajo antes de que ella subiera al BMW e Ingrid ya estaba dentro—. Ten cuidado.

Alana se había girado mirándolo.

—¿Qué tal te parece saber que te dije la verdad, y que sí voté por tu hermana?

—Las pruebas dicen lo contrario y mi hermana es una persona, como acabas de notar, con demasiada bondad y optimismo en relación a otros —había dicho—. No tengo idea de por qué te ha idealizado tanto o sabe más de ti que yo. Pero da igual.

—Quizá porque te has dado a la tarea de buscar lo malo que existe en mí, porque me ves como la representación de todo lo que detestas en esta sociedad.

En ese instante, Rhys le había tomado el mentón entre los dedos. La electricidad súbita había explotado como fuegos pirotécnicos al celebrar el año nuevo.

—Eres la representación de todo lo que detesto, eso es verdad —había replicado mirándola a los ojos—. Pero, lastimosamente, también de algo diferente.

Alana había sentido un ligero temblor en su cuerpo. La cercanía de Rhys provocaba toda clase de emociones inconexas, la confundía y también la hacía pensar en la versión que acababa de conocer de él en esa cafetería. Durante toda la conversación con Ingrid se había mostrado cercano, inclusive se había reído con franqueza —dejándola cautivada—, y la había tratado como si no la odiara, como si de verdad estuvieran en una relación por voluntad propia y no fruto de un chantaje.

—Algo diferente… ¿Como qué? —había preguntado ella en un susurro.

Rhys se había acercado un poco más, acortando la distancia.

—Como algo de lo que probablemente me arrepentiría —había replicado.

Alana, comprendiendo lo que estaba diciéndole Rhys, había interpretado esa frase como un rechazo, asociándola con las palabras y críticas de sus ex. Aunque él no fuese «real» en su vida sentimental, le escoció e inconscientemente se había mirado a sí misma: vestido de algodón naranja que le llegaba a las rodillas, los tirantes eran finos, escote en V, y sandalias de tacón estilo magnolia en un tono azul oscuro.

—Entiendo, me alegra saberlo —había dicho, apartándole la mano con suavidad. Él la había sujetado de la mano, instándola a mirarlo de nuevo—. ¿Qué…?

—Para ser tan inteligente, me sorprende que no hayas captado el sentido correcto de mis palabras, Alana —había dicho, como si le costara encontrar las palabras. Algo dentro de él le exigía no ser tan cruel, porque era evidente que ella lo había entendido al revés—. Mi

comentario anterior no tuvo nada que ver con los imbéciles que criticaron tu físico o intentaron menoscabar tu autoestima. ¿Fui claro?

Ella lo había observado unos segundos.

—Entonces, ¿por qué…? —había susurrado.

Rhys había apretado los labios. El que hubiese visto la forma tan natural con la que Alana había tratado a su hermana, la risa afable, las anécdotas que había relatado sobre sus viajes a Europa y su inclinación por coleccionar zapatos —algo que había fascinado a Ingrid—, pero sobre todo observarla con la guardia baja —a diferencia de cómo solía ser cuando estaba a solas con él—, lo había instado a mirarla bajo un cristal distinto. Continuaba desconfiando de la gente como ella. Aun así, había sentido la inclinación de hacer un cambio a su intención inicial: ser él quien rompiese las cláusulas del contrato, anunciando que ese compromiso era una farsa y que solo quería demostrar cuán fáciles eran las mujeres de la alta sociedad cuando existía suficiente incentivo en la billetera, aun si ese incentivo tenía que ver con el «dinero nuevo» y los barrios bajos. Rhys había decidido no ejecutar esa parte, menos después de esa salida.

—Porque este no es un romance, Alana —había replicado—. Las venganzas y chantajes se consideran retorcidos y en absoluto nobles. No confundas los términos o creas que soy algo distinto a un chantajista. Lo hago todo por mi hermana. ¿Bien?

Ella no había respondido, sino tan solo se apartó y subió al coche. Al instante, había iniciado una conversación con Ingrid y procuró ignorar a Rhys el resto del día.

Alana había sentido en aquella ocasión un picor inesperado en los ojos.

Fue bueno recordar que en la línea de guerra estaba su apellido y su profesión. Sin embargo, no era tan fácil ignorar la cercanía de ese hombre que parecía rodearla en una burbuja invisible, casi protectora, en la que el resto de personas dejaban de cobrar importancia cuando estaban juntos. «¿O quizá ella estaba enloqueciendo?».

La caballerosidad de Rhys, sí existía, solo que el muy tonto pretendía que solo era posible actuar así frente a otras personas. El detalle estaba en que, cuando la iba a dejar a casa, continuaba siéndolo y ella no necesitaba un sarcasmo para recordarle que era un patán. ¿Por qué? Porque no lo era, sino que procuraba serlo solo con ella. Por si eso fuera poco, la forma en que sus conversaciones se volvían menos hostiles y fluían más en diferentes tópicos —con una naturalidad como si se hubieran conocido desde hacía mucho tiempo atrás—, la instaban a replantearse sus prioridades. Por eso buscaba sumergirse en la mayor cantidad de temas laborales para así ocupar su mente.

El inconveniente en esas salidas no había sido la credibilidad de ambos como pareja —no mostraban gestos de afecto en público, porque Rhys no era así y Alana tampoco—, sino negarse a aceptar que el roce de sus cuerpos, la chispa que se encendía y el estremecimiento que recorría la piel de Alana cuando él posaba la mano en su espalda baja, para guiarla alrededor del ambiente en el que se encontraban, parecían cada vez más complicados de ignorar. Ella sabía que esas sensaciones no podían ser fingidas y, aunque no podría asegurarlo, se atrevía a creer en la hipótesis de que él tampoco era inmune. Alana experimentaba con él, por primera vez, la dichosa «química innegable» sobre la que Taylor le había hablado en varias ocasiones.

De hecho, después de haberle dado pistas a su mejor amiga —el acertijo suficiente para no incumplir el contrato—, Taylor había llegado a su propia conclusión: que el compromiso era un acuerdo para abrirle puertas a Ingrid en sociedad, después de la humillación que la chica sufrió en la PreGala. Que se trataba de un intercambio de conveniencia, y que Alana a la par ganaba al conocer ciertos contactos de Rhys que podrían ser de utilidad como potenciales prospectos de clientes a futuro en la firma para la que ella trabajaba. Alana no corrigió a Taylor, porque consideró que era mejor que creyera esa versión, en lugar de la verdad completa. Esa era otra capa de protección para Darren. Por otra parte, su mejor amiga le aseguró que era imposible pensar en que Rhys no sintiera la misma química que Alana.

—No me has dicho nada —había expresado la arquitecta, mientras veían un documental en Netflix un domingo por la noche—. Pero eres excelente dando pistas.

Alana se había reído.

—Mi madre puso el grito en el cielo —había murmurado Alana, y bebió de su vaso de Coca-Cola con hielo—. No tienes idea lo largo que fue su sermón. Creo que hizo un recorrido de historia americana, la decadencia en Europa y no sé qué otras idioteces —había soltado una risa que mezcló resignación e incredulidad—. Finalizó diciendo que si continuaba con esta relación ella no iría a mi matrimonio. Además, intentó poner a papá en mi contra. No funcionó. Aunque él se mostró sorprendido.

—¿Sí? Mmm, no sé qué vio Darren en tu madre. Lo digo con todo respeto.

Alana había esbozado una sonrisa.

—Son de esos enigmas que jamás me han interesado descifrar. Así que por ahora me libro de que mi madre quiera hacer una cena para conocer a Rhys o crear situaciones de convivencia social con él y conmigo. La considero una gran victoria.

Taylor se había encogido de hombros.

—Déjala que sufra un poco. Sería una lástima que te pierdas la ocasión de verla estresarse por algo más que tu inasistencia a los viajes y reuniones en los que siempre pretende obligarte a participar, aunque seas adulta —había replicado su amiga—. Por cierto, cuando pasen los dos meses, que no queda mucho tampoco, ¿qué es lo que dirán a los otros? Porque siempre habrá personas que hagan preguntas. Ya lo sabes.

Alana había hecho una mueca, pues no lo había pensado.

—Él no es de dar explicaciones. Supongo que guardaremos los comentarios para nosotros y con el tiempo la gente perderá interés —había replicado.

—Mmm, ¿estás encariñándote con él? —había preguntado Taylor de repente, elevando ambas manos en un gesto de paz, al notar la expresión ceñuda de Alana—. Es una simple pregunta, porque han pasado varias semanas. Y lo que me has contado, además de

despotricar de lo insoportable que es, pues también está ese otro detalle…

—¿Qué detalle? —había preguntado Alana cruzándose de brazos.

Taylor había esbozado una sonrisa.

—Aquel relacionado a que te has dado cuenta de que no es tan patán como parecía ni tan hijo de puta como lo pintan. Y… lo más importante, me parece a mí, y que se trata de las ganas que se tienen, pero intentan resistir —había dicho haciéndole un guiño a su mejor amiga—. ¿O vas a atreverte a negarlo, después de todo lo que hemos hablado esta noche, señorita Pemberton? —había indagado, sonriendo.

Alana se había quedado en silencio un instante.

—Solo tengo que recordar por qué lo detesto —había replicado finalmente.

Taylor soltó una carcajada y volvió a darle al *play* para seguir viendo Netflix.

—Si eso te convence…

Aquella noche, al volver a casa, Alana no había logrado conciliar el sueño tan bien como hubiera esperado. La respuesta a la pregunta de Taylor habría sido muy fácil de darla, pero expresarla en voz alta quizá crearía más problemas que tranquilidad en ella. Porque cuando una idea o pensamiento se verbalizaba o se escribía cobraba cierto poder o impulso. En este caso, no era lo que ella necesitaba. Lo que menos buscaba enredaran más enredos en su día a día, consideraba que ya tenía suficientes.

Por otra parte, el aspecto que solía hacerla sentir más nerviosa era cuando Rhys y ella estaban a solas. No porque se sintiera insegura, todo lo contrario. Pero a eso le tenía que agregar que la cercanía de Rhys era demasiado abrumadora. La tensión que se creaba entre los dos durante los trayectos en coche casi parecía robarles el oxígeno. El aroma sutil del perfume de ella y la piel que su ropa elegante dejaba al descubierto, sumados a la fuerza y el autocontrol que irradiaba la virilidad de Rhys, se mezclaban en un cóctel potente que alteraba sus sentidos. Los de ambos, en especial porque ahora Alana prestaba mucha más atención a los detalles o pequeños movimientos en él. Como si se hubiesen estudiado a

conciencia a lo largo de ese tiempo, en silencio y también analizado cada rasgo. Ella, con sus habilidades propias de una abogada. Él, como un empresario letal e inquisitivo. De nada servía que pretendieran no notarlo.

Cuando él entrelazara los dedos con los suyos, le resultaba reconfortante, como si Rhys fuese el ancla que Alana necesitaba al rodearse de los grupos conocidos de personas que llevaba tiempo evitando. En el caso de Rhys, la manera en que ella encajaba a su lado le provocaba cierto rechazo, no hacia Alana, sino hacia esa maldita conexión que no lograba desvanecerse. Por esa razón, al concluir la noche y dejarla en casa, deliberadamente, él evitaba quedarse más tiempo del necesario en las escalinatas hasta que cerrara la puerta. No quería repetir la idiotez que estuvo a punto de cometer en la primera salida: querer besarla. En sus planes jamás contempló que aparte de ser la pieza perfecta para ayudar a Ingrid y reivindicar su apellido, Alana se hubiera empezado a convertir en una gran tentación. Él procuraba recordarse que la mujer se rodeada, y se había formado, entre quienes se interponían en sus negocios. A la par, lo consideraban «menos», porque su ascendencia era irlandesa. «Imbéciles.»

Entre las salidas que tuvieron, sin Ingrid, las más breves consistieron en una rápida cena o detenerse en un local de moda para tomar café en la mañana —antes de ir cada uno a la oficina—, y así dar el mensaje de que pasaban la noche juntos, porque eso era lo «normal». El asunto del desayuno casi parecía una rutina que ambos disfrutaban de verdad —mas no lo verbalizaban, porque implicaría abrir otro hilo de conversación complicado—. Ese era el único momento en el que conversaban al menos veinte minutos. Intercambiaban puntos de vistas que, si no fuese por lo cortos que solían estar de tiempo, habrían dado para quedarse hablando durante horas.

Esas habían sido tres semanas que transcurrieron con la precisión de una coreografía planeada con la rigidez de un comandante alemán. Alana solía salir con Ingrid y le gustaba ver cómo ella captaba todo con avidez, sabía escuchar y también hacía preguntas afiladas sobre las dudas que surgían. La visita al taller de un famoso

atelier y que tenía convenios con la casa Dior, quizá fue de los momentos más felices para la joven. Además, durante la exposición en Galerías Pemberton de un artista contemporáneo de origen húngaro, Ingrid habló con gran parte de los invitados a los que Alana iba presentándola. Ninguna de las personas, algunas estuvieron en la PreGala, le hizo mala cara. Al contrario, tal como lo había predicho Rhys, al estar junto a Alana se acercaron a Ingrid y le hablaron con calidez fingida, pero no por eso menos útil. Lo que más le gustó a Alana fue notar que la menor de los Callahan, a medida que iba conociendo a más personas que compartían sus gustos, parecía más segura de sí misma. Tomaba la iniciativa y permitía fluir las conversaciones.

En cada actividad a la que asistían —estuviesen o no acompañadas por Rhys —, Ingrid era recibida con curiosidad, porque su carisma innato parecía un imán natural. Algunas de las chicas que conoció ya la habían invitado a ir de compras y le comentaban cuáles serían los próximos eventos de la temporada para que conociera a más gente. Inclusive intercambiaron números de teléfono para ir a conciertos o fiestas de grandes marcas de ropa y accesorios cuando tuvieran lugar en Boston. Tal como lo harían con una nueva amiga que era parte del mismo círculo social.

Alana sentía que estaba haciendo un buen trabajo, mientras protegía a su padre. Eso era lo más importante para ella. Siempre que Darren estuviera lejos del ojo público y su apellido, así como el legado atado a él, quedaran intactos, Alana estaba dispuesta a todo, tal como había demostrado al aceptar el chantaje de Rhys. Sin importar la cantidad de trabajo o las actividades sociales, ella cumpliría su parte. Pero nada de aquello la preparó para lo que ocurriría en su siguiente encuentro con Rhys.



—¿Por qué haría semejante tontería? —le preguntó Alana a Rhys. Estaban cenando sushi, después de que él regresara de un viaje corto a Washington D.C. —. No lo haré.

—Porque estamos «prometidos» y vivir juntos sería el curso natural. De hecho, nos hemos tardado desde que salimos la primera vez a cenar para que nos vieran juntos y la noticia empezara a circular —dijo con simpleza—. Nuestras agendas siempre están colapsadas y apenas logramos encajar horarios o tiempo. Así que mudarte a mi mansión de Beacon Hill es la solución más coherente. La idea no me hace particularmente feliz, porque me gusta mi privacidad. Tendrás tu propia habitación por si te lo preguntas. Ya te he dicho que mis necesidades…

—Cállate, Rhys, en serio —interrumpió Alana, cabreada y frotándose las sienes. Ese día habían perdido el caso contra una tabacalera que expropió terrenos de varias familias de granjeros en las afueras de Boston. El juez había recibido sobornos. Pero era imposible probarlo y eso provocó que, al enterarse después del fallo, todo el equipo de abogados se hubiese sentido robado y estafado—. Esto no forma parte de lo que firmé. He tenido un día demasiado brutal como para, además, aguantarte. Si quieres ir a follar a media ciudad, por favor, vete ahora. No me apetece comer, mientras tú tienes el descaro de traer a colación recordatorios banales —espetó.

Él había esbozado una media sonrisa. Se cruzó de brazos.

—¿Quién dice que no lo he hecho en este tiempo…? —preguntó Rhys.

Alana dejó con lentitud la servilleta de tela sobre la mesa. Lo miró. No sabía qué la enojaba más: la expresión de suficiencia de ese hombre arrogante e insoportable o la idea de otra mujer abrazándolo y recibiendo los besos que ellos se negaban a compartir. «¿Estaba él, en serio, rompiendo el acuerdo en forma tan discreta que nadie podría saberlo nunca? ¿Con cuántas se habría ya acostado?», se preguntó fastidiada.

—Muy bien —expresó ella y se puso de pie—. Sé lo que tengo que hacer, no te preocupes por las apariencias. —Sonrió con su habitual forma gentil, pero que no tenía nada de alegre. Sabía que los observaban desde que su compromiso se hizo público, así que no podía montar una escena ni marcharse sola y con prisas—. Entraré al coche contigo, porque en este caso sería lo más lógico al estar prometidos. Y cuando hayas recorrido varias calles, lejos de los

curiosos, me dejas en el primer hotel cinco estrellas que encuentres. Pediré un Uber o llamaré a Taylor para que pase por mí.

Rhys al darse cuenta de que la mujer no tenía sentido del humor, y él tampoco para ser sincero, se incorporó y pagó la cuenta. No sabía por qué carajos había dicho semejante idiotez cuando quien lo mantenía con una frustrante erección, y sin un alivio real, era esta pelinegra impetuosa a la que no podía sacarse de la jodida cabeza.

El ascensor los llevó al subterráneo en el que estaba el garaje del restaurante.

—Lamento decirte que eso no es posible, Alana —replicó, apoyando la mano en la espalda baja femenina, cubierta por una blusa de seda, mientras caminaban juntos hacia la salida. Ambos se habían convertido en buenos actores, pues no daban a entender a los demás si estaban discutiendo, cotilleando o contándose secretos, como haría cualquier pareja—. Sube al coche —dijo abriendo la puerta del copiloto.

—Tolero tu tono, porque hay un guardia de seguridad y un fuerte eco —replicó en un susurro para que solo Rhys escuchara—. Pero a mí nadie me da órdenes.

Alana, que maldijo en silencio por tener que seguir ese guion de estar juntos al entrar o salir de cualquier sitio al que asistieran, no le dirigió la palabra al magnate, sino que se limitó a subir al automóvil. Él cerró la puerta y rodeó el vehículo para después acomodarse en el asiento del conductor; se puso el cinturón de seguridad. En esta ocasión él conducía un Aston Martin, porque le gustaba variar de coche de vez en cuando. Cuando salía con Alana, él prefería decirle a su chofer que se tomara la noche libre. Rhys condujo por la ciudad rápido y con seguridad, aunque con un toque temerario. Esa era una combinación que lo caracterizaba en algunas áreas de su vida, no solo en los negocios. Ella insistió en que la dejara en el hotel The Langham, pero él continuó el trayecto sin responder. No iba a dejarla tirada en ningún puto sitio.

El trayecto no se detuvo donde ella había exigido, sino en Back Bay: su casa.

Alana no esperó a que él le abriera la puerta. No sabía por qué el comentario de Rhys sobre el hecho de que podía satisfacer sus

necesidades sexuales con otras mujeres —y que probablemente ya lo habría hecho— la enfadó tanto. No quería reflexionar al respecto, así que esperaría a que su cabeza fría retomara el control. Subió las escalinatas e introdujo la llave en la cerradura con más fuerza de la necesaria. Consciente de que ese tonto esperaría —como se había hecho un hábito entre ambos cada vez que él iba a recogerla o dejarla en casa—, se apresuró porque no quería verlo.

—Buenas noches, Rhys —expresó sin girarse y con un tono indiferente.

Su intención fue darle con la puerta en las narices, mas no escuchó el sonido habitual. El pie de él la detuvo y entró como si tuviera el derecho a hacerlo. «Al parecer el idiota poseía la maldita costumbre de invadir la propiedad privada: la suya», pensó.

Alana se giró y se cruzó de brazos, encarándolo en el recibidor.

—No, no lo hiciste —replicó él. Cerró la puerta a su espalda con una calma que no sentía. De hecho, debería estar camino a su mansión, en lugar de seguir a esta enfurecedora mujer—. Sin embargo, me concedí el permiso de entrar —dijo mientras miraba alrededor. Notó que el interior no solo lucía confortable, sino también cálido; y el aroma sutil de peras con vainilla acompañaba el ambiente—. Tu casa es bonita. Pero considero que la de la playa posee algo quizá más salvaje y sereno a la vez.

Ella enarcó una ceja. No tenía paciencia para esta tontería.

—Me parece fascinante tu opinión. La próxima vez que tenga pensado algún asunto de bienes raíces y quiera buscar las características óptimas, te lo consultaré.

Rhys avanzó lentamente hacia ella.

Alana se negó a retroceder.

—Hay instantes en los que noto que parecieras desear clavarme un cuchillo o quizá clavarme las uñas en la yugular. ¿Es así? —comentó avanzando, hasta que las puntas de los zapatos de ambos se toparon—. No he decidido cuál sería más letal.

Alana elevó el rostro. Sus ojos se cruzaron en una batalla de voluntades silenciosas, y en la sutil energía que intercambiaba existía la clara verdad: deseo. Esa clase de anhelo que la había perseguido desde que lo conoció, sin importar las circunstancias;

que se había incrementado a medida que pasaban más tiempo juntos, hasta el punto de regresar a casa con las bragas vergonzosamente húmedas. Y al acostarse se tocaba pensando en él o al ducharse utilizaba un vibrador para aliviarse.

—Ambas opciones pueden tener el mismo efecto —replicó—. Ahora vete.

Rhys sonrió de medio lado. Se inclinó hacia ella. Para no perder el equilibrio, Alana tuvo que dar un paso atrás. Esa danza continuó, hasta que su espalda quedó contra la pared más cercana. En ningún momento dejaron de mirarse a los ojos.

—¿Qué tanto crees que te desprecio, Alana Pemberton?

Ella apartó la mirada, pero él le sujetó el rostro con una mano, mientras la otra estaba apoyada con firmeza sobre la pared blanca. Estaban prácticamente pegados el uno al cuerpo del otro. La evidencia de la excitación de Rhys era muy notable, pues presionaba contra Alana. Ella sentía los labios íntimos mojados y los pezones duros.

—Lo suficiente para hallar la manera de humillarme de un momento a otro y causarme un instante de sufrimiento —murmuró, franca, sin otra opción que mirarlo.

—No, Alana —dijo en tono profundo y le acarició el labio inferior con el pulgar, tal como había hecho tantas noches atrás. Esta vez, ella no reaccionó y se limitó a escuchar su argumento—. A ti no te desprecio como persona, aunque el universo sabe que lo he intentado. Busco tus errores, pero encuentro aciertos; busco el momento en el que faltes a tu palabra para destruirte a ti y a esa burbuja de cristal en la que te criaste, pero encuentro que cumples tus promesas; busco la ocasión para humillarte, pero la humildad y la espontaneidad que le has mostrado a mi hermana me detuvieron; busco tus defectos, inclusive tu tendencia a replicar todo cuanto digo o desafiarme sin temor, pero en ellos existe algo parecido a la humanidad que alguna vez yo perdí —agregó en tono críptico—. También busqué tus puntos débiles y los detecté con rapidez. Diría que ya los conozco todos, pero me falta comprobar uno.

Alana tragó saliva. Su pecho subía y bajaba. La colonia de Rhys llegó a sus fosas nasales mezclada con el toque único de su aroma

natural. Tomarse de las manos, conversar, cenar juntos, ir a eventos y desayunar casi todos los días —como un ritual— antes de ir a la oficina, la habían habituado a su presencia. Hubo tres días en los que él se marchó de la ciudad. No recibió ningún mensaje y ninguna llamada. ¿Debió esperar a que eso ocurriera? No. ¿Lo echó de menos? Para bien o mal, sí.

—No me voy a mudar contigo —replicó ella a cambio—. Me gusta mi independencia y todo este acuerdo tiene fecha de caducidad. No tendría sentido. Y sobre comprobar o no mis puntos débiles, me da lo mismo; no estoy interesada en darte munición para que tus hipótesis o laberintos mentales se sientan estimulados.

Su cuerpo bullía en una gran mezcla de adrenalina, anhelo y deseo reprimido a propósito por un hombre que debería estar prohibido; con una moral cuestionable y que aparte guardaba secretos. ¿Cuándo se había vuelto impulsiva? ¿Por qué con él?

—Ese tema de la mudanza es secundario y no tengo intención de convencerte de lo contrario si ya has tomado una decisión al respecto —replicó mirándole la boca.

—¿De qué tienes intención de convencerme entonces…? —preguntó en un susurro. Sintió cómo Rhys, a propósito, presionaba la pelvis y la movía contra ella.

—De que me digas la verdad, Alana —dijo llevando la mano que le sostenía ambas mejillas hasta la nuca y la masajeó con movimientos deliberadamente suaves.

Ella tragó saliva. Este hombre le nublaba el raciocinio.

—Sobre qué… —murmuró perdida en esos ojos oscuros y potentes.

—Que me deseas —replicó Rhys con su aplomo y determinación habituales.

—¿Acaso no sugeriste que ya habías saciado tus necesidades con otras? —preguntó con altivez—. No tiene sentido tu comentario. Aunque hayas sido discreto, pues no he escuchado murmuraciones al respecto, me parece un incumpli…

—No lo he hecho. ¿Por qué habría de intentar saciar mis deseos, si quien los provoca eres tú, Alana? —preguntó muy cerca de su boca—. Sabrías si te mintiera.

—Sí. Lo sabría…

—Entonces, ya que has juzgado correctamente que estoy diciéndote la verdad —replicó el magnate sin dejar de masajearle la nuca—, responde lo anterior. Dime la verdad, Alana: ¿Me deseas tanto como yo a ti…? —preguntó—. Porque si no es así, entonces tendrás que ser muy, pero muy clara, y pedirme que me marche en este instante de tu casa. Dilo en serio y me largo de una buena vez. Sin medias tintas.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Estaba dándole una alternativa fácil, que bastaba con pronunciar, pero su cuerpo no podía competir con la frialdad de la mente. De hecho, la estaba derribando con pasmosa facilidad. Sentir el calor de Rhys rodeándola, la erección presionando contra ella y los dedos acariciándole la piel, le parecía demasiado estimulante. No era cobarde, jamás lo había sido. Así que decidió ir contra sus usuales modos de protegerse. Cerró un instante los ojos, pero al abrirlos de nuevo le mostró a Rhys con exactitud lo que sus palabras se negaban a expresar.

—Rhys… —susurró.

—Sí o no —expresó en un tono que daba a entender que estaba a punto de perder su autocontrol—. Quiero escuchar una respuesta clara de tu parte. Sí o no…

Ella elevó los brazos y le rodeó el cuello.

—Sí, te deseo.

Eso fue suficiente y selló la suerte de ambos. Por esa noche.

No fue un contacto amable o en búsqueda del ritmo perfecto. Se trató de una descarga ardiente de pasión y deseo descarnado, guardado durante semanas. Semanas en las que Rhys y Alana intentaron ignorar el efecto de los roces contenidos, los trayectos tensos en el coche, las cenas de conversaciones naturales y profundas, sus cuerpos cercanos, sus manos entrelazadas y las chispas al quedarse a solas. Pero en ese instante lleno de ardor, todo aquello que no fuese este beso perdió importancia.

La lengua de Rhys no pidió permiso, porque no hacía falta; Alana le dio acceso con un gemido quedo. Sus lenguas se entrelazaron y ese fue el instante que terminó por romper cualquier autocontrol

que hubiera quedado rezagado. De la garganta de Rhys surgió un sonido gutural y profundizó el beso, saqueó la boca de Alana. Ella le devolvió el mismo ímpetu y necesidad. No existía nada dulce o tierno en este contacto. Se trataba de una mezcla de perversa sensualidad, una declaración erótica y una conquista primitiva. Ella tiró de los cabellos de Rhys, sus dientes chocaron, sus alientos se entremezclaban con los jadeos y gemidos compartidos. Las manos de Alana se deslizaron hasta las solapas de la chaqueta negra, como si deseara tenerlo más cerca, mientras el uno consumía al otro con una voracidad casi animal.

Rhys recorrió el cuerpo de Alana con avidez. Detestaba la ropa, pero necesitaba primero acariciar sus curvas. Esas curvas que lo habían vuelto loco desde que las vio envueltas en aquel vestido rojo; que lo enloquecían con cualquier prenda, porque la mujer sabía combinar la ropa para destacar sus atributos con elegancia. Pero él no era un hombre que apreciara lo contenido y por eso sabía, de algún modo, que esta mujer estaba hecha de fuego. Tiró del cabello de ella y algunas horquillas cayeron sobre el parqué; ella gimió dentro de su boca con abandono, libre y con sed de él.

Alana llevó la mano osadamente hasta la erección de Rhys y la apretó.

—Rhys…

—Shhh —susurró a cambio con voz ronca, mientras le apretaba los dos pezones con fuerza; tiró de ellos. El gemido de dolor y placer lo excitó todavía más.

—Oh, Dios… —gimió Alana cuando él le levantó la falda hasta la cintura, apartó la tela de las bragas y le tocó el centro húmedo y ardiente—. Estoy tan mojada.

—Deliciosamente mojada… Por mí —gruñó Rhys al tocar y sentir la prueba del deseo entre sus dedos, sin apartar apenas la boca de la suya. Estaba perdido en un vaivén de sensaciones que no lograba identificar, pero tampoco le hacía falta.

Empezó a mover los dedos, frotándole el clítoris, a la par de que mordía el labio inferior y ella se sujetaba de sus fuertes bíceps. Rhys introdujo dos dedos en el sexo femenino, entrando y saliendo; primero lo hizo con lentitud, para torturarla.

—Más, por favor, necesito más… —jadeó con abandono, mordiéndole el labio inferior con fuerza, sintiendo casi al instante el sabor metálico de la sangre.

—Eres fuego entre mis dedos, un pecado imposible de evitar —murmuró aumentando la velocidad de sus movimientos. Con la mano libre le apretó los pechos.

La mano de Alana continuaba jugando con el miembro viril sobre la ropa. Su capacidad de hacer algo adicional estaba limitada, porque la manera en que Rhys la besaba, la tocaba y mordía, parecía una melodía con los acordes perfectos para que su cuerpo y sus sentidos cantaran la nota correcta. No existía desafino, sino un engranaje perfecto de sensaciones. Necesitaba correrse. Necesitaba el orgasmo que estaba cerca.

—Rhys… Más rápido… —dijo contra la boca de él. No recordaba la última vez que un beso la había vuelto loca y en que un hombre la hacía sentir tan deseada.

—Tus curvas son perfectas, Alana… Quiero probar tu carne sin nada que se interponga en el camino… —farfulló hundiéndose en ella con una intensidad que le arrancó un gemido ahogado, con abandono. El sonido de su humedad entre ambos era obscenamente delicioso y aumentaba la lujuria compartida—. Solo tu piel de seda.

—Voy a…

Rhys rompió el beso y bajó la cabeza para capturar un pezón entre los dientes. Su mordida no fue suave, sino firme, dura y codiciosa. A pesar de la tela de la blusa y el sujetador, cada terminación nerviosa de Alana estaba en la máxima sensibilidad.

—Córrete —exigió él. Su tono era una mezcla de tortura personal y complacencia masculina al ver a esta mujer derritiéndose entre sus brazos—. Ahora.

Con un mordisco más sobre el pezón, ella soltó un grito que él se bebió cuando volvió a besarla. No dejó de frotarle el sexo con ímpetu. Continuó acariciándola, hasta que —poco a poco— la realidad empezó a hacerse presente. Hasta que las respiraciones de ambos parecieron ralentizarse. Sus bocas se besaron suavemente, al ritmo en el que sus cuerpos parecían recuperar el resuello. Rhys se apartó despacio.

Ambos se miraron.

Alana tenía el cabello alborotado, las mejillas sonrosadas, los labios inflamados por los besos, la blusa arrugada y el sitio donde estaban sus pezones, húmedo por la boca de Rhys. La falda la tenía subida hasta la cintura. Sus ojos azules lucían brillantes.

Él, en cambio, respiraba como si hubiese corrido una maratón, estaba excitado. Pero en su mirada no existía triunfo, sino algo parecido a la sorpresa de haberse permitido —conscientemente— ceder a sus instintos por esta mujer, como jamás le había sucedido con ninguna otra. Eso era peligroso, pero no tanto como hubiera sido continuar conteniéndose. De hecho, no creía que hubiera sido posible para los dos.

En silencio, la ayudó a acomodarse la ropa. Le acomodó los cabellos detrás de la oreja y apoyó la frente contra la de ella. No iba a recurrir a la clásica estúpida pregunta: «¿Qué hemos hecho?», porque no eran dos chavales jugando a besarse.

—Creo que esto podría ser un problema —dijo más para él que para ella.

—¿Por qué? ¿Porque no te corriste…? —preguntó en un susurro con la intención de empezar a desabrochar el pantalón y deslizar la mano dentro del bóxer —. Yo quiero darte el mismo placer que acabas de darme tú a mí… Es lo justo.

Rhys se rio por lo bajo e hizo una negación.

—Será mejor que me marche —dijo apartándose lo suficiente para que ambos sintieran la pérdida del contacto. Se pasó los dedos entre los cabellos—. Joder, Alana.

—¿Te arrepientes…? —preguntó ella en un susurro.

Él hizo una negación con la cabeza.

—No —reafirmó—, y ese sí es un gran problema. Buenas noches, Alana…

Ella no sabía qué decir ni qué hacer, así que tan solo asintió.

Cuando la puerta se cerró, Alana permaneció en el mismo sitio durante varios minutos asimilando lo que acababa de hacer. Las sensaciones que jamás había vivido. ¿Lo más importante de todo? Que Rhys, siendo él tan arrogante y distante e inclusive cruel si quería, la hizo sentir más deseada que ningún otro hombre. Halagó

sus curvas y parecía estar a punto de arrancarle la ropa por completo. Sabía que este no había sido un juego de poder, sino algo totalmente diferente. Algo peligroso. Algo increíble.

Una certeza incómoda se instaló en su pecho.

Ambos acababan de romper un límite que no tenía retorno.

CAPÍTULO 12

Durante las siguientes dos semanas, Alana no podría definir quién se sentía más frustrado entre ella y Rhys. En un silencio que daba a entender que ninguno sabía cómo nombrar aquello que se había desatado desde aquel primer beso, la situación se había convertido en un ardor palpitante que solo podía aplacarse —a duras penas— cuando él la dejaba en casa, después de cualquier salida juntos. No necesitaban hablar. Ella tan solo entraba y el que cerraba la puerta detrás era Rhys. Luego le tomaba el rostro entre las manos con la fuerza de alguien que se contiene de hacer algo más; en este caso, destrozarle la ropa para poseerla como necesitaba. El beso que llegaba a continuación parecía derrumbar cualquier estándar del anterior, pero lo único que no cambiaba era la dinámica: Rhys devoraba la boca de Alana, la acariciaba estrujando su carne sobre la tela de la ropa; ella lo tocaba cada vez con más osadía y avidez.

Él la masturbaba, hasta que el grito de placer femenino llenaba la casa. A continuación, antes de marcharse —sin alivio sexual, quizá a propósito y a modo de autocastigo por ser incapaz de controlar la vorágine de lujuria que lo sacudía cuando Alana estaba cerca—, Rhys le daba un último beso, mirándose a los ojos, creando una conexión que se volvía cada vez más fuerte. Como un cable de alta tensión que iba aumentando de potencia para acoplarse a la demanda de voltaje. Ese beso no era arrasador, sino lento y breve; saboreaban la textura de la boca del otro, recorrían sus lenguas, pero acababa antes de que hubiese una escalada que convirtiera esta situación en un escenario imposible de manejar. Luego, Rhys se apartaba lentamente y la observaba breves segundos antes de irse. Una vez que Alana se quedaba sola, crecía la certeza de que este hombre estaba creando una atmósfera en la que ella se sentía más segura de sí misma, de su cuerpo y de sus anhelos, porque veía reflejado en él su propio deseo. Las ganas de tomar la iniciativa con Rhys pidiéndole que se quedara la noche eran tan fuertes como la urgencia de marcar distancia. La intención de permitir que la

coherencia continuara al mando estaba muy debilitada. Y eso era inquietante.

Lo anterior ocurría, tal vez, porque había pasado mucho tiempo usando ciertos protocolos y normas para protegerse. O quizás porque con Rhys no sentía que sus curvas necesitaran arreglo, sino que él las añoraba como si dejar de tocarla pudiera atentar contra su cordura. Ese reconocimiento era un halago silencioso que instaba a Alana a desear dar el último paso y lanzarse al vacío, abrazar la libertad de sentirse plena en su propia piel, así como exponerse ante un hombre que jamás imaginó que fuese el catalizador de esta ruptura con sus malas experiencias con el sexo opuesto.

Pero ese fin de semana no habría puerta que cerrar ni coche al que subir para escapar de la tensión entre los dos. Tampoco tendrían intermediarios que aplacaran y contuvieran la necesidad mutua, como ocurría cuando Ingrid iba con ellos a los paseos en yate o a recorrer sitios específicos en los que Alana sabía que podrían encontrar personas de interés para la chica. Esta vez estaban solo los dos y una maravillosa zona, con el confort que otorgaba la naturaleza y que era, además, el refugio de Alana.

La boda de una amiga de ella se celebraba en Edgartown ese fin de semana, lo cual implicaba que habría tres días y dos noches en los que compartiría con Rhys, sin horarios ni interrupciones laborales. Que él alquilara una suite en el famoso Harbor View Hotel generaría cotilleos al tratarse de un área con una población pequeña, en especial porque no tenía sentido hacerlo cuando la invitación también lo incluía a Rhys, y aparte sería romper coherencia con la narrativa que ambos habían creado sobre estar comprometidods. Por eso se quedarían en casa de Alana. Además, él no poseía propiedades en Martha's Vineyard, porque sus sitios de verano estaban entre Europa y los paraísos caribeños. Rhys prefería disfrutar de la calma fuera de su país.

—Bienvenida, señorita Lani —dijo Therese abriendo la puerta principal cuando vio que la dueña de casa llegaba, tal como le comentó, acompañada—. He dejado todo listo. —Luego se giró hacia Rhys y esbozó una sonrisa—. Encantada de conocerlo. Me llamo Therese y estoy a sus órdenes. Felicitaciones por su compromiso.

Rhys extendió la mano y estrechó la de la mujer.

—Muchas gracias, Therese. Soy Rhys —replicó con sencillez—. Apreciamos que se haya tomado el tiempo de preparar la casa. Pero podemos ajustarnos fácilmente. A menos, por supuesto, que Alana tenga en mente otra idea —comentó.

A Alana le gustó que él no interviniera como si fuese el dueño de una casa que no le correspondía, y que simplemente la dejara decidir, al final, si aceptaba o no.

—Therese, puedes tomarte el fin de semana libre como en otras ocasiones. No pasa nada —expresó—. Ya sabes que cuando vengo disfruto mi tiempo de soledad.

La mujer hizo un asentimiento. Alana era una jefa muy generosa.

—Sí, señorita Lani. Por cierto, hay un pequeño detalle que quería mencionarle —comentó la señora con un tono afligido—, y por eso comentaba que me llamaran si requerían algo. Hoy, un par de horas antes de que ustedes llegaran, hubo problemas con las cañerías debido a trabajos que se están realizando en el sistema de agua potable en los alrededores. De las cuatro habitaciones solo la principal tiene servicio. Y yo, por prevención en el caso de que hubiese alguna fuga —que menos mal no ha ocurrido—, quité todas las sábanas. Me encargué de llamar a un plomero y él me confirmó que vendría a mediados de la próxima semana a arreglar el resto de las habitaciones. Pero me aseguró que en la habitación principal funciona todo bien, así como la cocina, la lavandería y el jacuzzi. El señor sugirió que no se usara la piscina, hasta que él viniera de nuevo a reorganizarlo todo. Ya le envié la factura a su correo.

—Comprendo, Therese. Me encargaré de la factura y espero que me mantengas al corriente de los avances cuando venga el especialista —comentó.

—Por supuesto —sonrió la señora—. Disfruten su estancia.

Alana tragó saliva. Esas no eran buenas noticias. Su idea había sido dormir en su habitación usual y decirle a Rhys que eligiera cualquier otra, porque así ella podría mantener la cordura y procurar que cada uno tuviera su propio espacio. Pero, al parecer, la situación iba a ser muy diferente. Cuando el ama de llaves se marchó, Rhys agarró el equipaje de ambos. Alana, en silencio —pues no se le

ocurría qué rayos decir—, tan solo caminó escaleras arriba y se dirigió a su cuarto. Abrió la puerta y soltó una exhalación. Los cristales de las ventanas estaban abiertos y a través de las telas metálicas corredizas entraba el aroma salobre, así como el viento tan relajante.

La cama era de tamaño *queen* y a un costado había un sofá cama. Una estantería mediana guardaba decenas de libros de *thrillers* policíacos que Alana había leído varias veces. El baño era amplio, cómodo y contaba una bañera en la que resultaba agradable relajarse, añadiendo sales con aromas distintos según el estado de ánimo. Este era su espacio preferido, además del jardín que daba hacia el mar y tenía una puerta privada para entrar y salir a la playa. Por primera vez, un hombre —bajo circunstancias que jamás imaginó— estaba en ese espacio tan suyo. Ningún novio había estado antes.

La boda de Madeleine y George iba a celebrarse dentro de dos horas. Así que ella, al menos, tenía el tiempo justo para vestirse, peinarse y maquillarse. No había traído mucho equipaje, porque en esta casa tenía todo lo que necesitaba, claro, menos el vestido o los tacones que procuraba no repetir en ninguna ocasión. Tal como le había confesado a Ingrid en una salida, la debilidad de Alana eran los zapatos.

—¿En qué lado de la cama sueles dormir? —preguntó Rhys con suavidad.

Ella se giró hacia él. Por un instante se había quedado absorta mirando el mar.

—El que da hacia los ventanales —dijo señalando el lado derecho —. Me gusta esta cercanía con el océano y suelo dejar las ventanas abiertas, como ha hecho Therese, para tratar de escuchar el romper de las olas y así relajarme al dormir.

Rhys hizo un asentimiento. Le gustaba cuando ella le contaba algo sobre sí misma y de forma voluntaria. De hecho, había empezado a apreciar esa apertura. Le habría gustado compartirla, pero él era distinto; estaba hecho de capas más crudas. Así que, si acaso le comentaba algún detalle de sus propios gustos, solía aportar solo aspectos que no comprometieran la razón de que prefiriera

mantener distancia emocional con las mujeres. Tampoco daba pie a temas demasiado escabrosos que, por descontado, lograrían que ella lo despreciara de un modo distinto: la clase de repulsión que jamás daría paso a la empatía. Y no se consideraba merecedor de ella, sin duda. Después de todo la había chantajeado, ¿o no? Aun así, Alana era la persona —aparte de sus amigos más cercanos o su propia familia— junto a quien más solía dar puntos de vista personales, en lugar de remitirse a tópicos más serios o laborales.

—Creo que es la mejor música que existe, sin duda —replicó él acercándose —. Voy a dormir en el sofá cama. A menos que no puedas controlar tus impulsos.

Eso logró que Alana soltara una risa queda. Y el sonido hizo que Rhys sonriera.

—No sé nada de las situaciones que te convirtieron en quien eres hoy, Rhys —comentó mirándolo. Esta vez se acercó y extendió la mano para posarla sobre la mejilla de él, en un gesto que los sorprendió a ambos—. A veces, me da la impresión de que te conozco, porque he aprendido a leer los indicios y tu lenguaje no verbal…

—Como una buena abogada haría —interrumpió él y le sujetó la muñeca de la mano que estaba sobre su mejilla para que no la moviera—. A veces es mejor ignorar algunos detalles de los demás. No sirve de nada y el pasado no es modificable.

—… y otras veces, creo que eres un enigma que se niega a que lo descifren —dijo Alana completando la frase que él había cortado—. Sí, el pasado no se modifica, ni debería definir a una persona. Sin embargo, en cierta medida sí condiciona el comportamiento y sus creencias. ¿Acaso no ha sido mi pasado la razón de que estemos aquí? Si no fuese por la información de lo que hice, con el tema de las piezas de arte, entonces no habrías logrado chantajearme como parte de tu venganza…

Rhys veía sinceridad en esas limpias lagunas azules que lo observaban.

—Todos tenemos un lado oscuro. Pero tú y yo no estamos aquí para analizar esa clase de aspectos mutuos. Lo que nos une es un contrato de colaboración… —dijo lo último con ironía, porque era

evidente que ya habían pasado esa etapa. De hecho, Ingrid había obtenido mucho más en esas semanas de lo esperado por Rhys.

Alana, como si hubiese recibido un baño de agua fría, recordó que esta no era una conversación apropiada para dos personas que se deseaban, pero cuyo vínculo había iniciado de la peor forma posible. Así que apartó la mano del rostro de Rhys, sonrojada por esas súbitas ganas tan naturales que había tenido de tocar su piel.

Ella hizo un breve asentimiento.

—Sí, es así —contestó, apartándose—. Gracias por el recordatorio…

Rhys la retuvo de la cintura y la apretó contra su cuerpo. Ella soltó el aire.

—Me temo que tú y yo necesitamos una conversación diferente, en la que dejes de estar a la defensiva creyendo que mis comentarios siempre buscan herirte. Aunque te diga una verdad —dijo Rhys inclinando la cabeza y mordiéndole el labio inferior. Lo soltó con suavidad y ella contuvo el aliento—. Si no estuviéramos con el tiempo justo para que llegar al matrimonio de tu amiga, quizá podría demostrarte que no soy el ogro que entró una vez en esta casa con la intención de destruirte a toda costa, pero que tampoco soy un ángel caído y que va a rescatarte. Nos une un contrato, pero —no sé si a mi pesar o el tuyo— cada vez que te toco y tú respondes, una línea se desdibuja. ¿Sabes qué es lo más peligroso de todo eso, Alana Pemberton?

—Considerando que eres quien parece más inclinado a tomar riesgos, como entrar en la casa de una persona para amenazarla, quién mejor que tú para responder —expresó mirándolo con aplomo, sin arrogancia—. Así que, ¿por qué no me ilustras?

Rhys soltó una risa ronca, baja y breve por la réplica afilada de la mujer.

Se inclinó hacia ella.

—Que llegará un instante en el que la línea se borrará por completo y ni tú ni yo vamos a darnos cuenta. Cuando eso ocurra, no habrá vuelta atrás. Y eso implica que dejaremos de vernos, porque no tengo por costumbre atarme a nadie —dijo.

Alana lo observó con suficiencia.

—Pues qué bueno que no seas abogado, Rhys, porque al firmar un contrato con un tiempo específico de duración ya te ataste a alguien bajo ciertas condiciones —replicó en tono burlón—. Pero no te preocupes. Si existe alguien que está contando las semanas para librarse lo antes posible de asistir a eventos y reuniones sociales, sin importar que Ingrid sea un encanto, soy yo —miró su reloj de muñeca—, y no me apetece continuar hablando, porque quiero llegar puntual a la boda de Madeleine. Puedes utilizar las otras habitaciones para cambiarte de ropa si necesitas tranquilidad, porque yo suelo esparcir mis maquillajes y tomarme mi tiempo para arreglarme.

Rhys tan solo esbozó una sonrisa de medio lado.

Alana cerró la puerta del cuarto de baño.

Los dos sabían que la línea más importante ya la habían cruzado y que lo que estaba ocurriendo entre ambos, ahora, poseía matices que nada tenían que ver con el contrato. Cada laberinto entre ellos en el que hallaban una salida implicaba una barrera menos para encontrarse con el verdadero «yo» de cada uno. El detalle consistía en que se negaban a aceptarlo para sí mismos, y con mayor razón ante el otro. No podrían continuar este tira y afloja por mucho tiempo, menos si ese fin de semana no existía algún modo de escapar del otro. Además, estarían bajo el mismo techo conscientes de la misma verdad silenciosa y que, a medida que iban conociéndose y compartiendo más tiempo juntos, empezaba a cobrar fuerza. A veces, las verdades que permanecían escondidas se volvían una bomba de tiempo sin posible contención ni desarme.



La boda era exclusiva, porque los novios solo habían invitado a quienes de verdad contaban para ellos. Un total aproximado de sesenta personas estaba disperso en las inmediaciones del jardín trasero, cuya valla blanca de madera tenía una pequeña puerta que daba acceso a la playa. La luz dorada del atardecer sobre el agua creaba un escenario fantástico en conjunto con los toques

románticos que incluían decoraciones delicadas y mantelería de lino con las iniciales de los nombres de la pareja anfitriona.

Los centros de mesa tenían orquídeas y hortensias azules. Se tenía previsto que cuando el sol terminara de ocultarse —apenas culminara la ceremonia— las velas y farolillos se encenderían. En el inmenso espacio habían instalado tres carpas: la primera exclusiva con los mejores licores y bebidas, la segunda para el servicio de catering —con comida propia de la isla y otras exquisiteces—, y la última era la más grande de todas porque tenía la pista de baile, el DJ y un cuarteto de cuerdas que tocaría la canción preferida de Madeleine y George para que bailaran cuando fuesen declarados «marido y mujer» por el oficiante. La etiqueta de vestir era muy relajada.

Los hombres llevaban traje claro, sin americana ni corbata, y las mujeres lucían lindos vestidos con accesorios que costaban una pequeña fortuna. Entre todos los invitados se conocían bastante, sus apellidos llevaban generaciones relacionándose en diferentes ámbitos sociales y personales. En general, el entorno era muy agradable. El escrutinio social seguía intacto, aunque disimulado bajo la informalidad veraniega.

En medio de ese despliegue de romance, opulencia y privacidad estaba la heredera Pemberton que iba del brazo del hombre que lucía más intimidante que el resto. Rhys mantenía una actitud distante con los demás, como era habitual, y saludaba con amable frialdad cuando Alana le presentaba a alguien. La razón no estaba asociada al fastidio que le provocaban las recepciones matrimoniales o festejos que lo aburrían, sino que él notaba las miradas de reojo y saludos, para su gusto demasiado efusivos, que le dedicaban a su acompañante ciertos hombres. No podía culparlos por admirarla. La mujer parecía un espejismo en el desierto: cuando se ha pasado demasiado tiempo observando un mismo panorama de arena en el que ya no se nota ninguna diferencia, y de pronto aparece algo brillante, distinto, que resalta y atrae.

Rhys no estaba ciego, porque sabía muy bien cuando una mujer —con disimulo, tuviera o no pareja— lo miraba con reconocimiento o interés. Pero él no estaba interesado en otra mujer que no fuese la

que tenía a su lado. A veces le parecía que Alana estuviera jugando a propósito con su cordura, porque él estuvo a escasos segundos de seducirla y olvidar la maldita boda. El vestido de ella era largo de gasa aguamarina, escote en V y llevaba la espalda descubierta de un modo que lucía tentadora y etérea. La falda era vaporosa y se agitaba con la brisa y el viento. Con el cabello suelto y sedoso, sandalias planas de color dorado, Alana parecía Calipso: una diosa que concedía a los simples mortales la cortesía de obsequiarlos con su presencia.

Él se hallaba en una situación bastante contradictoria. Durante las horas que estaba en la oficina o supervisando obras en curso, la imagen de Alana y el recuerdo de sus sonidos al llegar al orgasmo lo distraían. Se vanagloriaba de no permitir que nadie interrumpiera su enfoque en lo que merecía la pena, es decir, su trabajo. Lo cierto era que ahora esa certeza se había desvanecido con la mujer de ojos azules. Un hombre curtido por las calles y por la vida, como él, no se asustaba. Ni siquiera lo hacía cuando apretaba el gatillo y recibía un generoso pago por asesinar a sangre fría.

Sin embargo, en esta ocasión se hallaba ante un escenario en el que predominaba la incertidumbre, porque él jamás había ahondado en sus propios sentimientos. No desde la hija de puta de Sloane. Aunque era consciente de que Alana no era su ex, la desconfianza igual se colaba en su mente como una sombra burlona. Lo importante era que, después de este tiempo compartiendo casi a diario diferentes escenarios, había llegado a conocer mejor a su falsa prometida. No solo trataba bien a Ingrid, sino que poseía un agudo sentido del humor y no permitía que él se pasara de listo o creyera tener el control de la conversación. Cuando no estaba de acuerdo con alguna situación o punto de vista, siempre basaba sus explicaciones en argumentos sólidos, lo cual era estimulante para Rhys, porque si la mujer era sexy de por sí, su inteligencia la volvía más irresistible a sus ojos. No permitía que su opinión fuese menoscabada y eso era algo que generaba respeto, porque —a diferencia de otras personas—, no intentaba congraciarse con él. Alana sabía que estaba en desventaja de negociación y, aun así, mantenía firmeza y determinación al encararlo.

En una ocasión, Rhys compró un champán de edición limitada para celebrar cuando Alana le contó que el tribunal les había dado la razón, luego de casi ocho meses de arduo trabajo, en un caso contra una farmacéutica que, tras varias negociaciones fallidas para adquirir un laboratorio pequeño, utilizó información confidencial de esas conversaciones para replicar el producto estrella y sacarlo al mercado antes que ellos. La prensa había expuesto bastante ese titular de competencia desleal, porque se trataba de uno de los laboratorios con mayor tradición en Boston.

Nada de aquello —ni la competitividad profesional, ni su acierto para desenvolverse en los temas sociales, ni lo feliz que estaba Ingrid con la manera en que Alana la ayudaba— consiguió cambiar por completo la opinión de Rhys sobre una mujer nacida «en cuna de oro». Lo que sí lo logró, y él lo presenció sin que ella se diera cuenta, ocurrió el día en que pasó a recogerla en la oficina para ir directos al concierto que el compositor Ludovico Einaudi daba en la ciudad. Todo ocurrió de forma natural. Rhys la vio salir del edificio de McKenzie & Trader, él continuaba en el coche a media cuadra de distancia, cuando una señora de aspecto desmejorado y que lucía ropas bastante sucias, se acercó a Alana. Intercambiaron un par de palabras. En ningún instante el rostro de su «prometida» dio a entender que la mujer no merecía su atención. Al contrario, le sonrió y al final de la interacción, Rhys se quedó de piedra: Alana le dio un abrazo a la mujer y antes de que se apartaran le entregó una tarjeta.

—¿Quién era esa señora? —había preguntado él cuando Alana subió al coche.

Ella había sonreído.

—Se llama Susana y suele ir al comedor nocturno Pan y Hogar. Yo hacía labor social ahí, pero el trabajo me dejó sin tiempo para seguir ayudando —había replicado—. Ella me pedía asesoría cuando algún conocido tenía problemas legales, y yo analizaba el caso antes de decirle si podía hacer algo o encontrar a alguien que quisiera hacer pro bono. Hoy me habló de una mujer a la que quieren echar de su piso después de quince años, aunque siempre ha pagado a tiempo.

El casero le ha duplicado el alquiler para forzarla a irse y poder alquilárselo a jóvenes profesionales.

—¿Y así, nada más, la abrazaste y le diste tu tarjeta…? —había preguntado él.

Ella había fruncido el ceño, como si Rhys fuese torpe.

—No sé, ¿habría sido mejor fingir que no la recordaba y que la persona que necesita ayuda para recuperar la custodia de sus tres hijos siga en desesperación?

Rhys había detenido el coche cuando alcanzaron la luz roja en un semáforo.

—No esperaba algo así de…

—¿Alguien que ha crecido entre personas que solo miden el valor de otros por el dinero o el estatus que pueden obtener o los nuevos coches…? —había interrumpido sin esperar respuesta—. Sé qué es lo que opinas de mí, Rhys. Tranquilo.

Él había extendido la mano y sujetado el brazo de Alana con firmeza.

—Mírame —había exigido. Ella, a regañadientes, había apartado la atención de la ventana—. Sabes lo que opinaba de ti, en el pasado. Las cosas cambian.

Alana se había cruzado de brazos cuando la luz cambió a verde.

—Considerando que posees tendencias tiránicas, lo dudo. Y si te pregunto a qué te refieres con exactitud o qué has querido decir, ¿vas a responderme?

—No lo has preguntado, así que no tiene sentido hablar hipotéticamente.

—Eres insoportable —había replicado Alana, perdiéndose la media sonrisa de Rhys, mientras tomaba una curva para dirigirse hacia el sitio del concierto en el centro.

Desde esa tarde varias percepciones de Rhys sobre ella no fueron las mismas.

Ahora poseía otra certeza que podría ser bastante problemática: Alana, sin hablar o exigir, lograba que su mente se enredara entre la desconfianza y la posibilidad de otorgar, por segunda vez a una mujer, el beneficio de la duda. No importaba si se trataba de una farsa o una relación real, porque su rechazo tenía que ver con la

traición de Sloane, que fue el catalizador de que asesinara al menos a dieciocho personas. No era un número bajo, no para él, aunque sabía que otros sicarios habían perdido la cuenta. Su tendencia a ser flexible o a cambiar de opinión sobre los demás era prácticamente inexistente, y menos aún desde que había recibido su buena dosis de decepciones con personas que fueron importantes para él. La vida lo había marcado.

Por otra parte, ambos continuaban protegiéndose del otro, evadiendo una conversación honesta sobre lo que ocurría tras esos largos minutos en que se besaban, ella llegaba al clímax y luego él se iba de la casa, hasta la siguiente ocasión en que se encontraran a solas. Pero Rhys sabía que esa dinámica no podía continuar por mucho tiempo. Existía un punto en el que tendrían que separarse. Y el detalle que más lo cabreaba era que, a medida que pasaban las semanas y se aproximaban los dos meses estipulados en el contrato, él en realidad empezaba a cuestionar la idea de dejarla ir.



Después de conversar con varios de los invitados, siempre con la mano de Rhys en su cintura o entrelazando los dedos —como si él fuese su única ancla para tolerar a esas personas a quienes conocía desde hacía años, pero siempre hablaban de los mismos temas y la aburrían—, Alana no podía esperar el momento para irse. Le dolían los pies. Por más costoso que fuese un par de zapatos, ninguno estaba personalizado. Le gustó ver feliz a Madeleine. De sus compañeras del instituto era la menos pretenciosa y no le gustaba meterse en asuntos que no le correspondían. Por otra parte, también recibió felicitaciones por su compromiso con Rhys, así como también pocas —mas no inexistentes— miradas de soslayo que daban a entender que ella estaba eligiendo a alguien por debajo de su estatus. Pero Alana no se inmutó. Lo que sí disfrutó fue escuchar cómo varios de sus amigos se atrevían a discutir con Rhys sobre asuntos de negocios hoteleros y de la construcción. No porque esos amigos carecieran de éxito, sino porque las respuestas que les daba

Rhys no buscaban estar de acuerdo con ellos. Lo que hacía era decirle un par de verdades sobre los aspectos negligentes de sus empresas y la falta de un sistema de pago más justo a los empleados.

—¿Por qué simplemente no puedes decir que te alegras sobre lo que sea que te hayan contado? —le preguntó ella, una vez que estuvieron a solas en la pista de baile. La música era suave, y sentir los brazos de Rhys rodeándola era muy placentero.

Él sabía moverse con buen ritmo al compás de las canciones.

—No me pagan para ayudarlos a mejorar su autoestima profesional —replicó.

Alana soltó una risa suave y meneó la cabeza. Él le hizo un guiño.

—A veces, Rhys Callahan, me confunde tu frialdad con tu sentido del humor.

—Pero lo compartes, si no, no te reirías, ¿verdad? —Ella asintió—. Por cierto, si vuelves a aceptar bailar con otra persona que no sea yo, a menos que quieras ver a esos hombres y sus familias en los titulares de la prensa digital, procura rechazarlos.

Alana lo miró con incredulidad, mientras giraban juntos.

El aire de la noche fresca se mezclaba con aquel aroma tan clásico de las playas. Ya no había sol, sino tan solo la oscuridad y el sonido del mar. Las luces del jardín ofrecían un ambiente íntimo y cercano, suficiente para lo que la ocasión requería.

—Se trata de una cortesía y son personas que he visto durante diferentes eventos a lo largo de mi vida, Rhys —replicó ella, acariciándole el cabello de la nuca, porque tenía los brazos entrelazados alrededor de su cuello. Él presionó las manos alrededor de la cintura de Alana con ligereza—. No existe un motivo para negarme.

Él sonrió de medio lado.

—Ese diamante solitario que brilla en tu dedo es suficiente motivo —zanjó.

—No tiene un trasfondo real —murmuró ella mirándolo a los ojos —. ¿Por qué habría de importarte si bailo o no con alguien? Sigo cumpliendo los términos: no estoy restando credibilidad o arruinando lo acordado. Lo que dices es una tontería.

—Lo que acabo de decirte que haría contra ellos es cierto —expresó, serio.

—Rhys Callahan… —dijo Alana con una sonrisa—. ¿Estás celoso?

—No —contestó demasiado rápido y luego, en un gesto impropio de su carácter, se inclinó y le dio un beso suave en el cuello—. Solo estoy marcando territorio. Y ahora mismo hay al menos cuatro hombres mirándonos y lo entendieron.

El roce de los labios de Rhys sobre su piel le provocó una corriente que le recorrió la columna vertebral. Alana tuvo que recordarse que no estaban solos ante las ganas de ponerse de puntillas y besarlo en los labios. Ella ladeó la cabeza un poco.

—Qué interesante —comentó Alana en tono burlón—. El contrato ampara ciertos gestos que se van acoplando a tu conveniencia, pero no se aplican a mí. ¿O sí?

—El contrato ampara la credibilidad —dijo él—. El resto es criterio propio.

Ella se rio por lo bajo, aunque no estuvo segura si de él o de sí misma.

—Insisto, quizá tu profesión como ingeniero civil debió cambiarse por leyes.

Él sonrió de medio lado y Alana deseó que la gente alrededor desapareciera, porque nada anhelaba más que esa boca tomara la suya. Se había hecho adicta a los besos de Rhys, a las caricias sobre su cuerpo, pero no sabía cuánto tiempo más podría contener esas idas y venidas; esas ganas de darle el mismo placer que él le provocaba.

—El lunes es puente y traje mi portátil para trabajar si hace falta —comentó Rhys de pronto—. Podemos quedarnos y volver por la noche a Boston. ¿Qué opinas?

Continuaban moviéndose al compás de la siguiente canción.

La sugerencia la tomó desprevenida, pero le gustó que surgiera de él.

—Mmm, podría ser —dijo Alana—. Mañana es sábado y me apetece caminar por la playa. Pero el domingo tengo un compromiso, así que tengo que analizarlo.

Él la observó con intensidad.

—¿Qué clase de compromiso es el que tiene lugar todos los putos domingos? —preguntó Rhys, porque ese detalle llevaba semanas dándole vueltas en la mente. Recién esa noche acababa de presentarse la ocasión para sacar el tema—. Cuéntame.

—Uno de tipo personal —dijo con suavidad, no existía ironía ni sarcasmo—. El contrato especificó esa cláusula, así que, técnicamente, no deberías preguntarme.

Rhys tenía la réplica perfecta, pero fue él quien aceptó esa jodida cláusula, porque nunca imaginó que su situación con Alana pudiera crearle las ganas de saber más de ella. La posibilidad de que se viera con otro hombre cruzó por su cabeza, pero la claridad prevaleció y consideró que quizá era algún asunto de tipo familiar que no quería que nadie se enterase. Él podría llamar a Leyton, aunque no sería justo hacerlo. Por lo general, su conciencia solo funcionaba con temas de su familia, pero, al parecer, la muy jodida empezaba a extenderse hacia la mujer que estaba en sus brazos bailando.

—Ya veo —expresó Rhys sin insistir. Pero eso no borraba la suspicacia.

Alana optó por cambiar de tema, así que se enfrascaron en una discusión —civilizada, teniendo en cuenta que estaban rodeados de otras personas— sobre un tema que jamás debieron tocar: la política. Luego, sin más ganas de argumentar con un hombre que podía rivalizar con su propia mente —considerando que ella poseía una máquina de argumentos al ser una excelente abogada—, y podrían pasar horas hablando, decidió que ya era suficiente. Salieron de la pista de baile para tomar algo fresco. Cuando ella le preguntó a Rhys por qué había estado esa semana de tan mal humor y despotricando por teléfono con sus empleados, él le comentó sobre el problema que tenía con la Asociación Cívica de Beacon Hill desde hacía dos años. Además, le explicó que más que una ambición empresarial el asunto era personal, porque quería darle a su madre el gran jardín de la casa para que ella lo arreglara, pues Mildred amaba la naturaleza: todo lo relacionado con cuidar y sembrar áreas verdes.

—Pero es tu propiedad, Rhys, tienes los documentos y cumples los requisitos. Me los has enumerado todos —expresó ella frunciendo

el ceño—. Me parece, además, un gesto muy generoso de tu parte querer que la gestión salga adelante, no por ti o el negocio hotelero, sino porque hará feliz a tu mamá —dijo—. Esa gente del comité es insoportable, aunque suelen tener un punto débil. Hay que buscarlo y…

—Alana —dijo él soltando una exhalación—, el punto débil lo tengo yo. Al menos en este caso específico. No es algo que pueda modificarse. Esa es la razón de que se dificulten los cambios para convertir la casa en un hotel y mejorar el espacio.

En un gesto espontáneo, ella extendió la mano y le acarició la mejilla.

—¿Punto débil…? —preguntó Alana.

—Mi apellido —replicó sorprendido por el gesto cariñoso.

—Lo siento, Rhys. Espero que en algún momento se cansen de fastidiarte y así puedas empezar a realizar las modificaciones. Estoy segura de que sería un hotel precioso. He visitado tu cadena hotelera y puedo decir que es una de las mejores.

Rhys esbozó una sonrisa.

—Cuando tengo un plan, Alana —dijo mirándola con intensidad, su tono de voz ya no era juguetón, sino que contenía un tinte más íntimo, casi como una caricia susurrada—, siempre lo ejecuto con excelencia. Para el beneficio de las partes…

Ella se sonrojó, porque el doble sentido era inequívoco. Además, la mano de Rhys en su espalda, apenas cubierta por el vestido, descendió lenta y peligrosamente, hasta casi posarse sobre sus nalgas. Gracias a las luces, que no eran potentes en los alrededores, sí era posible que ciertos gestos pasaran desapercibidos para otros.

—No tienes vergüenza… —susurró cautivada por él.

Él sonrió de medio lado.

—Al parecer es una de mis virtudes —replicó Rhys.

Alana se rio, porque cuando este hombre actuaba de manera natural, sin acusaciones, sin amenazas, se convertía en alguien totalmente diferente. Alguien igual de complejo que cualquier otro ser humano, pero que lograba hacerla sentir a gusto. Como si fuesen cómplices. Lo anterior era una ironía, porque él era el victimario y ella la víctima de un chantaje. No creía que tuviera el

Síndrome de Estocolmo, porque Rhys no la había secuestrado. Lo que sí estaba experimentando era algo todavía más complicado. Ella no creía que llegaría al final de ese acuerdo y quedaría indemne.

—Supongo que cada día aprendemos más el uno del otro —dijo ella en un tono ligero—. Rhys, ya es pasada medianoche. Me duelen los pies y quiero irme a casa. Ha sido un día bastante largo. Iré al aseo y luego nos marchamos. ¿Vale?

—Estamos en una zona de playa, así que quizá podamos usar la puerta de la cerca —señaló el lugar al final del jardín de la mansión de los recién casados—, y caminar por la arena, hasta llegar a tu casa. Así puedes quitarte las sandalias.

Ella esbozó una sonrisa.

—Qué gran idea. Sí eso estaría bien, Rhys —replicó—. Ya regreso.



Cuando Alana estaba de camino al baño, la retuvieron del brazo. Ella iba a apartarse con rapidez, pero pronto tuvo a Brent frente a frente. Frunció el ceño y luego, en un gesto casi automático, esbozó una sonrisa amable. Le parecía raro verlo recién, en especial porque llevaba al menos unas cinco horas en la fiesta. Se la había pasado bien.

—Hola, Lani —dijo Brent—. Vine a la boda con un grupo de amigos y estuvimos hablando de negocios un largo rato. Al verte llegar quise acercarme, pero no estabas sola. Leí los titulares… —se frotó los ojos—. ¿Por qué no me dijiste la verdad? Sí estabas saliendo con alguien a la par de que hacerlo conmigo… Mentiste.

Su aliento tenía aroma a alcohol y arrastraba las palabras al hablar.

—Brent, no —expresó sintiéndose fatal—. Tan solo estaba confundida y había temas de los que no podía hablar abiertamente. Necesitaba tiempo y tomar decisiones.

Él soltó una risotada y luego tosió. Se limpió la boca con un pañuelo.

—No eres una mujer que actuaría por impulso, porque tu naturaleza es más prudente que otra cosa. Pero, ¿comprometerte en pocos meses y argumentando que mantenías la relación en secreto? Ese hombre… —hizo un gesto despectivo con la mano—, ese tal Rhys Callahan. Él estuvo en la PreGala. Te comenté sobre su reputación. Sin embargo, al parecer, o quizá me equivoco, en ese tiempo ya lo conocías. Entonces, ¿a qué estabas jugando, Alana? ¿Necesitabas comparar…? ¿En esa comparación fui yo el que salió perdiendo? —preguntó en un tono resentido.

—Creo que no estás en condiciones de tener esta conversación, Brent —expresó ella—. Pero si de algo te sirve, no estaba jugando con tus sentimientos. Estaba tratando de aclarar los míos y por eso te pedí que dejáramos de vernos. No quise mencionar a Rhys, porque me parecía incorrecto y no le debo explicaciones a nadie.

Brent soltó un silbido de mofa. Un sonido bastante impropio de su usual actitud encantadora y el tono moderado que solía usar para evitar ofender a otros. «Cuando llegaba el alcohol las verdades escondidas salían a flote», pensó Alana.

—Si te está coaccionando —dijo él en voz baja y le tomó la mano con firmeza —, por favor, llámame. Hoy no estoy en mi mejor forma… Pero si Callahan te llegase a lastimar o si quieres escapar de él, ya sabes en dónde encontrarme. Podemos intentarlo de nuevo. No te guardaré ningún rencor y consideraré este asunto como…

—No —zanjó Alana—. He dicho mi parte. Me he disculpado cuando tuve que hacerlo. Eso es todo, Brent. Por favor, no me busques y no me hagas preguntas que no te voy a responder. Estoy feliz con Rhys. Eso es todo lo que importa —acotó.

Sin despedirse le dio la espalda y siguió su camino hacia el pasillo interior.

Solo entonces se dio cuenta de que había dicho una verdad inequívoca, pero al mismo tiempo bastante temeraria: Rhys la hacía reír, enfadar, desear, anhelar, analizar, debatir y frustrarse. Todo a la vez. No era perfecto, pero… era suyo. En esas semanas había aprendido a conocerlo mucho mejor. Sus diferencias los volvían cercanos, en comparación con otras parejas —daba igual si eran

reales o fingidas— y por eso podían tener tantos temas sobre los cuales hablar o debatir o aprender.

Así que, sí, estaba feliz con Rhys. ¿Inquieta por cómo terminaría todo entre ellos? Totalmente. Pero después de que hubiera perdido a su hermano siendo tan pequeña, la partida de Rochester le dejó una enseñanza de duro aprendizaje: no existían los tiempos perfectos, ni las personas ideales, sino tan solo las decisiones que se tomaban pensando en disfrutar lo que se tenía en el momento que contaba: *hoy*.

No era agradable vivir en incertidumbre. Y por eso era mejor tomar acciones. Lo anterior implicaba que, a partir de esa noche, continuaría haciendo lo que creía necesario con Rhys: espontaneidad, franqueza y disfrute. Lo deseaba y sabía que él también, pero si cruzaban esa línea final, el desdibujado camino de retorno se borraría.

Entonces, ¿qué ocurriría al cumplirse los dos meses? ¿Rhys dejaría de llamarla o buscarla? ¿Ella lo echaría de menos y añoraría sus caricias, así como sus besos?

Cuando salió del baño, con pocas respuestas y muchas preguntas, buscó a Rhys. Pero no lo halló por ninguna parte. Le pareció curioso, porque, a pesar de que los invitados continuaban disfrutando de la fiesta, ya muchos se habían marchado. Intentó llamarlo al móvil, pero la conexión falló como si hubiera mala recepción.



Si en algún momento tenía agradecer su época como sicario de Vipers Reign, Rhys diría que sería esa noche. Al ver al hombre que había tocado a Alana y la manera en que ella, evidentemente, frunció el ceño en señal de confusión e incomodidad, sus instintos entraron en alerta. No tenía memoria fotográfica, pero había estudiado los perfiles de las personas que rodeaban a Alana. «Ese imbécil es el gilipollas de Brent Cabot, el perenne admirador de la mujer que me pertenece solo a mí.» Le daba la misma mierda si era durante dos putos meses o dos putos minutos. Con una paciencia y

un autocontrol que solo se podrían haber logrado con un entrenamiento rígido a manos de la mafia, Rhys esperó el momento exacto en el que Cabot salió al jardín.

En un gesto rápido, aprovechando la baja luminosidad y la distracción entre la música, el alcohol, las risas y las conversaciones, lo agarró del brazo, tirando de él. Caminó hasta un área prácticamente a oscuras. Le resultó fácil mover a Cabot, porque estaba pasado de tragos y, aunque no lo hubiera estado, Rhys era mucho más fuerte.

Al llegar a la esquina, Rhys lo agarró del cuello con una mano y lo elevó del piso. Después lo apoyó contra la pared. Brent intentó apartarlo, porque no podía respirar bien. Estaba agitándose y tratando de patearlo, pero era imposible ante la muralla de músculos y fuerza que lo tenía prisionero. No podía tampoco gritar o pedir ayuda, porque la música ahogaba toda posibilidad. Menos si apenas lograba oxigenar.

—Escucha bien, Cabot —dijo Rhys en un tono gélido y letal.

—Hij… Hij… Hijo de p…. p… puta —balbuceó Brent.

—No te vas a volver a acercar a Alana, tampoco vas a mencionar su nombre, ni te referirás a su compromiso conmigo —expresó el magnate sin importarle que el otro hombre estuviera prácticamente a punto de asfixiarse. «Mal por él.»—. Puede que ante otros muestres un lado amable y lleno de cualidades que te convertirían en el esposo perfecto para una mujer de sociedad como Alana Pemberton. Pero, ¿qué diría esa sociedad si se filtraran imágenes tuyas, durante esos viajes a Oriente Medio, con la esposa de tu mejor amigo y socio de varios de tus nuevos emprendimientos? ¿Te imaginas el escándalo para el legado de los Cabot? —preguntó, pero no esperaba respuesta. Le quedaban seis minutos antes de que Brent muriera asfixiado. El hombre en cuestión abrió los ojos desmesuradamente—. Lo pillas, ¿eh? Sería fatal. Ya veo que nos comprendemos. No te quepa duda, Cabot, si no te mato es porque Alana está esperándome. Nadie mejor que tú sabe que es de mal gusto hacer esperar a una dama. Considerando que los modales son importantes, haré honor a ellos —dijo sarcástico.

Luego lo soltó y Brent cayó al piso, tosiendo y tratando de respirar.

—En… —tosió—, enten… —tosió de nuevo—, entendido…

—Mira nada más —dijo Rhys ajustándose las mangas de la camisa —, lo increíble de tener una conversación directa y dejar los puntos claros. Adiós, Cabot.

—Ella no te merece… —farfulló escupiendo en el piso. Tenía náuseas.

—Lo sé —dijo Rhys con indiferencia—. Pero recuerda que si insistes en abrir la jeta y hablar de nuevo, no pasarán más de veinticuatro horas antes de que tu vida esté en los medios de comunicación. Quedas advertido —concluyó, antes de alejarse.

El magnate caminó con tranquilidad y vio a Alana riéndose con la anfitriona.

Se acercó, con normalidad y como si no hubiera estado a punto de cometer un asesinato a sangre fría, y rodeó la cintura de Alana. Le dio un beso entre los cabellos.

—Hey, te estaba buscando —dijo ella sonriendo—. ¿Todo bien?

—Perfecto —replicó él. Luego miró a Madeleine—. Gracias por invitarnos.

—Nunca había visto a Lani tan contenta y a gusto bailando con alguien o riéndose con una pareja tan relajada —comentó Madeleine —. Ha sido un gusto conocerte, Rhys, y espero que mi esposo y yo volvamos a verlos en algún momento.

—Sin duda —dijo el magnate y entrelazó los dedos con Alana.

Una vez que salieron por la puerta de la cerca, los recibió la arena fría de la noche. Se quitaron los zapatos y caminaron juntos en silencio. Avanzaron con lentitud, disfrutando de las olas que rompían en la orilla y bañaban sus pies. En ese instante nada era más importante que vivir cada minuto de esa calma que ofrecía Edgartown cuando casi todos ya dormían. Rhys abrazó a Alana de la cintura.

—Rhys… ¿Dónde estuviste? —preguntó ella, cuando abrió la puerta de la casa—. Te busqué un rato. Creía que te habrías marchado sin mí —rio—. Menos mal no fue así. Madeleine es una gran anfitriona. La verdad es que la he pasado estupendo.

De repente, ella sintió la necesidad de ser honesta con él.

Él la guio escaleras arriba y se quedaron en el umbral de la habitación.

—Fui a tomar algo y me distraje conversando con un conocido brevemente —mintió, porque no iba a decirle sobre Cabot—. Me alegro de que te divirtieras.

—Sí, la verdad es que fue una ceremonia muy bonita —replicó—. Mmm, el único detalle es que me encontré con alguien que me mostró un lado que no conocía de él. Brent me preguntó por qué estaba contigo y si acaso había jugado con sus sentimientos —murmuró Alana. No hizo falta aclarar quién era; Rhys no era un hombre que dejara cabos sueltos—. Le dejé todo claro. Sé que no se acercará más.

Rhys tan solo asintió, breve. «En eso tienes razón», le habría querido decir.

—Comprendo —dijo él y subió la mano para acariciarle el cabello suave.

—Sí… —susurró Alana—. Mmm, supongo que es hora de descansar.

Pero ninguno de los dos hizo amago de moverse.

Se quedaron mirando un largo instante. La habitación estaba iluminada por la luz que provenía del horizonte adornado con una brillante medialuna. No hacía falta encender la lámpara. Al estar los cristales sin las cortinas echadas se podía ver bien.

No había ruido. Solo sus respiraciones. Sus miradas llenas de deseo.

—Alana…

—¿Sí? —preguntó en un susurro, perdida en la mirada oscura y sensual.

—No tengo intención de dormir en el jodido sofá cama —expresó Rhys.

Ella tragó saliva. Comprendía la implicación de ese simple comentario.

—No sé si es una afirmación ante la que no esperas réplica —dijo Alana.

—Depende de ti, ¿dónde quieres que duerma…?

Alana no creía posible continuar con esta danza, porque en este viaje no había escapatoria para él —al salir para entrar en su coche e irse a su mansión— ni refugio para ella —al cerrar la puerta e ir a su habitación, después de sentir los besos y caricias de Rhys—. Este era el punto decisivo para los dos y lo sabían. No habría otro momento en el que tuvieran la posibilidad de abrir las compuertas de una sinceridad que no requería palabras, aunque podrían estar presentes. No habría otro instante para plantearse un escenario que cambiaría su relación, con o sin contrato de por medio. El chantaje no era un factor decisivo, porque hacía tiempo que había dejado de importar o ser la guadaña sobre Alana y no hacía falta que lo expresaran a viva voz.

—Hace algún tiempo que yo no…

—Este será *nuestro* tiempo, Alana. No existirá otro —enfatizó Rhys—. Puedo dormir en la planta baja si decides que prefieres que me marche, porque no creo poder continuar cerca de ti un instante más sin quitarte la ropa. ¿Me he explicado bien?

Ella se humedeció los labios con la lengua y él siguió el movimiento.

—Entonces —murmuró con un toque de vulnerabilidad—, ya somos dos…

Con esa frase sin terminar, Rhys soltó el control y capturó la boca de Alana.

CAPÍTULO 13

Le acarició los labios con los suyos, en esta ocasión no se apresuró, porque sabía que tenían toda la noche, el fin de semana, para permitirse explorar esta pasión, hasta que ninguno de los dos fuese capaz de levantarse de la superficie en la que follaran. Quizá la cama era el primer destino, pero si existía un jacuzzi, Rhys tenía la intención de utilizarlo con ella. ¿Qué mejor panorama que la playa de fondo y esta mujer gimiendo su nombre, mientras la tomaba entre burbujas del agua caliente? Ninguno, exacto.

En ese momento solo pensaba en la necesidad de sentirla y hundirse en ella. Le delineó la boca con su lengua, una, dos, tres veces. Alana le mordió el labio inferior y permitió que la colisión de sus bocas cobrara un ritmo de ardor ascendente. Los gemidos de ella eran de abandono, de absoluta confianza en que él le daría todo lo que su cuerpo anhelaba, y el beso de Rhys tan solo incrementó su profundidad. Él no tenía tiempo de considerar la delicadeza del vestido, así que sujetó la frágil tela y la rasgó, hasta que cayó a los pies de Alana. Le recorrió las curvas con las manos, ávidamente, sin dejar de abrasarle la boca con el fuego de la suya, una mezcla de lujuria y lascivia. Apartó con rapidez la prenda que le impedía admirar los pechos desnudos.

Alana logró, entre besos y caricias, quitarle la camisa, tocar con anhelo los pectorales y recorrer el abdomen de acero, para después llevar las manos a la espalda de Rhys y acariciarle suavemente los músculos con las uñas. Él soltó un gruñido y continuó explorando la boca de ella con presteza. Entre ambos redefinieron lo que, hasta ese momento, significaba el gesto de besarse. Pero él quería verla y apreciarla.

Rhys rompió el beso y dio un paso atrás para contemplarla. Tan solo estaba conteniéndose a duras penas para así disfrutar de la vista que llevaba semanas deseando: ella completamente desnuda, en movimiento y en exclusiva para él. Esta primera vez, no se apresuraría. ¿Era una tortura? Por supuesto, pero merecía la pena.

Alana tragó saliva y contuvo el impulso de cubrirse. La forma en que él la observaba le erizó la piel. Su cuerpo estaba ardiendo y su sexo palpitando por Rhys.

—Quítate las bragas… —dijo él en un tono ronco—. Lentamente.

—Rhys… —susurró—. Solo si te quitas primero los pantalones.

Él sonrió de medio lado. Cinco segundos después estaba en bóxer.

Esta vez fue Alana a quien se le hizo agua la boca. El hombre estaba tallado con un cincel perfecto. Los músculos abdominales se marcaban y completaban una figura armónica con las piernas y brazos definidos por el ejercicio. No era de sorprenderse que cada traje que utilizara le quedara a la perfección. Jamás se le ocurriría decir que este hombre era hermoso, porque sería quedarse corta. Lo que sí reconocería es que él era una oda al erotismo y el único hombre que en toda su vida, realmente, había logrado volverla loca de deseo. Así que cumplió la orden de Rhys.

Con una mirada cargada de anhelo, el corazón palpitándole a mil, Alana sujetó el costado de sus bragas y se inclinó hacia abajo para sacarlas poco a poco. Le gustó escuchar el leve sonido de Rhys conteniendo la respiración. Se quedó desnuda.

—Cada pequeña jodida parte de ti —dijo él con voz ronca y embriagada de una admiración sexual plena—, es perfecta, Alana. Cada curva, cada trozo de tu piel de seda. Y estas tetas son una fantasía —expresó abarcando ambos pechos con sus manos grandes, los amasó y rozó con los pulgares los pezones erectos. Estos estaban prestos para todas las caricias que él quisiera prodigarles—. Grandes y turgentes.

—¿Sí…? —preguntó ella en un susurro quedo. Él tiró de las puntas de tono rosáceo y que estaban rodeadas por areolas del mismo tono: fresa con vainilla—. Oh.

—Absolutamente —dijo Rhys y la besó de nuevo.

En esta ocasión, las manos cálidas empezaron a masajear las cumbres generosas, mientras compartían los gemidos mutuos ante un beso que estaba dejando una estela de fuego entre ambos. Luego, él se inclinó para tirar con los dientes de un pezón, no fue suave. Ella soltó un grito y echó la cabeza hacia atrás, lo sintió sonreír contra sus pechos a medida que los chupaba alternando

entre uno y otro. Succionó sus pezones como un hombre hambriento que no había probado un bocado en un largo tiempo. Mientras Rhys disfrutaba de las tetas sensibles, Alana deslizó las manos hasta el bóxer y tiró de él hacia abajo. Igualdad de condiciones en todo, y más ahora.

—Eres grande… No sé si entres en mí sin causarme dolor… —susurró abarcando el miembro erecto con ambas manos. Le frotó el glande humedecido con líquido preseminal y esparció la prueba de la excitación masculina alrededor.

Después empezó, lentamente, a acariciarlo de arriba abajo, a la par de que Rhys le chupaba las tetas, las mordía y las amasaba a destiempo; luego volvía a besarla y le rodeó la espalda con las manos para agarrarle ambas nalgas. Luego la elevó con las manos, sin romper el beso, y ella le soltó el pene para rodearle las caderas con las piernas. En un movimiento rápido él la dejó sobre la cama. Alana tenía el cabello esparcido sobre el edredón blanco. Su cuerpo sensual a su completa disposición.

Rhys la observó, agarrándose el miembro con la mano, masturbándose lentamente ante la vista que tenía ante él. Alana respiraba agitadamente. El hombre era tan seguro de sí mismo y la hacía sentir tan deseada que para ella era una novedad que aumentaba el deseo; quería hacer, pedir y experimentar todo cuanto habría imaginado en su mente sobre el sexo. Con Rhys. Así que extendió los brazos hacia él.

El sexo femenino estaba ardiente e inflamado.

—Un poco de dolor —dijo soltándose el miembro y caminando hacia los brazos de la sirena que lo llamaba—, puede ser un complemento si el placer es el objetivo, hermosa Alana —expresó apoyando las rodillas en el colchón—. Abre esos muslos para mí. Déjame ver ese secreto que me pertenece solo a mí. Mmmm.

—Te parezco hermosa… Nunca me lo habías dicho —susurró sonriendo.

Él apartó la mirada del sexo rosáceo y empapado de humedad.

—No soy un hombre que hace halagos —dijo abriéndole los pliegues con los dedos. Lo hizo con delicadeza e intercambiando su atención con el resto de ella. Su instinto animal estaba

sobreestimulado con el aroma natural de la excitación sumado a las curvas a su disposición para venerarlas y devorarlas—. Eres la primera en mucho tiempo, años probablemente —le frotó el clítoris y ella gimió— con la que hablo al follar —confesó, y luego se inclinó para lamer el centro femenino—. Exquisito…

—Rhys… —jadeó agarrándose del cobertor de la cama con los dedos y arqueando la espalda. Cada lametazo en su sexo activaba terminaciones nerviosas que no sabía que existían—. Sí… Así… Nunca me había sentido así… ¡Oh! —exclamó cuando dos dedos expertos la penetraron, pero esa lengua perversa no dejó de lamer.

La pasión los envolvía y creaba una atmósfera electrizante. Se había desatado una tormenta de sensaciones en las que no existían más límites, sino solo el placer.

Por lo general, él era un amante práctico: daba lo que sabía que la mujer buscaba y, a cambio, recibía lo que esperaba: saciar sus instintos. Esta vez no era así.

—Un coño con glorioso sabor a néctar… —expresó sin poder evitarlo.

La mujer lo acababa de convertir en un idiota, porque el aroma de Alana sería el único elixir que de ahora en adelante iba a anhelar beber. Deslizó una mano bajo la cadera femenina, estrujándole así una nalga hasta que ella gritó de dolor y gozo a la par, porque la lengua de Rhys continuaba recorriéndole los labios íntimos sin tregua. Sus dedos entraban y salían de ese pasadizo que pronto sería el camino al clímax.

Alana soltó el cobertor y se llevó las manos a los pechos.

—Te quiero dentro de mí, Rhys —dijo en un tono exigente y también con un toque de delirio. Se apretó los pezones con fuerza, mientras sus caderas se movían al compás de las caricias íntimas de este magnífico y sensual espécimen masculino.

—Voy a besar cada centímetro de tu piel —afirmó con voz sensual. Todo lo que no tuviera que ver con la reacción de la belleza entre sus brazos, no importaba.

Al ver cómo ella se tocaba a sí misma, él estuvo a punto de correrse.

—Date prisa… Me enfureces… —reclamó frustrada y al borde de un abismo que prometía el paraíso. Para experimentarlo necesitaba sentir a Rhys dentro.

A regañadientes, pero consciente de que no iba a poder seguir probándola sin eyacular antes de tiempo, él dio un último lametazo antes de empezar a dejar un reguero de besos desde los muslos, pasando por el vientre suave, el esternón, cada seno y cada pezón —estos últimos los mordisqueó y succionó un largo rato—, luego le besó la clavícula, el cuello, le mordisqueó la oreja susurrándole todo lo que haría con ella y la sintió temblar. Después, con los codos apoyados a cada lado de Alana, Rhys se detuvo cerca de la boca de ella; su pene estaba posicionado justo en el vértice resbaladizo. Ambos jadeaban, una pátina de sudor leve los bañaba, sus miradas estaban impregnadas de una necesidad primal que parecía traspasar la cordura.

Él introdujo solo la punta roma de su pene entre los pliegues suaves.

—Alana, pruébate a ti misma y a los dos —dijo besándola.

—Tómame, entra en mí —gimió contra los labios de él.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo más hacia ella, le gustaba cómo sus pieles se rozaban, la manera en que el calor que él emanaba la rodeaba, la fricción de sus cuerpos y y esas ganas tan inusuales en Alana de tomar el mando y llevar la iniciativa. Ya lo haría más adelante. Se sentía libre de las ataduras mentales sobre su físico, porque Rhys estaba devorándola como si no lograra obtener suficiente ya con tenerla bajo su cuerpo, haberle inflamado la boca con sus besos y mordiscos, enrojecido los pezones de tanto succionarlos y dejarla tan mojada que le faltaba solo un toque para que se corriera. Plenitud. Esa era la palabra para describir lo que estaba haciendo Rhys. Esta era la clase de sexo que jamás pensó posible que pudiera existir.

—Creía que la paciencia —dijo él tirando del labio inferior de Alana con sus dientes—, era una de las cualidades de una abogada que dominaba su estrategia…

Ella arqueó la espalda ligeramente cuando él entró un poco más en su interior.

—Mi única estrategia —murmuró mirándolo a los ojos— es correrme.

Él soltó una risa gutural, baja, y le separó más los muslos con sus rodillas.

—Me gusta estar de acuerdo en algo adicional —dijo haciéndole un guiño.

A Alana no le importaba si pensaba que estaba desesperada, porque fingir decoro no funcionaba. Durante un par de segundos, Rhys estuvo besándola y rompiendo ese contacto para besarle las mejillas. Después le mordisqueó el cuello y persiguió ese pulso hacia abajo por todo su cuerpo, hacia los hombros suaves y curvos, las clavículas delicadas, los pechos exuberantes y plenos. Luego deslizó la mano hacia el centro en el que ambos estaban casi conectados por completo. La acarició lentamente, mientras ella se retorcía y trataba de tomar, sin éxito, el control.

Lo miró a los ojos. Pero antes de que Alana pudiera hacer objeciones, él fundió su boca con la de ella y al mismo tiempo sus caderas tomaron impulso para adentrarse hasta lo más profundo de ese cuerpo cálido. Ella se arqueó hacia él, le enredó los dedos en el cabello, se aferró a Rhys como si fuese lo único en el mundo que la mantenía anclada. Soltó un gemido a causa del ligero escozor ante la firme intrusión masculina, y también del gozo al sentir el pene abriéndose paso entre sus pliegues.

—Rhys… Dios… —jadeó y empezó a moverse con él.

—Me acoges tan bien. Como si hubieses sido diseñada para este instante…

—Para todas las ocasiones que nos queden —susurró mirándolo con lascivia.

—Siempre recordarás quién hizo vibrar tu carne, hasta quedarte exhausta —repitió Rhys en tono posesivo, entrando y saliendo de ella; cada embestida era como estar fijando la fuerza de su intención y sus palabras en el cuerpo femenino—. Siempre recordarás, Alana Pemberton, que soy el único capaz de darte este placer y todo lo que tu cuerpo anhele sin necesidad de que me lo digas —gruñó cuando Alana, a modo de respuesta, le clavó las uñas en la espalda,

probablemente dejándole marcas, y presionó los talones contra sus nalgas instándolo a que la penetrara con más fuerza.

Ya no era solo el sonido de sus bocas, los gemidos y súplicas de alivio las que se mezclaban en esa habitación solitaria y apartada del mundo. El choque de sus cuerpos unidos del modo más natural y salvaje, meciéndose en un vaivén de caderas anhelantes, creaba una fricción húmeda que resonaba entre ambos. Se acariciaban como si ambos quisieran grabarse en la piel del otro, marcándose con sus esencias y creando a la par una sola. Como si este encuentro lograra romper todo aquello hediondo y putrefacto del mundo; como si la unión de sus cuerpos fuera mucho más que eso; como si estuvieran borrando de algún modo las espinas de la vida, transformando esto tan nuevo y que no tenía nombre, en algo maravilloso y doloroso a la par. La agonía de cada punzada que dejaba de sangrar se volvía una melodía de gozo, un intercambio silencioso de disculpas a las personas que ambos fueron antes de encontrarse en esta intimidad que desnudaba más que sus cuerpos. Rhys ardía por dentro como si Alana tuviera la capacidad de derretir el acero que contenía los resquicios de su alma atormentada por recuerdos crudos y complejos; sintió como si estuviese liberándose de una carga que no sabía que llevaba y, a la vez, se ataba a otra corriente más ligera, suave y llena de algo intangible que lo impulsaba a descontrolarse.

—Tu cuerpo es elocuente, Rhys… —gimió, moviéndose al ritmo que ambos acababan de establecer—. Y tú también me recordarás… Siempre… —jadeó.

La sensación de su carne sensible acomodándose al tamaño y grosor de Rhys era un estímulo adicional a las caricias y la forma en que le agarraba las curvas, la estrujaba, la besaba y la consumía. Ambos estaban desmoronándose junto al otro. Esto no era sexo. Esto era posesión, un intercambio de pasados sin conocerlos todavía, y una promesa incierta de un futuro que no sabrían si llegaría a ellos. Pero, sobre todo, esta era la clase de pasión que envolvía a dos amantes que el destino había dejado en sitios contrapuestos de la vida, y luego los unía para que explotasen en la adictiva y dulce locura de llegar juntos al orgasmo. Alana se sentía ávida y segura entre los brazos de este hombre que la tocaba como

si fuese de porcelana, para al siguiente instante destruirla a besos, penetraciones firmes y mordiscos; la hacía suya. Ella retenía el miembro grande entre sus paredes íntimas, porque en la sensibilidad y la suavidad también existía la posibilidad de grabar la sensación de sublime pertenencia al otro.

—Me encanta sentirme tan llena de ti… —confesó ella, justo en el momento en el que fue lanzada a la calidez de la inconsciencia del placer puro. El pubis de Rhys rozaba su clítoris en cada embestida y la llevó al límite. Estaba sin aliento, en llamas. El orgasmo arrasó sus sentidos y gritó el nombre de Rhys como si fuese una plegaria, un agradecimiento y una promesa de algo de lo que no estaba segura. Ella se dejó llevar. Él soltó un jadeo excitado al sentir cómo las paredes íntimas lo apretaban.

—Magnífica… —gruñó Rhys—. Eres una tentación que me desarma…

Supo, desde el instante en el que la besó la primera vez, que no sería posible para él estar con otra mujer sin pensar en Alana. Y eso sí era un jodido problema. Pero ese no era el momento para resolverlo, porque ni siquiera le apetecía. Solo quería disfrutar más y más, ávida y codiciosamente, de ella. Tan solo cuando vio que Alana empezaba a recuperarse del clímax, él soltó el control. Ese control que tan férreamente había mantenido con las mujeres, inclusive cuando follaba. Pero en esta ocasión, con esta sirena de ojos azules que no se acobardaba, no logró repetirlo. No quiso que fuese igual que con otras. Y no tenía una explicación, no la necesitaba.

Su pene vibró al verterse en el interior mojado, resbaladizo y ensanchado por él. La satisfacción masculina era tan potente como su última embestida. Pronunció el nombre de Alana antes de enterrar el rostro en los cabellos de ella, sobre el hombro, y cuidar de no aplastarla por completo con su cuerpo. Se quedaron de ese modo: unidos íntimamente. Ella, cansada y extasiada, lo abrazó con firmeza. Rhys la sostuvo de la cintura y, como si lo hubieran hecho infinidad de veces, la acomodó sobre él.

Alana cerró los ojos.

Rhys soltó una exhalación.

Permanecieron en un cómodo silencio un par de minutos. Recuperando el resuello. Ambos acababan de experimentar la verdadera libertad, pero también la única droga que no tenía cura una vez que se probaba. No tenía nombre, al menos no todavía, porque hacía falta que los amantes se abrieran a la opción de explorarla y asimilarla. Este era un aspecto que estaban atravesando sin saberlo, juntos, pero en silencio. Alana elevó el rostro, apoyando la barbilla sobre las manos en el pecho de él.

—Rhys…

Él le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Sí?

—Estás erecto de nuevo —dijo moviéndose sobre la dureza bajo su abdomen.

Él sonrió de medio lado.

—No me enfadaré si tienes alguna idea en particular al respecto —replicó él.

Alana soltó una risa y luego, con cautela, le tocó la mejilla.

—Sé que puedes ser arrogante e insoportable sin proponértelo —dijo en tono bromista. Rhys enarcó una ceja—. Aun así, reconozco que es el mejor sexo que…

—… tendrás —interrumpió el magnate para completar cualquier frase que ella hubiera podido decir—. No te preocupes. Soy consciente de ese detalle —concluyó.

Alana le dio un golpecito en la barbilla.

—Rhys —dijo riéndose. La expresión de éls súbitamente se volvió seria, y ella apagó la sonrisa—. ¿Qué ocurre… ? —preguntó frunciendo el ceño. No estaba preparada para escuchar que se arrepentía o que se iba a dormir a otro sitio o escucharlo decir que esta situación era un desliz sin importancia—. Dime la verdad…

Él pensó en ese instante que esto no era permanente. Una mujer como Alana jamás se quedaría con un sicario. Nunca lo sabría, porque Rhys no se creía capaz de contárselo. Quizá tendrían que pasar años. No estaba seguro de cómo hablar con alguien y decirle que él había matado a personas por dinero. ¿Cómo podría ser real todo esto con Alana, hasta el punto de sentirse satisfecho y en paz?

¿Cómo alguien que perdió su humanidad tan joven podía experimentar algo parecido a la «paz»?

Jamás le había sucedido con nadie.

Él no era alguien impulsivo, aun así, esa noche estuvo a punto de asesinar a un hombre porque se atrevió a tocar a Alana. El tiempo del contrato expiraría pronto. No podía continuar chantajeándola, no porque careciera de los recursos para hacerlo o porque su conciencia se lo impidiera —su conciencia estaba de vacaciones desde hacía tiempo, pero, cuando Alana entró en el horizonte de su vida, pareció regresar poco a poco—, sino porque había comprendido que ella no era igual a las demás.

Después de lo que acababan de compartir, la posibilidad de que otro se atreviera a tocarla, a mirarla siquiera, provocaba que la vena asesina resurgiera sin contención. ¿Qué ocurriría si la próxima vez no podía controlarse? Se sentía posesivo con Alana, aunque no tuviese ningún derecho. Por ahora, sí, era suya. En pocas semanas ya no habría nada más que un acuerdo terminado. Si algo aprendió, después de las experiencias amargas, fue aprovechar lo que tenía en el momento. Y ese presente era Alana. La efusividad de algo nuevo y fresco, diferente, podría tardar un tiempo en desvanecerse, pero lo haría eventualmente. Bajo ese precepto, se calmó.

—¿Qué tan bien te sientes ante la idea de follar en el jacuzzi? —preguntó.

Ella lo miró abriendo los ojos de par en par.

—Mmm, no lo sé, pero —se mordió el labio inferior—, ¿eso es lo que hizo que te pusieras serio de repente? —indagó enarcando una ceja y mirándolo a los ojos.

—No. Fue la idea de que otro hombre te toque —dijo. Era una media verdad.

—En el contrato está que no habrá terceras personas. Y yo no doy pie a que otras personas crean tener derechos sobre mí, a menos que así lo quiera y en el ámbito en el que yo lo decida —expresó—. Cuando doy mi palabra, la cumplo hasta el final.

Él prefirió aligerar la carga de su mente.

Solo debía recordar que todo era pasajero. Inclusive su posesividad con ella.

Rhys esbozó una sonrisa.

—¿Qué tal si aceptas que te folle en el jacuzzi? —preguntó con su habitual y frontal crudeza—. Apoyas las manos en el borde, mientras te penetro profundamente desde atrás y a la par te aprieto los pezones erectos por el viento y la adrenalina. Tú miras hacia el horizonte, pero yo tendré la vista espectacular de mi pene dentro de tu coño y la suavidad de tu espalda, así como el sonido de tu garganta en cada embestida.

Alana se removió, mojada todavía por la sensación, y ahora más con lo que acababa de decir este hombre tan descarado e irreverente. ¿Lo más gracioso? Le encantaba que fuese de esa manera. No tenía reparos en decirle lo que quería.

—No soy puritana, Rhys —dijo sonrojada. En algún momento pensó que la idea de follar al aire libre debía ser emocionante, pero no se sentió capaz ni tampoco creyó que alguna de sus parejas pudiera secundar una idea como aquella. Si a eso le sumaba el asunto, pasado, sobre sus inseguridades…—. Esa es una de mis fantasías.

—Joder…—expresó y se levantó con ella de la cama.

Ella soltó una carcajada.

—Puedo caminar sola —dijo Alana, mientras él bajaba las escaleras como si no llevara el peso de un ser humano a cuestas—. Y no hay una casa en las proximidades, al menos en unos diez kilómetros. Ventajas de un lugar tan privado.

—Puedes caminar sola y darte placer sola —contestó él con un gruñido. Encendió el jacuzzi. Y se sentó con ella—. Pero ahora estoy al mando, Alana.

—¿Sí? ¿Quién te dio esa potestad? —preguntó sonriendo de medio lado.

—El grito de tu orgasmo, porque ahora voy a volver a escucharlo —replicó.

Durante un largo rato, Rhys cumplió exactamente su promesa.

Alana cumplió su fantasía y explotó en varios orgasmos.

Pero aquel fue solo el inicio de varias horas de placer, besos, risas y éxtasis compartidos. La única razón por la que no follaron en la playa fue porque arriesgarse a que hubiese algún insecto no sería

nada agradable. Sin embargo, al salir del jacuzzi, una ducha se convirtió en una ardiente experiencia mutua. Alana tomó el mando, sujetándole el miembro erecto para tomarlo luego con la boca, dándole placer, retrasando el clímax tal como había hecho Rhys en varias ocasiones. Cuando acabaron de bañarse volvieron a la cama. Descansaron poco, hasta que la luz del amanecer empezó a filtrarse en el horizonte y, extenuados, finalmente se quedaron dormidos.

Rhys, sin darse cuenta, abrazó a una mujer a la que había entregado la segunda oportunidad que jamás creyó posible con alguien que pertenecía a los círculos sociales que él aborrecía. Ironías de la vida. Aunque ahora era consciente de que Alana era distinta. En los brazos del otro ya no había barreras ni negación. Nada sería igual.



La siguiente semana y media, después de que regresaran a Boston del intenso y sensual fin de semana en Edgartown, la dinámica entre Rhys y Alana cambió. Los últimos débiles vestigios de rigidez en sus conversaciones habían desaparecido, tampoco quedaron los tonos de voz a la defensiva ni sarcasmos en el afán de distanciarse del otro. La parte emocional era otro asunto, pues ninguno de los dos abordaba ese tema; ni siquiera lo consideraban. Además, empezaron a salir juntos, pero no con una agenda premeditada, sino que simplemente les apetecía. A veces iban a un concierto, una exposición, un partido de hockey sobre hielo. Algunos de esos eventos fueron sobre asuntos empresariales de Rhys y, a diferencia de otras veces en las que él hubiera preferido no asistir o enviar a uno de sus vicepresidentes ejecutivos, al ir junto a Alana sentía que llevaba del brazo a una aliada. Reiterar que era inteligente no tenía sentido.

Alana poseía la habilidad de saltar de un tópico a otro como si los dominara todos, aunque no fuese así, y ese rasgo le permitía a Rhys presentarla ante los ejecutivos más difíciles. Le gustaba verla desenvolverse con naturalidad. De hecho, una intervención a tiempo

de Alana bastaba para suavizar la brusquedad con la que él solía negociar o plantear cuestiones financieras, sin que nadie notara que acababa de rescatar la conversación. Alana poseía una personalidad carismática, y eso era imposible de entrenar o comprar. En cuanto a la amistad de Ingrid con Alana, porque no existía otro modo de llamarla, Rhys se sentía complacido. Su hermana escuchaba los consejos y, a diferencia de lo que ocurría cuando él la aleccionaba, no intentaba refutarlos, sino que le daba la razón. Inclusive, en una ocasión en la que Ingrid iba a ir a la fiesta de cumpleaños de una compañera de clase, le hizo una videollamada a Alana preguntándole qué tal le parecía el diseño que había creado para la ocasión. La aprobación fue inmediata y también hubo sugerencias sobre los zapatos más idóneos.

En cuanto a un asunto más íntimo y personal, Rhys se descubría a sí mismo despachando documentos importantes, asistiendo a reuniones y recibiendo llamadas con una motivación diferente al éxito o al dinero. Esto era una completa novedad porque él estaba habituado a enfocarse en el aumento de su capital financiero, en ampliar su campo de ejecución y llevar sus empresas a obtener más reconocimientos de excelencia. No obstante, ahora, al acabar sus responsabilidades, su prioridad era buscar a Alana, en lugar de añadir más temas para seguir llenando los horarios de su agenda. Entre tantos detalles que Alana le había contado, ahora él sabía que le gustaba el té Earl Grey, así que antes de visitarla, pasaba por una cafetería y pedía la bebida.

Lo anterior no solo lo hacía con el té, sino también con otros aspectos: una cesta de frutos rojos, marcadores de páginas laminados en oro para sus libros, un bolígrafo con las iniciales de ella grabadas en incrustaciones de diamantes. Su recompensa era ver la expresión de sorpresa en el rostro de Alana y, después, un beso largo. Intercambiaban los días que pasaban en casa del uno o del otro. Cuando él llegaba a Back Bay, ella lo recibía con una sonrisa y un abrazo que se alargaba agradablemente. Cuando era ella quien llegaba a Beacon Hill, Rhys no la esperaba en la puerta —eso habría sido admitir demasiado—, pero llevaba un rato en el salón sin hacer nada en concreto, con un vaso servido de whisky que apenas había

tocado, hasta que ella presionara el timbre. Lo que no variaba era la intensidad, el anhelo y el deseo de devorarse en la primera superficie que los pillara cerca. Si durante los besos y las caricias caían botellas de licor caras o vasijas de miles de dólares, mientras buscaban dónde apoyarse, les daba lo mismo, porque sus cuerpos necesitaban volverse uno.

Esta noche no era diferente, pero Alana le dijo que cocinaría para ambos, porque había una receta que quería compartir con él. Si bien podrían salir a comer al ser jueves, especialmente para desconectar e ir a un lugar bonito y privado cerca de la bahía, la idea de quedarse en casa y aceptar la propuesta de ella era muchísimo mejor. De hecho, no se arrepentía —sin importar en dónde estuviera, siempre que Alana estuviera presente, el resto dejaba de cobrar sentido—, porque el bisque de langosta que cenaron estaba exquisito. No solo eso, sino que el filet mignon con mantequilla de hierbas, que fue el plato fuerte, resultó ser la combinación perfecta para el paladar.

—Si dijera que tu coño es el mejor postre —dijo Rhys mirándola —, no estaría mintiendo. Me pregunto si acaso podría añadir a la experiencia de saborear tu cuerpo este delicioso crème brûlée — comió otra cucharada con gusto—, sobre tus tetas. Que me encantan, lo sabes, y su sabor natural me vuelve loco. Pero…

—¡Rhys! —exclamó Alana tosiendo y riéndose—. Por Dios, ¿puedes por un instante dejar de pensar en sexo y disfrutar la comida sin esos comentarios?

Él sonrió de medio lado y dejó la cucharilla a un costado. La miró.

—No, no puedo. Así como no puedo evitar desearte a cada instante —replicó con franqueza y apartó la silla para incorporarse. Ella elevó el rostro para mirarlo.

—¿A dónde vas? —preguntó Alana sonriendo todavía.

Le gustaba la nueva dinámica que se había formado entre los dos.

Consideraba peculiar que ahora conociera muy bien los dos lados de Rhys. El desprecio y el odio por la forma en que llegaron a conocerse habían pasado a un segundo plano. No guardaba resentimiento, aunque eso no quitaba lo ruin que había sido él ni la forma en que la trató al inicio. ¿Le habría ella devuelto el golpe? Si

hubiese tenido pruebas contra él, absolutamente. Pero estuvo en desventaja de negociación. Sin embargo, no lo justificaba. Ahora comprendía desde dónde había surgido la forma de actuar de Rhys, porque para hacerlo tuvo que entender lo protector y buen hermano que era con Ingrid. Quizá como lo habría sido Rochester para ella, de seguir vivo. Estaba convencida de que ella habría recurrido a cualquier estrategia para protegerlo. De hecho, ya lo había hecho por su padre, al haber aceptado el chantaje.

Las dos facetas de Rhys eran interesantes. El primer aspecto era su parte de empresario desalmado. Lo era, sin duda alguna, y ella podía notarlo cuando hablaban con los demás —en alguna reunión social breve—, por la manera en que sus réplicas eran calculadas y los manipulaba con una sutileza tan brutal que los interlocutores se quedaban confundidos o pensativos. Rhys los hacía creer que la idea que él quería plantear había surgido de ellos, cuando era lo contrario. Como abogada, ella admiraba esa capacidad de girar las tornas y que la contraparte no fuese consciente de que estaba cayendo en una trampa y aceptando detalles que en un inicio habían rechazado.

El segundo aspecto de Rhys consistía en su capacidad de hacer sentir que ella podía expresarse, ser y sentir sin pensar en la opinión o interpretación que él pudiera dar a sus palabras. No porque careciera de importancia, sino porque se obligaban —sin decírselo— a ser francos o lo más directos posibles con el otro. Él de verdad la escuchaba y prestaba atención. Y para que una persona, con una agenda prácticamente colapsada en materia de negocios y viajes, la hiciera sentir que nada era más importante que sus deseos o sus ideas se requería mucho esfuerzo. En el caso de Rhys ese efecto lo creaba de forma muy natural, quizá por la vitalidad y determinación que lo caracterizaban, y Alana tenía la certeza de que ella se había convertido en una prioridad, mas no en una alternativa. Por otra parte, la situación en que se hallaban era algo complicada. Había emociones que no se atrevían a exteriorizar, ni siquiera ella —al estar a solas en casa— podía verbalizar lo que él provocaba y que no estaba relacionado con la compatibilidad en la cama o cómo era un gran compañero de conversaciones profundas y esclarecedoras de

diversos temas. No sabía qué ocurriría más adelante entre ellos, porque el contrato estaba a solo pocos días de terminar.

—Dame la mano —expresó Rhys extendiendo la suya.

—He dejado un desastre en la cocina, así que primero vamos a limpiar —dijo.

—No, señorita Pemberton. Mañana vendrá la persona de limpieza y se encargará de dejar todo limpio sin que nos demos cuenta que ha estado aquí —replicó con una sonrisa cuando ella tomó la mano que le ofrecía. La instó a que se levantara.

Alana se rio con suavidad cuando él la sostuvo de la cintura. Elevó el rostro.

—Ah, los caprichos de un millonario: no lavar los platos —bromeó.

—Existen otras prioridades esta noche, Alana —dijo él contemplando los luminosos ojos azules y la forma en que lo miraban. No existía desprecio, ni resentimiento ni altivez, sino algo muy parecido a su propio reflejo. Un matiz que no había visto en otra mujer y para el que no tenía nombre—. ¿Recuerdas lo que me sugeriste hace una semana? —preguntó inclinándose para darle un beso suave.

Ella sonrió contra la boca de Rhys, y le mordisqueó despacio los labios.

— Te he hecho muchas sugerencias, por suerte siempre las acatas, si no tendría que recurrir a otras medidas que implican una tortura larga entre besos y caricias, sin darte opción a correrte. A menos que ese no sea el tema al que te refieres, pues tendrás que ser específico —murmuró contra la boca que le devolvía los mordiscos suaves.

La risa ronca y profunda, totalmente relajada de Rhys, llenó el comedor.

—Todas tus sugerencias son bienvenidas —le acarició la espalda de arriba abajo—. Pero veo que alguien tiene en mente hacer algo más que conversar ahora.

—¿Es conversar lo que quieres, Rhys Callahan…? —preguntó con picardía.

—No —dijo besándola esta vez un largo rato, luego se apartó—. Responde a mi pregunta, Alana. Recuérdame cuál fue la sugerencia

que me hiciste cuando te comenté sobre el nuevo proyecto que podría darse en Oriente Medio el próximo año. Cuando te hablé de la oportunidad de incursionar en el negocio petrolero —acotó.

Ella le rodeó el cuello con los brazos. No solo era atractivo, sensual y un amante generoso, sino un hombre que —poco a poco— había dejado caer sus capas de hermetismo a su lado. Estaba segura de que nadie conocía esta faceta de Rhys: protector, apasionado e interesado en hacer sentir a gusto a otra persona que no fuese él mismo. La gente lo consideraba malnacido, inclemente y mercenario en los negocios, y no se equivocaban. Alana se sentía especial al conocer sus otras facetas.

—Que deberías dejarte llevar, aunque sea una vez en tu existencia, por algo que no sea trabajo —replicó—. Algo como salir a bailar y dejar que la música te guíe.

—Mmm, ¿y qué te respondí? —preguntó besándola con suavidad.

—Que bajo ninguna circunstancia irías a mezclarte entre una multitud de idiotas ávidos de brincar como monos, bajo luces cegadoras y música ridícula. Y que ya habías cumplido con tu cuota de estupidez en tu época —contestó entre risas.

—Pero hay algo que no agregué aquel día —comentó entrelazando los dedos en la espalda de Alana, pegándola más contra él. Ella mantuvo los brazos rodeándole el cuello y mirándolo con curiosidad—. A pesar de que nunca pise de nuevo un puto bar, al menos podría considerar relajarme de una manera diferente y más interesante.

Ella esbozó una sonrisa y ladeó ligeramente la cabeza, curiosa.

—¿Sí? —preguntó en un susurro cuando él empezó a moverse despacio.

—Sí, como ahora: bailando contigo. Tenerte así, tan cerca, me relaja. Entrar en ti, hasta lo más profundo, mientras te beso o te miro para no perder detalle de tus reacciones, me permite olvidar todo lo que no seas tú. Y escucharte, aunque sea mandándome al demonio por ser obcecado, calma los fantasmas que suelen perseguirme —expresó en un tono sereno—. No necesito música para llevar el ritmo.

«Esto es lo más cercano a un momento romántico creado por él», pensó ella.

—Porque el ritmo lo marcamos nosotros —completó Alana, conmovida.

Él hizo un asentimiento. Juntos bailaron una canción que no existía más que en el imaginario al que solo ambos tenían acceso. Se movieron en silencio, con suavidad y giraban entre besos quedos. Sin palabras. Solo sus cuerpos meciéndose al compás de la misma cadencia rítmica que iban creando con cada movimiento.

—Siempre —murmuró Rhys antes de alzarla en volandas e ir a la sala juntos.

La acostó sobre la alfombra persa, cerca de la chimenea. Esta estaba apagada porque no era época de frío. No encendieron la luz, sino que la proveniente del comedor creaba un halo que les permitía verse sin problema. Rhys se acomodó sobre ella y la observó un instante. Ella le sonrió y esperó a lo que él fuese a decir. Este era un momento que se sentía diferente en un modo sereno, pero aterrador a la vez.

Rhys se acostó de lado, junto a Alana.

—No tengo intención de que esta vez sea rápido o adictivamente trepidante —dijo y empezó a desabotonarle la blusa. Poco a poco—. Tenemos toda la noche.

—¿Algún motivo en especial…? —preguntó ella en un susurro, mientras empezaban a desnudarse el uno al otro. Sus movimientos eran algo temblorosos, porque la imponente virilidad de Rhys siempre le causaba un anhelo indescriptible.

Él sonrió de medio lado, porque si algo compartían en gustos durante el sexo era que preferían las ansias que se sublimaban entre mordiscos, uñas que se clavaban en cada embestida con fuerza, succiones que marcaban la piel, movimientos agitados con desenfreno y abandono, besos que robaban el aliento y dejaban los labios inflamados, lamidas profundas que hacían correrse al otro con la boca, en lo que parecía ser una constante necesidad de saciarse, pero parecían nunca tener suficiente. Hasta que Rhys y Alana alcanzaban el placer juntos, cayendo agotados en la cama, antes de

repetir. Como dos adolescentes ávidos, pero esta vez con la madurez y la experiencia.

—Disfrutar cada parte de ti —dijo cubriéndola con su cuerpo—. Poco a poco.

—¿Acaso no lo hacemos… a veces? —preguntó sonriendo.

Él se rio y luego se acomodó entre sus muslos.

—Silencio, abogada —dijo mordiéndole la boca—, solo disfruta…

Ella soltó una exhalación leve, pero fue absorbida por completo cuando Rhys la besó con profundo anhelo. Alana se removió sobre la alfombra y disfrutó del contacto de la piel tibia de este hombre magnífico. La piel de ella era suave y siempre, al terminar, percibía la expresión de arrogancia masculina al ver las huellas que dejaba. Le parecía arrogante, pero mentiría al decir que —cuando se veía al espejo— no sonreía al recordar lo que habían hecho juntos. Rhys rompió el contacto de sus bocas y procedió a dejar un reguero de besos por el cuello de Alana. Continuó descendiendo y atrapó uno a uno los pezones erectos entre sus labios. Los succionó y estiró; a cambio recibió un gemido de abandono, pero también el movimiento de caderas de Alana que le decía lo mucho que lo necesitaba en su interior. Él no iba a apresurarse.

A la par de besarle los pechos, sintiendo los dedos de Alana enredándose entre sus cabellos y tirando de ellos, movió las caderas hasta que posicionó su miembro en la entrada íntima que ya estaba resbaladiza. Soltó un gruñido complacido y excitado. Flirteaba con la idea de penetrarla, pero no lo hacía; la humedad de ambos se mezcló. Nada lo había preparado para sentirse privilegiado —sí, esa era la palabra exacta— de tener a Alana bajo su cuerpo, jadeante, ruborizada por sus caricias y exigiendo que quería más y cómo lo deseaba. Jamás le daba el control a nadie, pero con ella podía cedérselo en la cama, hasta cierto punto. Los dos tenían el mando del otro en un modo carnal y crudo. Quizá, por eso, la única competencia era quién daba más placer.

—Rhys… —susurró ella acariciándole la firmeza de los músculos de los brazos. En esta ocasión no existía la urgencia de que la tomara. Su tono de voz contenía algo más profundo, mas no estaba lista para analizarlo—. Bésame.

Él la miró un largo rato a los ojos, pero no accedió. No.

Lo que hizo fue penetrarla con suavidad, centímetro a centímetro, ensanchándola. Alana arqueó la espalda y no rompió el contacto visual. Eso era muchísimo más íntimo que unir sus cuerpos físicamente. Lo sabían y no hacía falta verbalizarlo. Rhys siguió entrando en ella, hasta que se ancló en lo más profundo.

—Eres la mujer más hermosa que he tenido el placer de hacer mía —expresó en algo parecido a una confesión arrancada de su garganta. Como si le hubiese costado aceptar abiertamente que no solo era ella distinta a las otras, sino que no habría jamás alguien que pudiera equiparársele—. Eso es —dijo cuando ella empezó a ondular las caderas para adaptarse al ritmo nuevo, más lento, que él estaba marcando—, sí…

Los movimientos de ambos eran profundos, los gemidos se convirtieron en una suave sinfonía compuesta por Eros. Poco a poco, empezaron a cambiar la velocidad de sus embestidas, entre besos largos y otros breves; entre caricias ávidas y cautas; entre susurros de lo que los excitaba mutuamente; entre una red que, sin saberlo, habían tejido juntos en todo ese tiempo. Que no los atrapaba, sino que los protegía; no del otro, pero sí del exterior. Juntos eran más que amantes. Juntos eran compañeros en unas lides imposibles de emular. Habían encontrado en el otro la media perfecta, pero también el entero imperfecto, y esa era la fórmula que no se podía fingir. No existía modo de crear lo especial que había surgido al estar juntos.

Alana se entregó a Rhys en la misma medida que él la deleitaba con sus caricias.

Ella le rodeó las caderas con las piernas. Él empezó a moverse más rápido.

—Voy a correrme… —susurró Alana.

—Mírame —exigió, jadeante y con una pátina de sudor—. Quiero que me mires antes de llegar al orgasmo. —Ella hizo un asentimiento y notó lo que él no podía decir con palabras. Comprendió que su cuerpo era el instrumento a través del cual estaba tratando de encontrar el modo de expresar que, hacía tiempo, esto no era solo sexo. Sin embargo, Alana no se atrevía a

cuestionar. No quería equivocarse o romper la armonía de la burbuja en la que cohabitaban—. Eso es, Alana, eso es…

—Oh, Dios, la forma en que me tocas… Es imposible no estar sensible.

—Eres tan suave y jodidamente estrecha, me vuelve loco entrar en ti… —dijo entrando y saliendo del vértice mojado. El vaivén de sus caderas continuó rápido, pero no existía desespero por devorarse, sino por marcar su camino, nuevamente. Como la necesidad de reafirmar que su huella quedaría en ella—. Magnífica…

Al cabo de pocos segundos de haber creado ese camino hacia la cúspide, las sensaciones se volvieron arrasadoras y ambos explotaron en espasmos continuos. Sus sexos unidos vibraron al fundirse en ese ardor propio de la liberación del clímax.

Ella gritó su nombre, y él soltó un gruñido al verterse en el interior cálido.

Rhys hundió el rostro en el cuello de Alana y aspiró su aroma. Una mezcla de sexo, anhelo, y el usual perfume de peras con vainilla. Al elevar el rostro, la miró y esbozó una sonrisa. Él, usualmente gruñón y frío, no podía dejar de sentir que por primera vez su jodida existencia no estaba en verdad maldita, a pesar de sus acciones. En el cuerpo de Alana no estaba la redención, pero sí el consuelo de un pobre diablo que pretendió humillarla y terminó siendo adicto a ella. Quizá era la retorcida manera que tenía el universo de burlarse y hacerle notar que no todo estaba perdido para él.

Nunca se había sentido tan vivo como lo hacía con Alana.

—Rhys —dijo ella frotando su nariz contra la de él—, puedes ser adictivo.

Él sonrió de medio lado.

—Menos mal tenemos la dosis que el otro necesita —replicó—. Y en un par de minutos voy a necesitar más, mucho más de ti, Alana. ¿Estás interesada?

Ella se rio e hizo un asentimiento. Era consciente de que esto no había sido follar ni echarse un polvo. Quizá, nunca lo fue. Porque mirar a los ojos a una persona, mientras tenía sexo, no era la definición de una aventura pasajera; tampoco lo era notar una emoción similar a la suya en esos ojos café que ahora parecían más

luminosos. Alana solo quería disfrutar de sus días con él sin importar cuántos fueran.

Ambos se incorporaron perezosamente de la alfombra.

Alana entrelazó sus dedos con los de Rhys. Su desnudez ya no le importaba. De hecho, se sentía más feliz que nunca en su propia piel. Además, le encantaba la manera en que él se excitaba al verla y esas ansias con que la acariciaba. Esa era una sensación de euforia y de regocijo. Nadie podría quitarle jamás este regalo silencioso.

—Probablemente… —dijo mientras subían las escaleras.

Rhys le dio un azote firme en el trasero.

Ella lo miró y le hizo un guiño.



Lo que ocurrió al día siguiente tomó desprevenidos a Rhys y Alana. No era nada que hubiera podido anticiparse. Aunque parecía un detalle menor, terminó desmontando, pieza por pieza, la frágil calma que habían construido en las últimas semanas juntos.

CAPÍTULO 14

No solo se sentía mal, sino fatal. La despertó la incómoda sensación de escalofríos y le castañeteaban los dientes. El cuerpo entero le dolía, como si la hubieran molido a golpes, y estaba segura de que no tenía que ver con la plácida noche de sexo. Se movió para arrebujarse más bajo el cobertor, porque no soportaba el frío. Tampoco era por el aire acondicionado central, que mantenía una temperatura agradable. Le pesaban los músculos y en las sienes le latía una punzada sorda. Alana no era enfermiza.

Se llevó la mano a la frente. Su piel parecía arder. «Fiebre… ¡Dios! Justo cuando tengo una gestión importante en curso», pensó agobiada. Por un instante le llegó una sensación leve de náusea, como si tuviese el estómago revuelto, pero al cabo de unos minutos pasó. Alana había escuchado hablar de un virus estacional que todos comentaban esas semanas. De hecho, varias personas de la oficina ya habían caído enfermas, pero no compartían la misma área de trabajo que ella. El comentario general era el mismo: noqueaba un par de días, pero con la misma fuerza que llegaba se marchaba sin más. Miró el reloj: las cinco de la mañana. Necesitaba salir de la cama.

Tanto ella como Rhys habían empezado a dejar ropa en el clóset del otro —por si querían quedarse un rato más juntos sin crear una logística enredada en días de oficina—, así que Alana no se preocupó por eso. El otro lado de la cama estaba vacío, porque a esa hora Rhys empezaba a usar el gimnasio o la piscina climatizada en la terraza. Alana se sentía tan mal que estirar la mano para agarrar el móvil y enviarle un mensaje de texto, diciéndole que le trajera una píldora para la fiebre, le parecía un gran esfuerzo. Optó por decirse a sí misma que ya iba a pasar. Que se calmara. Así que cerró los ojos y empezó a repetirse frases de reafirmación. Al cabo de un rato lo único que sintió fue que alguien le hablaba. Ella tan solo se acomodó más bajo el edredón.

—Alana —repitió Rhys por cuarta vez—, necesito tomarte la temperatura.

—No quiero… —susurró sin abrir los ojos—. Tráeme otra frazada, por favor.

Ella se mantuvo oculta de pies a cabeza. Seguía tiritando.

—No, belleza, son las siete de la mañana —dijo él ocultando su preocupación—. Yo pensé que estabas tardando en elegir los zapatos, pero no creí que te encontraría todavía en cama y con fiebre. Venga, colabora un poco —pidió.

—Rhys, me siento fatal… Y siento mucho frío —murmuró.

—Lo sé —contestó, mientras con suavidad le empezaba a quitar el edredón para descubrirle el rostro. Esta vez, Alana no protestó—. Por eso necesito saber cuánto tienes de fiebre y llamar a un médico para que venga a revisarte y te medique.

—Estoy horrible, no me mires.

Rhys no pudo evitar soltar una risa queda.

—Alana, podrías estar en harapos, con el cabello hecho un desastre y con rastros de comida en la ropa, en lugar de tu natural estilo impecable, me seguirías pareciendo la mujer más guapa que he conocido —confesó con sinceridad y sosteniéndole la mejilla con la mano. Ella hizo una mueca—. Ahora, colabora. ¿Sí?

—Tengo que llamar a la oficina. Hay un asunto que…

—Me encargaré de todo —dijo agarrando el estuche del termómetro que había ido a buscar apenas la vio en la cama y fue a tocar su frente—. Abre la boca.

Rhys se sentó en el colchón junto a ella y esperó pacientemente. Podía entender el estado de vulnerabilidad en el que Alana se encontraba, así como también que no le agradara depender de otras personas, porque era una mujer independiente.

Ella se quitó el termómetro cuando fue el momento.

—Oh, demonios… —farfulló Alana, resignada—. Treinta y ocho y medio…

—Voy a llamar al doctor Meadows —dijo Rhys, dejando el termómetro en su sitio y agarrando el móvil. Estuvo hablando con el médico un par de minutos y cerró.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida…? —preguntó Alana con debilidad.

Rhys soltó una carcajada.

—Vaya, Alana Pemberton, no conocía tu vena dramática —replicó él.

Hizo una pausa para llamar a su asistente y darle instrucciones rápidas sobre el día de oficina, al ser viernes era fácil reprogramar algunos detalles. Aparte le ordenó que se comunicara con la firma de abogados y resolviera el asunto para que Alana no tuviera problemas, y que les dijera que por orden médica se reincorporaría el lunes.

—Me siento fatal, pero sí puedo ir a la oficina —murmuró.

—Lo dudo, belleza —dijo Rhys, mientras se quitaba la chaqueta, la corbata, los gemelos de oro, se remangaba la camisa, y dejaba todo sobre una butaca que estaba en la habitación—. El doctor ha dicho que máximo en cuarenta y ocho horas, quizá menos, estarás mucho mejor. Que no es algo grave, menos mal, sino un virus que está en el ambiente. Te recetó ibuprofeno para el dolor y la fiebre. Pero no puedo darte ninguna medicación si tienes el estómago vacío. Así que voy a preparar algo…

Ella cerró los ojos. Solo quería dormir y que le diera más frazadas.

—Dame otra colcha o sábana, por favor.

—No, eso va a aumentar la fiebre y la idea es que tu cuerpo esté menos caliente —contestó—. Por ahora quédate en la cama tranquila. Con el ibuprofeno mejorarás.

—¿Por qué te quitaste la chaqueta…?

Rhys le acomodó los cabellos y le acarició la mejilla.

—Alana, bajo ninguna circunstancia voy a dejarte aquí tirada, mientras estás enferma. Además, hoy tenía previsto que fuéramos, después de la jornada de trabajo, a un resort nuevo que inauguré hace cinco meses en las afueras de Boston; así que le di el fin de semana libre a los que trabajan aquí en la casa —contestó—. No iré a la oficina. Así de simple. Soy el jefe, ¿acaso no tengo la potestad de hacer lo que quiera?

Ella frunció el ceño.

—Ya me pondré mejor… —farfulló tratando de incorporarse, pero falló, así que se dejó caer de nuevo como peso muerto sobre el colchón—. Ve a la oficina, Rhys. Y por la comida, no te preocupes, yo puedo pedir UberEats o…

Él extendió el dedo y lo posó sobre los labios de Alana e hizo una negación.

—Voy a prepararte algo para comer, desayunamos aquí y luego te daré la medicación —expresó tomando el mando como era su naturaleza—. Sé que te gustan los *pancakes* con sirope de maple y tocino ahumado. ¿Prefieres té o café, belleza?

—La verdad es que no tengo apetito, pero aprecio muchísimo lo que estás haciendo. No hacía falta y… Gracias —susurró y de repente le dieron ganas de llorar. «¿Qué carajos, Alana?»—. Todo lo que propones me parece delicioso, Rhys…

Él le hizo un guiño y desapareció escaleras abajo.



Rhys, después de desayunar con Alana, esperó a que la primera dosis del ibuprofeno hiciera efecto. Le controló la temperatura, pero la dejó dormir la mayor parte del tiempo. Él se acostó a su lado, con el ordenador sobre las piernas, respondiendo correos urgentes —que no podía delegar a nadie— a la par de estar pendiente de lo que Alana necesitara. Poco a poco, notó que dejó de tener escalofríos y menos mal también comió el consomé de pollo que él preparó. Cuando Rhys vivía con sus padres, al estar Mildred en dos empleos, Thomas enfermo y Craig en la escuela, a veces le tocaba hacer de comer para todos. Con el paso del tiempo, le tomó el gusto a la cocina, solo que ahora —con dos grandes corporaciones por dirigir— casi no tenía oportunidad de tener un instante para practicar de nuevo las viejas recetas.

Después de la segunda dosis de la medicación, Alana pareció mejorar, pero le comentó que todavía se sentía débil y que prefería quedarse en la cama. Él le propuso alistarle un baño tibio en la tina, para que se relajara y también ayudar a que la temperatura se

mantuviera estable, porque si permanecía en la cama no recuperaría el ánimo. Ella le dijo que lo último que le apetecía era moverse. Y eso fue todo lo que Rhys necesitó para dejar de lado el ordenador. La ayudó a incorporarse de la cama y la llevó hasta el cuarto de baño. Alana lo contempló con algo que él no lograba descifrar, pero solo le importaba que ella estuviera bien. Poco a poco, la desnudó. No fue un gesto sexual ni erótico. Lo hizo con cuidado y besó con dulzura —o lo que era para Rhys lo más parecido a ello— la mejilla de Alana antes de ayudarla a acomodarse.

—¿Está bien la temperatura? —preguntó apoyando la cadera contra el mesón de mármol en el que reposaba un gran espejo—. Sé que te gusta la vainilla. Mi asistente no encontró esencia de peras, así que espero que te relajes de todos modos.

—Sí —suspiró con suavidad—, me siento más aliviada.

—¿Pasaron las náuseas? —preguntó acercándose y agarrando la botella de champú. Ella hizo un asentimiento—. Me alegro de que haya sido así. El doctor dijo que tienes suerte de que no te ocurriera lo que a otros pacientes que han caído bajo el mismo y extraño virus. Ya sabes —dijo aplicándole el líquido en la cabeza—, dolores estomacales y diarrea. Así que intenta mirar el lado positivo de este asunto.

—Tengo a un hombre guapísimo cuidándome, ¿qué más podría pedir? —preguntó, ya de mejor ánimo, esbozando una sonrisa. Aún tenía ganas de dormir.

Rhys sonrió y se sentó en el borde de la tina de baño.

—Mira, es un *plus* —replicó él—. Jamás he lavado el cabello a ninguna mujer, así que debes decirme con exactitud si lo hago bien o si estoy creando un desastre.

—No estás creando un desastre… —murmuró cerrando los ojos—. Además, la manera en que masajeas mi cabeza me alivia muchísimo. Eres un inesperado, pero muy dulce cuidador —dijo, mientras él continuaba moviendo los dedos suavemente.

Pasaron varios minutos en silencio. Alana se incorporó con ayuda de él, y se enjuagó el champú. Cuando él le pidió que se quedara cerca del borde para enjabonar su cuerpo, ella accedió. Los movimientos de Rhys eran reverentes y cuidadosos con ella. Una vez

que estuvo lista, él la secó con una toalla grande. Al terminar, Alana se cepilló los dientes, se puso la ropa que Rhys había sacado del clóset y volvió a la cama.

Al caer la noche, él bajó los platos que usaron para cenar. Fue algo ligero y rápido de hacer: lasaña de carne. Después comprobó rápidamente unos asuntos financieros y se duchó para dormir. Le gustó ver, al regresar a la habitación, que Alana tenía mejor semblante. Comprobó la temperatura y por ahora estaba «normal», pero el doctor había recomendado tres dosis de ibuprofeno, por dos días, cada ocho horas.

Rhys recordó los tiempos en que él tenía que tender su propia cama, mientras hacía precisamente eso en la mansión: cambiar las sábanas. Le permitió a Alana que solo pusiera los protectores de las almohadas. No, ella no estaba desvalida ni había caído enferma con una condición mortal, pero Rhys se dio cuenta de que le gustaba cuidarla. Esto resultaba una completa novedad para él. Finalmente, se acostaron.

Las luces encendidas solo eran las pequeñas lámparas de las mesitas de noche.

—Ingrid tiene suerte de que seas su hermano —dijo Alana con suavidad.

Ambos estaban apoyados en sus costados, y así podían mirarse y hablar.

—Sería interesante escuchar la opinión de ella al respecto —replicó sonriendo.

—Yo… No sé qué tanto hayas investigado sobre mí —comentó Alana—, pero tenía un hermano gemelo. Se llamaba Rochester. Nos adorábamos y peleábamos a morir —sonrió con pesar al recordar lo poco que quedaba en su memoria de aquellos años—. Yo hubiera hecho cualquier cosa por él, así como tú lo hiciste por Ingrid. Pero el día en que falleció Rochester fue imposible encontrarlo a tiempo. Estábamos esquiando y una avalancha arrasó los alrededores, en Aspen, donde nos encontrábamos. A mí me rescataron rápido, pero a él lo hallaron un día después…

—Lo siento mucho, Alana —murmuró con sinceridad. Le acarició la mejilla —. Supongo que casi todos somos proclives a defender a

nuestra familia a toda costa. A hacer por ellos lo que sea, aun si implica ponernos en riesgo o tomar medidas complicadas. Aunque nuestra propia sangre pueda defraudarnos, lo justo es ayudar.

—¿Te han defraudado en tu familia…? —se atrevió a preguntar.

Por un instante, los dedos de Rhys permitieron que los de Alana los acariciaran distraídamente. Luego los entrelazaron. Aquellos pequeños gestos decían mucho.

—Sí —confesó al cabo de un rato—. Mi padre le fue infiel a mi madre. Ella lo sabía, pero, aun así, luchó con todo lo que tuvo al alcance para ayudarlo a salir de su enfermedad. Mi padre necesitaba un trasplante de riñón para sobrevivir, así que el dinero apenas nos alcanzaba. Yo trabajaba de camarero y también en otros asuntos de los que no me siento orgulloso, pero, una vez más, mi único enfoque era mi padre.

—Tu madre fue muy cálida conmigo cuando la conocí la semana pasada, después de que nos invitara a comer con ella —murmuró—. Se notaba claramente el cariño y la devoción que siente por ti y por Craig. Asumo que es igual con Ingrid.

Rhys hizo una mueca parecida a un disgusto.

Alana frunció el ceño pensando que había dicho algo mal.

—Ingrid es mi medio hermana —confesó él—. Ella fue el resultado de la infidelidad de mi padre. Sin embargo, una vez más, seguía siendo mi sangre. Así que cuando descubrimos su existencia, tanto Craig como yo decidimos que jamás la llamaríamos hermanastra, sino nuestra hermana. Punto. A mamá le tomó un poco más de trabajo asimilar la situación, pero su corazón es generoso y la quiere mucho.

—Te has sacrificado mucho por tu familia. ¿Qué pasó con tu padre?

—Falleció años atrás —dijo Rhys—. A veces siento que las decisiones que tomé, quizá imprudentes, estúpidas o desesperadas inclusive, fueron las únicas que encontré para intentar salvar su vida y que entrara en los primeros lugares de recepción de donantes de riñón. Vivir en los barrios bajos de Boston te enseña muchas lecciones, Alana. La mayoría son crudas, complicadas y también dolorosas.

Ella se acercó un poco más, hasta apoyar su cabeza en el brazo de Rhys.

Lo miró con cariño y empatía.

—Lo que sea que hayas hecho o elegido ya es parte del pasado, y no es posible cambiarlo —comentó—. Lo que de verdad cuenta es que cambiaste tu vida. Mira lo que ahora posees, el éxito que te arropa donde vayas y cómo continúas expandiéndote. No solo eso, todo lo que haces —como acabas de decir— es por tu familia. Llevas toda una vida preocupándote por las mejores opciones, a pesar de lo que eso pudiera implicar para ti, a favor de las personas que comparten tu ADN.

Él no iba a ahondar en esos detalles. «¿Cómo le explicaría que esas opciones incluyeron matar a dieciocho personas a cambio de dinero? ¿Cómo le explicaría que la primera chica de la que se enamoró era una furcia y fue, además, quien marcó su concepto de desapego con las mujeres? Y, la mejor parte, ¿cómo le explicaría que él apretó el gatillo para volarle los sesos, porque así evitó una muerte agónica, pero merecida y encargada por el mismísimo capo de la mafia irlandesa?». Solo la miró.

—No tengo atributos redimibles, Alana —dijo.

Ella elevó el rostro y le dedicó una sonrisa luminosa.

—Eres una amalgama de elementos complejos y otros que no lo son tanto, pero es lo que te convierte en el hombre que eres —expresó—. La gente murmura sobre lo imposible que es encontrar algo sobre ti en redes sociales o en la prensa de años pasados, más allá de que surgiste de inicios humildes y te has convertido en un respetado hombre de negocios. Y yo creo que todos tienen derecho a un pasado, es lo natural y humano, así como también lo es no querer hablarlo. Mírate con menos dureza, Rhys. A veces, creo que te exiges demasiado en el afán de no perder el control.

Él sonrió de medio lado. Necesitaba cambiar el tema.

—Si no lo hubiera hecho hoy, por ejemplo, habrías ido a la oficina enferma.

—Estoy tratando de resolver algo importante y requiere tiempo, así que estar en cama, enferma, me quita la posibilidad de gestionar en la oficina con eficiencia.

—Ah, entonces el tema del control es algo que compartimos también, ¿eh?

—Bajo motivos y circunstancias distintas, sí, señor Callahan.

Ella esbozó una sonrisa. Luego miró el reloj. Nueve de la noche.

Él notó hacia dónde se dirigía la mirada de Alana. Sin decir más, se apartó y fue a por un vaso de agua. Después regresó con la dosis nocturna de ibuprofeno. Ella le agradeció y tomó la medicación. Pronto empezó a sentir sueño, pero no quería dormir lejos de Rhys, y así se lo hizo saber. Así que él la tomó en brazos, apegándola a su cuerpo y apagó las luces. Ambos cerraron los ojos, pero Alana se quedó pensativa.

Ese día, en su peor estado físico, con un humor insoportable, desarreglada, nada sexy o seductora, con el cabello sin aplicar los productos que le daban más brillo, con fiebre, quejumbrosa y usando una camiseta de Rhys —porque le pareció más cómoda que su propia ropa—, él la había cuidado. No le importó su aspecto físico, ni lo que estaba usando, tampoco si llevaba el cabello suelto o recogido en una coleta mal hecha o si comía muy rápido o muy lento. Lo único que le importó a Rhys fue su salud y comodidad. ¡Dejó de ir a la oficina por ella! ¡Le cocinó! Este era definitivamente un hombre muy distinto al que retrataban otras personas, y sí, esta versión de Rhys Callahan, la que solo veía a Alana por quien era y la atendía como si fuese una princesa en problemas —aunque él no era príncipe azul, sino uno con matices claroscuros—, era la que le había quitado la última capa que cubría sus ojos.

La venda no estaba más, porque la certeza de lo que había en su corazón era inequívoca. En algún punto del camino juntos, sin importar cómo empezó, Alana acababa de darse cuenta —mientras él la sostenía entre sus brazos como si estos fuesen dos sólidos escudos que la resguardaban del mal que existía en el mundo— que estaba enamorada de Rhys. No era ningún problema sentir algo tan profundo por él, pero sí lo era el hecho de que el día lunes el contrato entre ambos se acababa.

Un contrato que para Alana ya no tenía importancia.

Un hombre al que calificaban como egoísta e indiferente había hecho todo lo posible por cuidarla, con detalles tan considerados que

no encajaban con alguien que solo sintiera lujuria o deseo. ¡Le cocinó, por todos los cielos! La ayudó a bañarse con tanto mimo que ella se emocionó. Después de escucharlo hablar sobre Thomas, la vida complicada que llevó de joven para ayudar en casa y los sacrificios por su familia, sabía que Rhys no se esforzaría —como lo hizo con ella— por nadie ajeno a su círculo más íntimo. De hecho, él pudo contratar una enfermera y desentenderse. En cambio, modificó su agenda de trabajo y gestionó todo con el fin de quedarse a su lado y no dejarla sola, aunque Alana hubiera insistido en que todo iría bien. Rhys era la clase de pareja que, sin necesidad de explicaciones, parecía saber siempre qué necesitaba ella.

El universo le había enviado a alguien que, en esas semanas intensas, se había vuelto su complemento perfecto. Sin importar la lista de cualidades que ella hubiera imaginado alguna vez sobre el hombre ideal, Rhys estaba hecho a su medida. «¿Cómo iba a asumir una emoción tan inmensa?», se preguntó, con una mezcla de sensaciones que jamás había experimentado. Solo esperaba que llegara el momento de sincerarse con él y, quizá, tener la suerte de ser correspondida. Intuía, sin miedo a equivocarse, que Rhys también sentía algo por ella. La lujuria era demasiado terrenal para explicar todo aquello, y solo había una palabra para nombrar lo que ella sentía: amor.

Ella estaba dispuesta a confrontarlo y no iba a permitir que le mintiera. No podía exigirle que estuviera a su lado o que considerara continuar la relación juntos, pero sí que le dijera la verdad, mirándolo a los ojos, así como se miraban cuando se fundían sus cuerpos en la más perfecta sensación de éxtasis que ella hubiera experimentado. Soltó un suave suspiro y, con esa certeza que daba el amor, se durmió.



El sábado, Rhys atendió a Alana de la misma forma que lo hizo el día anterior. Le gustó ver que ella, al atardecer, ya estaba recuperada por completo. Y ahora, según acababa de decirle, iba a agradecerle

por sus cuidados de esos dos días, preparándole uno de los postres que era su especialidad: Panna Cotta con coulis de frutos rojos. Así que ahí estaban los dos, en la cocina de la mansión, conversando, mientras ella empezaba a mezclar los ingredientes e iba diciéndole el proceso que estaba aplicando. Aunque él sabía poco de postres, le encantó escuchar la pasión con la que hablaba. Y verla en su cocina, tan cómoda como si ya formara parte natural de su vida diaria, agitó en Rhys una necesidad intensa de mantenerla a su lado. Aun si no la merecía.

Esa mañana, después de ducharse juntos y darse placer con una pasión lenta e intensa, él volvió a llevarle el desayuno a la cama. Y continuó hablándole todo sobre su vida, menos aquellos episodios que formaban parte de la sombra de su pasado; la interacción con sus padres, la decepción con Thomas, la suerte de haber obtenido una beca para la universidad, lo complejo que resultó empezar sus primeros pasos para abrir lo que fue su primer negocio. Le habló de las trabas que encontraba a diario, porque era un «don nadie» en una ciudad altamente competitiva, pero se abrió paso a punta de constancia, determinación y una voluntad de acero. También le mencionó lo agradecido que estaba con ella por continuar ayudando a Ingrid, a pesar de que su hermana ya había encontrado el camino para seguir forjando amistades y entrando en los ámbitos que le interesaban. Alana le había dicho que si Ingrid llegaba a necesitar su ayuda, en cualquier momento, siempre podría recurrir a ella sin ninguna duda.

Pero Alana también se abrió a él, le dejó comprender la falsedad de una vida que procuraba dar una imagen perfecta como si el dinero y los privilegios dieran la felicidad absoluta, pero en lo más privado de ese ámbito elitista era un círculo de víboras. Le habló de algunos casos horribles sobre la clase de maldades que solían ocurrir con tal de desprestigiar a unos y otros, así que por eso ella trataba de llevarse bien y fingir que no tenía problemas con nadie. Porque de ese modo evitaba enemigos innecesarios, aunque a la par eso también le generaba envidias constantes que resultaban una molestia. Le habló de su padre, Darren, y le confesó que él era la figura importante en su vida. Que su madre, Sandy, en cambio era

bastante complicada y esnob y por eso Alana prefería mantenerse distante. También le comentó que, desde que se supo que estaba comprometida con él, Sandy le dijo que tenía que compensarla por hacerla pasar un mal rato al ser Rhys una persona fuera del circuito selecto de Boston y que le daba igual si la fortuna de él superaba a la de muchos multimillonarios. Y que la forma en que podía compensarla, para ganarse su perdón, era que recapacitara sobre su negativa a continuar asistiendo a eventos sociales como antes. Ante eso, Alana le había dicho a Sandy que si era ese el caso podía continuar resentida.

—¡Listo, ya está terminado! —dijo ella partiendo una porción y llevándosela a Rhys. La dejó sobre la mesa, pero él tomó a Alana de la cintura y la sentó sobre sus piernas—. Hey, no era parte del plan que secuestraras al chef repostero de este modo.

Él esbozó una sonrisa amplia.

—Recuerda que mañana iremos a caminar por el jardín Arboreto Arnold y luego hay una cafetería en Jamaica Plain que probé el otro día, a varias cuadras de la casa de mi madre, y creo que el café que venden es fantástico —comentó—. ¿Vale?

Ella hizo un asentimiento. Le gustaba esta nueva sensación de pertenencia con Rhys. Lo veía desde un ángulo más cercano, considerado, aunque su esencia era igual. No pretendía cambiarlo. Lo amaba tal y como era, y solo deseaba poder conocer más aspectos de los que ya había visto de él. Anhelaba que todo saliera bien entre ellos.

—Gracias por recordar que me encanta la naturaleza y ese es uno de mis sitios preferidos para deambular y desestresarme —dijo con dulzura—. Lamento haber sido una paciente un poco quejica al inicio, pero quiero que sepas que aprecio esos detalles que tuviste conmigo. La forma en que me cuidaste. Eres especial, Rhys Callahan.

—Me alegra saber que estás perfecta de salud —expresó él mirándola. Las palabras de Alana calaron en Rhys, pues jamás nadie le había dicho que era especial de ninguna forma que no fuese vinculada al dinero o a su capacidad de gestionar amplios proyectos corporativos—. Así tengo de regreso a la Alana más sensata.

Ella se rio y le revolvió los cabellos, juguetona.

—Bueno, eso no hubiera sido posible sin un doctor honorario muy sexy que, además, tuvo la delicadeza de atenderme como si fuese su paciente favorita —replicó.

—Porque lo eres, Alana —dijo Rhys, sin querer ahondar en el verdadero significado que contenían las palabras. Y se guardó las ganas de decirle algo adicional.

La atrajo hacia él para besarla.

Fue un beso sensual, pero posesivo de un modo que mezclaba erotismo y lo escondido. Algo silencioso que se compartía en sus miradas, en el momento que sus cuerpos se volvían uno y gemían sus nombres. La saboreó con gusto y Alana tomó el mando del movimiento, la intensidad, y la forma en que se entrelazaban sus lenguas. La adrenalina empezó a fluir entre ambos como el combustible que sus torrentes sanguíneos necesitaban para incrementar las ansias de poseerse. Alana se acomodó y quedó a horcajadas sobre Rhys. El postre, olvidado por completo, porque había algo más delicioso que empezaba a fraguarse entre ambos. Alana enterró los dedos en los cabellos de Rhys, le encantaba hacerlo, gimiendo contra su boca, mientras las manos de él no se quedaban quietas. La acariciaba, la estrujaba y jugaba con los pezones, sobre la ropa, pellizcándolos, hasta que ella soltaba un gemido. Con la facilidad que poseía para llevarla en brazos, no tuvo problemas en incorporarse de la silla y sentarla sobre el mesón de la cocina. La parte que estaba limpia e intacta. Le quitó las bragas, pues ella solo tenía como prenda una camisa negra de él. Le abrió los botones con rapidez, dejándola desnuda, y procedió a devorar el postre que de verdad deseaba.

Entre jadeos, gemidos y caricias que afianzaban las huellas, el aroma y las emociones más profundas del uno en el otro, Alana llegó al orgasmo. Pero no se quedó quieta, en su desnudez, bajó del mesón, le quitó los pantalones y el bóxer a Rhys, y le devolvió el favor, mientras su lengua se deslizaba sobre el miembro grueso, lo succionaba y, a la par, le agarraba las nalgas —clavándole las uñas— con ímpetu. Lo escuchó gruñir, tirar de sus cabellos y luego soltar un gemido de abandono total.

Al cabo de pocos segundos, Rhys la agarró de los brazos para que se levantara.

—Eso fue fabuloso, señorita Pemberton —dijo él dándole un azote en el trasero, para luego inclinarse y morderle un pezón—. Ahora que hemos comprobado que estás en perfecto estado de salud —agarró el plato del postre— me gustaría probar ese plato que has preparado, pero solo lo podré hacer contigo en la cama.

Ella continuaba sonrojándose, porque con él eso era inevitable.

—¿Es así…? —preguntó mirándolo.

Rhys le hizo un guiño.

—Sí, pero creo que subir las escaleras nos hará perder el tiempo —dijo yendo hasta el sofá de la sala—. Acuéstate y separa esos muslos magníficos para mí, Alana.

—Rhys… —expresó con una sonrisa y los ojos brillantes de amor y deseo.

—Abre más… Sí, mira qué coño tan bonito —expresó untando la salsa rojiza, el coulis de frutos rojos, que llevaba el Panna Cotta, en la vulva de Alana. Dejando que el líquido se dirigiera más hacia el sur, en donde estaban los labios íntimos.

Ella respiraba agitadamente.

—Se manchará el sofá —murmuró con un gemido cuando él la lamió.

—Compraré todos los que hagan falta si el resultado es escucharte derretirte de deseo entre mis brazos y, principalmente —dijo dándole otro lametazo— con mi lengua—. Sin duda, preciosa Alana, este es el mejor postre que he probado nunca.



Con Alana dormida entre sus brazos, Rhys se dio cuenta de algo muy significativo. Tanto así que sintió que su mundo se sacudió por completo. Durante esos dos días juntos, mientras Rhys la cuidaba, había sucedido algo por demás importante. Sus manos, aquellas que quitaron al menos dieciocho vidas como sicario, no solo estaban hechas para matar y, ahora, para hacer incontable cantidad de

dinero, sino que habían ayudado a cuidar, proteger y sanar a Alana. Ella, sin saberlo, acababa de hacerle comprender que sus manos podían mejorar la vida, en lugar de destruirla. Pero lo más importante: entendió que su humanidad, aquella que Rhys creyó perdida hacía años, tan solo había estado escondida, latente, a la espera de que alguien como Alana llegara para sacarla a la luz de nuevo. Esta mujer, que ahora descansaba confiada y serena a su lado, lo había rescatado del foso de sombras grises en el que habitaba. Y eso solo podía suceder por una razón brutalmente reveladora: porque la amaba.

Así que necesitaba encontrar la manera de decírselo, pero antes tenía que hallar las palabras de hablarle sobre su pasado con Vipers Reign. Quería ser completamente sincero con ella y para ello tenía que planear bien cómo y dónde podrían abordar esa conversación tan trascendental. Si al saber la verdad, ella lo rechazaba, lo comprendería. No sabía si sería capaz de dejarla marchar, pero sí estaba seguro de que jamás intentaría de nuevo coercionarla ni chantajearla o utilizar manipulaciones. Si al final fracasaba, entonces acataría la voluntad de ella, aunque eso significara arrancar de su pecho lo que pensó que solo era un órgano funcional sin propósito más que mantenerlo vivo: su corazón. Ese que jamás se lo había entregado a nadie, porque ninguna mujer lo mereció. Ninguna lo suficientemente importante. Solo Alana.

Él no quería dilatar la conversación con ella. Así que el plan del siguiente día le parecía perfecto para hablar, mientras caminaban por el parque y no había testigos o posibles interrupciones. No quería que fuese en su casa o la de ella, porque la necesidad de besarla o hacerle el amor sería más fuerte que la intención de tocar un tema tan importante y que con seguridad cambiaría para siempre la realidad de ambos.



El domingo amaneció con el cielo lleno de nubarrones. Rhys debió considerarlo un presagio, pero no creía en esa clase de tonterías.

Alana se había marchado temprano, porque necesitaba su portátil para enviar un documento del trabajo y no quería postergarlo hasta el lunes. Para Rhys dejarla ir le resultó más difícil que otras veces. Ahora que sabía lo que sentía por ella, la intensidad del fuego que ardía entre ambos era más potente; los consumía y, a la vez, los empujaba a desear mucho más del otro.

A las once de la mañana, él aparcó fuera de la casa en Back Bay.

La llamó y le envió mensajes de texto, pero Alana no le respondió, lo cual era extraño. Primero, porque ella era muy puntual. Segundo, porque si no respondía sus llamadas, le enviaba un mensaje de texto. Esta vez no hizo ninguna de las dos cosas. Habían acordado que él pasaría a por ella para ir a Arboreto Arnold, así que no era normal que dejara de responderle o que no estuviera lista para salir. Bajó del coche y llamó a la puerta. Alana le había dado una copia de la llave de la casa, así como él le dio la suya, así que entró. Fue a la habitación principal, pero ella no estaba en ningún lado. Regresó al coche y tamborileó los dedos sobre el volante. ¿Y si le ocurrió algo?

Cuando empezaron a salir juntos como «prometidos», Rhys le había comentado a Alana que lo último que pretendía era controlarla, pero que, debido al alto perfil que ambos tenían, se sentiría más tranquilo si ella llevaba un rastreador en el teléfono. Se comprometió a no utilizarlo jamás, salvo en caso de emergencia. Ella, por supuesto, se debatió entre aceptarlo o no. Detestaba sentirse vigilada o controlada, pues suficiente experiencia había tenido con su madre que siempre quería meterse en sus asuntos. Sin embargo, como abogada estaba acostumbrada a evaluar riesgos y exposición pública, y no le costó reconocer y aceptar que estar vinculada a un hombre como Rhys la convertía en un blanco. Él no era alguien que generara «afectos» precisamente. En el mundo complejo en el que se desenvolvían ninguna medida de seguridad era paranoia, así que Alana le pidió unos días para analizar ese detalle que, al final, consideró que era más bien prudencia. Además, ella no tenía guardaespaldas —no por idiota, sino porque intentaba llevar una vida normal, aunque con todos los privilegios y fortuna que tenía, esa era solo la ilusión que se contaba—. Pero Rhys sí

tenía un equipo de seguridad, muy discreto y por eso ella no los notaba.

Él le había propuesto asignarle un guardaespaldas, y ella se negó, y consideró que el rastreador resultaba una alternativa menos invasiva. Obviamente, no aceptó sin condiciones. Si ella iba a llevar uno, él también. Lo planteó como un acuerdo recíproco entre dos personas expuestas, no una vigilancia unilateral. Alana no toleraba los desequilibrios de poder, ni en un juzgado ni en una relación, fuese falsa o real.

Rhys aceptó, quizá porque esa exigencia le confirmó, una vez más, que no trataba con una mujer que se dejara imponer; él respetaba eso. El rastreador podía encenderlo o apagarlo cuando quisiera. Al igual que ella. En esos casi dos meses, él jamás lo había utilizado con Alana. Sin embargo, cuando pasaron treinta minutos rogó que ella lo tuviera encendido. Soltó una exhalación al ver la dirección en el rastreador.

No era un destino común. De hecho, la zona no era muy buena.

«¿Qué estaba sucediendo? ¿Aquí era el sitio al que iba todos los domingos y se había olvidado de que quedaron para salir juntos?», se preguntó. La otra idea que surgió fue la posibilidad de que estuviera viéndose con otro hombre. Pero algo le gritaba que Alana era una mujer íntegra y que jamás incurriría en algo similar. «Claro, así como pensaste que era Sloane», le dijo una vocecita burlona. Rhys apretó los dientes. No, no quería pensar que la vida estaba jugándole una mala pasada de nuevo.

Puso en marcha el coche hacia el sitio en el que ella se encontraba.

Aunque le hubiera gustado no hacerlo, en especial cuando tocó el timbre del apartamento ubicado en un edificio en el centro de la ciudad. No era el área más segura, aunque tampoco la más peligrosa de Boston. Eso no cambiaba que se hubiera preocupado por el bienestar de Alana. ¿Los celos? Por supuesto, esa fue la segunda motivación que lo obligó a tomar la decisión de buscarla y enfrentarse a sus miedos.

Porque no quería repetir la historia.

Y no lo hizo.

La situación fue peor cuando se abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí, maldito asesino hijo de puta? —preguntó un hombre, envejecido, al que se suponía que Rhys había matado más de una década atrás.

CAPÍTULO 15

Alana terminó la partida de ajedrez con Aquiles. En esta ocasión, él ganó la segunda ronda. Ella hubiera querido quedarse un instante más, pero necesitaba primero pasar por la casa de Rhys con los documentos que habían llegado a su correo. Estaba muy emocionada ante la perspectiva de ver la expresión de él cuando le mostrara la sorpresa que había estado preparando desde hacía un tiempo. Pero también recordó que el domingo que no logró llegar a tiempo a casa de Aquiles —porque pasó en la playa con Rhys— le había prometido a su amigo que procuraría no perderse más domingos y que, si volvía a hacerlo, lo invitaría a comer su comida preferida en el restaurante que él eligiera. Aquiles no era dado a la bebida, sino al cigarrillo, pero lo había dejado unos meses atrás alegando que quería un estilo de vida más saludable.

—Me ha encantado pasar estas horas contigo —dijo el anciano dándole una palmadita en el hombro a Alana, cuando ella le comentó que tenía que marcharse—. Y quiero que me cuentes más sobre ese anillo que llevas y el hombre con el que te has comprometido. La cotilla de la vecina ha querido mostrarme las imágenes que salen en las revistas, pero le he dicho que si alguien va a contarme y enseñarme fotos tiene que ser la persona a quien le corresponde decidirlo: tú. Además, no quería sacar el tema a colación, porque sabes que no me gusta meterme en asuntos ajenos —sonrió.

Alana lo miró con candor. El hombre era una persona de pocas palabras, pero cuando decidía expresarse, lo hacía con claridad. Aquiles vivía al margen del mundo, porque decía que se contaminaba de la estupidez humana y prefería los libros de literatura o filosofía. No tenía redes sociales, no seguía la prensa del corazón, y las pocas veces que había oído hablar de su compromiso fue por comentarios sueltos de los vecinos del edificio, que sí devoraban esas revistas. Para él, ella solo era la muchacha que, años atrás, no lo había dejado morir en la calle. Alana nunca le

había mostrado una foto de Rhys, ni le había dicho su nombre. Su vínculo con Aquiles pertenecía a otra parte de su vida, una que mantenía lejos de los flashes y los apellidos. Quizá por eso sentía que su vínculo con él no solo era genuino, sino muy sincero.

—Aquiles, siempre tiene en mente algún tema político que quiere discutir —dijo riéndose—, así que considero más importante escuchar su forma de ver la vida que pensar en la mía. Pero le voy a mostrar una fotografía de mi prometido. Él es un hombre complejo, y excepcional a la par. No empezamos con buen pie, aunque ahora todo es muy diferente —expresó, mientras agarraba el bolso. Por las prisas apenas había visto el móvil y lo tenía en silencio. Frunció el ceño al ver llamadas perdidas de Rhys y mensajes de texto preguntándole si ya estaba lista para ir al parque. «Oh, lo olvidé por completo», pensó, apenada—. Deme un instante, justo me ha escrito y…

En ese momento llamaron a la puerta.

Aquiles frunció el ceño y le hizo un gesto a Alana para que esperara.

—No estoy esperando a nadie —farfulló, gruñón. No tenía amigos, porque la gente era un incordio, a su juicio, y prefería ayudar en el refugio de animales cercano.

—Quizá es Saphire —dijo Alana haciéndole un guiño—. Aún no me ha contado cómo le fue el otro día que aceptó ir con ella a tomar un café y pastelillos.

—Bah, cancelé de último minuto. Me dio pereza arreglarme —murmuró.

Ella soltó una risa franca. Y se sentó en el sofá a esperar que él atendiera. Luego se quedaría unos minutos más mostrándole un par de fotos y le hablaría de Rhys.

—Es incorregible —comentó de buen humor—. La próxima vez hablaré con Saphire para saber el día de su cita, vendré y me aseguraré de que usted no falte.

—Bah, muchacha —farfulló encaminándose hacia la puerta—. Tengo mejores cosas que hacer que escuchar las boberías de la energía y la astrología de esa loca.

—No está loca —sonrió la joven—, solo tiene otros temas de interés.

Aquiles se encogió de hombros.

—Si tú lo dices —expresó meneando la cabeza y giró la perilla plateada.

Aunque Alana no podía ver desde el sofá quién era la visita, sí notó cómo cambió la expresión del rostro de Aquiles. Un instante estaba sonriendo con ella, pero ahora parecía haber visto un fantasma. No solo eso, sino que parecía haberse transformado por completo. El anciano era gruñón, aunque amable, pero ahora lucía enfadado y con los puños de las manos tan apretados que los nudillos habían palidecido. Las palabras que escuchó la dejaron atónita. Se levantó para acercarse.

—¿Qué haces aquí, maldito asesino hijo de puta? —preguntó Aquiles. Su tono destilaba rabia y veneno—. Si has venido a terminar tu trabajo pierdes tu tiempo.

Cuando Alana vio quién era el visitante se quedó de piedra. El móvil casi se le resbala de la mano, así que lo guardó en el bolsillo trasero del jean. Ninguno de los dos hombres reparó en ella, porque parecían demasiado ocupados midiéndose con la mirada. La vibra que emanaban era como el viento que anunciaba una gran tormenta.

Alana se aclaró la garganta para romper la tensión.

—¿Rhys…? —preguntó ella mirándolo—. ¿Qué haces aquí? No entiendo.

—Tu rastreador —dijo él en tono cauto—. Lo tenías encendido. No estabas en tu casa. No respondías el teléfono. Me preocupé, porque habíamos quedado de salir juntos esta mañana. Así que seguí la señal de este lugar… ¿Estás bien? —indagó.

Alana frunció el ceño. Se había olvidado de que tenía la aplicación en el teléfono, y siempre estuvo encendido. Pero daba igual. Quería saber qué pasaba.

—Me olvidé que habíamos quedado hoy y estaba a punto de escribirte para comentártelo. Quizá fue todo lo ocurrido estos días… Pero, sí, estoy bien —dijo mirando cómo él parecía un lobo a punto de atacar, pero no a ella, sino a Aquiles. No lograba unir las piezas,

porque no había ningún sentido—. ¿Por qué no habría de estar bien? Si preguntas por el asunto del fin de semana, ya estoy mejor. Entonces…

—Este hombre, ¿de qué lo conoces? ¿Por qué estás aquí? —indagó Rhys. Procuró utilizar un tono gentil y controlar las ganas de gritarle que estaba junto a alguien que era tan peligroso como lo fue él en algún momento—. Cuéntame —pidió.

Ella lo miró con curiosidad. Era imposible que estuviera celoso de un anciano. Lo que existía era algo distinto. Alana empezó a preocuparse por este raro escenario.

—Aquiles es mi amigo, y aquí es donde vengo los domingos a jugar ajedrez o a pasar un rato conversando con él —dijo ella con suavidad. Luego se giró hacia el anciano que parecía petrificado y cabreado—. ¿Aquiles, por qué ha llamado asesino a Rhys? Creo que ha tenido una confusión… Quizá se parece a alguien que usted conoció, pero esa acusación no es justa —comentó con cautela. Aunque alguien viviera bajo las piedras, reconocería a uno de los empresarios más exitosos de Boston—. Él es Rhys Callahan, mi prometido, sobre el que estaba a punto de hablarle. Me vino a buscar, porque se preocupó por mí cuando no respondí el teléfono…

El anciano tenía la atención clavada en el umbral. Su rostro estaba pálido. Pero lo que en verdad preocupó a Alana fue el rostro de Rhys: como si hubiera visto un fantasma que había regresado para atormentarlo. Ella intentó hallar una explicación lógica, pero no existía ninguna. No había ninguna razón por la que ambos hombres, provenientes de mundos totalmente diferentes, pudieran conocerse. Aquiles era un hombre sencillo y que trabajó como empleado para tiendas de bajo impacto, y Rhys era un multimillonario que manejaba un imperio empresarial con mano de hierro.

Ella consideró que esto era un malentendido que se aclararía pronto. Pero su instinto de abogada, aquel que leía entre líneas y sabía leer las expresiones no verbales, le decía algo diferente: la situación iba mucho más allá de un simple encuentro entre desconocidos, porque la manera en que se miraban los dos hombres era casi asesina.

—El nombre de él no es Aquiles —dijo Rhys enfadado al no llevar su 9mm —. Sal de inmediato de este apartamento, Alana. Por tu propia seguridad —exigió con firmeza en un tono amable. No dejó traslucir su inquietud. Por dentro estaba viviendo una pesadilla: que Alana descubriera todo sobre su pasado de este modo. La posibilidad, que era algo inminente, lo destrozaba. No sabía cómo reaccionaría ella.

Para Rhys este escenario era bizarro.

Aquel rostro que había estudiado años atrás: el perfil, costumbres, horarios, vínculos, manías, rutas e inclusive lo que comía, pertenecía al hombre que él tenía en su registro de muertes, junto a tantas otras. Mark McDowell. Traidor de Vipers Reign.

Tres disparos. Porque fue su segundo sicariato, y Rhys todavía tenía que mejorar. Recordaba el techo de un edificio vetusto, inquieto, y a la vez determinado, mientras su equipo de visión nocturna y el rifle tenían el objetivo claro. La certeza absoluta de que había terminado el trabajo lo acompañó y así reportó a la mafia: el objetivo fue aniquilado. Sin embargo, décadas más tarde, el hijo de puta estaba frente a él, respirando, y lo peor de todo es que a su lado estaba la mujer que Rhys amaba.

«Si los malditos muertos no regresan de la tumba, ¿por qué mierda este sí? Coño.» No podía creer que el jodido pasado que creyó que le había robado su humanidad, ese pasado que pesaba y pesaría siempre en su conciencia, ahora estaba de regreso para arruinar su presente, así como el arduo camino de esta nueva vida.

Ella se frotó las sienes. No comprendía nada. Le parecía todo inconexo.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Estoy confundida con todo esto —replicó mirando primero a Rhys y luego a Aquiles—. He venido aquí desde hace más de una década. Todos los domingos que he podido. Obviamente sé que se llama Aquiles Hannigan. No estoy en peligro. Por favor, explíquenme uno de ustedes de qué va todo esto.

Finalmente, el anciano señaló a Rhys que continuaba en el umbral. La postura del magnate era la de un guerrero a punto de cortar la cabeza al que tuviera enfrente.

—Así que ese es tu prometido —comentó Aquiles riéndose con ironía.

—Sí, y no sé por qué se ríe… —susurró Alana—. ¿De qué lo conoce? ¡Qué pasa! No puede quedarse en silencio y reírse, acusar a alguien, y luego no explicarme.

—Dile tu verdadera identidad, hijo de puta —exhortó Rhys entrando con rapidez al apartamento, agarrando a Alana de la cintura para sacarla de ese sitio. Tomada por sorpresa, ella no reaccionó y se quedó junto al hombre que ese fin de semana le había demostrado tanto sin decírselo en palabras—. ¡Empieza a hablar!

El anciano se cruzó de brazos. Sabía que no porque tuviera un arma o careciera de ella podría contar con ventaja. Existía una diferencia de edad y fuerza más que obvia y notable. Además, la fama de Callahan lo precedería siempre: el hombre era letal con un arma, rápido, pero también sabía atacar cuerpo a cuerpo y matar sin dudar. No tenía registros o conocimiento —no le importaba— de que fuese verdad o leyenda urbana. Lo anterior no borraba la reputación de cuando pertenecía a Vipers Reign.

—Si hubiera sabido que eras el hombre con el que esta jovencita pretende casarse, ya habría hallado la forma de que te mandaran al otro mundo. Degollado, preferiblemente —expresó el anciano, ignorando el grito horrorizado de Alana.

—Mala suerte. Dile quién eres, dile la verdad —ordenó Rhys—. Aunque ya no trabaje en aquellos ambientes desde hace años, mis conexiones tienen un amplio alcance. Sin importar qué ocurra, a partir de hoy tienes una diana en la nuca. Ten cuidado. Si por alguna razón vuelves a hablar, contactar o pensar siquiera en Alana, me encargaré de que el trabajo que no se concluyó años atrás, esta vez sí tenga éxito.

—¿Lo harás tú? Porque sería un honor —dijo el anciano burlonamente.

El multimillonario optó por cambiar de óptica. No quería ahondar en el tema que el imbécil anciano acababa de sacar a colación. Prefería hacerlo después. Si es que Alana le ofrecía la opción, si es que, luego de este puto día, quería volver a verlo.

—Dile tu identidad, si quieres continuar vivo mañana —insistió Rhys.

El anciano hizo una mueca y le dedicó su atención a la mujer de ojos azules.

—Mi nombre no es Aquiles —dijo con frialdad. Alana abrió y cerró la boca, incrédula. No salían palabras de su garganta—. Aquel día que me encontraste en el callejón me habían disparado, porque había una consigna para matarme. Mi intención era apartarme de Vipers Reign, la mafia irlandesa que está en South Boston, y abrir mi propio centro de distribución en alianza con los italianos. El capo de la mafia irlandesa se enteró y envió a un sicario a liquidarme. Pero ese sicario, todavía novato —relató, mirando a Rhys con una mezcla de burla y odio—, no acertó con el primer disparo. Al tercero me dio por muerto y se largó. Luego de unos meses supe su identidad. El sicario se volvió eficiente y una sombra en la ciudad. Cuando me llevaste a la clínica, el médico me reconoció. Los narcotraficantes solemos ser conocidos cuando existen «urgencias médicas», así que lo obligué a que corroborara que yo tenía amnesia. Nunca la he tenido —continuó con voz monótona, casi aburrida—. Solo me he estado escondiendo del radar para continuar vivo. Has sido una excelente compañía, jovencita, y lamento que te hayas enterado de este modo. Pero soy quien soy: Mark McDowell, ex integrante de Vipers Reign, narcotraficante retirado —se rio por la estúpida ironía del título—, y tu prometido es nada más y nada menos que un sicario, también retirado supongo —se carcajeó con malicia— de la mafia irlandesa.

Alana miró al anciano como si fuese la primera vez. En cierto modo así era.

Pensó en todos esos años, en cada domingo y su compromiso de acompañarlo. La creencia de que era un espacio que le permitía aislarse del mundo, porque tenía un amigo —entre los pocos que contaba— que solo la veía por quien era: Alana. Punto. Pensó también en las discusiones argumentadas, los casos legales sobre los que ella le hablaba, la tarde en que le habló de Rochester y las incontables ocasiones que Aquiles —o como se llamara— la había escuchado en silencio, como si le importara de verdad. Pero nada de

eso había sido real, al menos no para él. Porque ella sí consideró durante todo este tiempo que fue una amistad sincera. Ese hombre entrañable de humor negro, al que veía casi como un familiar, era un espejismo. Era un desconocido que había creado una narrativa para permitirle entrar en su vida, mientras mentía en cada palabra sobre su propia historia. Este era un trago amargo. Demasiado para digerir.

Alana sentía que le faltaba el aire. Su cuerpo empezó a temblar. Se abrazó a sí misma y elevó la mirada, con ojos llovidos y los nervios a flor de piel, hacia Rhys. Porque era este hombre, el que había logrado vencer sus inseguridades a punta de besos; el que la había hecho reír con sus ironías y afilados comentarios; el que la había sostenido entre sus brazos, mirándola, mientras entraba en ella; el que solo días atrás había empezado a hablarle de sí mismo, su historia, sus pensamientos, mostrándole un lado que mantenía guardado con hermetismo; el hombre que la había cuidado…

—Rhys… —dijo y detestó la falta de firmeza de su propia voz—. Dime que lo que acababa de contar Aquiles… Mark, o cualquiera que sea su nombre, es mentira.

El tono de Alana era la clase de súplica que surge de la devastación por la traición. En esta ocasión era en doble vía: Aquiles o Mark, el hombre a quien consideraba un anciano solitario, amable e inteligente, con quien había conversado tantas veces, reído y también llorado en alguna ocasión, no era más que una persona fingiendo ser otra. Acababa de confesar que era un criminal. Pero eso no era lo peor. Esa traición dolía menos que la acusación, que Rhys no negaba, que Mark acababa de lanzar contra él. Alana miró a los ojos que tantas veces le demostraron que entre los dos existía más que una aventura y que compartían algo profundo. Pero, en lugar de consternación o indignación de quien es acusado falsamente, encontró culpa. Sintió que se desmoronaba por dentro. El suelo, tan firme hasta esa mañana, se tambaleó.

Rhys extendió la mano, pero ella, instintivamente dio un paso a un costado.

Ese gesto fue para él como recibir una cuchillada.

—Sí, Rhys, dile que jamás fuiste parte de la mafia irlandesa y que jamás ejecutaste a sangre fría a varias personas por orden del capo.

Ah, no olvides también decirle que, según los rumores de hace años, le volaste los sesos a tu exnovia.

En ese momento, el multimillonario no logró contenerse. Le dio igual que Mark ahora fuese un puto anciano. Se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo que lo lanzó al piso. Alana soltó una exclamación, horrorizada, pero, aunque quería moverse, sus pies parecían estar anclados al suelo. Después, Rhys agarró la bolsa que ella había dejado dentro. Le dijo algo al anciano que Alana no alcanzó a escuchar y luego cerró la puerta del apartamento. Le entregó la bolsa, ella la agarró y le dio la espalda. En esta ocasión, menos mal, sus piernas decidieron funcionar. Alana salió del edificio.

Rhys la siguió con la misma rapidez y, antes de que ella llegara al coche, la sostuvo del codo para que lo mirara. Cuando lo hizo, él quiso ponerse de rodillas. La expresión de Alana no era de rabia ni enfado —que seguramente sentiría más adelante—, sino de un dolor que se reflejaba en las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Hubiera preferido en ese instante recibir un proyectil en el pecho que verla, por su maldita culpa, en ese estado. Intentó acercarse para abrazarla, pero ella negó.

—No… No me toques… —susurró, devastada—. ¿Es cierto…? ¿Es cierto, Rhys, que fuiste sicario? ¿Mataste personas por dinero…? —preguntó con miedo.

Él odió escuchar ese tono defraudado y traicionado en ella.

—Alana, por favor, hablemos de esto en otro lugar —pidió.

—Yo… —hizo una negación. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo en este instante me siento confundida, dolida y agobiada. Solo responde.

Rhys tragó saliva. No tenía ninguna respuesta ingeniosa. Estaba atrapado. Finalmente, pensó con ironía, el destino había decidido cobrar el precio de su pasado.

Él tomó una respiración profunda. La miró a los ojos.

—Sí… —murmuró—. Sí fui sicario, años atrás. Pero hubo una razón…

Alana abrió la puerta del coche. Tragó saliva. Estaba abrumada y muy dolida.

—No quiero escuchar razones. Por favor, no me hagas daño. No me busques —expresó. Luego se quitó el anillo y, al hacerlo, la mano le tembló ligeramente. El significado de ese diamante había ido cambiando desde su primer beso con Rhys. El anillo era la llave de su libertad, aunque ella nunca había sido cautiva. Qué irónico que, ahora que amaba a este hombre, quisiera serlo. Hubiera deseado ser cautiva de sus besos, sus palabras, su compañía, su amor… Pero la vida acababa de trazar otra línea de tiempo para ambos—. Nuestro acuerdo expira mañana. Todo ha terminado.

Rhys abrió la boca para defenderse, pero no existía defensa para la verdad de su pasado. Tampoco creía que más palabras fueran a quitar el peso de la realidad, al contrario, lo seguirían hundiendo. Le hubiera querido decir que no la iría a buscar, sin embargo, esa sería —con gran seguridad— una promesa que no sabría cómo cumplir.

Él cerró los dedos alrededor del anillo. Lo hizo con tanta fuerza, que estuvo seguro de que el diamante había cortado su mano y estaba sangrando. No le importó.

—No te haría daño, Alana. Jamás —atinó a decir, porque su garganta ardía y quemaba por dejar escapar una frase demasiado importante y que, bajo estas circunstancias, no se sintió con el derecho a pronunciarla. No cuando ella lo miraba, con esos preciosos ojos que Rhys adoraba, llenos de dolor por la revelación sobre él.

—Bien, espero que sea algo que puedas cumplir —murmuró.

—No voy a mentirte negando lo que fui… Sin embargo, ya no soy esa persona del pasado. Un pasado que no puedo cambiar —dijo él, devastado—. Lo que existe entre nosotros es lo único real y verdadero que he tenido. Lo siento, belleza…

Ella apretó los labios. Sentía un nudo en la garganta. Quería que alguien la sacudiera y la despertara, diciéndole que todo esto era en realidad solo una pesadilla.

Alana tragó saliva, mas no respondió al último comentario sobre «ellos».

—Adiós, Rhys… Yo creía que… —meneó la cabeza—. Adiós.

Ella entró al coche, cerró la puerta y salió del aparcamiento exterior.

Rhys la vio alejarse y, por primera vez en su vida, creyó que aquellas palabras que solían decir algunos sobre «sentir el corazón roto» no eran solo una metáfora.



Las dos semanas más atroces que recordaba haber vivido nunca. Así era como describía Alana el tiempo sin saber de Rhys, sin escuchar su voz o sentir sus brazos rodeándola. Se despertaba e iba a la oficina por simple inercia, pero también porque no iba a destrozar su carrera solo porque su corazón estuviera hecho trizas. Así que cumplía con sus responsabilidades: iba a las reuniones, tomaba notas, salía a hacer diligencias, firmaba lo que se requería y mantenía sus estándares de eficiencia. Por fuera nadie habría notado algo diferente en Alana, pues su «entrenamiento» social le servía para mantener la apariencia de que todo seguía perfecto. Aunque por dentro pareciera llevar piezas rotas que, si se movía demasiado, podrían chocar entre sí.

No dormía en el lado de la cama en el que solía acostarse Rhys, cuando se quedaba a pasar la noche, porque le dolía pensar en su ausencia. Los primeros días, las lágrimas la acompañaban como un elemento más en su rutina antes de dormir, solo que en este caso no existía confort alguno. Pero sacó fuerzas para sobreponerse, porque no le parecía justo consigo misma. Nunca creyó que pudiese enamorarse de la manera en que lo hizo con Rhys, menos aún que el hecho de que le hubiera ocultado algo tan importante pudiera doler tanto como su ausencia. Reconciliar la idea de que un asesino había logrado cautivarla hasta un punto sin retorno la dejaba contra las cuerdas. ¿Cómo encajaba un criminal en la vida de una abogada que defendía a la gente precisamente de quienes quebrantaban la ley? No sabía cómo convivir con esa contradicción, ni cómo empezar a ordenarla. Por eso su mente estaba tan agotada.

Cuando caminaba por la calle, la ciudad hervía a su alrededor con esa vitalidad indiferente de las grandes urbes, fieles a su rutina aunque miles de vidas cambiaran en cuestión de segundos. El rugido

de los cláxones, el vapor saliendo de las alcantarillas, los vendedores voceando sus ofertas, el taconeo apresurado de mil personas persiguiendo sus destinos, los grandes edificios llenos de ejecutivos, los pordioseros intentando ganarse unas monedas. Pero ese vibrante ir y venir de la vida, que no se detenía ante nada ni nadie, no aplicaba para ella. Se sentía como si fuese un reloj.

Su sistema interior funcionaba y lucía impecable, visto desde fuera, aunque por dentro el tiempo parecía haberse detenido. Los dos domingos, a la hora en que solía visitar a Aquiles o Mark, se quedaba mirando el techo de su habitación, pensando con tristeza cómo en un mismo día había perdido a Aquiles, el amigo que nunca existió, y a Rhys, el hombre que amaba pese a su pasado brutal. Esas mismas manos que la habían tocado con reverencia, dándole placer, habían acabado con la vida de otras personas. No importaba si fueron mafiosos, traidores, ladrones o lo que fuese.

No quería regresar a casa, porque necesitaba hablar con alguien que la entendiera desde el corazón y que, sin importar qué decisiones tomara, la amaría incondicionalmente. Así que esa noche, al salir de la oficina y considerando que Sandy estaba en Las Vegas con las amigas, condujo hasta la mansión en la que había crecido. De lo único que no lograría librarse era de la inauguración de una nueva exhibición en el acuario de Boston. Su madre la llamó durante un momento de debilidad —lo que se traducía en que no tenía ganas de discutir o argumentar con Sandy—, así que terminó aceptando acompañarla a ese evento que sería la siguiente noche. Al final, Alana no consideraba su asistencia algo tedioso, porque se trataba de animalitos.

Dejó las ventanillas del automóvil bajas para recibir el aire, porque quizá —si la naturaleza tenía poderes curativos— podría tener la suerte de que el viento se llevara un poco de su carga emocional. El ama de llaves le dijo en dónde podía encontrar a Darren: el invernadero. Este era uno de los sitios preferidos de padre e hija, porque compartían el gusto por la naturaleza y solían elegir cada verano una nueva planta o flor para cultivar y monitorearla. Uno de los pasatiempos del patriarca Pemberton consistía en cultivar orquídeas exóticas que importaba de diferentes países. Al escuchar

el sonido de la puerta de vidrio, el hombre —que estaba sentado en el pequeño espacio que había acondicionado para tomar té— elevó la mirada sonriendo.

—Hola, papá —dijo Alana y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó él de inmediato. Todo padre conocía a su hija—. Ven, siéntate junto a mí, y dime lo que está pasando por esa cabecita inquieta.

Ella sabía que con él no necesitaba máscaras. No necesitaba fingir. Así que cuando se sentó y apoyó el rostro sobre el hombro de Darren, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Incontenibles. Sintió los brazos frágiles, pero fuertes a la vez, que le transmitían la calma que había necesitado esas dos semanas infernales. No hubo palabras, sino que él le permitió que soltara todo lo que llevaba guardado. Tras un largo rato, entre sollozos, como si fuese una niña de ocho años y no una mujer de veintitantos, Alana se secó las lágrimas con el pañuelo de tela que le entregó su padre. Aceptó la taza de té caliente que le sirvió y luego bebió varios sorbitos del contenido.

Luego, paulatinamente, llegó la calma.

—¿Es alguien al que tenga que ir a amenazar por haber hecho llorar a mi niña?

Alana hizo una negación.

—Papá, el hombre con el que estoy prometida… Estaba… —susurró.

—Rhys Callahan, ¿verdad? —preguntó con serenidad. Ella hizo un asentimiento—. Me parece un hombre que tiene los suficientes cojones como para demostrar que te ama sin que tú te des cuenta. O si no, ya habrías venido antes.

Alana se sacudió la nariz. Hipó.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Ustedes no se conocen… —replicó.

—Fue a buscarme a la oficina hace unos ocho días. Rhys resultó ser alguien de pocas palabras y fue directo al tema principal. Me gustó que fuera así —dijo con su tono amable, mientras le daba una palmadita con cariño en la pierna. Alana se quedó de piedra—. Me contó la razón por la cual estuvieron comprometidos. Y también el

motivo de su separación. ¿Por qué no me lo contaste, pequeña? —preguntó.

Ella no lograba asimilar todo lo que su padre estaba diciéndole.

—Jamás pensé que él se atrevería a buscarte… Y mucho menos hablarte de que nuestro compromiso no era real o las razones que hubiesen detrás —confesó.

Darren bajó la cabeza con un toque de pesar.

—Lamento mucho que por mi culpa hayas tenido que ser parte de un chantaje… No sabía que mi enfermedad estaba creando tantos problemas. Pensé que todavía tenía las cosas bajo control. Y tú, Alana, pusiste tu carrera en la línea de fuego por culpa de un viejo que no sabe aceptar que ha llegado el momento de retirarse…

—Oh, papá —dijo sollozando y lo abrazó con fuerza—. Sé que eres un hombre íntegro y que amas el legado Pemberton, que te sientes orgulloso de llevar el apellido y continuar siendo el que dirige la parte que es más importante entre todas: el arte. Por ti estaba, estoy, dispuesta a todo. Has sido siempre mi pilar y mi apoyo.

—Me aflige que te hayas vinculado en este caos por mi culpa, hija —expresó el hombre con franqueza, y le apretó la mano con esa fuerza frágil que aún conservaba—. Ya empecé a poner las cosas en orden, pequeña. Dentro de unos meses anunciaré mi retiro y dejaré cada negocio en buenas manos, para que tú no tengas que cargar con lo que a mí me toca soltar. Bastante has hecho ya por este viejo terco.

Alana tomó la mano de su padre entre las suyas.

—No tienes que disculparte por tu enfermedad, y no hay nada que podamos hacer para retroceder el tiempo —sonrió con tristeza —. El legado de la familia continuará fuerte y firme. Sé que sabrás elegir a las personas idóneas para manejarlo.

—Gracias, querida hija —replicó—. ¿Qué vas a hacer con el joven Callahan?

Ella bajó la mirada. Se observó los dedos de la mano, en especial aquel en el que había llevado el anillo de diamante. Debido al sol aún tenía la huella en la piel.

—No lo sé… —elevó el rostro—. ¿Qué te dijo cuando fue a verte?

—Me habló de lo mucho que te admira, y de que entiende que su pasado mancillaría todo lo que tú representas —expresó Darren—. Me pidió que no permitiera que eligieras a cualquier estúpido como esposo, porque mereces a alguien capaz de entenderte y de retarte para sacar lo mejor de ti. ¿Y sabes qué fue lo que más me llamó la atención? Que me pidió disculpas. Luego me dio la mano y se marchó.

Alana tragó saliva y sintió los ojos llovidos.

—Fue un sicario, papá…

—Si no lo hubiera sido y si no te hubieses enterado al respecto, y yo te preguntara qué sientes por él, ¿qué me dirías, Alana? —preguntó con paciencia.

—Que lo amo, papá… —se limpió las lágrimas—. Pero no tengo idea de cómo conciliar la idea de que mató a otras personas por dinero. La parte moral y…

—Lani —interrumpió—. Hace muchos años tuvimos una conversación sobre Milla. La señora que trabajaba en esta casa y que tú creíste que había robado dinero. —Ella lo recordaba, claro. Asintió—. Piensa que Rhys es Milla. ¿Le diste la oportunidad de explicarte sus motivos? —Alana hizo una negación—. Mi consejo aquella vez, considerando que querías ser abogada, fue este: «Si la ofensa que cometen es muy grave, no te apresures a emitir un juicio: medítala. Pero siempre pregunta qué ocurrió para que esa persona haya llegado a cometer un delito.» Considéralo ahora.

—¡Rhys es un criminal! —exclamó poniéndose de pie.

Darren se cruzó de brazos y miró a su hija con cariño.

—Tus tatarabuelos eran contrabandistas de arte —replicó y luego se carcajeó al ver la expresión horrorizada de Alana—. Vamos, cariño. El mundo está lleno de sorpresas y no todos obtienen las cosas con trabajo honrado. No significa que esté correcto, sino que tuvieron motivos. Algunas de esas razones son comprensibles, otras, condenables. Así que depende del juicio de cada persona juzgar correctamente.

—Le dije que no quería saber nada de él… Que habíamos terminado.

—¿Te pidió que hablaran?

—No quise escucharlo… —replicó.

—No puedo decirte qué hacer, mi pequeña, solo que sigas tu corazón. No todo puede ser blanco o negro. Trabajas como abogada y ves cada día las injusticias que se cometen. Entonces, ¿por qué no escuchas lo que Rhys tiene que decir y luego tomas la decisión de darle una oportunidad o dejarlo para siempre? —preguntó.

—Él no me ha llamado, no me ha pedido ninguna oportunidad…

Darren esbozó una sonrisa de aquellas sabias; las que otorga el tiempo.

—¿Has pensado que quizá no se siente merecedor de esa oportunidad? ¿Has pensado que un hombre de negocios exitoso tiene una vida personal muy diferente?

—Me da la impresión de que te manipuló de alguna manera para que hables a favor de él —replicó ella con un toque de resentimiento en su voz—. ¿O no?

—Soy muchas cosas, pequeña, pero estúpido no es un adjetivo que me defina —dijo riéndose—. Si quieres de verdad cerrar este capítulo de tu vida vas a tener que hacerlo con la certeza de que conoces la versión de la historia completa. No a medias.

Alana soltó una exhalación.

—Lo mismo me dijo Taylor cuando le conté todo esto hace unos días… —farfulló al recordar la conversación, muy larga y con dos botellas de vino incluidas, que tuvo con su mejor amiga—. Si dos personas coinciden, entonces por algo será.

—Ven aquí, mi testaruda abogada —dijo incorporándose y abriendo los brazos para ella. Alana se levantó y se dejó envolver por la protección de su padre—. El pasado y el presente suelen colisionar. La diferencia está en si permites o no que esa parte que ya no forma parte de ti continúe definiéndote para bien o para mal.

—No sé qué haría sin ti, papá —replicó ella apartándose para mirarlo.

Él esbozó una sonrisa llena de cariño.

—Te las arreglarías muy bien, porque eres capaz e inteligente, mi amada Lani —dijo—. Ahora ve y busca a ese hombre que de seguro la está pasando tan mal como tú. Después toma la decisión que te dé paz y sientas que te hace feliz. ¿De acuerdo?

Ella hizo un asentimiento.

—Gracias, papá. Te adoro —murmuró.



Para Rhys, esas mismas dos semanas habían transcurrido de un modo distinto. No las contaba en días, sino en la cantidad de veces que había estado a punto de coger el teléfono para llamar a Alana y se había obligado a soltarlo. Su mansión, en lugar de ser la representación de su éxito a la par del sitio al que vetaba a todo aquel que no perteneciera a su círculo más privado, ahora le parecía un mausoleo en el que sus pasos resonaban y le recordaban la soledad en la que se hallaba. Le daba igual si su personal era discreto o si escuchaba el trajinar del ama de llaves en algún instante.

El detalle estaba en que todo le daba prácticamente lo mismo. No tenía sentido esperar a alguien que no quería saber de su existencia y no tocaría de nuevo su timbre; tampoco tenía sentido mirar el móvil, porque no habría ni un mensaje de texto ni la llamada de quien añoraba tanto. Se había acostumbrado al aroma de vainilla y pera que permanecía como una suave estela entre sus sábanas y al olor sutil y adictivo del sexo compartido que quedaba cuando Alana se marchaba de la casa. Inclusive echaba de menos las horquillas olvidadas en el lavabo. La ropa de ella continuaba en el clóset y él todavía no le había dado la orden al ama de llaves de que la empacara y la enviara.

Su casa lucía impecable, como siempre, pero no existía el rastro de Alana.

Cuando volvía de la oficina lo recibía el silencio. Él se había convertido en el hombre exitoso que una vez le prometió a Thomas que sería. Ahora poseía todo lo que una persona pudiera desear en cuanto a riqueza y reconocimiento profesional. De hecho, estaba en la cúspide de su carrera y continuaba en expansión. Pero lo único que de verdad le importaba y que necesitaba no se podía comprar con bienes ni dinero. Y en esos momentos, mientras sostenía un

vaso de whisky en la mano, quiso echarse a reír. No era un hombre sentimental, sin embargo, la simple inercia de recordar las noches en que la esperaba con la misma bebida —que jamás empezaba a beber— pareció sacudirlo. Ese corazón que latía por Alana estaba bombeando, pero el ritmo era el de un vagabundo que caminaba sin rumbo y por costumbre, sin motivación concreta. A pesar del vacío que experimentaba, Rhys no se detenía.

Sus empresas continuaban funcionando, los planes ejecutándose y cientos de familias dependían de las decisiones ejecutivas que él tomaba cada día. Pero además de sus temas comerciales, Rhys ejecutó decisiones importantes para cortar de raíz ese eslabón de su pasado que arruinó su relación con Alana. Así que realizó un par de llamadas para que el hijo de puta de Mark McDowell fuera trasladado de inmediato a Italia y prohibida su entrada, para siempre, a territorio estadounidense. Le costó una pequeña fortuna que se cumplieran sus exigencias, pero le dio igual. Pudo haber asesinado a McDowell y terminar lo que no hizo bien años atrás, pero habría sido sucumbir a la rabia y ensuciarse las manos. Él ya no era el mismo de esos tiempos.

No hizo pública su ruptura con Alana. El interés en la relación de ambos ya había sido reemplazado por noticias más importantes y novedosas en la sociedad. Cuando su hermana Ingrid le preguntó por Alana, Rhys tan solo le comentó que estaban tomándose un tiempo. La misma respuesta le dio a su madre y a Craig, porque no le apetecía entrar en detalles, pues ellos también ignoraban su vida como sicario.

Rhys estaba agotado.

En su mente, innumerables veces, había ensayado cómo explicarle a Alana los motivos por los que aceptó asesinar a cambio de dinero. Y también lo que sucedió con su exnovia. Luego se daba cuenta de que jamás tendría el privilegio de tocarla de nuevo o la posibilidad de decirle lo que sentía por ella. Él asumía que si durante tanto tiempo logró vivir con la conciencia de que su corazón estaba atenazado entre espinas, ahora que era libre de ellas podría continuar haciéndolo, aunque la persona que lo hubiera liberado no estuviera en su vida. Rhys solo quería lo mejor para Alana y parte de

ese bienestar no lo incluía a él. Fue esa la razón de que hubiera ido a buscar a Darren Pemberton y, en palabras escuetas y firmes, comentarle la verdad. Pero, en especial, decirle que esperaba que no permitiese que ella se casara con cualquiera. Mencionarle esto último, pensar tan solo en Alana con otra persona, le había tomado más valentía de la que requirió para aceptar trabajar para la mafia y luego abandonarla.

Rhys bebió todo el whisky esta vez y luego dejó el vaso a un lado.

Esta no era una mañana especial, ni mucho menos. Así que tendría que revisar las noticias, porque dependiendo del clima político en Oriente Medio viajaría o no la siguiente semana para entablar conversaciones con un jeque de Arabia Saudita. Pasó varias páginas en el iPad y al cabo de pocos segundos casi se le cae el aparato de las manos. Se quedó mirando la fotografía fijamente, hasta que se oscureció la pantalla.

Deslizó de nuevo el dedo y la imagen apareció de nuevo.

Alana estaba sonriendo junto a un hombre más o menos de su edad. Harry Elderman, el director científico del Acuario de Nueva Inglaterra. Este la tenía abrazada del hombro. El evento era la inauguración de una nueva área y la familia Pemberton, entre otras de la alta sociedad de Boston, era una de las auspiciantes. Se había llevado a cabo la noche anterior y la asistencia había sido numerosa. Un éxito.

Rhys sintió como si le hubiesen dado un golpe en el pecho. Un mazazo de esos que dejan sin aliento y lo revuelven todo por unos segundos, los suficientes para causar estragos. Intentó calmarse. Durante su vida había hecho lo mejor por las personas que amaba. Y en el caso de Alana lo más difícil que hizo fue aceptar que no la merecía y dejarla marchar para que fuese feliz con un hombre que no tuviera un pasado lleno de violencia, corrupción y muerte. Él dejó el iPad a un costado y llamó a su abogado para confirmar que sus órdenes habían sido seguidas al pie de la letra. Cuando el abogado le aseguró que todo estaba listo, Rhys colgó. Lo inundó un gran pesar. Pero ahora su capítulo con Alana ya estaba cerrado del mejor modo para ella.

El magnate dejó todo a un lado y subió las escaleras.

La única manera de descargar todo lo que llevaba dentro era quemar energía hasta que su cuerpo no soportara más. Así que fue a su piscina climatizada para nadar.

El sistema de seguridad de la casa tenía replicadores, así que cuando llamaban a la puerta él escuchaba, a menos que desactivara el aparato. Pero no lo hizo al entrar al área de la terraza. El timbre sonó cuando él estaba a punto de zambullirse, pero lo ignoró. Le importaba una mierda quién fuese, porque los días domingo disfrutaba su tiempo a solas. Pero el jodido timbre no sonó una vez, sino dos, tres y cuatro veces.

La insistencia lo cabreó, en especial porque no había nadie que atendiera la puerta. Soltando una maldición entre dientes, agarró una toalla, se la anudó a la cintura y bajó las escaleras aún con el torso desnudo. Si era de esos vendedores que tenían la maldita costumbre de fastidiar la vida, sin importar que estuviese prohibido, estaba dispuesto a mandarlo al infierno. No tenía humor para soportar imbecilidades. Además, le estaban arruinando lo único que le quedaba y que necesitaba: el silencio.

Abrió la puerta de golpe, con una expresión de pocos amigos, y el reproche a punto de salir de sus cuerdas vocales. Pero no llegó a pronunciarlo. Se quedó estático.

Alana estaba en el umbral. *Su Alana*. Él parpadeó varias veces, porque no creía haberse vuelto lo suficientemente loco como para confundir a una mujer con ella. La expresión que traía no era rota ni tampoco dolida como la última vez que se vieron. De hecho, sus ojos azules vibraban con algo que se podría definir como furia, su mandíbula estaba tensa, y en la mano izquierda apretaba con fuerza un sobre azul.



Rhys tardó en reaccionar un par de segundos, porque su cerebro y sus emociones intentaban ponerse de acuerdo para asegurarse de que no estaba delirando. La mujer que estaba ante él —enfadada, hermosa y real— era la que había logrado derribar sus murallas y

devolverle su humanidad; la que él se resignó a no volver a tener cerca. Las ganas que tenía de abrazarla y no dejarla ir jamás eran demasiado fuertes. A duras penas se contuvo. Ella estaba espléndida, como siempre, y llevaba el cabello suelto. El ligero viento alrededor llevó a sus fosas nasales el aroma del perfume tan exquisito.

—Alana —dijo con la voz más ronca de lo que hubiera deseado—. Yo…

—¿Vas a quedarte ahí de pie, en lugar de invitarme a entrar? ¿Dónde quedaron tus modales impolutos? —preguntó sin esperar respuesta, ni acción de parte de Rhys. Lo esquivó y entró a la mansión. Escuchó la puerta cerrarse. Se dirigió a la sala principal, consciente de que él la seguía con pasos cautelosos. Luego se giró hacia él.

Rhys no tenía ni puta idea de cómo reaccionar ante una Alana que actuaba sin restricción, sin su habitual suavidad o diplomacia táctica, sino que estaba dejando actuar a su lado impulsivo. Aquel que no tenía miedo de enfrentarse a nada ni a nadie.

—Te puedo ofrecer algo de tomar, no sé si…

—¿Acaso crees que yo tengo un precio, que puedes comprarme o intentar hacerlo, Rhys Callahan? —interrumpió, acercándose, y estampó con fuerza el sobre azul contra los pectorales firmes. El papel cayó al piso—. ¿Te parece que soy la clase de mujer que tiene interés en aumentar su fortuna? ¿De dónde carajo sacaste la «genial idea» de enviarme esos documentos, notariados, creyendo que iba a aceptarlos?

Él no se molestó en recoger el sobre. Se pasó los dedos entre los cabellos.

—Los documentos son para liberarte de cualquier atadura conmigo: cualquier información que haya podido recopilar o que esté en mi conocimiento sobre ti no podré utilizarla bajo ninguna forma o medio. Puedes rehacer tu vida sin mirar atrás —expresó con calma —. La compensación de recibir en cada período fiscal el veinte por ciento de las utilidades de todas mis empresas es lo mínimo que puedo hacer, después de la forma en que me acerqué a ti: chantajeándote. Esto es lo correcto. Puedes rehacer tu vida. Utilizar

ese dinero, lo necesites o no, para ayudar a las personas que buscan ayuda legal, pero no tienen cómo cubrir esos costos. Porque no te das abasto para aceptar casos pro bono. Con las utilidades podrías derivarlos.

—¿Lo correcto? —preguntó con amargura y con la voz vibrante—. Lo correcto, Rhys, habría sido quedarte en el terreno y luchar. Pero tú no lo hiciste, sino que, en lugar de pelear por lo que teníamos, decidiste encargarle a tu abogado que hiciera unos documentos, regalándome un porcentaje de utilidades corporativas anualmente durante una década, y con eso te lavaste las manos. Trataste toda la situación como si se tratara de una negociación más de las que estilas llevar a cabo.

—Estás interpretando todo de manera errónea —dijo Rhys. Notaba lo herida que se sentía, pero el enfado sobrepasaba a cualquier otra emoción en ella por ahora.

—Oh. Bueno, si es así, por favor, ilústrame con tu sabiduría —exigió, y odió que se le quebrara la voz por un instante. Le clavó el dedo en el pecho con toda la fuerza de la que fue capaz, obligándolo a retroceder un paso—. Porque desde mi perspectiva, y razonamiento coherente, tú decidiste darme dinero para compensarme. ¡Ni una sola vez se te ocurrió que sería una mejor idea buscarme! —exclamó.

—Me dijiste que habíamos terminado —replicó—. ¿Qué podría ofrecerte?

—Para ser un hombre con tanto éxito, tu capacidad de discernimiento puede llegar a tener severos problemas en momentos críticos —dijo Alana—. Ni una sola vez pensaste en preguntarme, a mí, no a tus conjeturas cuadriculadas, qué quería.

Rhys apretó la mandíbula. Alana se cruzó de brazos.

—Vi la fotografía —expresó él en un tono que lo cabreó consigo mismo, porque era el de un hombre celoso y en parte resignado—. La del evento del acuario. Estabas sonriente y relajada junto a ese hombre. Fue una sonrisa de verdad, no aquellas que sueles dedicarle a las personas por simple cortesía. Y eso reafirmó que haberte enviado esos documentos fue lo adecuado. Tú necesitas a

alguien que te haga reír y honre tu integridad, en lugar de arrastrar un pasado criminal y oscuro...

Por un instante la expresión determinada de ella vaciló.

—Harry es un amigo de la secundaria. No lo veía en años y me estaba mostrando, al igual que con otras personas, las nuevas áreas que han mejorado en el acuario. Me hizo gracia un chiste que contó sobre los leones marinos y fue el momento en que el camarógrafo captó —explicó Alana—. Pero eso no lo podrías saber, porque, en lugar de preguntar, asumiste que estaba feliz sin ti. ¿Verdad, Rhys?

Ella quiso avanzar, empujándolo con las manos, pero él ya no se movió.

—¿Qué esperabas que hiciera, Alana? —preguntó con firmeza—. ¿Querías que te suplicara que te quedaras con un asesino y que todo sería magnífico? —preguntó retóricamente. Esbozó una sonrisa amarga—. No tenía derecho a buscarte.

—¡Sí que lo tenías, sí que lo tienes! —replicó ella empujándolo de nuevo, frustrada, enfadada y dolida—. No necesito que nadie me suplique. ¡Tienes todo el derecho de luchar por lo que sientes, como cualquiera! Porque sé que sientes algo por mí. Pero eres un cobarde que preferiste aceptar la situación y apartarte para siempre. Preferiste quedarte con la probabilidad de que te diera con la puerta en las narices, en lugar de considerar que, una vez pasados ciertos días, pude necesitar escucharte.

El silencio se hizo entre ellos. La tensión pareció surgir y tensar las cuerdas.

—No soy un cobarde, Alana —dijo Rhys en un tono bajo, serio y peligroso.

Ella lo empujó con ambas manos de nuevo, lo intentó hacer con más fuerza, pero continuó sin tener éxito. No obstante, esta vez, sus ojos azules estaban brillantes.

—¿No? Entonces dilo —exigió—. Di lo que no fuiste capaz de decirme en ese aparcamiento hace dos semanas. Di lo que omitiste decir antes de que me alejara.

Las lágrimas de Alana se desbordaron y lo golpeó con los puños, frustrada y dolida, contra los pectorales. No podía más, no podía sostener más esa situación. Esa fue la perdición de Rhys. La última

restricción que le quedaba se agrietó entera. Dejándolo, por primera ocasión desde que erigió sus barreras, expuesto y vulnerable.

Le agarró las muñecas a Alana para que se detuviera.

—Te amo, Alana —confesó—. Te amo de un modo que no sabía que existía. Te amo y no puedo concebir la vida sin ti. Pero sé que si te amo tanto también necesitaba elegir lo mejor para ti: dejarte ir. —Ella sollozó, agotada y apoyó la frente contra él—. Nunca nadie ha luchado por mí, siempre he sido yo quien lucha por la gente que amo. No sé cómo aceptar algo de lo que no soy digno: tú. Obtuve tu compañía de una manera rastrera e indefendible. No sé cómo lidiar con todo esto…

Ella soltó un sollozo leve. No había rabia esta vez.

—Solo se acepta y se recibe con gratitud, no con culpa —murmuró, mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta un papel doblado en cuatro partes, se lo tendió—. El documento que tengo para ti es diferente. Se trata de una copia. Ábrelo.

Él leyó el contenido y se quedó estupefacto. Era la aprobación definitiva de la Asociación Cívica de Beacon Hill. El permiso para convertir la propiedad que llevaba años tratando de remodelar para convertir en un hotel con el jardín para su madre. Todas las trabas desmontadas, con la firma de Alana como abogada responsable.

—Alana… —dijo con emoción en la voz.

—Desde que me hablaste de esta situación en Edgartown empecé a trabajar en este tema —confesó mirándolo con dulzura—. Desmonté todos los argumentos y obstáculos de esa gente idiota. Me di a la tarea de analizar punto por punto. Porque tú mereces poder darle una alegría como la que deseabas para Mildred: el jardín. Gestioné todo sin decírtelo, sin esperar nada a cambio. Eso, Rhys, también es luchar por una persona y hacerlo por aquello que sabes que la hace feliz. Así funciona.

Rhys sentía el corazón palpitándole con una fuerza inusual.

Levantó la vista de la copia del documento. Sus ojos estaban húmedos.

—Gracias… —susurró con emoción—. No te merezco, Alana.

—Probablemente no, así que te doy la razón —dijo ella con una sonrisa entre lágrimas—. Pero hay algo que aprendí cuando era una

chiquilla y que recientemente tuve la necesidad de recordar: todos tienen una historia detrás de sus acciones. Todos tienen una razón para actuar; una motivación. Quiero pedirte disculpas por no haberte preguntado cuál fue la tuya y por haberme marchado sin más —confesó con sinceridad—. Entonces, Rhys, quiero escuchar tu verdad. Tu lado de la historia.

Él bajó la cabeza y soltó una exhalación.

—¿Según la gravedad decidirás quedarte o marcharte? —preguntó él.

—No. Indistintamente de lo que me digas sé que un hombre como tú jamás actuaría por simple impulso. Sé que tu explicación tendrá un argumento sólido.

—Solo tenía dieciocho o diecinueve años cuando todo empezó —murmuró.

Alana entrelazó los dedos con los de él. Soltó una exhalación. Sabía que serían relatos varios y complicados de escuchar. Pero deseaba saber todo sobre este hombre que había pasado su vida cuidando de otros, olvidándose de que él merecía lo mismo. Así que lo guio hasta el sofá que estaba más cercano y se sentó a su lado. No le soltó la mano. Más que un gesto romántico o afectuoso era la demostración de que esta vez lo acompañaría en una historia que contenía circunstancias que lo habían afectado.

—Eras muy joven —dijo ella con suavidad.

Él hizo un asentimiento leve.

Alana no presionó y solamente esperó.

Cuando sintió que estaba listo, Rhys empezó a hablar con calma. Neutral.

Durante un largo rato le habló de todo. Le mencionó la enfermedad de su padre, la falta de dinero, el trasplante urgente e impagable. Lo complicado que fue escalar puestos en la lista de espera. Cómo su vínculo con la mafia empezó cuando era camarero y un hombre le propuso una salida que parecía inofensiva y acabó siendo una condena. La primera vez que apretó un gatillo, y todas las que vinieron después. Cómo estudiaba los perfiles de sus víctimas. La verdad completa sobre Sloane. Afirmó que su imperio

no estaba manchado con dinero o vínculos de la mafia. Todo era legal.

Alana lo escuchó sin hacer preguntas, sin interrumpir. Tan solo le acariciaba los dedos de las manos con los suyos. No lo juzgó ni apartó la mirada. «Mi padre tenía razón sobre las versiones detrás de los hechos…», pensó ella. Le pareció triste que un chico tan joven hubiera recurrido a medidas desesperadas por tratar de salvar a su familia. Ahora, al fin, tenía las piezas completas del rompecabezas que era Rhys Callahan y entendía de dónde surgía el hermetismo, la frialdad, la crueldad que algunos le atribuían. La verdad era que detrás de todo eso, fuese o no cierto, existía algo inherente en el ser humano: sobrevivir. Rhys ya no mataba a nadie para conseguirlo, pero el mundo de los negocios seguía siendo para él una jungla camuflada de lujos.

Cuando Rhys terminó, se sentió vacío y extrañamente ligero, como si le hubieran quitado un peso que llevaba cargando media vida. Luego esbozó una sonrisa. No era de alegría, sino de lo más parecido al agradecimiento mezclado con serenidad.

—Esa es mi historia —expresó Rhys mirando a la mujer que amaba—. Esos son mis antecedentes. No tengo más secretos contigo. Pero ya no soy ese jovenzuelo.

Ella hizo un asentimiento y le acarició la mejilla.

—Gracias por contármelo —dijo en voz baja—. Sé lo que te ha costado.

—Contigo, Alana, todo merece la pena —expresó con sinceridad —. No empecé de la mejor forma a tu lado, pero me gustaría poder compensártelo… Me gustaría —le acarició la mejilla con dulzura— que me permitieras empezar de nuevo.

Alana sonrió entre lágrimas.

Él se levantó del sofá y tiró de ella para que hiciera lo mismo.

—Con tus espinas y tu pasado, con todo lo que fuiste y lo que eres, Rhys, te elijo —dijo delineando la mandíbula con la yema de los dedos—. No para decidir si quiero quedarme o no a tu lado. No para decidir si te amo o no, sino porque cada historia, vivencia y relato, en conjunto, te han convertido en el hombre del que estoy

enamorada. Quiero tu presente y formar parte de nuevos caminos a tu lado —susurró.

Rhys la agarró en volandas y ella le rodeó la cintura con las piernas.

—Repite eso, Alana —pidió con una sonrisa luminosa y emoción.

—Te amo, Rhys —expresó con sinceridad y los ojos llovidos.

—Y yo te amo a ti —susurró antes de besarla como si llevara siglos esperando para volver a hacerlo. Ella se aferró a su cuello y juntos subieron las escaleras.



No hubo prisa esta vez. El hambre que los consumía poseía un fuego distinto, más intenso, pero se iba dosificando porque ahora no era solo pasión, sino que agregaban algo mucho más profundo y duradero. Rhys la desvistió despacio, como si estuviera quitándole la envoltura a un obsequio único, como si cada prenda que caía sobre la alfombra fuera una barrera más que dejaban atrás. Ella hizo lo mismo, mirándolo a los ojos, conmovida. Él la recostó sobre la cama y se tomó un instante para admirarla y memorizarla, porque le parecía una fantasía que ella estuviera de regreso. Que lo hubiera aceptado con su compleja historia y que lo hiciera merecedor de algo tan valioso: ella. La cubrió con su cuerpo, sonriéndole, y le sostuvo el rostro con firmeza.

—Te he extrañado tanto —apoyó la frente contra la de ella—, y resignarme no ha sido jamás una característica mía. Pero si eso implicaba que fueras feliz…

Ella le sonrió y puso un dedo sobre los labios de Rhys e hizo una negación.

—Soy feliz aquí, en tus brazos —susurró Alana—. Me hiciste falta...

—No voy a dejarte marchar nunca más, belleza mía. ¿Lo comprendes?

—Más te vale que así sea, señor Callahan —sonrió con dulzura.

Los labios de Rhys descendieron sobre los de Alana. Se probaron mutuamente con la pasión dulce que surge del amor compartido, aquel que traspasa las dificultades, a pesar de que podría parecer imposible superarlas. Ese beso estaba embargado de promesas, ardor y gemidos. Era una coalición de emociones que se entrelazaban.

Se amaron con una lentitud nueva, la de dos personas que ya no tenían nada que esconder y cuyas emociones vibraban a flor de piel. Las manos de Rhys la recorrían con reverencia, como si ella fuera lo único puro que había tocado en toda su existencia. Y en gran medida, para él, así era. Alana se entregó sin reservas, sabiendo por fin quién era el hombre que la sostenía, con sus sombras y su luz, y eligiéndolo entero. Quería todos sus matices, sus aciertos y errores. No quería un hombre perfecto, porque tal cosa no existía. Solo lo quería a él, porque era su complemento y todo lo que necesitaba. Se acariciaron mutuamente, besándose, mordisqueándose y recorriendo la piel del otro como si se tratara de un mapa con secretos placenteros.

Cuando Rhys entró en Alana, los movimientos de sus cuerpos empezaron a marcar el ritmo natural que habían encontrado desde el primer día en que se acostaron juntos. Pero hacer el amor era diferente a follar. Él acarició los pechos que se agitaban a medida que sus sexos colisionaban con exquisita potencia. Los dedos de Alana tampoco estaban quietos. Lo quería, lo deseaba, lo anhelaba con fervor. El cuerpo dulce, húmedo y estrecho, acogió el grosor de Rhys. Las embestidas eran poderosas, sin restricciones, firmes; una conquista y una declaración a la vez. La posesión era mutua, no unilateral. Se mecieron con ímpetu, impulsando al otro para llegar juntos a la cúspide de este viaje carnal y emotivo. El poder de la pasión no tardó en crear un cosquilleo que afectaba exquisitamente el sitio en el que ambos se unían íntimamente e incitaba al cuerpo a rendirse. Pronto, sus bocas bebieron los gemidos del otro cuando el clímax barrió sus sentidos por completo, dejándolos jadeantes y saciados.

Pasados unos minutos, el mundo empezó a acomodarse.

Él la tomó de la cintura para que se acostara sobre su cuerpo. Parecía como si los corazones de ambos fuesen dos tambores que ahora vibraban con más fuerza en la misma frecuencia. Estaban desnudos en cuerpo y alma. Alana se acomodó mejor para besar a Rhys. Él devolvió el gesto con deliberada lentitud, saboreándola. Al cabo de un rato, ella se apartó. Ambos se miraron y se sonrieron con complicidad.

—Hola, hermosa —dijo Rhys—. Me encanta tenerte a mi lado, donde perteneces, donde te necesito. Te amo, Alana. Haces que mi mundo tenga sentido.

—Hola… —susurró, sonrojada—. Te amo, muchísimo. Si tuviera que elegir de nuevo, con todo lo que me has contado sobre ti, volvería a elegirte. Siempre.

El círculo del pasado se cerraba para dar paso a una nueva historia.

Al fin, entre Alana y Rhys, no existían más secretos.

EPÍLOGO

Alana y Rhys.
Tres años y medio después.

El jardín que Mildred había creado en el hotel era precioso. No solo se mantenía entretenida con él, sino que además recibía la visita de alguien muy especial cada semana. La personita era algo revoltosa y había tomado la manía de llevarse siempre una flor para dársela a su mamá. Por suerte, como buena abuela consentidora, abrazaba al pequeño Cedric y le enseñaba que por cada flor que sacara del jardín tenía que acompañarla a plantar otra. Mildred nunca había visto tan feliz y emocionado a su hijo mayor como el día en que se casó con Alana en una preciosa ceremonia. Y la segunda ocasión fue cuando tuvo en brazos a su primer y único hijo: Cedric Callahan.

—Hola, mamá. ¿Todo bien? —preguntó Rhys.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Perfectamente —dijo acomodándole los cabellos negros a su nieto y que llevaba la flor en la mano.

—Para mamá —murmuró el niño mirando a su padre.

Rhys sonrió y levantó en brazos a su hijo. Después se despidió de su madre, porque tenía que pasar por el taller de confección de Ingrid. Ella había insistido en que quería hacer un vestido especial para festejar el cumpleaños de Alana ese mes. ¿Quién era Rhys para negarle algo así a su hermana menor? Así que subió al coche, no sin antes asegurarse de que la niñera hubiera colocado bien el asiento de Cedric.

La vida había cambiado para siempre desde el día en el que Alana fue a buscarlo y le exigió que fuese sincero. Se sentía afortunado de que ella hubiera aceptado sus aciertos y errores, pero en especial que aceptara casarse con él. El único inconveniente fue Sandy. La mujer era una verdadera bruja y continuaba reacia a aceptarlo como el hombre adecuado para su hija. Sin embargo, Alana le dio un ultimátum a su madre. Le dijo que si quería formar parte de la vida

de su primer nieto, entonces tenía que aprender a dejar su esnobismo de lado y entender que ella amaba a Rhys, sin importar de dónde provenía o si tenía mil millones o un centavo en el banco. Desde esa ocasión, Sandy empezó a cambiar su actitud y actuaba de forma menos indiferente, y más gentil.

En el caso de Darren, la situación era diferente. No solo resultó ser un abuelo excepcional, sino que también se convirtió en una figura paterna para Rhys. La enfermedad que padecía había empeorado, pero se mantenía controlado con terapias y medicación. Su memoria le jugaba malas pasadas y lo que más afligía al magnate era ver la expresión de Alana al notar cómo la salud de su padre iba declinando cada vez más.

Rhys nunca dejaba un asunto a medias. Colmó a Alana de regalos de bodas, pero uno de ellos fue algo retorcido, de los que merecían la pena. Celine Van Heussen —la mujer que había manipulado las actas de las debutantes para hundir a Ingrid y cargarle la culpa a Alana— apareció en la prensa local de la peor manera. Rhys se tomó su tiempo. Encargó a Leyton destapar el secreto que la familia Van Heussen protegía con dinero: Celine robaba en los comercios, era cleptómana, y los suyos pagaban para silenciarlo antes de que la denunciaran. Cuando salió a la luz, su pedestal social se derrumbó. Alana, al enterarse de lo que había hecho Rhys, solo pudo reírse y decirle que era incorregible.

Su vida con Alana era apacible, pero no faltaban los momentos en los que la personalidad de ambos chocaba. Habían aprendido —continuaban haciéndolo— a limar las asperezas. No siempre con palabras, pues la atracción y química ardientes que tenían no habían disminuido con el tiempo, sino todo lo opuesto. Cedric era la alegría de ambos y fue un niño planeado, no un error ni tampoco un accidente. Habían elegido como padrinos de Bautizo del niño a Leyton y a Taylor, porque eran los amigos más cercanos de la pareja. Rhys sabía que Alana quería más hijos, pero habían considerado que era mejor esperar uno o dos años para eso.

—¡Mamá! —exclamó Cedric cuando entraron en el taller de Ingrid. Rhys le dijo al niño que pronto iba a verla.

—¿Cuándo vas a aprender a decir tía Ingrid, eh, pequeño? —preguntó la mujer que ahora tenía una lista importante de clientes y disfrutaba de ejercer lo que más amaba: diseñar.

—¡Mamá! —gritó el niño, muy emocionado, al ver a Alana cuando esta salía del vestidor.

El traje que le había confeccionado su cuñada era un precioso vestido corto color azul marino con piedras Swarovski. Rhys le decía que cada día estaba más sexy. El hombre era incorregible, pero con el paso de los meses había empezado a ser más expresivo con sus emociones, y más abierto con Alana sobre lo que le preocupaba. No veía esa clase de charlas como debilidad, sino como parte de una relación que era más bien una alianza firme en la que uno fortalecía al otro en diferentes aspectos.

—Hola, mi príncipe hermoso —dijo Alana agarrando al pequeño y dándole besos en las mejillas—. ¿Te has portado bien con la abuela? Oh, una rosa —murmuró al ver lo que llevaba su hijo en la mano—. Qué caballeroso, muchas gracias, mi vida.

Ingrid, al ver la mirada de su hermano sobre su cuñada, puso los ojos en blanco y se rio. Después fue a agarrar a Cedric prometiéndole que jugarían a crear muñecos.

—Vamos, Cedric, que tus padres son demasiado melosos para mi gusto —farfulló en tono bromista, haciéndole un guiño a su hermano, y yendo hacia su oficina.

Rhys no prestó atención a Ingrid, además sabía que su hijo estaba bien cuidado.

Se acercó a Alana y la tomó de la cintura. Le besó el cuello y luego se fundió en un largo, profundo y apasionado beso. Solo le importaba ella en ese instante.

—Te extrañé, mi amor —dijo Rhys—. Estás hermosa. Creo que no celebraremos ninguna fiesta de cumpleaños, porque no quiero que otros hombres, sean o no amigos o colegas o como quieras llamarlos, estén viendo lo que es mío.

Alana soltó una risa suave y le rodeó el cuello con los brazos.

—Nos vimos hace dos horas —sonrió mirándolo—. Y claro que soy tuya, Rhys. Eso no significa que tengas que actuar como un neandertal con otros hombres. Son mis colegas de trabajo, algunos

amigos de hace años, y si me miran o no me da igual. Solo tengo interés en cierto empresario gruñón, aunque muy sexy por cierto —dijo con picardía y moviendo la pelvis a propósito contra la de Rhys —. ¿Me crees?

—Alana, si no estuviéramos aquí…

—Lo sé —dijo interrumpiéndolo—. Por cierto, ¿recuerdas que habíamos hablado de esperar un año para considerar tener otro bebé? —preguntó.

—Sí, mi vida, ¿prefieres que nos quedemos solo con Cedric? ¿Es eso?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—No —murmuró tomando las manos de Rhys y posándolas sobre su abdomen todavía plano—. Esperaremos menos de un año, me parece, quizá ocho meses —sonrió—. Me acabé de hacer la prueba hace cinco días. Quería estar segura.

—Oh, Alana —expresó riéndose y abrazándola—. Te amo, tanto. Estoy seguro de que continuarás siendo una profesional exitosa y una madre espléndida.

—Y yo te amo a ti, Rhys… Vas a consentirme más en estos meses, ¿verdad?

Él le sostuvo el rostro entre las manos e hizo un asentimiento.

—Lo más importante para mí es que nuestra pequeña familia sea feliz —replicó el apuesto empresario—. Después de las espinas que nos hicieron sangrar tantas veces, Alana, me siento afortunado de que seas mi esposa y la madre de nuestros hijos. Amarte es y siempre será un privilegio. Gracias por elegirme cada día a pesar de mis errores.

—Así como tú me eliges a mí —susurró ella con amor.

Juntos fueron a buscar al pequeño Cedric que, seguramente, ya habría cometido alguna de sus travesuras habituales con las telas, maniquíes e hilos de su tía Ingrid.

FIN.

¡Espero que te haya encantado la historia de Rhys y Alana!
Si tienes un instante disponible, quizá 30 segundos, te agradecería mucho si dejas tu reseña u opinión de **Entre espinas y seda escarlata** en Amazon.
Las reseñas, para una autora indie como yo, son una ayuda muy importante.
Besazos y gracias por elegir mis novelas.
Nos leemos pronto,
Kristel.

TRAZOS DE EUFORIA

Sinopsis:

Gabriel St. James posee un portafolio de inversiones de lujo, así como un corazón indomable. Cuando una promesa lo obliga a contratar a la ahijada de su mentor, él descubre que la mujer no solo es talentosa e irresistible, sino también la misma que intentó robarle tiempo atrás. Gabriel traza un plan para enseñarle una lección, controlando y marcando el ritmo del juego. Sin embargo, hay algo que no anticipó: su propia obsesión por esa boca que lo tienta y lo impulsa a romper cada una de sus reglas.

Aubrey Blackeney conoce la impotencia de no llegar a fin de mes y el miedo a perderlo todo. Con una familia que depende de ella, rendirse no es una opción. Aunque su determinación es inquebrantable, trabajar para el insufrible Gabriel St. James pone a prueba sus límites cada día. Entre la electrizante química que los envuelve, el choque de voluntades y las sombras con las que cada uno lidia, Aubrey debe decidir si este baile de seducción será o no el mayor error de su vida, en cuya línea de riesgo está su corazón.

Trazos de EUFORIA

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PRÓLOGO

Sídney, Nueva Gales del Sur.
Australia.
Meses atrás.

Aubrey tomó una profunda y temblorosa respiración, mientras procuraba no moverse ante la amenaza de recibir una cuchillada si mostraba resistencia. Las palabras de los ladrones resonaron en el callejón de la zona de Kings Cross. No podía gritar para pedir ayuda, porque estaba en desventaja. Intentar un forcejeo, considerando que un arma blanca presionaba contra sus costillas, sería un error. La única solución consistía en entregar sus pertenencias. Esta área de Sídney era poco segura, pero Aubrey no podía evadirla, porque solía ser el camino más corto al hotel del que era recepcionista.

Ella trabajaba usualmente de nueve a cinco, pero en esta ocasión aceptó quedarse más tiempo para reemplazar a una de sus compañeras de limpieza. Aubrey necesitaba la paga adicional con urgencia. El dinero siempre era escaso, en especial desde que su familia se desmoronó, años atrás, a partir del diagnóstico que recibió Bonnie, su madre. El cáncer de colon, sumado a la diabetes, se volvió un cuadro complejo de sobrellevar. Los ahorros de Bonnie se extinguieron pronto y la única persona adulta, en capacidad legal y física, que podía trabajar para solventar los gastos médicos que la seguridad social no cubría era Aubrey. Habían sido años duros y tristes.

El dinero que recibió esta vez, por limpiar varias habitaciones, estaba destinado a financiar un tratamiento de inmunoterapia sugerido por el médico de cabecera de Bonnie. Al tratarse de un procedimiento nuevo, fuera de la lista de la sanidad pública australiana, no recibiría cobertura. Aubrey estaba desesperada para que su madre recibiera la ayuda, pero también tenía sus propios gastos personales, así que llegar a fin de mes era un acto tanto de malabarismo como de persistencia. Por si fuera poco, el último

informe del oncólogo había sido un golpe terrible, pues el cáncer había alcanzado el estadio 3. La posibilidad de que avanzara, hasta convertirse en metástasis en etapa 4, era una preocupación que aterraba a Aubrey. Ella procuraba inclusive considerar la medicina no-tradicional para intentar que su madre venciera el cáncer de una buena vez. Pero esa jodida enfermedad era como una sombra acechando siempre.

Con ese escenario catastrófico, Aubrey decidió retrasar de nuevo, tal como lo hizo cuando Bonnie recibió el diagnóstico inicial cinco años atrás, su ingreso a la universidad. El campo que le interesaba, ingeniería de software, era muy competitivo. Como no podía pagarse la carrera, ella se inscribía en cursos gratuitos que daban certificaciones de programación, desarrollo web, análisis de datos y nuevas tecnologías. Lo que la apasionaba era la inteligencia artificial y la creación de simuladores virtuales, así que utilizaba las limitadas posibilidades de su portátil. Aubrey había aprendido a tomar las riendas de su vida, pero no se convertía en una víctima paralizada por el miedo. Al final del día se sentía cansada, mas no derrotada. Lo anterior era un gran logro si consideraba el incierto horizonte médico de Bonnie

Craig, el hermano menor de Aubrey, cursaba el último año de la secundaria. Él trabajaba de cajero en una hamburguesería. Su objetivo era lograr una beca deportiva en la universidad y así poder estudiar gratuitamente la escuela de medicina. Ni él ni Aubrey tenían familiares a los cuáles recurrir para tener ayuda de ningún tipo. Además, los ahorros de la madre de ambos se habían agotado fruto de la misma enfermedad; las ayudas que recibían del gobierno apenas alcanzaban para subsistir.

Bonnie era una inmigrante huérfana de Nueva York que llevaba treinta años en Sídney y se había casado con un australiano que la deslumbró con atenciones, halagos y promesas de una buena vida. Sergei provenía de una familia de clase alta. Esta mostró su disgusto ante el matrimonio con Bonnie, porque ella no entraba en las expectativas sociales y financieras a las que los millonarios Blackeney estaban habituados. ¿El resultado? Rompieron contacto con su hijo y quitaron a su descendencia de las herencias. Sergei

demostró no ser mejor que sus familiares, pues se largó de la casa apenas entendió que la batalla de Bonnie contra el cáncer no sería fácil e implicaría esfuerzo y atenciones. Él prefirió irse con una amante y alejarse por completo de sus hijos. No solo eso, sino que vendió la casa en la que habían vivido de casados y que estaba a su nombre. De la venta le dio una parte ínfima a Bonnie.

Con esa cantidad, la mujer compró una modesta vivienda, pero ya no en una suntuosa área como Bellevue Hill, sino en una menos segura y de clase baja, Redfern. Lo anterior no le importó a ella, pero fue consciente del impacto para el estilo de vida al que estaban habituados sus hijos. Una vez que se oficializó el divorcio, el seguro médico de Bonnie, que estaba unido al de Sergei y al de sus hijos, dejó de darle cobertura. Ella tomó la difícil decisión de hipotecar la casa cuando el laboratorio para el que trabajó durante años, la despidió al no cumplir los horarios por estar enferma.

—Mamá, te has gastado tus ahorros en doctores. Yo acabo de graduarme de la secundaria —había dicho Aubrey cuando Bonnie les explicó la situación financiera—. Muchas personas de mi edad se toman un año sábatico para viajar y conocer el mundo. Yo puedo tomarlo para reunir dinero y ayudarte con los gastos.

—Oh, Bree —había dicho llamándola con ese apodo cariñoso—, tienes un corazón tan generoso, pero no puedo permitir algo así. Encontraré el modo de…

—No, mamá —había intervenido Craig, en ese tiempo tenía catorce años y el cambio de estatus, escuela y grupo social sí lo afectó—. Mi padre es un imbécil y si se largó, no vamos a pedirle nada. No quiero que nos faltes tú. Mis amigos consiguen empleos en tiendas de ropa o cosas así. Entraré en el equipo de natación y mantendré mis tiempos con el entrenador. Cuando llegue a la universidad podría recibir una beca.

Bonnie se había limpiado las lágrimas contemplando a sus hijos, conmovida.

—Será solo un año mamá —había dicho Aubrey sonriente, optimista—, luego te pondrás bien y yo podré ir a la universidad; y seguro Craig gana esa beca académica.

—Mis niños, no sé qué haría sin ustedes —había susurrado Bonnie.

Esa conversación había ocurrido un lustro atrás.

El año sabático se había convertido en un lapso mucho más amplio y sin un pronóstico exacto de cuándo iba a finalizar. Desde entonces, hasta ahora, Aubrey sentía que su madurez era la de alguien que había vivido tres décadas, en lugar de veintitrés años. Ella no se arrepentía de la decisión que había tomado. A veces, sería absurdo negarlo, deseaba que toda la pesadilla acabara y que la calma, la estabilidad y la bonanza que alguna vez conoció, regresaran a su hogar. Pero parecía imposible. Así que solo podía enfocarse en tratar de hacer su mayor esfuerzo para ayudar a Bonnie.

En alguna ocasión, en medio de la angustia, su rebeldía con la vida, el enojo con su padre y la sensación de injusticia por todos los sinsabores que atravesaba —mientras otras chicas de su edad iban de fiesta o tenían una rutina que parecía menos espinosa que la suya— cometió el error de confiar en la persona equivocada. Ese también fue un episodio lúgubre que le mostró otra cara del dolor y la decepción, sumándose al cúmulo de pedradas que continuaban cayendo sobre el techo de su vida. Pero Aubrey era terca como una mula y eso le servía para levantarse cuando parecía que, después de probar el fango, era imposible recomponerse. Sabía que existían casos más trágicos, los conocía porque había conversado con las personas que estaban en quimioterapia al igual que Bonnie, pero eso no aligeraba el peso que llevaba a cuestas.

Aubrey a veces ejercía de mucama en el hotel y cuidadora de niños; en ocasiones daba clases particulares de matemáticas a los compañeros de Craig; si tenía suerte, aunque no era frecuente, la llamaban para solucionar algún problema informático en la biblioteca local o de algún negocio pequeño. Ella no se atrevía a pedir sumas elevadas como compensación por temor a que rehusaran contratarla de nuevo. Conocía la pobreza y también la abundancia, porque antes de que su padre los abandonara, y su realidad se viera salpicada de trozos de cristal envenenado, tuvo una vida con lujos. Sin embargo, todos sus «amigos» le dieron la espalda cuando cesaron los vestidos

bonitos para las fiestas, el coche nuevo en el que un chofer la llevaba a la escuela o cuando ya no hacía un viaje de verano hacia algún sitio exótico de Europa.

Pero Aubrey no tenía tiempo para pensar en lo que perdió, porque su enfoque estaba en hallar los recursos para subsistir e intentar retomar sus estudios. No era una tarea fácil. Aunque tenía toda la energía propia de alguien de veintitrés años, lo cierto era que también necesitaba un respiro; solo un poco de alivio y un soplo de buena suerte; algo que aligerara su carga por más breve que fuese el instante que eso durara. Necesitaba una excusa para olvidarse de su realidad por un momento y pretender que todo ya estaba solucionado. La literatura solía proporcionarle un escape, si no se quedaba dormida con el libro sobre la cara, pero no era real. Anhelaba algo tangible.

Aunque, según notaba esta noche, ante las amenazas contra su integridad física y las groserías que los dos ladrones le lanzaban, parecía más bien que algunas criaturas invisibles conspiraban de forma malévola para negarle esa calma que tanto buscaba. En ocasiones, Aubrey sentía que el reloj corría más rápido de lo usual; que ella iba retrasada como si fuese Alicia en el País de las Maravillas a un encuentro que desconocía; que solo seguía un camino de tropiezos, mas no hallaba explicación. Pero su vida no era un cuento de ficción y ninguna Oruga le daría consejos existenciales.

Le tocaba sobrevivir y eso era lo que estaba tratando de hacer, a pesar de que ahora estaba siendo víctima de un robo. Los dos hijos de puta estaban quitándole el dinero que había sacado del cajero y con el que iba a comprar la dosis mensual de un medicamento de su madre. Bonnie requería protección gástrica con una formulación específica y la sanidad pública no la ofrecía, así que Aubrey tenía que adquirirla de forma privada. Si a ese gasto le aumentaba la urgencia de completar dos mil dólares, para que su madre iniciara la nueva inmunoterapia, lo único que le quedaba era echarse a llorar por la impotencia. Lo anterior no era una solución. Aubrey inhaló profundo.

Aún sin moverse, para no dar a entender que tenía intenciones de desafiarlos, ella contuvo las lágrimas que le quemaban los ojos.

Frustración, rabia y enfado. En esos breves minutos pensó en que quizá debió aceptar el trabajo de hacker, que le ofreció uno de sus amigos, para transferir dinero a cuentas en Suiza, un paraíso fiscal. No se conocía el contratante ni la procedencia de los fondos, pero la remuneración habría sido suficiente para anticipar la mitad de la hipoteca de su casa y tener un respiro. Ella no había accedido, porque temía que todo eso hubiese estado relacionado con la mafia albanesa, rusa, japonesa o italiana. Todas estas operaban en Australia, en mayor o menor medida, y Aubrey no quería introducirse en esos caminos escabrosos.

—Por favor… —dijo en un susurro—, mi madre está enferma y este dinero…

Una carcajada resonó a su lado y fue acompañada de un tirón consistente de su cabello. Quería gritarles y patearlos con todas sus fuerzas, pero sería en vano. Se resignó, abrazándose a sí misma, mirando a un costado. Nadie iba a ayudarla. Lo anterior era la regla y no la excepción en su vida. No creía que este par de rufianes fuesen experimentados, pues los gestos de ellos eran más volátiles y parecían nerviosos, impredecibles y novatos. Esta era una razón de peso para ser más cautelosa.

—¿Crees que nos importa? —preguntó uno de los muchachos con fastidio. Lucía corpulento de un modo intimidante. Como si se hubiera inyectado esteroides.

—Si tienen un poco de empatía, entonces podrían entender —murmuró ella —. Soy igual que ustedes. Sobrevivo. Por favor, si tienen un poco de corazón…

—Eso es para los imbéciles; alguien como tú —replicó el otro ladronzuelo con hastío, empujándola con fuerza contra una pared cercana. Agarró la bolsa y se largó. El otro no tardó en seguir el mismo camino, perdiéndose entre las calles de la ciudad.

Aubrey permaneció con la espalda apoyada al cemento durante varios minutos.

El corazón le latía desbocado, mientras trataba de calmar los nervios.

No tenía un teléfono para tratar de llamar a su mejor amiga y pedirle ayuda. Entre tantas amistades que conocía desde pequeña,

Clarissa fue la única que no le dio la espalda cuando su situación familiar y social cambió para mal. La afligía que, además de las ocupaciones propias de cada una, ahora vivieran en polos opuestos de la ciudad.

Pero Aubrey no podía permitirse pensar en más circunstancias frustrantes; tenía que recuperarse de este horrible incidente para cumplir con el trabajo que se había comprometido a realizar una semana atrás. Su día aún no terminaba. Escondió el rostro entre sus manos agotadas de tanto limpiar, sintiendo el cuerpo apaleado después de haberse levantado al amanecer. No había probado bocado en horas, pues había preferido hacer tiempo extra para recibir una paga adicional. Y ahora todo se lo acababan de robar. Dejó escapar una exhalación entrecortada, echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el cemento, y miró el cielo oscuro con reproche desde el callejón. Intentaba ser optimista, pero parecía como si la vida se esmerase en no darle tregua con los obstáculos que le lanzaba. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se levantó del suelo de concreto, temblorosa, y se alisó la ropa con renuencia.

Antes de salir del hotel ella había aprovechado para ducharse en el área de los empleados y así poder quitarse la suciedad del día. Luego se había puesto un uniforme de camarera, pues un amigo le consiguió una oportunidad laboral, por horas, en un evento. El servicio al cliente, en este caso coordinando charolas, no era su fuerte, pero en ningún instante consideró negarse cuando Darren le comentó que existía esa opción. Esta sería su primera experiencia como camarera. Aunque no le apetecía estar rodeada de personas ni sonreír, esta noche específicamente, iba a dar lo mejor de sí. Lo que recibiera como pago le serviría para reponer, aunque fuese poco, lo perdido.

Ella rebuscó en el bolsillo de la ropa y cerró los ojos aliviada por haber guardado la tarjeta Opal de transporte público, en lugar de haberla dejado, como solía hacerlo, en el interior de la bolsa. Aubrey salió del callejón y se dirigió a la estación de autobuses más cercana. Estaba aún agitada y consternada, pero existía una contraparte inesperada en todo esto: la adrenalina surgida como

resultado del impacto de un acto violento. Curiosamente era esta sustancia la que aplacaba su extremo agotamiento.

Se bajó rápido del bus y empezó a caminar hasta la dirección indicada por Darren. Sintió una leve nostalgia a medida que avanzaba, pues el entorno le recordaba al área en la que vivió cuando su mundo aún se mantenía en pie. Cuando creía que el amor entre sus padres duraría toda la vida y la imagen de la pareja ideal estaba intacta. Hasta que todo se desdibujó. Aubrey meneó la cabeza para apartar esos recuerdos.

—Llegas tarde —dijo una pelirroja de facciones angulares, cuando Aubrey se acercó a la puerta lateral de la mansión. Esta era la zona por la que, al parecer, pasaban los empleados propios y externos—. Las personas de esta familia son muy estrictas con los horarios. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó seria, mientras sacaba un iPad.

—Sí, lo lamento —replicó Aubrey—, hubo un pequeño incidente y tuve que tomar tarde el bus. Soy una persona muy responsable. Puedes contar con eso.

La mujer enarcó una ceja y deslizó el lápiz digital sobre la pantalla.

—Nombre y apellido —repitió con impaciencia y moviendo el tacón rojo.

—Soy Aubrey Blackeney y tú debes ser Mónica Logan —replicó amable y vio a la mujer revisar la información—. Darren Piper me recomendó y me pidió que…

—Sí, soy Mónica. Solo te anoté entre mis notas de borrador, porque no estás en la nómina oficial, lo sabes, ¿verdad? —interrumpió con fastidio y apartando la vista de la pantalla. Aubrey asintió—. Darren nunca ha fallado con sus recomendaciones, así que por eso toleraré el que no hayas llegado a tiempo —dijo indiferente y la miró de arriba abajo, examinándola con aires de superioridad—. El uniforme está mal planchado y no llevas maquillaje. Este evento está vinculado a multimillonarios y no puedo tener camareras que parezcan haber salido de un callejón de mala muerte.

Aubrey se enfureció y quiso largarse. Estaba cansada y lo que menos le hacía falta era una mujer agresiva haciendo comentarios groseros. Pero las personas que tenían necesidades no tenían la

ventaja de perder los estribos cuando la subsistencia estaba sobre la mesa. Aunque eso no iba a impedir que se defendiera sin ser ofensiva.

—Mónica, me acaban de robar, disculpa si este Versace —dijo con sarcasmo y se señaló a sí misma—, no luce tan impecable. Te aseguro que utilicé mis últimos resquicios de paciencia y tolerancia para evitar que el shock de ser amenazada con un cuchillo no influyera en mi actitud hoy. Si me dices en dónde hay un aseo, entonces…

—No voy a perder el tiempo contigo —replicó, interrumpiendo de nuevo, y haciendo una mueca. Las disculpas no estaban en su vocabulario, porque para ella las personas a su cargo eran estadísticas—. En el interior hay un estilista y maquillador que se encarga de que todas las camareras de ArticFood estén impecables. Inclusive puede que tenga una plancha a vapor para que la utilices de inmediato. Date prisa.

Aubrey no tenía tiempo para discutir. La miró con renuencia.

—¿Cuánto me van a descontar por eso…? —preguntó preocupada.

Mónica la observó con horror y apretó el iPad contra el pecho.

—Dios mío, le diré a Darren que la próxima ocasión me recomiende una persona que tenga un poco más de mundo. ArticFood es un catering de alta valía y preparar a sus empleados y equipo de camareros es parte de su imagen —replicó.

Aubrey no se dignó en responder ese comentario y empezó a avanzar hacia la zona indicada. Al entrar se topó con un hervidero de actividad: camareras, camareros, chefs, sous-chefs, asistentes de cocina, y otros oficios que ella no podía definir en ese momento, caminando, entrando y saliendo. Del otro lado, asumía correctamente, estaba llevándose a cabo la celebración. Los invitados jamás veían lo que ocurría «tras bambalinas», solo estaban interesados en el servicio que iban a recibir mas no en cómo se organizaba. Aubrey trataba a todas las personas del mismo modo, sin importar qué tan costosa fuese la ropa que llevaban o las propiedades de las que alardeaban. Quizá por eso el contraste al cambiar de un tipo de vida a otro no resultó tan catastrófico, pero mentiría al decir que no echaba de menos las facilidades de las que

alguna vez disfrutó. Se mezcló entre el grupo de personas del servicio, impecablemente vestidos y diligentes, hasta llegar a una zona en la que había un maquillador alto y distinguido.

Ella se aproximó con celeridad. No quería perder el tiempo. En el camino vio una moneda de dos dólares en el piso, todos pasaban de lado sin percatarse e ignorándola, así que la recogió al considerarla de buena suerte. Luego retomó el paso.

—Buenas noches, soy Aubrey. La mujer que está registrando a los empleados para esta fiesta me comentó que necesitaba arreglar mi cabello y mi maquillaje —le dijo al hombre rubio de expresión amable—. ¿Existe la posibilidad de que me ayudes?

El hombre tiró de la silla e hizo un gesto para que se acomodara en el improvisado espacio de belleza. Ella soltó una exhalación de alivio. Se sentó. El trato amable y de caballerosidad, después de la experiencia del asalto, resultó agradable.

—Mi nombre es Étienne, chérie, encantado de conocerte —replicó en un inequívoco acento francés—. Los productos que emplearé son ecológicos. No sé si tengas alguna preferencia en tonalidades, pero me ocuparé de elegir unos que sean favorecedores. Debo decirte que yo armo mi propia celebración de colores y estilos.

—Esta es una excelente forma de trabajar —dijo ella con un asentimiento.

—Por cierto, no necesitas maquillaje, porque tienes una estructura ósea magnífica y una piel muy suave —dijo moviéndole el rostro para contemplar los ángulos bajo la luz de la lámpara profesional que había llevado—. Voy a destacar un poco tus puntos fuertes sin que opaques a las invitadas —sonrió—, aunque eso tampoco estaría mal. Conozco a alguna de las mujeres que están detrás de esta puerta bebiendo champán. No tienes idea lo que muchas de ellas darían para tener tu belleza natural. —Aubrey esbozó una sonrisa. No siempre recibía halagos sinceros; lo que sí solía recibir eran propuestas sexuales de algunos huéspedes descarados del hotel—. La bruja que te recibió en la entrada es Mónica y puede ser insoportable. Espero que hayas ignorado cualquier idiotez suya. Llevo seis años en la empresa soportándola.

Aubrey se rio con suavidad. El hombre le cayó bien de inmediato.

—Nunca había trabajado de camarera —murmuró, mientras el estilista empezaba a aplicarle varios productos en el rostro con rapidez—. Estoy algo nerviosa.

El hombre soltó una carcajada suave.

—Tranquila, chérie —dijo Étienne—, lo harás muy bien.

—Gracias por el voto de confianza —expresó ella—. Tuve una jornada laboral complicada y entiendo cómo funciona el servicio al cliente. Así que intenté arreglarme lo mejor que pude, pero creo que no lo conseguí —dijo apenada al mirarse las ojeras.

El hombre esbozó una sonrisa amplia e hizo un gesto con la mano restándole importancia al comentario. Sus manos y brochas se movían con pragmática rapidez.

—Para eso está Étienne —le hizo un guiño—. ¿Sabes, chérie? En ocasiones colaboro maquillando para sesiones fotográficas de grandes cadenas de ropa. La cantidad de trucos que tengo que utilizar para que muchas de esas modelos luzcan espectaculares no los necesitas tú. Así que es un gran alivio no intentar hacer cirugías plásticas con mis productos de belleza —expresó al aplicarle un labial en tono muy bajo—. ¡Perfecta! Ahora, te haré una media coleta y haré ondas a tu cabello. ¿Vale?

Aubrey se sintió a gusto, mimada inclusive, y la alegría burbujeante de Étienne fue como recibir un vaso de agua, después de haber corrido una maratón infinita.

—Sí. ¿Qué tiene de particular este evento para que exista esta excentricidad con el personal de trabajo subcontratado, como yo, por ejemplo? —preguntó, curiosa.

—Los representantes norteamericanos de Sillicon Valley han apostado por abrir una sucursal de varias empresas de tecnología en Sídney. Toda la gente que ha venido a esta mansión están aquí para celebrarlo, junto con ellos, así que será de seguro el primero de varios encuentros sociales que harán en la ciudad. El dueño de ArticFood es un chef muy conocido y quiere causar una buena impresión en los más mínimos detalles. Esto incluye el personal propio o subcontratado —explicó él.

—Oh, qué interesante —dijo sorprendida por la noticia de Sillicon Valley—. Australia se está convirtiendo en el sitio en el que más

tecnológicas buscan invertir.

—Sin duda, ¿por qué si no habría decidido yo dejar mi bella París por Sídney? Considerando que los hombres parisinos son más refinados, lo cierto es que ahora prefiero un poco más lo indomables que son los australianos —le hizo un guiño.

Aubrey se rio con suavidad.

—¡Étienne! —llamó una voz detrás de ambos—. Tenemos un problema.

—Qué novedad —murmuró el hombre en tono bajo solo para Aubrey, luego esbozó una sonrisa y miró a la persona que está detrás—: ¿Qué ocurre, Rachel?

—Jacob estaba encargado de atender a las personas que van a llegar pronto a la sala privada, pero se sentía mal y ha vomitado. Lo envié a casa —replicó, frustrada.

El estilista dejó la pinza de cabello a un costado. Se cruzó de brazos.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Étienne poniendo los ojos en blanco—. Llama a un médico. Ve y habla con Mónica. La mujer está al mando hoy.

—Por esa misma razón estoy aquí —replicó Rachel en tono urgente.

Aubrey escuchaba, pero contemplaba en el espejo el trabajo de Étienne. Le había resaltado los pómulos, delineado los ojos cafés con un tono verde oliva y borrado rastros de cansancio. La media coleta era baja. Lucía sencilla y también guapa.

Ella no tenía tiempo para vanidades y agradecía esta inesperada indulgencia. Se levantó y trató de quitarle las pocas arrugas al cómodo uniforme, parecido al de una azafata de avión, que Darren le había enviado al hotel. La prenda era negra, llegaba ligeramente por debajo de las rodillas, tenía escote redondo y mangas cortas. Se ceñía al cuerpo de manera sutil y daba un aspecto formal. Los zapatos eran de tacón alto.

—Explícate. No soy adivino, ma chérie —dijo Étienne frunciendo los labios.

—Ella es la solución —intervino Rachel en un tono frustrado y señalando a la mujer de cabellos castaños—. Me dijo Mónica que

había una persona que estaba contigo y que podría reemplazar a Jacob. He venido para llevarla al otro salón y que tenga todo preparado cuando empiece el brindis previsto. Estoy coordinando el equipo de camareros en general, así que no puedo encargarme. ¿Comprendes?

—Sí comprendo, porque todos hablamos inglés, Rachel —replicó Étienne con indiferencia. Luego se giró hacia Aubrey—: Procura que te paguen extra, chérie.

—Gracias por el consejo —murmuró Aubrey con una sonrisa.

La tal Rachel meneó la cabeza y soltó una exhalación, impaciente.

—Aubrey, soy Rachel Duncan y estoy a cargo de los camareros. Como este trabajo está orientado a servir a un grupo específico y tendrías que hacerlo sin asistencia de otros compañeros, tal como acaba de mencionar Étienne, el tiempo que dure el brindis se te compensaría con el doble del valor regular por hora pactado. ¿Estás interesada o no? —preguntó en tono amable, aunque también apresurado.

—Sí, claro que lo estoy —replicó entusiasmada—. ¿Cuántas horas serían?

—Una o dos como máximo —dijo Rachel mirando el reloj—. Sígueme.

Aubrey hizo un asentimiento, después murmuró «gracias» a Étienne por su ayuda. A medida que caminaba rápidamente junto a Rachel, pasando desapercibidas entre los invitados, procuraba fijarse en los alrededores para distraer la mente e ignorar así el cansancio. «Solo unas cuantas horas y se acabará la jornada». Aubrey no se deslumbraba por los lujos u opulencia, pues creció con ellos. La riqueza y quienes la poseían le eran indiferentes. Para ella el dinero no definía el valor de otra persona.

—¿Qué tengo que hacer exactamente, Rachel? —preguntó al llegar al final del pasillo, en una zona más silenciosa y con un aroma tenue a sándalo con brisa marina —. No tengo tanta experiencia, pero la paga me interesa, así que quiero hacerlo bien.

La mujer de ojos celestes hizo una mueca de frustración. No podía demorar y contactar a un reemplazo con más trayectoria profesional, porque no tenía tiempo.

—El primer trabajo: cubrir a Jacob en la breve reunión prevista para dentro de quince minutos en este salón —dijo y abrió las puertas dobles que daban paso a una estancia que combinaba una alfombra persa, en tonos de grises con negro, madera alrededor, asientos grandes y un bello sofá, también negro, frente a una chimenea ahora apagada—. Los bocaditos que ves en esa mesa junto a la ventana están calientes. Cada botella de champán está lista en su cubitera. Dime que sabes descorchar botellas.

Aubrey esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Sí, eso no será un problema —replicó, porque lo había hecho un par de veces en el hotel, cuando alguno de sus compañeros que era camarero iba muy liado.

—Bien, qué alivio —dijo soltando una exhalación—. Lo más importante, Aubrey, es que estas personas tengan su champán y bocaditos sin necesidad de perdírtelos. Así que tienes que estar atenta si les falta algo. No puedes distraerte, en especial porque el anfitrión, el señor St. James, estará entre ellos. ¿Comprendes?

—Por supuesto, no te preocupes —comentó, pero no tenía idea de quién era esa persona. Aunque no creía que sería difícil de identificar, en especial cuando escucharía a otros refiriéndose a él en la reunión—. Trabajo en un hotel y sé muy bien lo importante de que cada huésped sienta que sus necesidades se satisfacen. Las personas de la tercera edad suelen tener requerimientos específicos, ¿tiene el señor St. James alguno que yo deba saber con antelación? —le preguntó con amabilidad.

—¿Tercera edad? —preguntó riéndose con incredulidad—. Aubrey, esta mansión le pertenece a un solo señor St. James y él no está en la tercera edad, puedo asegurártelo —meneó la cabeza—. Debes leer poco sobre sociedad —dijo Rachel.

«No es que me haya pasado los últimos años compartiendo con la clase alta de Sídney», pensó Aubrey conteniendo las ganas de decírselo. Se encogió de hombros.

—Prefiero la literatura —dijo Aubrey con suavidad—. Da igual la edad de las personas. Solo fue una simple conjetura equivocada. Haré bien mi trabajo, Rachel.

La otra mujer hizo un asentimiento.

—Respodiendo a tu consulta sobre si existen requerimientos específicos del señor St. James: toda la comida que está en esta sala ha sido aprobada previamente, así como la marca de la champaña y la temperatura. Tu único trabajo es servir, sonreír y hacer de oídos sordos a las conversaciones que no te incumben. Así de simple.

—Entendido —replicó Aubrey con simpleza.

—Me alegro de que estemos en la misma página, porque ArticFood tiene una reputación que mantener. El segundo trabajo: una vez que el brindis en esta sala concluya tienes que llamar —le entregó un walkie-talkie— para que enviemos a retirar todo lo utilizado. Solo entonces podrás bajar, para atender al resto de invitados de la fiesta, uniéndote a trabajar con el resto de camareros —dijo Rachel—. Tus honorarios te los darán, al no ser parte de la nómina regular, en un sobre cerrado antes de irte.

—Oh, muchas gracias —replicó Aubrey, aliviada. Quería hablar con su madre para hacerle saber que estaba bien, pero no tenía un móvil —. Perdona, ¿me puedes prestar tu teléfono para hacer una llamada breve, por favor? —preguntó con suavidad.

—No me puedo creer que te olvides de llevar contigo algo tan básico —dijo Rachel con impaciencia—. Date prisa, por favor, o te tendré que descontar el tiempo.

—Te prometo que no voy a tardar —murmuró ella agarrando el aparato.

Aubrey marcó el número que se sabía de memoria. La voz de Bonnie no sonaba bien. Se alejó unos pasos para buscar algo de privacidad. Rachel la ignoró.

—Mamá, estoy en la zona de Vaucluse en un trabajo, regresaré tarde. ¿Por qué hay tanto ruido a tu alrededor? —preguntó en un susurro y frunciendo el ceño.

—Oh, Bree, no estoy en casa…

—Son las ocho de la noche, ¿en dónde estás? ¿Qué es de Craig? —preguntó.

—Tu hermano me trajo a urgencias. Esta mañana comí algo en mal estado y me desmayé por ir al baño tantas veces… No quise llamarte al hotel, sé que estás liada y ya haces suficiente… Están poniéndome suero para hidratarme. Lo siento, Bree.

—Tu salud es lo más importante, mamá —dijo con un nudo en la garganta, porque sabía la razón de que ella le estuviera pidiendo disculpas: el costo a pagar por la atención médica, además de los exámenes adicionales que le harían al ser Bonnie una paciente con cáncer—. Procura ponerte bien que yo iré a verte apenas salga.

—Bree —intervino Craig agarrando el móvil de Bonnie—, no hace falta que vengas. Me quedaré con mamá. Te intenté llamar al móvil, pero sale fuera de servicio.

—Me robaron cuando estaba a pocas calles de la parada de bus, antes de venir a este trabajo que me consiguió un amigo —murmuró en un tono resignado—. Menos mal tenía conmigo la tarjeta Opal. Me queda poco dinero en ella, el justo para regresar.

—Oh, no. ¿Estás bien, Bree? —preguntó Craig—. Dios, qué desastre.

—Sí —soltó una exhalación—, pero se llevaron el dinero que tenía para el medicamento que le toca tomar mensualmente a mamá. No se lo comentes, por favor. Aún creo que tiene pastillas para unos seis días. Mejor dime qué dicen los médicos.

—La doctora que nos ha atendido aquí probablemente le dará el alta a mamá mañana —informó en tono bajo, lejos de la cama en la que estaba Bonnie, porque no quería que escuchara o intuyera lo que estaba ocurriendo con su hermana—. Van a hidratarla y a monitorearla para asegurarse de que se encuentra estable —expresó y luego le dio el nombre del hospital en el que se encontraban en ese momento.

Aubrey quiso echarse a llorar. «Su madre merecía una vida mejor», pensó mirando la mesa redonda de vidrio, las ocho bellas sillas alrededor y los bordes de madera que recubrían las ventanas de la estancia en la que se hallaba. No podía ver el mar, ni escucharlo, pero sabía que estaba en el exterior. A veces, le apetecía meterse en el agua del océano, cerrar los ojos y olvidarse un minuto de todo. Solo un minuto.

Bonnie, a pesar de estar enferma, mantenía la entereza. La ayuda del gobierno, que se apreciaba, se sumaba al dinero que ella podía conseguir vendiendo los bordados decorativos que hacía para cojines, así como tapices con diseños únicos. Lo anterior no ocurría

siempre, porque se cansaba, pero estaba determinada a no dejarse vencer. Esta forma de afrontar la vida había sido un referente importante para sus dos hijos.

—¿Tienes una idea de cuánto costará pagar este ingreso hospitalario, Craig?

—Quizá mil quinientos dólares —expresó él en tono bajo—. ¿Queda alguna joya que podamos vender? —preguntó haciendo un puño con la mano que tenía libre.

—No… —dijo Aubrey cabizbaja—. Lo vendimos todo en la última crisis.

—Lo siento, Bree —murmuró el joven mirando a un punto en la pared de la habitación del hospital—. Entonces, podría pedirle al doctor que le permita salir hoy, así solo nos cobrarían los medicamentos o exámenes, pero no la estancia…

—No, Craig, mamá debe quedarse. Necesitamos asegurarnos de que todo está médicamente bien —interrumpió mirando de reojo a Rachel que esperaba, cruzada de brazos, el móvil de regreso—. Iré al hospital apenas me desocupe de este trabajo.

—Será muy tarde en la noche y creo que ya has pasado bastante por un día. No eres Wonder Woman, Bree —dijo—. Mañana es festivo y no tengo clases, así que me quedaré a dormir con mamá. La enfermera acaba de entrar. Hablamos pronto…

—Espera, ¿aún conservas ese teléfono viejo con la pantalla medio partida?

—¡Sí, es cierto, nunca lo tiré a la basura! Quizá pueda funcionarte.

—Bien. Lo buscaré apenas vaya a casa y te llamaré para saber de mamá. Dile que estoy al pendiente de ella, ¿vale? —pidió apretándose el puente de la nariz.

—Vale, Bree —murmuró el chico y colgó.

Ella le devolvió el teléfono a Rachel y esta lo guardó en el bolsillo. Resultaba obvio que había escuchado las respuestas de Aubrey y deducido que no había sido una conversación con buenas noticias, porque ahora la miró con menos indiferencia. Después sin mediar palabra, la mujer murmuró un «buena suerte» y salió de la sala.

Una vez a solas, Aubrey contempló la estancia con detenimiento. Este silencio en soledad le parecía una opresión invisible y nada

bienvenida, más cuando estaba ahogándose de desesperación por las noticias sobre su madre. Por otro lado, los resultados de las competencias de natación de su hermano, especialmente después de convertirse en campeón nacional con el equipo de la secundaria pública donde estudiaba, le daban a Aubrey la esperanza de que Craig obtendría la beca deportiva para la universidad. Hasta entonces, ella continuaría pagando las actividades extracurriculares que estaban vinculadas a su preparación deportiva. Craig lo merecía.

Ella empezó a caminar de un lado a otro y notó en la esquina, una urna de vidrio. Se acercó y vio doce monedas de oro con formas y tallados que lucían muy antiguos. Todas eran diferentes entre sí. Una especialmente llamó su atención, no solo parecía de un consistente grosor, sino que también tenía cuatro escudos rústicos grabados en la superficie. Se sintió intrigada. De pronto tuvo una idea de la que no se sintió orgullosa. Estas eran monedas de colección y cada una debía estar valorada en miles de dólares. Si se llevaba una de ellas, considerando que había doce y que podría reordenarlas para que no se notara un espacio vacío, lo más probable sería que nadie se diese cuenta. Según la perspectiva de Aubrey en esos instantes, cuando se tenía tanto lujo era fácil olvidar los detalles de cada ítem que se había adquirido. «Una moneda de más o una moneda de menos no haría una diferencia», pensó ella, en su estado de angustia por lo ocurrido en Kings Cross y las malas noticias sobre Bonnie.

Aubrey maniobró con suavidad la pesada cobertura de vidrio y extrajo una moneda. Después cerró la urna y guardó el objeto de oro que acababa de tomar sin mirarlo demasiado, en el interior del sujetador, entre sus pechos. No solo sintió el peso de la conciencia, sino también el frío del metal en el instante en el que guardó el objeto que no le pertenecía. Pero procuró ignorar la sensación, porque su cuestionable acción no estaba causando un mal. «¿Qué tanto podría afectar la falta de una moneda a quienes tenían millones de dólares en el banco, propiedades y demás? Vaucluse se caracterizaba por albergar residencias de fortunas de antiguas familias», pensó Aubrey.

Fue hasta el sofá y se sentó un instante. El razonamiento o historia que intentaba contarse continuaba sin convencerla. El

pálpito desbocado de su corazón no era por los nervios, sino por la vergüenza propia debido al acto cometido. Intentó serenarse, pero las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos. Pasaron varios minutos y no llegaban los invitados del brindis. Ella seguía agitada, preocupada y a eso le sumaba el estar decepcionada de sí misma por haber tomado esa maldita moneda. Sentía el cuerpo agotado, los hombros tensos y los ojos ardiéndole ante las lágrimas que ya no pudo contener. «Este era el punto más bajo en el que podía haber caído: robar. No era una maldita ladrona», pensó, dejando de lado las estúpidas justificaciones y reflexiones anteriores sobre lo mucho o poco que afectarían sus acciones a los dueños de esta mansión. Se obligó a levantarse de inmediato del sofá.

Sentía un nudo en la garganta. Fue hasta la urna de nuevo y la abrió con suavidad. Sacó la moneda del bolsillo y la dejó en el sitio con rapidez. Quería alejarse lo antes posible y fingir que lo que acababa de hacer, en realidad no había tenido lugar. En el preciso instante en el que cerraba la urna, la puerta de la estancia se abrió con firmeza, sobresaltándola. Aubrey, asustada, dio media vuelta para encontrarse con la expresión hostil de un hombre que poseía el porte de un guerrero. Un guerrero muy furioso, sin duda, pues acababa de encontrar a un molesto infiltrado en su territorio.

El hombre tenía la clase de belleza masculina cinzelada por Miguel Ángel y salpicada con toques elegidos por Ares y una clase de energía conjurada por Eros. La combinación era extremadamente peligrosa, en especial si esos ojos azules, insondables, fijaban la atención en una sola persona: ella. Aubrey tragó saliva, inquieta.

—Oh, yo estaba… —farfulló la mujer sin completar la frase.

Aubrey, atónita y asustada, no se sentía capaz de moverse. Tampoco necesitaba una introducción para comprender que este era el señor St. James que Rachel le había mencionado, el anfitrión de la fiesta. «Claramente no era de la tercera edad», pensó.

—Debes ser una ladrona con poca experiencia para no considerar que existen las alarmas silenciosas, en especial en una casa como esta —dijo el hombre con marcada hostilidad—. Cuando levantaste la tapa de vidrio, tus movimientos activaron la seguridad. La única razón por la que he venido personalmente, en lugar de que lo hiciera

la policía, es porque tengo un evento en desarrollo y prefiero zanjar esta idiotez lo más pronto posible. En pocos minutos entrarán seis invitados a esta sala. Vas a ejercer tu trabajo de camarera y luego lidiarás con las consecuencias de tus acciones.

—Yo… —susurró como si una mano le apretara la garganta—. Lo lamento de verdad. Acabo de dejar la moneda en su sitio. No la tengo conmigo. Estoy pasando una situación que nubló mi juicio. Aunque no lo justifico. He devuelto lo que tomé…

Él avanzó hacia ella y extendió la mano con la palma hacia arriba. Enarcó una ceja con arrogante autoridad. La señal que estaba haciendo era una orden inequívoca.

—No existe ninguna razón por la que deba creer en la palabra de una ladronzuela. Devuélveme lo que me pertenece —exigió en tono acerado, mirándola.

Aubrey aspiró el exquisito aroma de la colonia masculina. La cercanía del hombre le provocó un cosquilleo inesperado en la piel. Ella elevó el rostro, porque el millonario era mucho más alto y no lograba mirarlo a los ojos. Tragó saliva, inquieta.

—Señor St. James… —empezó con suavidad.

Él elevó la mano para que se callara. Aubrey cerró la boca de inmediato.

—Estoy seguro que usaste alguna artimaña para que te asignaran a esta sala, en lugar de servir con el resto de camareros —acusó Gabriel con hostilidad—. Sabes quién soy y también que tengo afición por el arte antiguo. Te salió mal la jugada.

Ella hizo una negación ante la conclusión de él. El hombre era intimidante.

—No supe de su existencia, hasta hace pocos minutos cuando me dijeron que el anfitrión estaría en esta sala. Asumí que es usted el señor St. James, porque acabo de cometer un error de juicio, pero mis neuronas pueden sacar deducciones correctas. Sobre la moneda, insisto, la he devuelto —dijo, mientras señalaba la urna de cristal.

Pero se dio cuenta al instante, al observar con más atención, que existía un horroroso problema. La moneda que estaba en la urna era de dos dólares australianos, la misma moneda que recogió del piso,

antes de conocer a Étienne. En las prisas de regresar el objeto a la urna, ella tomó la moneda que tenía en el bolsillo del uniforme, en lugar de la que estaba en su sujetador. Miró al hombre con una expresión de absoluta consternación. «Dios, no puede ser. No puede ser», pensó ella, desesperada.

—¿Problemas de memoria, ladrona? —preguntó Gabriel dando un último paso.

Ella meneó la cabeza; ese apelativo le escocía. Porque no era una ladrona, en verdad, no lo era. Sí que cometió un error horrible de juicio, pero recapacitó rápido.

—No soy lo que usted dice —susurró mirándolo con pesar—. Me llamo…

—Tu identidad se la dirás a las autoridades —zanjó el hombre con rabia—. Te guardaste el galeón español entre tu ropa, el video de la cámara de seguridad fue claro. Puedes usar los siguientes cinco minutos para entregármelo o esperar a la policía.

Aubrey tragó saliva. Tenía que liberar los cuatro botones de la parte superior del vestido. Eso implicaría que tenía que alejarse para conseguirlo. Necesitaba espacio.

—No puedo hacerlo frente a usted. Si me da un instante de privacidad…

—Perdiste el derecho cuando me robaste —interrumpió él sin moverse. Una moneda valorada en ochenta mil dólares era calderilla para sus bolsillos, pero el asunto iba más allá del dinero—. Así que haz lo que estoy ordenándote, mujer. ¡Ahora!

Gabriel había tenido un día de mierda. Los balances financieros eran un caos, porque hubo un error en el nuevo sistema informático. Perdió varias horas de trabajo productivo, hasta que se logró solucionar el incidente. Luego tuvo que atender varias reuniones fuera de la oficina y esta noche, una vez que acabara la fiesta, viajaría a Auckland, Nueva Zelanda, por negocios urgentes. La jornada parecía interminable. Que hubiera una mujer que intentara robarle, en sus narices, lo terminó de cabrear.

Después de haber visto el video de seguridad, se sintió intrigado no solo por la deslumbrante belleza, sino también por el toque de vulnerabilidad que notó en la mujer. Gabriel no tenía por costumbre

hacerse cargo de asuntos que podía delegar a otros a quienes pagaba muy bien para despejar su agenda. Por eso, el haber cedido a la curiosidad de acercarse a esta ladronzuela, para encararla, solo aumentó su enfado.

—No te he robado —dijo ahora tuteándolo, porque él también lo hacía—. Para devolverte el galeón tengo que darme la vuelta y estás en mi espacio personal.

Aubrey se sobresaltó, porque la actitud intimidante del hombre le recordó a lo que había vivido en Kings Cross. Las situaciones eran diferentes, pero el efecto similar. Se abrazó a sí misma para que su cuerpo no entrara en un proceso de pánico.

—Tú también estás en mi espacio personal, robándome nada menos, así que elige: un grupo de policías que haga el cacheo o empezar a buscar por ti misma.

Ella frunció los labios con rabia y apartó la mirada, al tiempo que desabotonaba la parte superior del vestido. Los botones eran pequeños y transparentes. Al llegar al último, justo debajo del broche delantero del sujetador, deslizó los dedos entre sus senos, consciente de que estaba siendo observada por un halcón. Pero ella no era ninguna presa que le apeteciera consumir, sino destrozar bajo el peso de la ley. Esto era algo que la aterraba, porque ya tenía suficientes problemas en su complicada existencia. La moneda, ahora tibia por el contacto con su piel, se había deslizado bajo el pecho derecho. Lo sacó y cometió el error de elevar el rostro hacia el hombre.

Por un instante, las miradas de ambos se enredaron en una conexión tan fuerte que el silencio alrededor pareció detonar una explosión. Aubrey notó que él la observaba con una mezcla de reproche, enfado y, ¿lujuria? No estaba segura; no podía definirlo.

Gabriel apretó los dientes. Por lo general no era tan hijo de perra, menos si consideraba la expresión atormentada de la mujer, que parecía estar a punto de llorar. Pero detestaba a las arribistas y aprovechadas. Él no era mejor persona tampoco, pues no dejó de notar los generosos montículos que sobresalían del sujetador color gris. No tenía ningún derecho a hacerlo. Sus padres le habían enseñado mejores modales y también la compasión. Una lástima

que esta última no formase parte de su repertorio regular con ladronas. Debió apartar la mirada, mas no lo hizo, mientras la mujer se tocaba los pechos de una forma que no era en absoluto sexual, buscando el galeón. Aún así, el gesto inocente agitó en Gabriel toques de lascivia. «Lo que le hacía falta para expulsar el maldito estrés y caos de su vida era follar. Iba a remediarlo cuando llegara, en unas horas, a Auckland». Sus ojos no se apartaron de la figura femenina.

—Aquí tienes el galeón —murmuró Aubrey con los ojos llovidos por la humillación—. No merezco que me hayas tratado de este modo… Me disculpé…

Él estuvo a punto de ser quien se disculpara, pero esa posibilidad se perdió cuando escuchó voces en el pasillo. Sus invitados, así como su socio en la compañía, estaban a punto de entrar en la sala. Los empresarios eran de Sillicon Valley y manejaban nuevas tecnologías que lograrían, gracias a este gran acuerdo, aumentar la fortuna St. James y a la par mantener la racha imbatible de sus inversiones exitosas.

Gabriel sintió la tibieza del galeón, en la mano, al recibirlo de la mujer de ojos profundos. Él ignoró la súbita necesidad de querer conocer los secretos que ocultaba el cuerpo de la bella ladrona. El rostro de ella aparentaba inocencia y abatimiento.

«No tenía tiempo para esos análisis con una sinvergüenza», pensó Gabriel.

—Haz tu trabajo y mantén las manos lejos de los bolsillos de mis invitados —interrumpió, en un tono insultante y severo, mientras devolvía la moneda a la urna.

Ella abrió y cerró la boca. Ofendida por el comentario.

—No soy una ladrona —susurró Aubrey, pero él ya no la escuchó, porque le había dado la espalda para acercarse a sus colegas de negocios con paso ágil y firme.

Durante el resto de la velada, que duró al menos una hora y media, Aubrey mantuvo la cabeza en alto. No se le ocurrió hacer contacto visual con el anfitrión y procuró no hablar, a menos que fuese para ofrecer más comida o champán o vino alrededor. Logró pasar desapercibida, pero se sentía nerviosa y podría jurar que la

mirada que sentía a ratos, como si quemara su nuca, era la del Diablo de ojos azules.

Preocupada por la posibilidad de que, una vez terminado el extenso brindis, el dueño de la mansión cumpliera su amenaza de hacerla pagar por sus acciones, lo cual podría implicar a la policía, Aubrey decidió actuar antes de que fuera demasiado tarde. Contraviniendo la indicación de Rachel, pidió al personal, a través del walkie-talkie, que retirara los utensilios antes de tiempo. Tampoco esperó a que el último invitado se marchara. Sabía perfectamente quién sería y no estaba dispuesta a enfrentarse a Gabriel —cuyo nombre de pila ella conocía ahora, después de escucharlo nombrar varias veces durante la velada— ni a recibir de él más amonestaciones verbales capaces de destruir la poca entereza que aún le quedaba. La única solución era marcharse lo antes posible. Gabriel ignoraba su nombre y ella no constaba en la nómina oficial de ArticFoods. Solo era una trabajadora temporal, una recomendación para un encargo breve, alguien que recibiría su paga en efectivo y podría desaparecer sin dejar rastro, como si aquella noche jamás hubiera ocurrido. Eso fue exactamente lo que hizo: irse.

Tan pronto como los encargados de ArticFoods le informaron que estaban fuera de la sala, ella les abrió la puerta con discreción mientras, al mismo tiempo, comenzaba a alejarse. Aubrey se mezcló entre los invitados de la planta baja, que habían aumentado desde que ella llegó horas atrás, y luego se acercó a Étienne para preguntarle quién hacía los pagos del día. El estilista le dio las indicaciones y Aubrey cobró el dinero por el poco tiempo que había trabajado. Era eso o nada. Luego salió de la mansión con prisas y caminó vertiginosamente, hasta la estación de buses. Una vez que estuvo sentada en el vehículo, la suma de todo el día la sobrepasó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y esta vez, durante el camino de regreso a casa, no las detuvo.

Aubrey no consideró que, aunque se podía esquivar situaciones ocasionalmente, no podía hacer lo mismo con el destino. Ese concepto, tan abstracto y tan real a la vez, era aquel con el que ella y Gabriel se habían encontrado esa noche. Nada era fortuito. ¿Y qué

decían los sabios antiguos? Que el destino siempre termina por encontrarte.

CAPÍTULO 1

Meses después.

La finalidad de la firma de capital privado de Gabriel, Aussie Equinox, era invertir en negocios o proyectos prometedores, adquiriendo una parte o el control total como accionista, para luego optimizar su valor y venderlos, logrando cuantiosas ganancias. Él era meticuloso al elegir aquellas empresas que prefería mantener en su portafolio personal, quedándose como inversor, cuando sabía que podría triplicar sus beneficios a largo plazo. Sus decisiones eran estratégicas y a la par un juego intelectual. A sus treinta y cinco años, él había sobrepasado con creces las expectativas de su familia.

De hecho, era el primero en cinco generaciones que rompía con la tradición del negocio de los St. James. Estos eran conocidos por sus minas de oro en Kalgoorlie (Australia Occidental) y las de aluminio en Weipa (Queensland). Pero la minería, y todo lo vinculado a esta, siempre le pareció un rubro predecible e inclusive aburrido.

Él disfrutaba la adrenalina que surgía del riesgo; el reto de la apuesta de la teoría a la práctica; el tablero del mercado y su versatilidad. La emoción de ganar, así como convertir en posible lo que parecía improbable, lo estimulaban a continuar expandiendo el alcance de mercados en los que podía invertir. A su familia no le sentó bien que optara por desvincularse del rubro del negocio usual de los St. James, pero lo apoyaron. Gabriel fundó Aussie Equinox junto a uno de sus mejores amigos de la universidad. Desde entonces ya habían transcurrido diez años. Con un portafolio variopinto de inversiones, su empresa ahora estaba valorada en un billón de dólares.

En el trayecto de esa década Gabriel conoció a Heath Redmond, un reconocido desarrollador de proyectos inmobiliarios de amplia experiencia, que no solo se convirtió en su primer asociado comercial, posteriormente en un mentor, sino en un gran amigo. Aunque llevar su conocido apellido venía ligado a muchos privilegios

en los ámbitos social, político y empresarial, Gabriel apreció el voto de respaldo y consejos que recibió de un hombre ajeno al mundo minero como Heath.

Por ese vínculo, él había recibido la invitación a cenar y festejar el cumpleaños de la mujer de su mentor, Amanda, que cumplía setenta años. Gabriel habría preferido asistir a la partida de Póker de los jueves que solía tener con sus amigos, pero los Redmond siempre le habían demostrado aprecio y él procuraba ser recíproco en la medida que lo consideraba correcto. Como en esta ocasión. Así que ahora estaba entre los asistentes que disfrutaban de una magnífica cena con vistas a la bahía de Sídney.

—Gabriel, vi las noticias de tu alianza con los de Sillicon Valley hace unos meses. Qué buena jugada que Knox y tú se adhirieran —dijo Heath, amable, cuando empezaban a servir el postre y los invitados conversaban entre sí en la amplia mesa.

La memoria de Gabriel le recordó la súbita imagen de la hermosa ladrona que había conocido aquella noche de la celebración. La bribonzuela logró largarse en medio del cierre del brindis. Al darse cuenta de lo ocurrido, él se cabreó. Cuando Gabriel le preguntó al dueño de ArticFood por la identidad de la mujer, mostrándole el video del robo, este le informó que ella no constaba en la nómina de empleados y que fue una contratación de emergencia. Él habría podido pagar a un investigador privado, pero hubiera sido un desperdicio de recursos en una persona sin importancia.

Por el simple hecho de haberla recordado en este instante, cuando la música de fondo, el ambiente agradable y la exquisita comida lo rodeaban, se enfadó. No obstante optó por ignorar el recuerdo y concentrarse en su conversación con Heath.

—Habría sido absurdo dejar pasar la oportunidad —replicó Gabriel —. Knox y yo —dijo refiriéndose a su socio y mejor amigo—, consideramos que este boom de la inteligencia artificial apenas empieza. No es el futuro como dicen, sino el presente.

—La gente de mi generación prefiere lo tradicional —dijo riéndose —. Esos mundos raros me resultan ya demasiado complicados para intentar asimilarlos ahora.

—Creo que todo depende de la óptica—comentó Gabriel, pensativo—. Knox y yo estamos en conversaciones para desarrollar un software de simulación en IA justamente para empresas de arquitectura, construcción general y, como la tuya, desarrolladoras de proyectos inmobiliarios. Aún estamos en los procesos iniciales.

—Te preguntaría sobre los detalles, pero sé que no me los dirás al estar en las primeras etapas de desarrollo —dijo Heath—. Si crees que puede ser útil para mi compañía, cuando tengas todo listo y aún si no he nombrado un sucesor, búscame.

—El asunto de la jubilación está nuevamente en la palestra, ¿eh? —preguntó Gabriel con humor, porque Heath llevaba un par de años diciendo que iba a retirarse. Pero siempre, con alguna excusa, postergaba esa decisión para ejecutar otro proyecto.

El hombre de ojos verdes y barba blanca hizo un asentimiento.

Décadas atrás, Heath había sido diagnosticado con leucemia. La detectaron a tiempo, así que gracias a su fortuna y acceso a los mejores médicos logró recibir un trasplante de médula ósea. Llevaba ocho años en remisión completa, pero mantenía la cabeza rapada como un recordatorio personal de lo frágil y volátil que era la vida.

—En esta ocasión es una decisión que está tomada —dijo Heath, aunque no estaba contento al tener que dejar su larga carrera—. Le prometí a mi familia que le daría más tiempo, en especial por mis nietos, y que delegaría pronto un sucesor. Mis hijos prefieren contratar un consejero delegado, porque dicen que no quieren ser esclavos de la corporación cuando existen otros rubros por explorar —suspiró—. Así que actualmente estamos realizando reuniones para elegir un candidato idóneo.

—Vaya, ese sí es un giro importante —comentó Gabriel elevando ambas cejas.

—Lo es —replicó meditabundo—. Por cierto, sé que este no es el momento ideal, pero en unos días haré un tour por Europa con Amanda. Durante ese tiempo es probable que tu agenda y la mía no coincidan pronto, así que prefiero aprovechar que estás aquí ahora para hablar de dos temas importantes, en lugar de llamarte a mi regreso —dijo Heath, mientras el camarero le servía un Pavlova con

kiwi y fresas—. Además, el manejo de las formalidades excesivas tampoco me gustan mucho, lo sabes.

Gabriel se rio e hizo un asentimiento. Se sintió intrigado.

—Sin duda, ¿qué ocurre? —preguntó bebiendo un trago de whiskey.

—El primer aspecto es profesional. Quiero proponerte que inviertas en un plan de construcción que ya estoy desarrollando en Towradgi Beach, a una hora y media en coche desde Sídney. —Gabriel frunció el ceño, mas no interrumpió, mientras Heath empezaba a explicarle de forma precisa el proyecto y cuánto sería el monto a invertir—. Lograr los permisos de construcción del hotel boutique, al ser un área virgen y con reserva natural cercana, me tomó tres años. Hace pocos meses me dieron la aprobación final. Este no solo es mi último trabajo antes de jubilarme, sino también un sueño que he postergado más de lo que me habría gustado —continuó Heath—. El capital inicial es mío. Los trabajos de base están en marcha. Sin embargo, me gustaría proponerte que te unieras como accionista. Seríamos solo dos socios.

—Aprecio que hayas pensado en mí —replicó Gabriel, mientras su mente registraba la información que acababa de darle su mentor sobre el hotel—. Asumo que, al tratarse de un asunto con matices más personales para ti, no querrás que el porcentaje de acciones que estás ofreciéndome se venda a terceros. Preferirás mantener la sociedad entre quienes elijas. En este caso, yo. ¿Es correcto? —preguntó.

El hombre hizo un asentimiento con una expresión de admiración. El joven siempre le pareció alguien brillante y que trabajaba, inclusive llevándose al límite en ocasiones, para dejar claro que, si bien era un St. James, sus logros profesionales eran alcanzados por esfuerzo personal, no por las conexiones de su multimillonaria familia.

—Sí, correcto, Gabriel —dijo Heath—. Quiero que seas inversor, porque eres un empresario despiadado, pero con ética laboral. Además, te conozco desde tus inicios y hemos trabajado en otros proyectos. Sé muy bien qué clase de socio eres.

—Me gusta la visión que me has contado y el área de construcción. Aprecio que pensaras en mí como socio —dijo—. Envíame los documentos necesarios a la oficina. Así podré estudiarlos en profundidad y luego los revisaré con mi equipo legal.

El anciano hizo un asentimiento, satisfecho, y esbozó una sonrisa.

—No vas a arrepentirte si aceptas invertir, Gabriel —expresó el desarrollador inmobiliario dándole una amistosa palmada en el hombro al joven—. Llevo años analizando los mejores sitios y sus expectativas de crecimiento para este hotel. Así que estoy convencido de que Towradgi Beach es el área idónea —concluyó con orgullo.

Gabriel no hacía apuestas financieras sin tomarse al menos dos semanas para analizarlas, como mínimo, porque necesitaba tener plena certeza con sus fondos. Con Heath podía relajarse un poco y haría una excepción, así que procesaría el material del hotel en menos tiempo. Eso implicaba que su equipo legal trabajaría contra reloj. Para Gabriel existía una línea fina en la que solían romperse las amistades y esta la trazaba el dinero. Por eso prefería siempre mantener las reglas muy claras y también procurar ser cauto. Le haría caso a su instinto que le decía que esta apuesta era una ganadora.

—Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo de negociación rápido en términos legales —dijo Gabriel, amable. En ese instante el teléfono vibró en su bolsillo, pero no creía que se tratara de nada importante. Su mente estaba colapsada, después de haber logrado desvincularse de una inversión en el sector ganadero. Los otros socios incumplieron las cláusulas pactadas. Esto los cabreó a él y a Knox. Las reuniones sobre ese asunto, que finalizaron horas atrás, fueron agotadoras. Además, su asistente acababa de empezar la baja por maternidad y al reemplazo le estaba costando adaptarse al sistema digital interno. Por eso, Gabriel tuvo contratiempos que le quitaron un tiempo valioso—. ¿Cuál es el segundo tema del que querías hablar?

Alrededor los asistentes brindaban, reían y compartían anécdotas.

El ambiente era una mezcla de sofisticación, así como un derroche de lujo. Cada plato costaba alrededor de doscientos dólares. Los

Redmond pagaban todo.

—Hace poco me contactó mi ahijada, una chica que siempre ha sido muy lista —dijo Heath sin dar más detalles, pues no le pareció importante—. Bree fue nombrada Dux en la secundaria, la mejor de su promoción. Está buscando un empleo con buenas prestaciones y me comentó que la tecnología se le da muy bien. Considerando tus conexiones en ese ámbito, ¿podrías considerar darle trabajo?

Gabriel giró el líquido ambarino que le quedaba en el vaso de cristal.

—Sabes que yo no contrato a nadie por simple recomendación —dijo el hombre de cabellos rubio oscuro—. Pero si viene de tu parte sé que no me defraudará.

—Aprecio el voto de confianza. Bree posee una mente ágil —replicó Heath, porque era la verdad. Él no decía halagos en vano, ni siquiera con sus propios hijos.

—Dile a tu ahijada que vaya a mis oficinas y que solicite hablar directamente con el gerente de recursos humanos —replicó el CEO —. Tendrá que pasar una prueba de conocimientos en el área informática, Heath. Si lo consigue, le darán una plaza en el área de IT. Puedo ofrecerle la oportunidad, no garantizar su contratación.

—Por supuesto, no esperaría que le dieses un trato preferencial, sino tan solo una oportunidad. Lo acabas de hacer al acceder a que haga las pruebas —contestó.

Gabriel hizo un asentimiento y se levantó para ir al baño. En la barra del restaurante una rubia, que había estado mirándolo con insistencia a lo largo de esas dos horas, le hizo un guiño. No estaba sola, sino con una amiga. Gabriel era aventurero en el sexo, aunque nunca hacía promesas que no estuviera dispuesto a cumplir. No le gustaba crear falsas esperanzas y prefería ahorrarse enredos absurdos.

Si estas dos amigas estaban interesadas en un trío, él aprovecharía la ocasión y disfrutaría de unas cuantas horas para satisfacer su libido. No solo eso, sino que le serviría para desahogar las contrariedades que tuvo en ese largo día en la oficina. Si bien el gimnasio o el surf eran las actividades que solía elegir para combatir el estrés, en este momento no estaban disponibles. Al final, el sexo

era la vía más atractiva. Se aproximó a la barra y ambas mujeres le sonrieron. En el instante en el que Gabriel iba a preguntarles si les interesaría compartir algo más que una bebida esa noche, el teléfono le vibró en el bolsillo. Agarró el aparato y deslizó el dedo sobre la pantalla.

Un mensaje de voz. Dos de texto. Gabriel escuchó y leyó rápidamente.

Había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en la que recibió esta clase de mensajes. Él no podía ignorarlos, en especial porque no se trataba de una persona cualquiera. Guardó el móvil y su mente borró a las dos mujeres que habrían podido ser su entretenimiento nocturno. Antes de marcharse, él se acercó a Heath para despedirse y asegurarle que los temas que discutieron se resolverían con rapidez.

Después, el atractivo millonario puso rumbo al hospital.

Existían compromisos con el pasado que eran ineludibles de atender en el presente, en especial cuando las acciones imprudentes dejaban secuelas perennes.



La habitación del St Vincent's Private Hospital estaba silenciosa, pero esa quietud la rompían los sonidos de la máquina que registraba los signos vitales de la mujer de cabellos rubios. Gabriel permaneció en el umbral de la puerta, contemplándola, y sintiéndose apesadumbrado al verla enchufada a una intravenosa y con ambas muñecas de la mano vendadas. Habían pasado al menos cuatro años desde la última ocasión en la que ella tuvo una recaída por sobredosis. Pero esta era la primera vez que intentaba suicidarse. Los padres y la hermana menor de Claudia estaban fuera del país, así que el siguiente en la lista de contactos de emergencia era Gabriel. Por esa razón, la enfermera lo contactó y, al llegar, el doctor le dio detalles sobre la situación.

Dio un paso hacia adelante y el sonido de la suela de su zapato tuvo un eco quedo, pero fue suficiente para que los ojos celestes,

que conocía desde hacía más de quince años, se abrieran poco a poco. Gabriel agarró la silla de visitantes y la acercó para acomodarse. Se inclinó hacia adelante apoyando los codos sobre las rodillas. Él había sido el responsable de que la vida de Claudia, y también la suya, cambiara radicalmente. La tragedia solía tener dos caras cuando resquebrajaba los caminos que visitaba. En un lado, unía a quienes compartían el mismo dolor en formas retorcidas o expulsaba emociones que, durante mucho tiempo, permanecieron adormecidas. El otro lado era el más complejo, porque dejaba cicatrices, visibles y otras invisibles, que no siempre sanaban, transformando a las personas en extraños incluso para sí mismos. La mezcla de esos lados fue la situación que había marcado la vida de Claudia y Gabriel. Pero el espiral de la depresión y luego las adicciones solo le ocurrieron a ella.

Él sabía que fue quien detonó el desastre que los marcó irreversiblemente. Por eso, en lugar de haberse ido con las dos mujeres del bar o intentar llegar a la última mano de Póker con sus amigos o inclusive llamar a la mejor amiga de Claudia para que se hiciera cargo de la situación, él se movilizó personalmente. Si Gabriel estaba en el interior de un hospital, lo primero que solía sentir era una opresión en el pecho, como si fuese a quedarse sin respiración. Esa molesta sensación pasaba con rapidez, pero no dejaba de lograr que él odiara estar en esta clase de lugares. Además, el ruido de las ambulancias, el tono urgente de la gente pidiendo información, llantos, la iluminación blanca excesiva de los pasillos, el aroma del ambientador que provocaba más arcadas que agrado, las llamadas por altavoces, todo, en conjunto, lo enviaba a ese sitio oscuro del que logró salir casi indemne. El anterior no fue el caso de Claudia.

—Si algo iba mal debiste llamarme —dijo Gabriel contemplando las vendas. Extendió la mano y apretó los dedos delicados, pero marcados con viejas cicatrices que las cirugías plásticas no lograron borrar del todo—. ¿Por qué hiciste esto…?

Ella giró levemente la cabeza y esbozó una sonrisa tenue. Llevaban cuatro años separados, pero se conocían desde que Claudia tenía doce. Siempre estuvo enamorada de él y por eso, después de todo lo que vivieron juntos, la ruptura de su compromiso

fue un duro golpe. Daba igual que Gabriel lo hubiese hecho con argumentos válidos.

—Sé que estás ocupado… Más que antes —tragó saliva—. Te he visto en varios eventos de alto perfil, ¿por qué habrían de interesarte mis conflictos?

Él meneó la cabeza y le soltó las manos con suavidad.

—Porque sé que tu hermano habría esperado que recurrieras a mí, pues sabría que hallaría la forma de ayudarte —dijo con un toque amargo en la voz.

Ella hizo una mueca. Le dolía la cabeza y solo quería dormir. Descansar.

—Calder ya no está, así que da igual. Tampoco es que lo tuvieras tan presente, en especial cuando te llamé la última ocasión, el día del aniversario de su muerte, pero tu asistente me comentó que tenía órdenes de no pasarte ninguna llamada…

Gabriel se apoyó contra el respaldo de la silla. Sintió una punzada de culpa. No olvidaba el aniversario de la muerte del que fue uno de sus mejores amigos, porque los recuerdos sobre la manera en que falleció continuaban martilleando su mente. Tan solo que ese día era difícil de sobrellevar, aunque sabía que lo era más para su ex.

—Herzog es el reemplazo temporal de Corrine y lleva poco tiempo en el puesto, así que es probable que cuando llamaste él recién hubiera asumido el cargo —comentó Gabriel—. ¿Por qué quisiste quitarte la vida, Claudia? ¿Por qué cuando estás a punto de presentarte como la protagonista de Un tranvía llamado deseo en el teatro?

Ella enarcó una ceja ante el comentario.

—Entonces sabes de mí, pero optas no contactarme —suspiró—. Te echo de menos, Gabriel, eres el único con el que puedo hablar de mi hermano y que estuvo…

—Sé de la obra por la publicidad que está circulando —interrumpió él, porque no quiso que ella terminara la frase que iba a usar como argumento. No quería que detonara recuerdos que solo lograrían amargarlo y contrariarlo—. De hecho, pensaba ir a verte en el teatro. Si no te contacto, puedes llamarme. —Ella apretó los labios —. Me aseguraste, la última vez que hablamos, que llevabas doce

meses sobria —dijo Gabriel soltando una exhalación—. Sé que tienes la fortaleza de salir adelante y mejorar. No me explico esta situación. ¿Qué pasó? —preguntó serio, observándola.

Claudia hizo una mueca. No tenía cómo evadir el interrogatorio.

—Quizá esa vez que conversamos no fui del todo sincera… Solo quería que habláramos de otras cosas, pero no llevaba un año sobria, sino unos pocos meses…

Él apretó los labios. Se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Cuéntame lo que ocurrió para que acabaras en un puto hospital —exigió.

—No lo sé… Me sentía demasiado triste, sola… No lo sé, Gabe —susurró llamándolo por el apodo cariñoso que usaban los que pertenecían a su círculo íntimo de amigos. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Lo siento mucho…

—¿El terapeuta? —preguntó él y optó por sentarse en el borde de la cama.

—Creía que ya estaba bien, que podía sola, así que dejé de verlo un tiempo… —Gabriel le limpió las lágrimas con una servilleta. Fue un gesto impersonal—. Pasaron las semanas y fui a una fiesta con varios compañeros de reparto. Me dieron algo en la bebida… Todo se volvió más vibrante de repente; más alegre; más intenso.

Él maldijo por lo bajo. «Sí que existe gente muy hija de puta».

—¿Te hicieron algo, Claudia? —preguntó en tono tenso.

—No. Fue una fiesta de pocas personas y todas nos respetamos…

—Drogar a otros sin su consentimiento me suena más a un crimen que una demostración de respeto o ética —dijo Gabriel con ironía. Él era consciente de que la alternativa del arte que había elegido Claudia, en este caso ser actriz, distaba mucho de aquella opción que ella en verdad nació para hacer: músico. Pero Gabriel había sido el responsable de que, en lugar de tocar el violín en grandes conciertos, ella estuviera interpretando vidas ajenas para escapar de la propia, bajo el amparo de un guion—. ¿Es esa la clase de gente con la que te rodeas? ¡Demonios, Claudia! —espetó.

Ella hizo una mueca. No tenía ánimos de discutir al respecto.

Algunas de las peleas entre los dos habían sido por el tipo de amistades, clase alta o no, que Claudia frecuentaba. La mayoría eran sanguijuelas a las que Gabriel no les permitía sacar provecho de su apellido, menos de la fortuna de los Waltson. Porque su exprometida provenía de una familia que era la propietaria de una de las marcas de helados emblemáticas de Australia. Se trataba de un legado de cuatro generaciones.

—Supongo… —susurró la rubia.

La expresión de Gabriel se volvió severa.

—¿Qué más ocurrió esa noche? —preguntó meneando la cabeza.

—Me sentí impotente cuando la adrenalina, que mi antiguo yo conocía, regresó de repente; volvió a ese lugar complejo en el que todo parece más vibrante, en especial en los días difíciles. Desde esa noche… —dijo sollozando—, empecé a consumir de nuevo. Creí que podría controlarlo, en dosis pequeñas. Hasta que no fue así… Llegué a un punto en el que me sentía acorralada y desesperada. Fue en uno de esos días que agarré el móvil y te llamé, pero no te localicé… Sentía el mundo cerrándose a mi alrededor, todo parecía tan caótico, y necesitaba hablar con alguien —tragó saliva al pensar en esas semanas—, y ese día aumenté la dosis y al fin me calmé…

Gabriel se frotó el puente de la nariz.

—¿Cómo llegaste al punto de intentar quitarte la vida, Claudia…?

Ella soltó una leve exhalación.

—Esta mañana encontré en una de mis cajas de la mudanza, ni siquiera recordaba que la tenía, unas fotos de Calder. Lo extraño y siento el vacío de su partida como si hubiera sido ayer, en lugar de hace once años —se rio de sí misma—, ¿no es estúpido? —Gabriel negó—. Y hace unas horas pensé en todo lo que perdí y entré en un estado de tristeza profundo —elevó el brazo que no tenía la vía, temblorosamente—, porque estas manos son inútiles para tocar el violín… Solo me queda actuar, algo que disfruto, pero que no amo, Gabe… Sé que es difícil de comprender para alguien que utiliza la lógica para mirar el mundo, en lugar del arte.

Gabriel experimentó una sensación de tristeza por ella, porque ahora era la sombra de la chica alegre, desenfadada y también determinada que él conoció tanto tiempo atrás. Sabía que Claudia

hacía esfuerzos por vencer a los fantasmas del pasado que la atormentaban, pero no eran suficientes. La evidencia era lo ocurrido esta noche.

—Claudia —murmuró—, tu voz es una contribución al mundo artístico y merece ser escuchada. No tienes derecho a apagarla … ¿Cuánto llevas en esta crisis?

Ella tomó una respiración entre sollozos.

—Ocho meses… Entre idas y vueltas. Estoy cansada, Gabe.

Él apretó la mandíbula. Su compromiso con Claudia no se había terminado por terceras personas, sino porque descubrió la adicción de ella a los opioides y también porque sus agendas profesionales empezaron a ir en vías diferentes. Pero el hilo del pasado que los unía, en etapas alegres y más aún en la tragedia, seguía firme.

—Sabes muy bien lo que necesitas, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Claudia apartó la mirada e hizo un asentimiento imperceptible.

—No puedo hacerlo sola, Gabe… Me hiciste dos promesas…

—Las recuerdo bien y una de ellas es la razón de que esté aquí, ¿o no? —preguntó retóricamente. El día en que ambos estuvieron haciendo largas horas de espera en este mismo hospital, en un ala diferente, él prometió que siempre la ayudaría. Por eso, inclusive después de haber terminado su compromiso, seguía cumpliéndola—. Aunque te ayude, el trabajo final es tuyo, es tu mente y cuerpo.

Ella lo miró con ojos llovidos de nuevo.

—La segunda promesa que me hiciste…

—No, Claudia —interrumpió con seriedad, porque no quería hablar de ese tema, no ahora—, iremos un paso a la vez. Si no tienes la fuerza de voluntad para entrar sola en una clínica de rehabilitación, cuando te den el alta médica, yo te llevaré. Pero primero tienes que someterte a la asistencia psiquiátrica que te ofrecerán en el hospital y conocer tu diagnóstico. Te intentaste suicidar cortándote las muñecas y, además, tomaste una ridícula cantidad de pastillas para dormir. No fue cualquier cosa.

—¿Estás decepcionado de mí? —preguntó la mujer en un tono vulnerable.

Quería que Gabriel volviera a su lado, pero sabía que sería una batalla cuesta arriba. Para lograr ganarla, lo más importante era estar sobria y que, como consecuencia, él se sintiera orgulloso de ella. La posibilidad de recuperar lo que tuvieron era una motivación para intentar no darse por vencida consigo misma; con esta vida. Por otra parte, si Gabriel no quería hablar de la segunda promesa que le hizo cuando rompió el compromiso, ella no intentaría sacarla a colación de nuevo.

—Mi opinión de ti no tiene ninguna importancia —replicó él, apartándose y presionando el botón para llamar a la enfermera—. Antes de entrar, logré hablar con tu hermana. Shayna me aseguró que regresarán en el primer vuelo desde Oregon.

Claudia hizo un asentimiento. No quería contrariar más a Gabriel. Además también tenía que pensar en que había arruinado las vacaciones de su familia y que, en lugar de regresar a un entorno agradable, se encontrarían con su crisis existencial.

—Gracias, Gabe —murmuró—. Cuando me den el alta también tendré que llamar al director de la obra para negociar mi ausencia y el tema de los ensayos —soltó una exhalación suave y se limpió los rastros de lágrimas—. Supongo que Calder debe estar cabreado de verme fracasar en mi intento de salir del mar de la depresión.

Gabriel, ante la mención de su amigo, dejó caer los hombros.

—Pensaría que tienes treinta y dos años y que, aún así, no dejas de ser un dolor en el culo para él, porque de seguro estará meneando la cabeza de frustración al saber que quieres unirte a su destino cuando no te corresponde —expresó con humor ácido.

Ella sonrió de medio lado. Su primera casi sonrisa completa en todo el día.

—Gabe, quédate un poco más… Por favor… —pidió exteniendo la mano.

En ese instante entró la enfermera. Una profesional robusta y de aspecto severo. Se acercó para controlar los signos vitales, después le tomó la presión a la paciente. Le habían hecho todos los exámenes necesarios cuando ingresó, un par de horas atrás, además de un lavado gástrico. La condición de Claudia era estable por ahora y la mantenían en la unidad de cuidados intermedios. En

esta área no se permitía el ingreso de visitas, pero un St. James no era un ciudadano común en Australia.

—Tienes que descansar, Claudia. Mañana vendrá tu familia —dijo él, agotado. El día había sido demasiado largo—. Llámame si crees que puedo ayudarte, pero no vuelvas a ponerte en este escenario. Si no te respondo y realmente estás en una situación desesperada, entonces piensa en tomar un jodido Uber e ir a buscarme. ¿Vale? —preguntó. No sabía si estaba empleando o no las palabras correctas en estas circunstancias, pero no era un maldito psicólogo, sino tan solo hombre que había tomado una decisión errónea siendo joven y el precio seguía generando intereses.

—Vale, Gabe… —susurró ella con un asentimiento.

Una vez que Gabriel estuvo en la cama, luego de que la presión de agua caliente del jacuzzi hubiera ayudado a sus músculos tensos, revisó el iPad tal como hacía todas las noches antes de dormir. De ese modo, él confirmaba que hubiera sido resuelta la agenda del día y también monitoreaba algún dato de interés. Le gustaba estar informado. Por otra parte, en lo que menos quería pensar era en Claudia y el susto que se llevó cuando el doctor le explicó la razón de que lo hubieran contactado. Pero si Gabriel creía que al fin iba a dormir sin contratiempos adicionales se equivocaba.

El email que acababa de recibir era la prueba de ello.

Su mentor no le había enviado los documentos de la inversión, no, pues ese era un asunto de negocios y como tal Heath lo manejaría con la asistente personal al día siguiente. Lo que Gabriel acababa de recibir era un archivo adjunto, desde el correo personal de su mentor, con el currículo de la ahijada. No alcanzó a leer, porque se quedó mirando la fotografía de ella como si se tratara de un mal chiste. Soltó una maldición. «¿Cómo se conectaba alguien honesto como Heath con una ladronzuela? Gabriel jamás había escuchado que su amigo la mencionara, lo cual era curioso considerando que era una persona que se mostraba muy orgullosa de su familia». Pero indistintamente de la respuesta que eligiera, él le había prometido a

Heath que el proceso de selección que llevaría a cabo recursos humanos, con la mujer, sería justo.

El CEO mantendría su palabra, sin duda, pero si ella pasaba las pruebas en Aussie Equinox lo que menos aprendería sería sobre tecnología. Ahora, finalmente, él tenía un nombre que ponerle al rostro de ángel que escondía malas mañas. «Aubrey Laura Blackeney», repitió el nombre mentalmente. No debería causarle satisfacción reencontrarse con ella a través de esta simple página pdf, pero por alguna retorcida razón eso era lo que experimentaba. Al leer que tenía veintitrés años, Gabriel decidió que le daría un ejemplo sobre lo que era el trabajo honesto y con esfuerzo. No tendría miramientos. «Una lección que ella recordaría bien», pensó, apagando rápido el iPad.

Gabriel notó que la mujer no había enviado a Heath lo que él consideraba un currículo decente, sino que tan solo enumeró sus habilidades informáticas y el nombre de la secundaria en la que se graduó, la misma en la que el joven magnate lo hizo diecisiete años atrás. Al parecer tampoco contempló como oportuno el mencionar en qué universidad había estudiado. Las referencias personales eran Heath y el gerente de un hotel en el que ella trabajaba desde hacía unos años. ¿Por qué la ahijada de un multimillonario era recepcionista, en lugar de ocupar un cargo alineado a sus intereses profesionales? «¿Acaso, aún a esa edad, estaba en una etapa de rebeldía que incluía ser camarera? Las piezas sobre ella no encajaban. Vaya día», pensó meneando la cabeza.

Él supuso que probablemente Aubrey fuese mimada y creyese que trabajar era un pasatiempo similar a hacerse la manicura. Cuando se aburriera, entonces utilizaría su herencia para despilfarrarla o se casaría con algún pobre diablo que le consintiera los caprichos. ¿Por qué la idea de que la mujer pudiera casarse con alguien lo cabreaba? La respuesta era sencilla: luego de veinticuatro horas, con demasiados frentes por resolver, su cerebro tenía muchas formas de defenderse del estrés extremo y pensar idioteces, al parecer era una de ellas. Gabriel apagó la luz y acomodó la almohada.

Dar lecciones de vida era lo que menos le correspondía, pero eso no se aplicaba al territorio que Gabriel dominaba al revés y al

derecho: Aussie Equinox. Por eso le parecía genial tener una satisfacción, después de un día tan arduo, al pensar en las formas en que haría que la ahijada de Heath —este de seguro apreciaría que ella recuperase la honestidad como un estandarte— aprendiera el verdadero valor del esfuerzo. Sin embargo, Morfeo no estaba de acuerdo aparentemente con lo anterior y parecía más bien inclinado a gastarle una broma. Gabriel suponía que ciertas deidades eran caprichosas e impedían a los humanos regocijarse en el ego. Lo comprobó cuando la última imagen, antes de dormirse, fue la sonrisa de cierta ladrona.

CAPÍTULO 2

En los días que le siguieron a la humillante experiencia en la casa de aquel millonario, Aubrey logró con dificultad reunir el dinero para pagar la hospitalización de Bonnie y cubrir la receta médica. Para conseguirlo tuvo que solicitar un anticipo salarial en el hotel. Pero no pudo aplicar el mismo método para afrontar el costo de la inmunoterapia, pues eran varias sesiones y su economía familiar no sobreviviría a ello.

Por eso tomó la difícil decisión de modificar los pagos de la hipoteca, realizándolos solo por montos mínimos de los acordados, y así priorizar la salud de su madre. El estrés de los tres meses posteriores a esa decisión fue agotador. Aparte, las notificaciones del banco exigiendo el pago de las cuotas hipotecarias mantuvieron a Aubrey en tensión. Al cumplirse noventa días de impagos, el banco emitió una carta de advertencia por incumplimiento. Ese documento les notificaba que disponían de treinta días para cubrir el saldo pendiente, incluidos los intereses por mora, o, en caso contrario, iniciarían un proceso que implicaba acudir a los tribunales y perder la casa.

Agobiada ante esa posibilidad, Aubrey pensó en la vía más rápida y fácil de solventar la urgente situación: envió varias aplicaciones a las páginas web de los clubes de caballeros más elitistas de la ciudad. El proceso de selección fue ágil y en menos de cinco días consiguió un empleo de camarera. Así comprobó los rumores de que en esos sitios, efectivamente, las propinas eran excelentes al ser frecuentados por hombres de clase alta, adinerados. El uniforme que le tocó usar a Aubrey era de una tela exquisita, pero resultó tan corto que si ella no hubiera usado bragas debajo, ni reajustado la falda en casa para hacerla más larga, entonces sus nalgas habrían quedado casi a la vista. Muchas de sus compañeras, que no eran bailarinas, también ofrecían servicios sexuales. Aubrey no las juzgaba, pero ella jamás habría incurrido en algo así.

Los toques indeseados, los sibildos de apreciación y los comentarios vulgares fueron una humillación que la dejaban en lágrimas al volver a casa cada noche. El equipo de seguridad removía a los clientes, sin importar cuál tenía más dinero que otro, cuando alguna de las empleadas se quejaba. No era un burdel de mala muerte, sino un club VIP. Aún así, el instinto animal siempre aparecía para barrer con el mínimo de respeto. Algunos hombres ricos creían que tan solo por trabajar en un sitio como aquel, las mujeres les pertenecían o podían tratarlas sin consideración. Aubrey logró que un compañero del club fuese quien atendiera las mesas de los clientes conflictivos. Solo así consiguió tolerar varias semanas en ese club. Cuando finalmente pudo reunir el dinero, para estar al día en los pagos atrasados de la hipoteca, renunció.

Se prometió que no volvería a un sitio como aquel.

Aubrey necesitaba un empleo con mejores prestaciones y oportunidades.

La estabilidad de un buen salario también le permitiría ahorrar un poco para sí misma. Inclusive podría tener un margen más amplio de tiempo libre y divertirse como cualquier chica de veintitrés años. Por ahora solo le quedaba ser paciente, hasta la graduación de Craig y saber si le aprobarían a él la beca deportiva en la universidad.

A pesar de las dificultades vividas en esos meses, ella estaba feliz porque la inmunoterapia que recibió su madre parecía haber ido bien. El oncólogo les informó que dentro de tres meses realizaría exámenes para monitorear los resultados y determinar los efectos reales de las sesiones que Bonnie recibió por vía intravenosa.

Con ese panorama, Aubrey logró un respiro ante una lucha que era la de una familia, no solo de quien padecía el cáncer. En medio de esos desenlaces temporales, claroscuros, halló el impulso para seguir postulándose a plazas laborales en tecnología.

Necesitaba el dinero, pero también aprender y crear conexiones profesionales para abrirse camino. Por eso aplicó a los anuncios en las áreas de IT de las empresas, pequeñas o multinacionales. Todas exigían al menos tres años de experiencia, una titulación universitaria o un diploma avanzado. Nada de eso tenía ella, sin embargo no se detuvo e igual decidió presentarse como candidata.

De las cuarenta aplicaciones, consiguió cinco entrevistas. Pasó todas las pruebas técnicas, pero al final la historia siempre se repetía: no entraba a la última fase de los procesos, porque las personas de recursos humanos elegían a quienes tenían experiencia laboral y un título profesional.

Las negativas no eran fáciles de digerir, pero desistir no entraba entre sus opciones.

La anterior fue la razón de que hubiera decidido llamar a un hombre al que solo había visto pocas veces en su vida. Una de las últimas ocasiones ocurrió en la graduación de la secundaria, solo semanas antes de su debacle familiar. Aubrey no quería saber nada de las personas asociadas en su vida por elección de su padre, pero también era consciente de que no podía continuar en modo supervivencia y aislada.

Encontrar el número personal de Heath no fue difícil. ¿Para qué si no servían sus habilidades informáticas? Así que, aún con el temor de que él rechazara su petición o la enviara a la lista de pendientes a largo plazo, agarró el móvil y marcó el número.

Ella había tragado saliva y tomado una profunda respiración.

—¿Quién habla? —había sido la respuesta indiferente de Heath.

—Hola, padrino, soy Aubrey —había replicado un poco nerviosa, sentada en el lobby del hotel durante uno de sus descansos. El hombre había sido siempre amable y cercano, pero no al punto de estar siempre presente. Se había tratado más bien del tipo de tío o padrino distante al que, si existía la necesidad, se podía recurrir en busca de apoyo. Nada más. Tal como era el caso de ella—. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que te vi y hablamos. Creo que son casi cinco años. ¿Tienes un momento…?

—¿Bree? —había preguntado retóricamente en un tono más amable—. Claro que tengo tiempo para ti. ¿A qué debo el gusto de recibir tu llamada y dime cómo están yendo las cosas en casa? ¿Cómo está Bonnie? Pareciera que se los tragó la tierra.

Aubrey había soltado una risa que no tenía nada de alegre. En realidad, lo que había sentido fueron ganas de llorar, pues parecía que todo hubiese ocurrido a años luz de distancia: recuerdos mancillados con amargura, amistades falsas y la tristeza.

—Casi podría decir que tu comentario es acertado. La historia es larga, padrino, así que solo te diré que nos hemos apañado bastante bien para poder acostumbrarnos a una vida distinta a la que teníamos —había replicado de forma vaga. El divorcio de sus padres no había sido un secreto para el círculo de amistades más cercano, pero no fue lo mismo con las razones detrás de los hechos—. Siento llamarte después de tantos años para pedirte un favor. No me gusta incomodar. Pero recordé que en alguna ocasión me dijiste que si llegase a necesitar de tu ayuda te la pidiese.

—Ciertamente, Bree. Los padrinos estamos para eso, así que me alegro de que hayas decidido buscarme —había expresado, sincero —. Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Como supiste alguna vez, mi mamá tuvo cáncer —había comentado—. Cuando creíamos que estaba superado, volvió más agresivo. Para nosotros no ha sido sencillo cubrir los gastos médicos sin desequilibrar otras facturas por pagar. Mi trabajo de recepcionista en un hotel no me genera suficientes ingresos. Lo anterior es el contexto del porqué estoy buscando un mejor empleo. De verdad lo necesito —había explicado cerrando los ojos—. Padrino, tú eres dueño de una desarrolladora inmobiliaria reconocida. La tecnología se me da muy bien. Si hago las pruebas de informática en tu empresa sé que daría la talla. ¿Podrías darme empleo, por favor?

—Bree, siento las noticias sobre Bonnie y confío que logre vencer el cáncer de una vez por todas. Como sobreviviente de la Leucemia puedo empatizar. En verdad, me aflige la situación que estás atravesando, pues sé que no es nada sencilla, más allá de la economía —había comentado—. Sé que eres una chica muy lista, Bree, pero en mi empresa no puedo ofrecerte el tipo de versatilidad en el ámbito que buscas. Sin embargo, podría ayudarte de otro modo. ¿Necesitas un préstamo? Porque puedo hacerte uno si lo deseas. Te pondría en contacto con mi contador y así lo concretas.

Aubrey habría considerado esa oferta en otras circunstancias, pero ya tenía suficientes deudas encima. Aceptar responsabilizarse de otra más sería un gran error.

—Oh, aprecio tu generosidad, padrino —había contestado con franqueza—. Pero en estos momentos no estoy en la capacidad de

asumir algo que no tengo la certeza de que podré cumplir: pagarte. Lo que en verdad necesito es un nuevo empleo.

—Lo comprendo, Bree. Entonces, envíame tu currículo a mi correo personal. —Aubrey había anotado en una libreta cuando él se lo dictó—. Voy a buscar, entre los contactos empresariales y amigos, la compañía que podría ajustarse a tu perfil.

Ella, aunque no había sido una certeza, sintió un soplo esperanzador.

—Te lo agradezco muchísimo —había replicado con franqueza—. Acabo de enviarte mi currículo. Vas a notar que carezco de una formación universitaria, la mayor razón es la misma por la que busco un mejor empleo. Pero he procurado tomar cursos sobre desarrollo de softwares, así como análisis de datos e inteligencia artificial.

Aubrey había esperado la respuesta de Heath, mientras contemplaba cómo pasaban de un lado a otros los huéspedes. Ella había pensado en lo curiosa que era la vida: todos solían asumir que el prójimo tenía el destino resuelto. Nada más alejado de la realidad. Lo cierto era que cada individuo, cada familia y cada corazón llevaba a cuestas espinas que todavía dolían, pero hacían lo imposible para disimular el pesar.

—Me acaba de llegar tu correo, Bree —había dicho, haciendo una pausa, leyendo. Al cabo de unos momentos había retomado la conversación—: Entre tus referencias personales agrega mi nombre y luego reenvíame el currículo actualizado.

—Gracias de nuevo, padrino, no sabes cuánto aprecio tu ayuda —había expresado ocultando la desesperación en la voz, porque necesitaba mejorar sus condiciones laborales con urgencia, pues no creía que pudiera pagar la siguiente cuota hipotecaria. El agente de crédito le había advertido que no cayera de nuevo en mora.

—Me gustaría seguir hablando contigo, Bree, pero me pillas en un momento en el que estoy bastante liado con proyectos en desarrollo, fuera de Sídney, así que tengo que monitorearlos con mi equipo —había dicho Heath—. Intentaré hacer un espacio para buscar con calma opciones para ti y darte una respuesta lo antes posible.

—Muchas gracias. Estaré pendiente de tu mensaje o llamada.

Desde esa conversación había pasado una semana.

Aubrey aprendió a ser paciente, por sus vivencias familiares, pero continuaba sin tener una buena relación con la incertidumbre. Sin embargo, esta fue su incómoda compañera durante los días en que esperaba noticias de Heath. Para ignorar los efectos colaterales, como la ansiedad, Aubrey aprovechó en mejorar las fotografías de los tejidos de su madre, en eBay, que no se habían vendido. Además usó parte de su tiempo para ir a una competencia importante de Craig. Casi no tenía oportunidad de ir a apoyarlo, así que fue un momento emotivo. No solo eso, sino que su mejor amiga la llamó para decirle que había conseguido un trabajo como lectora de manuscritos, Scout, en una editorial dedicada a publicar libros de terror y *thrillers*. Aubrey y Clarissa Sneider se conocían desde el Kinder, pero la pasión de esta última no eran los números, sino las letras. Ambas amigas compartían la ilusión de consolidar una carrera profesional de la que pudieran sentirse orgullosas y también vivir de ella. Pero, tal como estaban las circunstancias, solo una de las dos parecía estar logrando el objetivo.

—Deberíamos vernos más seguido, Bree. No recuerdo la última vez que nos tomamos un café sin prisas o que aceptaste venir de fiesta conmigo —había dicho la mujer de cabellos rojizos—. Entiendo la situación por la que atraviesas, pero también estoy para recordarte que merecemos divertirnos y vivir experiencias increíbles. No necesitamos dinero para muchas de ellas, mi querida amiga, sino tan solo dejar fluir.

Aubrey había esbozado una sonrisa leve ante el comentario.

—Lo sé, Clarissa, lamento haber estado tan ausente —había replicado, acostada en la cama y con el móvil pegado a la oreja —. Por un instante pensé que todo empezaba a cobrar un mejor rumbo, entonces el cáncer de mamá regresó. No tengo otra opción que intentar conseguir dinero de cualquier forma que me sea posible. Ir de fiesta no es un ítem entre mis prioridades, aunque lo eche en falta. Como te acabé de contar, lo que me tiene inquieta es la llamada pendiente de Heath…

—En lugar de haber ido a ese club de caballeros pudiste aceptar que te prestara dinero, Bree —había replicado. La familia de Clarissa no era millonaria como los Blackeney. La chica había sido becada

toda su vida académica, porque sus padres eran empleados de una unidad especial de las Naciones Unidas. Cuando los amigos ricachones le dieron la espalda a Aubrey, al mudarse a un barrio pobre, Clarissa había permanecido a su lado—. Cruzo los dedos para que tu padrino te consiga un curro.

—No acepté el préstamo, porque estás ahorrando para comprarte un coche desde hace tiempo y es algo que siempre quisiste. Si yo no puedo concretar mis objetivos todavía, me sentiría fatal ser la causa de que tu retrases los tuyos, Clarissa —había replicado con afecto, porque su amiga era muy generosa —. Sobre mi padrino, la verdad también espero que me ayude y no se quede todo en una simple promesa.

—Sí, pues así no tendrás que hacer idioteces como intentar robarte una jodida moneda. Por cierto, nunca me dijiste el nombre del millonario aquel —había dicho.

—No tiene importancia —había replicado Aubrey—. Eso es el pasado, Clarissa, pero sí puedo decirte que ese hombre es un ogro sin corazón ni compasión.

—¿No intentó ligar contigo? Porque siempre que vas a algún sitio, por trabajo o lo que sea, sueles terminar con alguien interesado en algo más que saber tu nombre.

—Se te olvidó la parte en que ese idiota buscaba dejarme en manos de la policía, no flirtear conmigo. Si no me hubiese largado, él habría logrado su propósito.

—Menos mal tienes tus instintos de supervivencia intactos —había replicado Clarissa—. Así que esa es una razón para celebrar y yo aprovecharé para hacer un trato contigo. Para compensar tanto tiempo sin vernos, ni divertirnos como merecemos en esta vida, ¿qué tal si vamos a una de las fiestas que organiza Dylan?

Aubrey había reído con suavidad olvidando al Diablo de ojos azules.

—¿Dylan Mulroney? Creía que seguía en Melbourne —había dicho. Dylan fue compañero de las dos hasta cuarto de secundaria, y luego él se había mudado con la familia a otra ciudad—. No me contaste. Me haría ilusión verlo, ¿qué clase de fiestas?

—Ahhh, olvidé hablarte de él, es cierto —había dicho de buen humor—. Nos encontramos por Circular Quay hace unos seis meses. Me contó que llevaba un año en Sídney y que abrió un bar con unos amigos. En el lugar se organizan eventos temáticos y para acceder a ellos solo puede hacerse por invitación. Dylan me dijo que si alguna vez me animaba a ir que lo llamara y él me anotaría en la lista de asistentes.

—Suena interesante…

—¡Venga! Sé que Bonnie y Craig aprobarían que salgas una noche de copas. Además, aunque el bar funciona regularmente, las fiestas no ocurren siempre. Así que cuando me entere de la próxima, tú vendrás conmigo, ¿tenemos un acuerdo, Bree?

Aubrey había esbozado una sonrisa, porque Clarissa siempre le subía la moral.

—Lo tenemos. ¿Qué clase de temáticas tienen las fiestas? —había insistido.

—Todas son distintas. Si supiera cuál sería el próximo tema, pues no te lo diría para que no tengas tiempo de repensar demasiado y luego negarte a acompañarme —había dicho Clarissa y de fondo escuchó que la llamaban—. Acabó mi hora de lunch.

—Vale, pues que vaya bien, nos vemos pronto.

—¡Me gusta esa actitud! Quizá incluso puedas tener un ligue de una noche. ¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste del placer de un beso? ¿Sexo tórrido?

—Clarissa, ya sabes que eso es complicado…

—Los corazones sanan y el tuyo también lo ha hecho. Solo tienes miedo. No todos los hombres son unos mentirosos, así que no se vale juzgar a todos por igual.

—Bastian estaba comprometido con otra —había susurrado sin ahondar en los recuerdos—. En mi poco tiempo libre prefiero enfocarme en otros aspectos.

—Ahora eres más sabia y esa experiencia no puede determinar las próximas —había dicho Clarissa—. La vida puede sonreírte también, ¿sabes? Quizá no la dejas.

Aubrey había soltado una exhalación.

—Quizá. No lo sé. Confiar ya no es fácil, menos si sumas lo de Bastian a cómo mi padre, con su ambición y su egoísmo, destruyó a mamá, por ende, a nosotros…

—Estoy segura de que Dylan tiene muchos amigos que podrá presentarte. Solo déjate llevar y no pongas condiciones innecesarias —había dicho su amiga—. Por cierto, mi jefa es un poco gruñona y de seguro hará que me quede diez minutos extras por no estar en mi cubículo. Hablamos pronto, Bree, ¡prepárate para divertirnos!

—Vale, hablamos pronto —había contestado entre risas.

Aubrey continuó los siguientes días, que sumaban once, sin saber de su padrino, dando clases de matemáticas como alternativa. Además, aprendió a preparar bebidas con uno de los bartender del hotel. Acompañó a su madre a hacer la compra de la comida y a cuidar del pequeño jardín trasero de la casa. Aubrey también salió al cine con unas compañeras de trabajo, porque el hotel tenía convenios comerciales y solían regalar entradas a los empleados. Se vieron la última película de Colin Farrell.

A ella no le era ajeno el hecho de que los hombres la encontraban guapa, pero no era arrogante ni tampoco se valía de su físico para obtener sus objetivos. Si el anterior fuese el caso, su hipoteca no existiría y su cuenta bancaria estaría a reventar de ceros a la derecha. Aubrey solía tener invitaciones a salir, pero las rechazaba. Más allá de tener una disputa personal con las mentiras de Cupido, su negativa de aceptar una cita se debía a que no sentía atracción suficiente por quienes se acercaban para flirtear con ella. El punto más importante era que temía equivocarse de nuevo al elegir.

Con Bastian bajó sus barreras y se dejó llevar por la manera especial en que él la trataba, por la adrenalina al compartir su lado rebelde en ese tiempo, y porque su mantra de escapar del caos de su realidad familiar se materializó. Sin embargo, el resultado de su ingenuidad le dejó una factura que incluyó la tristeza y la decepción.

Pero Aubrey no quería recordar y esas no eran las reflexiones que necesitaba.

De hecho, cualquier pensamiento que no fuese su objetivo financiero y profesional quedó de lado cuando finalmente, al onceavo día desde la conversación que tuvieron, Heath la llamó. Eso

alivió la incertidumbre de Aubrey. Su padrino le comentó que la esperaban para una entrevista de trabajo en Aussie Equinox, una corporación de inversiones a gran escala. Le explicó que tenía que preguntar en recepción por el gerente de recursos humanos y le aseguró que era la mejor opción.

La emoción de Aubrey se convirtió en shock al leer quiénes eran los dos socios.

Un socio en concreto.

Inexplicablemente su pulso se disparó, al leer la información en la web, como si de un momento a otro Gabriel St. James pudiera presentarse en su pequeña habitación e invadirla con su cercanía amenazante. Mentiría al decir que no pensó en esos meses, un par de veces, en él. Aunque hubiese sido un recuerdo amargo, ella jamás había experimentado la sensación de que su piel vibrara, literalmente, ante la cercanía de alguien del sexo opuesto. Le parecía absurdo que hubiera sido ese hombre quien se la provocara y más cuando lo había conocido en una situación bizarra.

La fotografía corporativa en la web no hacía justicia al hombre en carne y hueso. Ella siguió leyendo sobre él. Gabriel Henry St. James, treinta y cinco años de edad, heredero de un imperio de minería de varias generaciones. Asociado con Knox Nero Wentworth, el CFO, gerente financiero. Aubrey entendió, luego de leer más sobre Aussie Equinox, el porqué Heath consideró que era la empresa idónea para ella: gran parte de los negocios en los que invertían eran de tecnología y desarrollo IA.

Más allá de lo bien que encajaba esa compañía en sus intereses, el hecho de que Gabriel ahora conociera su identidad la ponía de nervios. ¿Por qué habría aceptado que fuese entrevistada para una plaza laboral en Aussie Equinox? ¿Por qué no le habló a Heath que ya la conocía? Su padrino no le había mencionado nada al respecto de lo ocurrido en la mansión. ¿Gabriel aceptó que fuese entrevistada solo para cumplir con Heath, pero había dado la orden de que no la contrataran y alegara que no tenía habilidades informáticas como señalaba en su currículo? «Detente», se amonestó. No tenía las respuestas a esas preguntas, pero recordó lo que alguna vez un huésped del hotel le comentó: «Si quieres hacer algo hazlo, incluso

con miedo. Solo basta que sepas la razón correcta detrás para que el propósito tenga sentido.»

Así que en esos instantes, mientras subía en el elevador del sofisticado y minimalista edificio de Aussie Equinox, lo que tenía sentido era demostrar su valía intelectual y defender su idoneidad para trabajar en el departamento de informática. Sí, era osado pensar hacerlo sin un título ni experiencia, pero grandes científicos y personajes habían desarrollado el éxito a base de autopreparación y determinación. Ambas definían a Aubrey. Ella había pedido el día libre en el hotel, a sabiendas de que le descontarían del salario, y descartó la idea de cancelar la entrevista. No podía ignorar los esfuerzos de Heath, ni traicionar su propio orgullo. Así que aquí estaba, mirando su reflejo en el espejo del elevador, evaluando a la mujer que le devolvía la mirada.

Llevaba una falda azul marino que le llegaba hasta la rodilla y resaltaba su figura con elegancia; blusa beige de seda; zapatos de tacón color gris y una chaqueta que aportaba formalidad. Su cabello largo y castaño lo llevaba recogido en una media coleta. Se había aplicado delineador negro y labial rosa pardo. En conjunto presentaba una imagen profesional, aunque también cercana. Si bien ahora ya no contaba con un armario con prendas de diseñadores, ella tenía buen gusto y sabía combinar su ropa.

Estaba lista para la entrevista. O al menos, tenía que estarlo.

—Bienvenida, señorita Blackeney, soy Zeik Bloomberg —dijo el gerente de recursos humanos—. Por favor, necesito que llene estos tests psicológicos —le entregó un iPad— y al terminar, le pediré que me acompañe al sitio en el que se realizarán las pruebas de desempeño. El jefe del área es Ambrose Johnson y será el que decida, basándose en sus resultados, si está apta o no para la plaza laboral.

Aubrey se sentía a la par de contenta por la oportunidad, también inquieta. Lo anterior no era porque dudase de su intelecto, sino por el antecedente con el CEO.

—Buenos días, gracias por recibirme —replicó con una sonrisa, aliviada de que el jefe inmediato no fuese Gabriel—. Comprendo las

directrices, no hay problema —dijo, mientras se sentaba con la tablet y empezaba a responder el largo cuestionario.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Aubrey concluyó la tarea. No hizo preguntas sobre temas salariales, porque no quería anticiparse o parecer desesperada.

—Para que conozca los pormenores de la que sería su área de trabajo, por favor, acompáñeme al piso once. Le presentaré al equipo de colaboradores —dijo él.

—Oh, gracias —expresó y empezó a seguir los pasos que Zeik marcaba.

—En raras ocasiones se necesita abrir el área en la noche, pero, si existiera una reunión que se extendiese y hubiera empresarios aún trabajando, las horas extras se pagan el triple. —Aubrey frunció el ceño ante el comentario—. Se exige que no se realicen cambios de turnos, a menos que sea una emergencia —dijo instándola a entrar en el elevador con él—. Los pagos son semanales, como en todas las empresas del país, y se entregará una bonificación por desempeño. Eso lo determinará Ambrose.

Aubrey escuchaba, pero lo que él decía no tenía sentido. Estaba confundida.

—No comprendo el tema de abrir y cerrar el área de informática —expresó. Las puertas del elevador se abrieron para dar paso a un precioso vestíbulo. Esta zona parecía más animada y podían escucharse conversaciones—. ¿Me puede explicar?

El hombre avanzó, saludó con un gesto a algunos empleados que estaban alrededor, y después giró a la izquierda por un pasillo. Aubrey esperaba la respuesta.

Después, entraron a la cafetería, que por cierto estaba bien iluminada. Las mesas eran de madera y suelo de parqué; las ventanas tenían vistas al mar. Ella iba a decirle que prefería empezar las pruebas en el departamento de IT, en lugar de tomar un café, pero el hombre la sorprendió abriendo una puerta y haciéndole un gesto para que ingresara. Lo que vio Aubrey a continuación fue la pulcra cocina de la cafetería.

—Lo lamento, señorita Blackeney —dijo Zeik en tono también confuso, deteniéndose finalmente. La cocina tenía implementos de

alta gama. Los empleados estaban en un descanso y no les prestaban atención. Se escuchaba el afilar de cuchillos y el lavavajillas funcionando—. Me parece que hay un mal entendido de su parte. En las pruebas que acabó de hacer hay una tendencia referente a servicio al cliente…

—Sí, claro, pero creía que eran preguntas estándar de protocolos usuales de la compañía —interrumpió ella con suavidad—. Asumí que la vacante era para IT.

Zeik meneó la cabeza y vio que Ambrose se aproximaba a ellos.

—La plaza que me ordenaron ofrecerle es la de ayudante de cafetería. Lamento haber asumido que usted tenía conocimiento al respecto —comentó el hombre.

Aubrey lo quedó mirando un instante y su mente empezó a comprender de qué se trataba todo esto. Estaba segura de que su padrino tuvo que haber mencionado que su talento era en tecnología, mas no el servicio al cliente. Caía en la cuenta de que este era un mensaje claro y alto del CEO para ella: le estaba haciendo un favor a Heath, por la razón que fuese, pero lo haría bajo sus condiciones. No solo eso, sino que era evidente que la razón de que la hubiese enviado a la cafetería, en lugar del área de IT, era una señal de que él recordaba claramente lo ocurrido hacía más de tres meses.

«Qué hombre tan insoportable y ridículo», pensó ella.

—Un trabajo siempre es bienvenido, Zeik —replicó. Entonces se atrevió a hacer la pregunta que, minutos atrás, había optado por omitir—: ¿Me podría decir cuál es el salario? Como mi presencia aquí es por una recomendación, y considerando esta confusión —sonrió— no tengo idea de cuál es la remuneración para esta plaza.

Zeik se lo dijo con rapidez, así como también le dio a conocer las prestaciones del cargo. Aubrey disimuló el asombro, porque era más del triple de lo que ganaba en el hotel. No quería anticiparse haciéndose ilusiones, pues no sabía si iban a contratarla.

—Le presento al chef Ambrose Johnson —dijo Zeik cuando el hombre de cabellos negros se acercó a ellos con seriedad—. Ambrose, ella es Aubrey Blackeney. La razón de que esté aquí es para que le plantees pruebas de desempeño. Si consideras que

cumple con tus requerimientos para ser ayudante de cafetería, entonces envíame tu aprobación por correo —expresó el gerente de recursos humanos—. ¿De acuerdo?

—Seguro, no hay problema —dijo el chef en tono firme.

Zeik le deseó buena suerte a la mujer y luego se marchó.

El chef tenía un tatuaje que sobresalía ligeramente sobre el cuello del uniforme. Su aspecto físico era corpulento e intimidante. Aubrey se sorprendió de que una empresa tuviera tantas consideraciones para sus empleados. Un chef y comida exclusiva nada menos, en lugar de un catering externo, eran un lujo. Ella ignoraba cómo funcionaba el mundo corporativo de caprichos a gran escala en estos ámbitos.

—Gracias por darme la oportunidad, chef, ¿cuáles son mis tareas? —preguntó ella en un tono respetuoso. Agradeció la experiencia de su trato con los chefs del hotel, porque así sabría cómo interactuar con este en particular. Aubrey era consciente de que los cocineros eran muy peculiares y se creían que vivían en una dimensión especial, tan solo por saber cómo alimentar a la humanidad con toques extravagantes.

El hombre de ojos negros la observó unos instantes.

—Tu pasión no es la gastronomía —expresó cruzado de brazos, mirándola.

—¿Usted sabe juzgar bien el carácter de las personas con apenas conocerlas? —preguntó sin evitar el sarcasmo. La sorprendió cuando el chef soltó una carcajada.

—Al menos sabes decir lo que piensas y eso es importante —replicó Ambrose. De sus cincuenta años, veinticinco los llevaba como chef—. Te pondré a prueba el resto del día. No servimos desayunos, pero las fuentes de té y café deben estar siempre abastecidas y el espacio impecable. El almuerzo se sirve entre la una y las tres de la tarde. Este no es un restaurante. El personal consiste en dos camareros, dos asistentes de cocina, y la plaza de asistente de cafetería que se ha inventado Gabriel —expresó.

—¿Se ha inventado…? —preguntó ojiplática.

El chef la miró inquisitivamente y luego meneó la cabeza.

—Menos hablar y más hacer, Aubrey, y por cierto, puedes tutearme —replicó ignorando la expresión perpleja de la mujer—. En este momento —miró el reloj— son las nueve de la mañana y los camareros deben llevar un tentempié a la sala de reuniones. Aprende cómo organizan todo y encárgate de que no quede rastro de que alguien tomó té o café o consumió un bocadillo. A las once de la mañana Knox y Gabriel, los socios de la empresa como debes ya saber, se reúnen en el despacho del segundo. Te voy a encargar que te responsabilices del servicio de café para ambos.

Aubrey tragó saliva e hizo un asentimiento breve.

—Oh, yo… Claro, no hay problema, chef —murmuró ocultando su inquietud. Se había preparado mentalmente para volver a ver a ese hombre arrogante, pero que fuese algo inminente no le agradó particularmente—. ¿Cómo me vas a calificar?

—No lo haré yo —replicó meneando la cabeza—. Mi trabajo es darte tareas y analizar si me pareces lo suficientemente eficiente. La decisión final es de Gabriel.

Aubrey hizo un asentimiento y se preparó para enfrentar el resto de la jornada.

¿Quieres saber más de Aubrey y Gabriel?
Viaja a Australia y deslízate entre las páginas de Trazos de euforia.
¡**Disponible** en **Amazon**, digital y papel! Si tienes suscripción de Kindle Unlimited lees gratis.
Enamórate hoy : mybook.to/TREUF

Gracias por elegir mis novelas.
Nos leemos pronto,
Kristel.

Continúa leyendo Pasión Irreverente (Autoconclusiva):

PASIÓN IRREVERENTE (LIBRO 1) – BILOGÍA SOMBRAS

Sinopsis:

Ryder Toussaint es un millonario experto en finanzas, cuyas cicatrices del pasado aún lo torturan. Hostil y encantador; apasionado y distante; son solo algunas contradicciones que lo caracterizan. Las mujeres lo desean, y los hombres lo admiran por su reputación en la jungla empresarial de Nueva York. Cuando el trato comercial más ambicioso de su carrera corre peligro por culpa de una exasperante mujer, Ryder toma una inusual decisión que pondrá su ordenada vida del revés. Julianne, «la piedra en su camino», ahora está en deuda con él, así que Ryder hará un control de daños a su modo. Tan solo debe ignorar la extraña opresión en el pecho que siente cuando los expresivos ojos de Julianne lo observan, como si fuesen capaces de ahondar en la oscuridad que en él habita.

Julianne Clarence es testigo de cómo su esperanzadora entrevista de trabajo se evapora el día que sufre un accidente de tránsito. El arrogante con rostro de Adonis, «el agraviado», pretende que ella asuma el costo de la reparación del lujoso automóvil que él maneja. ¿Pueden las cosas irle peor a Julianne? Claro que sí, después de todo posee un gran magnetismo para los problemas, y acaba de encontrar uno colosal en Ryder Toussaint. La propuesta que él le hace a cambio de no demandarla por el accidente es ridícula; el orgullo la impulsa a pensar muy bien su respuesta. Sin embargo, el verdadero reto consiste en ignorar la burbujeante química que siente por el insufrible empresario.

¿Podrá Ryder abandonar el cinismo y doblegar su soberbia? ¿Logrará Julianne abrir su corazón y domar la testarudez? A veces, los accidentes son parte de un plan del destino para unir dos vidas o

destruirlas para siempre, en especial cuando las cicatrices del pasado amenazan con crear nuevas heridas.

PASIÓN Irreverente

BILOGÍA SOMBRAS 1

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PREFACIO

Queens, Estado de Nueva York.
Estados Unidos.
Años atrás.

El cielo estaba parcialmente despejado. Las hojas de los árboles caían al son de cada ráfaga de viento que se atrevía a besarlas según el capricho del tiempo. Los niños jugaban bajo la consabida inocencia de aquellos que vivían en calma sin saber la verdad detrás de las apariencias; aquellos que sobrevivían con la candidez intacta hasta que las tragedias golpeaban a sus puertas destrozándolo todo y cambiando el rumbo de sus vidas para siempre.

Las zonas más pobres de Queens, invadidas de migrantes y gente sin suficiente dinero para comprender la ambición de aquellos que dirigían el mundo desde los rascacielos de Manhattan, aprendían a disfrutar de los pequeños placeres mundanos: cervezas a cualquier hora del día, apuestas sin motivos, intimidación, robos a mano armada sin ser pillados por la policía local o tan solo el sentarse a ver televisión en alto volumen, mientras el vecino follaba a viva voz con su mujer o alguna amante de turno. Sobrevivir era la palabra clave. Unos sabían hacerlo bien, otros no.

En medio de aquel ambiente crecían lo hermanos Toussaint. Ambos de padres distintos, despreocupados de su existencia, y al amparo de una madre que no solo les había dado el apellido, sino también las agallas para enfrentarse al mundo como si ellos fuesen los amos y señores. Edith era hija de inmigrantes franceses, y sucumbió al placer de su sangre habituada a los gustos teatrales, aunque también a la fantasía de lo que era en verdad el amor.

Quizá era una maldición o una simple mofa de la vida, el que llevara el nombre de una cantante de vida tan trágica como Piaf, y que su canción preferida para embriagarse en años de soltería, si el presupuesto lo permitía, fuese La Vie En Rose. Esa melodía era un poco nostálgica de sus primeros años de vida en París, entre idas y

venidas con sus padres para visitar la familia; también un poco de masoquismo por sus erróneas decisiones con el sexo opuesto.

Fruto de ese ideal bohemio del amor, herencia genética de sus antepasados tal vez, Edith tuvo dos hijos: Ryder y Dereck; por quienes no volvió a caer presa de las botellas de licor ni la tentación de la cocaína. Sin una figura paterna para guiarlos, ella se convirtió en padre y madre. Su familia estaba dispersa por Europa e incluso sus propios padres y abuelos regresaron a Francia cuando ella cumplió la mayoría de edad y parecía encaminada a una exitosa vida.

Hasta que un embarazo llevó a otro.

Las ayudas sociales empezaron a convertirse en una crucial necesidad, y los sueños de decorar interiores se esfumaron. Para llevar el sustento a casa, no solo trabajaba como mucama, sino también limpiando casas. A veces, una vecina de confianza solía cuidar a sus hijos a cambio de algún favor de regreso; nada complicado. Claro, no todos los vecinos eran de fiarse, menos en un área de Queens plagada de sospechas de tráfico de drogas, alta violencia y crímenes que convertían el sonido de las patrullas de policía en la melodía nocturna.

Edith no juzgaba a la gente por su profesión siempre que no hicieran daño a terceros o se aprovechasen de los más débiles. Había aprendido a sobrellevar la pobreza con dignidad, y no tenía amigas. Eso sí, ella sabía elegir a quiénes saludaba y a quiénes prefería mantener la distancia. En esta última categoría, curiosamente, no estaban las prostitutas ni las strippers. Muchas de esas mujeres tenían familia o eran madres solteras, como Edith, y si explotar su cuerpo les permitía llevar un bocado a la mesa, entonces la supervivencia solía anteponerse al pudor.

La dignidad no estaba relacionada a la profesión, sino en la manera con que se llevaba la vida y sus avatares.

Criados con libros de otros tiempos, influjos de las pandillas locales, los programas de televisión violentos, y los raros cotilleos de prostitutas —amigas de su honorable madre— que les contaban los entramados sobre los secretos femeninos sin tapujos e incluso se ofrecían a enseñarles cuando tuvieran suficiente edad; Ryder y

Dereck sabían que iban a aprender bien los secretos de cómo follarse a una mujer. Los contenidos sexuales estaban a la orden del día, y Edith no endulzaba la verdad de cómo se procreaba. Por eso, ninguno de los dos muchachos tenía reparos en decir lo que pasaba por su cabeza. Un gran problema en la escuela, pues se imponía la exhortación al silencio en lugar de incentivar la libre opinión de los estudiantes.

Edith, mucama de una cadena de hoteles de cinco estrellas en pleno Times Square, no era tan selectiva con sus amistades. Prefería ignorar que sus hijos hablasen o no con meretrices, siempre que estos llevaran buenas calificaciones, mantuvieran el miembro en la bragueta, al menos hasta que alcanzaran la mayoría de edad, y respetaran la autoridad de la casa. Jamás permitiría que sacaran ventaja sexual de sus hijos. Esa no era la clase de mujer en que se había convertido, pobre o no.

Los hermanos Toussaint eran rebeldes, mundanos, y ambiciosos. Poseían una mente privilegiada para los números, y envidiable capacidad de crear discursos convincentes, esta cualidad salió a flote cuando empezaron a trabajar como ayudantes temporales de venta en una tienda de electrodomésticos. Edith les había enseñado bien: nada se consigue sin un gran esfuerzo, y una vez logrado el objetivo, mantener a flote el éxito era lo más importante.

No existían palabras de amor o dulzura en la casucha que los abrigaba de los crudos inviernos y los mantenía protegidos en otras estaciones del año. Edith no quería holgazanes, ni mequetrefes, salidos de su útero, y les dejaba claro que, si embarazaban a una mujer, se largaban de la casa y aprendían a mantener un hogar fuera de esas maltrechas paredes.

Con su experiencia de dos embarazos con hombres distintos, ella había tenido suficientes sinsabores, peleas y lágrimas hasta quedarse inmune a las emociones. No tenía por qué mentirles sobre fantasías románticas, perdidas tiempo atrás, a ninguno de sus dos hijos. Les enseñó a Ryder y Dereck que solo la capacidad de sobrevivir debía prevalecer sobre los absurdos ideales sentimentales, y más les valía entenderlo.

Una tarde de junio, los dos hermanos recibieron una bofetada del destino. La hora en que la madre de ambos solía llegar a casa estaba retrasada por ochenta minutos. A pesar de los problemas en el transporte público y las conexiones entre las líneas del metro o tren, aquella tardanza era muy inusual en Edith.

—¿Revisaste las noticias? —preguntó Ryder, el mayor de los hermanos por tres años. Tenía unos luminosos ojos verdes y el cabello rubio. Su cuerpo en crecimiento prometía estirar lo suficiente para ganar corpulencia, al menos si corría con la suerte de alimentarse mejor. Su carácter era mesurado, silencioso, y había aprendido a defenderse en la escuela con los puños.

Estaba en el jardín delantero de la pequeña casa tratando de arreglar la tostadora que una de las vecinas había enviado al botadero. Ellos, que no desperdiciaban nada, encontraron el aparato y estaban tratando de componerlo.

—No hay anuncio alguno de accidentes en las rutas usuales que toma mamá —replicó Dereck. Con ojos azules, como la laguna más clara en el Caribe, y el cabello negro, llamaba la atención con facilidad. En una ocasión se le acercó un fotógrafo para preguntarle si le interesaría dejarse fotografiar para una campaña de ropa infantil, pero con su habitual desconfianza, él rehusó.

Su aire de indiferencia contrastaba con la locuacidad al momento de defender un argumento o dejar claro su punto de vista. Su madre solía decirle que, si llegaba a encontrar la forma de estudiar en la universidad, sería un gran abogado, y su hermano, un comerciante astuto.

—Espera —dijo Ryder observando a lo lejos la silueta de su madre recortada por los rayos de sol de inicio del verano norteamericano—. Ahí viene… —frunció el ceño de su frente libre de arrugas—. Algo no está bien.

Dereck se incorporó del césped, verde gracias al cuidado de Edith, apartándose. Se puso la mano como visera para tratar de ver mejor.

—Está cojeando… Eso no es normal. Vamos —dijo con urgencia, y Ryder dejó de lado el aparato de metal en el que estaban trabajando.

Cuando la sombra del contraluz les dejó ver mejor a su madre, más cerca de casa, ambos sintieron que su vida no volvería a ser igual. Una rabia como ninguna otra los agarró desprevenidos, destrozando cualquier mínimo cimiento de civilización que hubiera existido en ellos.

Edith tenía el vestido hecho girones, el rostro golpeado, el labio partido y tenues rastros de sangre en los brazos. Ella fingía que nada estaba fuera de sitio y argumentaba que había tenido un accidente, mientras cerraba la puerta principal de la casa, ante las constantes preguntas y preocupación de sus hijos. Ellos no se creían la mentira, porque era absurdo cuando conocían al dedillo las porquerías de las calles, gracias a rumores, la prensa, las noticias, y algunos cretinos que intentaban reclutarlos para robar o dedicarse a la venta de sustancias prohibidas.

—Chicos, no hagan lío —dijo con voz rota—. Necesito darme una ducha… Ha sido un largo día. ¿Preparaste la pasta, Ryder? —le preguntó como si su hijo mayor no fuese capaz de notar la mueca de dolor al hablar debido al labio medio partido.

—Sí…

—Mamá, ¿quién te hizo esto? —preguntó Dereck con las manos hecha puños a los costados de su frágil cuerpo.

Ambos estaban hartos de llevar ropa que apenas los protegía del frío. Comer escuetamente, y luchar con todas sus fuerzas para no quedarse dormidos en clases y así evitar ser el hazme reír de sus compañeros. Sin embargo, amaban a su madre, porque era todo lo que tenían en el mundo, y a pesar de sus modos hoscos al tratarlos, era justa la mayor parte del tiempo.

Despreciaban a quien sea que hubiera hecho el más mínimo rasguño en Edith.

No culpaban a su madre de las circunstancias en que vivían. Ella los cuidaba a su modo, y era todo lo que tenían en este mísero mundo. Además, sabían los turnos extras que Edith hacía en el hotel

en el que trabajaba para llevar dinero adicional a casa, comprarles libros para que estuviesen al día en la escuela.

El Día de Acción de Gracias, los tres tenían la mitad de un pavo para comer. Un pequeño lujo al año, porque durante la Navidad veían películas y aceptaban invitaciones de alrededor para no quedarse sin comer cuando llegaba la usual nevada que cubría los techos y azoteas en invierno.

Eran pobres, mas no imbéciles.

Sabían que, si sucumbían a las seductoras propuestas de las bandas barriales, perderían las escuetas oportunidades de salir de ese atolladero en el que la vida los había escupido. De sus viajes a Manhattan en el metro con su madre, recorriendo Central Park, y conociendo de lejos cómo vivían gran parte de los privilegiados neoyorkinos, al pasar por los distritos de Flatiron o Garment, el SoHo, Tribeca, Midtown Manhattan, Hudson Square, y demás áreas, tanto Ryder como Dereck sabían que existía otra realidad más confortable.

Ninguno tenía pensado trucar la posible salida de la zona en la que vivían aceptando tratos con pandillas, por más que la tentación de hacer dinero fácil fuese irresistible. Y eso que las ofertas eran muy interesantes.

—Deja de interrogar a tu madre, que aún no eres abogado, jovencito —replicó Edith con tono cansado.

Ya había hecho el reporte de su violación a la policía, y el tiempo que tardó fue porque la mantuvieron para hacerle los exámenes de rigor que confirmase su denuncia. Dudaba que fuesen a agarrar a quien la ultrajó, pero al menos había dejado sentado el precedente. Odiaba que sus hijos la vieran en ese estado.

—Mamá…

—Dereck, déjala en paz —zanjó Ryder con determinación en la mirada, instando a su hermano menor a callarse. Después miró a Edith—: ¿Podemos ir a comprar algo a la farmacia para curarte?

—Ya lo hicieron en el hospital… Tengo Medicare, menos mal.

—Sí, pero si acaso necesitas, tengo un poco de dinero del trabajo que hice para la señora Lawndes limpiándole la casa el otro día —dijo Ryder, que para esa época acababa de cumplir los quince años.

Edith sabía que sus hijos valían más por su nobleza que por su dinero, y a pesar de que no era el tipo de madre excesivamente amorosa, los amaba a su manera. No quería quitarle la buena voluntad a Ryder. De sus dos muchachos era el más rebelde, impulsivo, y no quería desanimarlo. Además, si se iban por un instante, ella tenía una excusa para estar a solas, llorar en silencio, y agarrar fuerzas para continuar.

—Okay… Como sea. No tardes, y ve con tu hermano —murmuró, mientras iba al único cuarto de baño que compartían entre los tres.

Ryder agarró a su hermano del brazo y salieron de la casa. Tan solo esperaron a que el agua de la ducha empezara a caer, conscientes de que Edith ya no podría detenerlos si ella cambiaba de opinión sobre dejarlos ir a la farmacia.

Una vez en la calle, varios bloques lejos de la casa y, evidentemente, en una dirección contraria a la farmacia, Dereck detuvo a Ryder del hombro.

—¿A dónde coño vamos?

—Ojo por ojo, y diente por diente —replicó Ryder.

—No tenemos pistas ni idea de lo que pasó… Somos solo dos chavales agraviados. Si mamá ya fue con la policía ellos van a encargarse.

—La policía no va a hacer ni mierda. ¿Es que no miras las noticias, Dereck?

—Tengo doce años, idiota, y ser precavido también implica tener sentido común. Uno de los dos debe utilizarlo. Nos van a cobrar por la información. ¿De dónde te piensas que vamos a sacar ese dinero si a duras penas nos alcanza en casa?

Ryder detuvo su andar, manos en la cintura, expresión de enfado. Él no tenía ganas de pelearse con su hermano, porque tenía la furia reservada para el que sea o los que sean que hubiesen agraviado a Edith.

—¿Vienes o no?

Dereck, rascándose la cabeza, tan solo asintió. No iba a dejar solo a su hermano, porque eran un equipo, en las decisiones coherentes y en las disparatadas.

En una zona que conocían al dedillo, la posibilidad de encontrar respuestas no era alocada. Por la información que habían recibido, los dos hermanos se comprometieron a pagar quinientos dólares. No sabían de dónde carajos iban a sacar el dinero, pero tenían la certeza de que lo conseguirían. Caso contrario, el que les dio el dato iba a molerlos a golpes. No querían ocasionarle más problemas a Edith, ni tampoco morir en el intento de hacer justicia.

Después de cuatro largas horas, localizaron a su objetivo: un tipejo que acababa de lanzar la botella de cerveza vacía al botadero de un callejón. Llevaba un pantalón beis, camisa blanca y zapatos que parecían nuevos. Era corpulento, pero la adrenalina de los hijos de Edith los instaba a no tomar en cuenta la desventaja física.

—¿Qué piensas hacer, Ryder? Son quinientos dólares…—preguntó en un susurro, mirando a uno y otro lado. Ya era de noche, así que solo las luces de la calle iluminaban algunas partes. Los claroscuros a veces resultaban una ventaja.

—Pelear.

—¿Peleas callejeras? Acordamos que no volveríamos a meternos en esos asuntos. La última vez, mamá creyó que había sido alguno de los muchachos de la escuela. Si no la hubiera convencido de que fue un robo, le habrías tenido que dar explicaciones —argumentó Dereck.

—Sé defenderme con los puños, y si tengo que pelear lo haré, pero el crimen de mamá no quedará impune. No todo se puede hacer llegando a acuerdos verbales, Dereck. Crece de una puta vez.

—Las autoridades…

—Puedes en este momento tomar la decisión de dar media vuelta y largarte o agarrar a ese animal que violó a mamá y darle un escarmiento —replicó Ryder, mirando al hombre que había violado a Edith despreocupado por su entorno, como si no hubiera causado daño físico ni psicológico a nadie—. ¿Qué va a ser? ¿Estás conmigo o no?

Dereck soltó un suspiro renuente. Empuñó con firmeza el cuchillo. Ryder tenía otra arma blanca, porque utilizar una pistola le parecía demasiado arriesgado. Sí, las cuchilladas eran más sanguinarias, pero al menos no tenían que pagar dinero adicional para comprar un revólver y luego preocuparse de cómo deshacerse de él. El tiempo era escaso, y su madre debía estar esperándolos.

Debían darse prisa.

—Sabes que sí… Sabes que sí.

Aquel fue el primer evento con ese nivel de violencia de los Toussaint. El agresor sobrevivió, aunque quedó con severas lesiones físicas. A ellos les daba igual, porque el honor de su madre, aunque ella jamás lo supiera, fue reparado. Lo ocurrido era un gran secreto que los unía de la forma retorcida en que lo hacía el pecado; un secreto que los convertía en hermanos ya no solo de sangre, sino de conciencia.



Ryder y Dereck, jamás consideraron que otras personas pudieran ser más que alimañas, llevándose lo poco que ellos tenían y aprovechándose de la buena voluntad de Edith. Prometieron que nunca antepondrían otras personas a su propio bienestar.

Los hermanos eran opuestos en personalidades, pero estaban siempre presentes si el otro lo necesitaba. Cada Toussaint tenía su propia historia.

CAPÍTULO 1

En el exterior de Manhattan una fuerte nevada había dejado las calles convertidas en un desastre para los conductores, y muchos ejecutivos optaron por trabajar esos días desde casa. No era algo inusual durante los meses de invierno, en especial enero, pero Ryder prefería desafiar las sugerencias de los expertos climáticos y dirigirse a su torre corporativa de cincuenta pisos desde la que comandaba un imperio de tres billones de dólares. Su única ética consistía en no derribar opositores por el simple hecho de poseer la capacidad de lograrlo con el menor esfuerzo.

Abrirse paso en la jungla de poder que era el casco financiero de la ciudad de Nueva York fue un gran reto. Su salida de las zonas más críticas de Queens estuvo patrocinada por el dinero que ingresaba a su billetera producto de las peleas ilegales, y también por sus habilidades matemáticas para sacar de líos a los idiotas que ignoraban los principios básicos de la economía. Una de sus grandes enseñanzas consistió en aprender a mezclarse, como si fuera uno más, con los que lideraban las altas esferas de las finanzas en Estados Unidos.

La idea de mirar hacia atrás implicaba dar poder a situaciones y personas que no lo merecían; Ryder Toussaint no daba segundas oportunidades. Después de los primeros años trabajando en Wall Street, aprendió a desarrollar sus capacidades sociales camaleónicas, es decir, llevarse con todos en apariencia. Él era esquivo de todo lo que no fuese estrictamente necesario para prosperar en sus ambiciones corporativas, y eso incluía las relaciones demasiado personales con una mujer.

Evadía como la peste todas las invitaciones sociales si estas no poseían un fin de negocios en el horizonte. La extraña fascinación de las revistas que inundaban de llamadas y correos su oficina buscando una entrevista cada dos por tres parecían interesadas en la vida personal que Ryder rehusaba abrir a desconocidos. Le gustaba hacer dinero, incluso jugar a ser el rey Midas, pero eso no

implicaba que tuviese que formar parte de las sandeces propias de los cotilleos sociales.

—Buenos días, señor Toussaint —dijo la recepcionista de cuarenta y ocho años de edad, sonrojándose tenuemente—. Su correspondencia la subió hoy el encargado de distribución de la compañía, al menos hasta que delegue una nueva asistente personal que se encargue de ese detalle otra vez.

Aquella reacción ante Ryder no era ninguna novedad en el género femenino; daba igual la edad que tuviesen. Después de todo, la belleza era un asunto indiscutible cuando resultaba tan obvia en otro ser humano.

No era novedad que el CEO de la Corporación TS2 era un espécimen masculino digno de admirar. Los ojos verdes hacían juego con el abundante cabello rubio oscuro peinado hacia atrás con aparente descuido, dándole un aire rebelde y sexy. Nadie en TS2 confundía la distante amabilidad de Ryder con una puerta abierta al flirteo, y quienes cometieron ese error, ya no trabajaban en la compañía.

Un par de ejecutivas, años atrás, habían perdido su puesto de trabajo por intentar cruzar la línea profesional con el apuesto neoyorkino. No era un secreto que, después del amargo y bastante público divorcio seis años atrás, Ryder prefería marcar una abismal distancia entre sus asuntos privados y aquellos profesionales. De hecho, se rumoreaba que tenía varias amantes, aunque el alto nivel de seguridad que estaba 24/7 a su lado, impedía que se filtraran fotografías o momentos privados del magnate.

—Gracias, Heydi —replicó con estoicismo—. Los ejecutivos húngaros debieron llegar hace diez minutos, y puesto que ayer despedí a mi asistente personal, necesito que coordines cualquier detalle que te solicite desde presidencia. Espero que el puesto no quede vacante demasiado tiempo. Te pagaré una bonificación.

—Por supuesto, señor…

—¿El equipo de seguridad escoltó a mi asistente personal fuera del edificio? Espero que no haya existido ningún tipo de incidente incómodo.

Él conocía a todos sus empleados más cercanos por el nombre. Su madre, que ahora vivía cómodamente en un piso céntrico de París, lo llevó incontables ocasiones al hotel en el que trabajaba. Fue entonces que Ryder notó que los empleados recibían la orden de un superior con una sonrisa, y solían acatar directrices con más rapidez, si los llamaban por su nombre. Aplicado el ejemplo en su compañía, notó el mismo efecto en su staff, y por eso decidió mantener la costumbre.

—Todo ocurrió con calma —le aseguró—. Los agentes de la empresa acompañaron a la señorita Robins hacia la salida hace veinte minutos. ¿Desea que solicite el video de las cámaras y que se lo envíen a su correo, señor?

Natasha Robins intentó utilizar el acceso al CEO para gestionar pequeñas promesas comerciales a terceros como si fueran suyas, lucrándose. Cuando todo salió a la luz, Ryder le dio a elegir entre la cárcel o una renuncia sin carta de recomendación, además de una declaración juramentada de que salía por cuenta propia de la compañía y no interpondría ninguna demanda. La asistente personal eligió esto último.

—No hace falta, Heydi —replicó él.

Le dio la espalda para dirigirse hacia las puertas del elevador privado que lo llevaba directo al último piso, y en el que también estaba la sala de conferencias. La negociación con los húngaros no iba a ser sencilla, a pesar de que se habían preparado durante más de cuatro meses para proporcionarles el mejor plan de inversiones que manejaban en TS2 para fondos que sobrepasaban los dos millones de dólares, en este caso euros. El portafolio de clientes de Ryder era sólido, además de que tenía el respaldo de su imbatible reputación profesional.

Una vez en su oficina, él dejó el maletín de cuero a un lado, sacó su portátil y empezó a dirigirse hacia la sala de reuniones. En el camino, la vicepresidenta de negocios se acercó a saludarlo, y posteriormente acompañarlo hacia el mismo destino.

—Todos los sistemas operativos fueron actualizados para la simulación que pediste —dijo Becca—. Entrarán en funcionamiento una vez que lo decidas. Entregamos hace pocos minutos una portátil

a cada uno de los cinco representantes de Larmanne S.A., para así no darles opción a distraerse.

Él asintió, complacido, aunque no lo demostraba. Siempre disfrutaba poniendo a prueba a su personal, porque no le gustaba conformarse. Su inquietud por abarcar más conocimientos era inherente a su personalidad, y por eso procuraba saber al dedillo detalles importantes de quienes lo rodeaban. Esto último se aplicaba tan solo a su círculo de colaboradores más cercano: vicepresidentes corporativos, asistentes ejecutivas de altos rangos, y gerentes generales. La información era poder, y aquella que resultaba valiosa, todavía más.

Una de las políticas bajo las cuales se fundamentó la creación de TS2 era la diversidad de género en los cargos gerenciales, y siempre basándose en mérito por resultados en la compañía. Si querían pertenecer a TS2 era indispensable que los candidatos tuviesen una hoja de vida profesional impecable.

Los errores eran admitidos, pero a la segunda equivocación lo que el ejecutivo encontraba en su correo electrónico era la solicitud de vaciar el escritorio y reportarse con recursos humanos. No existía empatía con los números, porque estos eran directos y sin opción a ligerezas, tal como Ryder.

—Cerraremos el acuerdo por cuarenta millones de dólares en la proyección de ganancias para TS2 —dijo él a su vicepresidenta de negocios—, y así aumentaremos el margen anual previsto. Becca, necesito urgente una nueva asistente.

—Por supuesto, aunque la última no te duró más de cuatro meses.

—La eficiencia y la corrupción no pueden ir de la mano —replicó con dureza.

—Concuerdo, Ryder, tomaste la decisión acertada. Una lástima que todo este desastre haya ocurrido en medio de negociaciones tan importantes.

Él asintió, haciendo una mueca, cabreado por haber considerado suficiente el veto positivo del gerente de recursos humanos. Tanto este último, como Natasha, estaban fuera de la compañía. La

corrupción era el cáncer de cualquier sitio, y para Ryder daba igual en qué circunstancia ocurriese, le parecía inadmisible.

—Acepto recomendaciones, porque no creo que pueda pasar más de cuatro días sin alguien que coordine mi oficina y todo lo que mi cargo implica.

Becca se acomodó el pendiente de oro de la oreja. Aquel era un gesto inconsciente que solía aplicar cada que estaba pensando algo.

—La verdad es que mi nueva asistente, Daisy, es un cielo. No tuve oportunidad de presentártela, pero lo haré pronto. Aunque, dada tu reputación de tirano, pues no creo que le haga gracia trabajar para ti.

—Ja-Ja. Confío en tu criterio, ¿puedo contar contigo para encontrarme un asistente ejecutivo lo antes posible?

—Claro… Dame un margen de dos días, asumo que no querrás que pase esta vez por recursos humanos como veto final —dijo Becca.

—Me fiaré de tu criterio, porque no tengo tiempo para tolerar procesos largos.

—¿Quieres una universidad de la Ivy League? —preguntó ella con cautela.

Ryder no era esnob, aunque sabía apreciar una buena preparación académica, a pesar de que no siempre garantizaba que el candidato o candidata fuese tan inteligente como el título universitario acreditaba. Aquella era la realidad.

—Esta vez prefiero que tenga recomendaciones que avalen su experiencia o expedientes académicos que certifiquen su inteligencia. Me da lo mismo si es una institución de la Ivy League o no —replicó—. Por ahora me interesa enfocarme en la reunión que está a punto de comenzar y que será el precedente a la que tengo en la tarde. No tengo cabeza para otra cosa, así que lo dejo en tus manos. —Becca asintió —. El jeque Dafah Al-Kajar, Sultán de Balgratva, nos espera en el Hotel Plaza a las cinco de la tarde, y no se admite ningún margen de error. Queda claro, ¿verdad?

Ella reparó en las oficinas alrededor, que eran pocas en el piso de Ryder, incluida la suya. Todas estaban vacías. Aquello implicaba que todos los que eran indispensables en la junta ya estaban reunidos.

Tanto el CEO como ella, cuando tenían proyectos en conjunto, solían ser a propósito los últimos en llegar.

Les gustaba sentar el mensaje sutil de que, a pesar de que los posibles clientes tenían el dinero, TS2 decidía —daba igual si era o no cierto— si aceptaba en su portafolio de inversionistas nuevos miembros. Jamás era una buena estrategia dejar saber a los millonarios que eran importantes o necesarios, porque en ese caso ya se podía dar por perdido el margen de ganancia que TS2 pretendía lograr al cerrarse el acuerdo. El cerebro humano era bastante simple.

—El jeque quedará complacido con la propuesta para invertir en los pozos petroleros de Noruega, además está todo bien calculado desde el punto de vista de conservación del medio ambiente. No creo que ningún gestor de fondos de inversiones haya considerado ese gran detalle, como lo hemos hecho nosotros para él, en una propuesta inicial. Son doscientos millones de dólares que estamos buscando ingresar en nuestro portafolio. Me parece impresionante, Ryder.

—Nos abrirá el mercado de Oriente Medio.

—Por supuesto, y eso que todavía quedan algunas horas, así que podemos repasar los detalles adicionales más tarde.

—Estoy de acuerdo —acordó Ryder.

—Por cierto, tu hermano, como abogado principal, recomendó que no fijaras términos con el jeque hasta que él haya revisado las posibilidades. Hay que darle a Dereck una consideración especial —miró a través del vidrio al hermano menor de la dupla Toussaint que estaba sentado en la cabecera opuesta a la que ocuparía Ryder en breve—, mira nada más, llegó temprano. Creo que le prometiste una bonificación para este gran paso —rio por lo bajo, mientras el CEO de TS2 le abría la puerta de vidrio para que entrasen en la sala ya ocupada al completo, salvo los dos asientos que a ellos les correspondía.

La vista a la ciudad desde ese piso estaba tenuemente difusa, debido a la lluvia que caía en esos instantes, pero durante los días en que el cielo estaba despejado era fabulosa. El costo del edificio había sido colosal, no solo por la estratégica ubicación, sino por el

número de pisos que contaban con una estructura antisísmica, decoración base realizada por los mejores profesionales del país, así como servicios de tecnología de punta y de limpieza de planta. No todos los pisos eran de TS2, tan solo doce de los cincuenta; el resto estaba alquilado a otras compañías que no tenían nada que ver con los negocios de los hermanos Toussaint.

—El muy cretino —murmuró con una sonrisa de soslayo. Dereck, como segundo a bordo en capital de inversión, tenía la tendencia a llegar a las reuniones cuando se le daba la gana. Sin embargo, su trabajo como abogado era impecable y había salvado a Ryder de algunas catástrofes—. Si no fuese porque es brillante en lo que hace, ya le habría comprado su parte de nuestra empresa.

La mujer de cabellos negros y elegante forma de vestir meneó la cabeza, al tiempo que la puerta de vidrio se cerraba tras ella.

—Hacen una buena dupla; cada cual a su modo.

—Debe ser que eres la única en esta compañía que tiene corazón.

—Tu corazón debe latir en algún momento y no solo por negocios, Ryder.

Con cincuenta y cinco años de edad, Becca Hart, había perdido la capacidad de tragarse sus pensamientos, y en esos instantes era preciso enfocarse en la negociación que tenían por delante. Apreciaba mucho a su jefe, y sabía que detrás de esa fachada de tirano existía un hombre muy solo. Incontables ocasiones intentó llevarlo a las cenas de Navidad de su propia familia, incluso le pidió que llevara a su madre, Edith, pero Ryder siempre rehusó con amabilidad.

Tal vez era su corazón maternal el que intentaba que ese muchacho se abriera un poco a la vida que estaba lejos de los números y las ambiciones. Le pagaban un salario generoso con bonificaciones y acceso a privilegiados contactos sociales de los que sus hijos se habían beneficiado, así como su esposo que era constructor.

Ella llevaba en TS2 desde que esta se inició, ocho años atrás, y aportaba con sus conocimientos invaluables que le daban dos décadas de experiencia en el mercado. Conoció a Ryder en Wall Street, y fue quien lo animó a abrirse camino para gestionar fondos

de inversiones por cuenta propia. Desde entonces, la sólida relación profesional de ambos tomó un rumbo más firme.

—En el Infierno de seguro —murmuró con acidez.

—Por algo se empieza —replicó Becca, antes de estrechar la mano de los integrantes de la mesa de negocios.

Con paneles de madera en el fondo, como único elemento clásico en medio de una decoración más bien minimalista y confortable, así como una pantalla especial para proyección, aparatos de comunicación para teleconferencias en el centro de la mesa con doce puestos, la sala de juntas era muy elegante. Todos los elementos posibles que pudieran requerirse en reuniones donde se negociaban cientos de millones de dólares y euros como si fueran bagatelas del día a día estaban presentes. Cada persona ajena a la compañía tenía un flamante bolígrafo Montblanc, como detalle que TS2 obsequiaba, frente a ellos. Un detalle costoso, claro que sí, aunque comparado con la loca cantidad de dinero que se manejaba, no era nada.

—Buenos días —dijo Ryder cuando todo estuvo a punto para empezar la reunión—, muchas gracias por estar aquí.

Los empresarios húngaros asintieron con una sonrisa que era más bien tensa. Imposible culparles cuando el hombre que tenían como anfitrión podía triplicar los porcentajes de ganancias de su ya ostentosa cuenta bancaria. El manejo de fondos financieros era todo un entramado de estrategias que tan solo una mente brillante, pero visionaria, era capaz de desentrañar para llegar al punto más importante: entender los algoritmos que, a corto o largo plazo, producirían rentabilidad en diferentes clases de inversiones de alto y bajo riesgo.

—Procuraré que vuestro tiempo merezca la pena —continuó Ryder —, pues el beneficio de un plan económico idóneo será mutuo…



Tres horas más tarde, los elegantes dedos masculinos de Ryder agarraron la taza de café que acababa de dejar una de las

camareras de la cafetería de la compañía en el piso quince. La idea de delegarle a una asistente ejecutiva que le llevara una bebida, le parecía absurdo; él pagaba por resultados de carácter corporativo, más no para saber comprobar si la cantidad de azúcar que le agregaban a su café era perfecta.

¿Acaso no era abuso laboral pedirle a una persona académicamente preparada que se encargara de entregar café? A él, sí se lo parecía, en especial cuando tenía millones de dólares para contratar una compañía de catering que proveía bebidas, snacks, y almuerzos a todo el staff de TS2.

Los correos electrónicos continuaban llenando la bandeja de entrada, y acumulándose, porque él no tenía tiempo de responderlos todos. La gran mayoría de las solicitudes eran naderías que poco tenían que ver con su trabajo real: manejar números, porcentajes, probabilidades, algoritmos, tasas de interés, y demás, así que la partida de su anterior asistente era un gran desastre. Su hermano iba a encargarse de liquidar los detalles legales sobre Natasha, y también de Brandon.

Si algo lo desquiciaba a Ryder era que sus subalternos lo defraudaran, porque aplicaba especial empeño en rodearse del personal profesional más eficiente y preparado. Sabía que los márgenes de errores existían, pero con las finanzas solían ser previsibles o salvables. Odiaba que los seres humanos fuesen tan volubles. No se llegaba a la cúspide de una compañía por permitirse emociones absurdas.

Si las personas fuesen tan solo números en el sistema —como eran percibidas en las instituciones de los gobiernos—, la vida sería más fácil de sobrellevar. Quizá en ese detalle consistía la gran diferencia entre él y su hermano. Dereck era igual de cínico, pero poseía empatía y con ello aportaba la cuota de calidez en la toma de decisiones. Algunos adversarios solían confundir la personalidad desenfadada e informal de Dereck con descuido o estupidez, y era entonces cuando su hermano los aplastaba en los tribunales. Él era un abogado letal cuando creía en una causa.

Ryder movió la cabeza de un lado a otro. El cuello empezaba a dolerle más de lo usual y eso implicaba que la postura que debía

mantener, y que le recomendaron los fisioterapeutas después del accidente que tuvo, no era la adecuada. Hizo un par de estiramientos en la silla, y cuando creyó que estaba un poco mejor, volvió su atención a la pantalla que tenía enfrente.

Tal como previó, los húngaros firmaron el contrato con TS2.

El triunfo de cada gestión provocaba en él un corrientazo de adrenalina. La única forma de canalizar la euforia era en el gimnasio o en la cama con alguna mujer que conocía en Tinder o incluso en un bar de alta sociedad que sabía que era discreto. Sin embargo, en esta ocasión, el día todavía estaba en su punto más complejo en materia de trabajo, así que tendría que postergar su búsqueda de desfogue personal.

El día a día estaba perfectamente estructurado, tal como le gustaba todo. No le gustaban las sorpresas. Su rutina empezaba a las cinco de la madrugada en el gimnasio, y luego desayunaba sustanciosamente para tener suficiente fuerza y así lograr soportar a los imbéciles, y tolerar a los que no lo eran… del todo. Ryder se sentía muy cómodo en ese mundo que con esfuerzo había creado y en el que, al igual que otros magnates, ahora ejercía gran influencia.

Ryder estaba a punto de devolver la llamada a un colega en Dubai, para testear si había o no algún comentario que pudiera servirle durante su reunión con el jeque esa tarde, cuando la puerta de su oficina se abrió de repente. Desistió de la llamada y frunció el ceño. La expresión de preocupación en Becca lo puso en alerta. No era usual que ella perdiese la calma en su semblante.

—¿Qué ocurre? —le preguntó fijando su atención en la mujer.

—Tengo una pésima noticia. Tu antigua asistente terminó de hacer una estupidez como despedida. —Él enarcó las cejas—. La reunión con el jeque Dafah es dentro de una hora, no dentro de tres o cuatro, lo acabo de confirmar porque me llamó mi contraparte en el equipo de trabajo del jeque para preguntarme un par de cosas, al final comentó que me vería dentro de una hora con el resto de la comitiva de Emiratos Árabes Unidos que está en Nueva York para esta junta. Natasha cambió los horarios de la reunión de hoy en la agenda electrónica de todo el staff y pudo hacerlo porque mantenía el acceso a tu agenda y servidor.

—Maldita sea —replicó incorporándose, mientras agarraba la chaqueta y la portátil—. Tenemos sesenta minutos para llegar, y cuando esto termine me encargaré que ningún jodido dueño de las Fortune 500 contrate a esa incompetente ladrona.

Becca, agitada por todo ese desafortunado escenario, tan solo asintió.

—Mi chofer está esperándome abajo, Ryder, ¿vienes conmigo o con Paul?

«Ostras, mandé a Paul a la revisión del Tesla confiándome en el horario planeado para este día», pensó él de mala gana. Iba a utilizar su convertible, el cual solía tener en el garaje del edificio por si le apetecía largarse solo a la playa o si ya salía demasiado tarde y prefería reflexionar a solas, camino a casa, sobre alguna situación de trabajo. En esta ocasión le venía fenomenal tener su Porsche disponible.

—No creo que tolere que otra persona lleve el mando ni siquiera de mi automóvil, nos vemos allá. Así me dará tiempo de calmarme en el camino. Pídeles a todos que vayan al Hotel Plaza, inmediatamente, y me da igual si tienen que contratar una puñetera flota de taxis.

—Como vicepresidenta de negocios, el manejar crisis es parte de mi trabajo. Wall Street, ¿recuerdas? —dijo tratando de aligerar la tensión que se respiraba en el piso cuarenta y cinco—. Todos los del staff están avisados. Nos vemos en breve.

Él tan solo asintió.

—Joder —murmuró Ryder, una vez solo, picando el botón del elevador privado. No estaba cabreado, sino furioso.

Podía ignorar cualquier aspecto de su vida personal que lo contrariase, pero no de sus negocios. La certeza de tener el control de lo que proponía y conseguía con su cerebro era el motor que lo impulsaba a despertarse con ánimo para luchar en la jungla corporativa. Después del estúpido error de haberse casado con Prue, su corazón solo servía para mantenerlo vivo, más no para sentir emociones.

Más le valía a cualquiera que se cruzara en su camino que no obstaculizara el paso, porque no iba a responder por las

consecuencias. El trato con el jeque era medular para su plan empresarial y no iba a perderlo. Sesenta minutos eran suficientes para sortear el tráfico de Manhattan y llegar al Hotel Plaza.

El motor de su Porsche rugió con la sutileza de un ronroneo y en pocos instantes estuvo en la calle. La aguanieve era peligrosa, así que le parecía indispensable mantener la cabeza fría, por más cabreado que estuviese. El jeque Dafah era terminante, y nadie lo dejaba plantado ni lo hacía esperar. No se podía esperar menos, pues era miembro de la realeza árabe.

Ryder no pretendía dar ni un paso en falso, porque sentaría un precedente fatídico para cualquier tenue posibilidad de llegar a Oriente Medio como potencial administrador e inversor de capitales privados. La palabra del jeque marcaría un antes y un después en su carrera.

A pocas calles antes de alcanzar la curva que lo llevaría a su destino final ocurrió lo impensado. Como si se tratara de una película en cámara lenta, Ryder vio el momento exacto en el que un automóvil parecía salido de la nada y se precipitaba contra el costado del pasajero de su Porsche. Frenando a raya, el único recurso que sus reflejos le permitieron en esos nanosegundos soltó una maldición porque no creía que pudiera sobrevivir al impacto.

CAPÍTULO 2

El edificio en el que vivía Julianne, desde hacía tres años, poseía un carácter familiar, elegante, aunque sin los excesos del bullicio que podían encontrarse en áreas más transitadas por turistas. Cuando encontró el estudio de treinta metros cuadrados creyó que la suerte le sonreía sin trucos de por medio. Hasta el momento no podía quejarse, en especial porque su estudio tenía la renta más barata con relación a la de otros inquilinos. El precio estaba relacionado con el tamaño de cada unidad, claro.

Debido al exceso de recién graduados de todas partes del mundo que añoraban vivir en Nueva York, encontrar un nuevo empleo era una batalla diaria. Tan solo le faltaba agregar pegatinas de colores y hacer una animación en 3D con su hoja de vida, para llamar la atención en su perfil. En su último puesto de trabajo, ella fue parte del recorte de staff que se realizó porque la compañía era pequeña, el asunto presupuestario se volvió insostenible para la paga de la nómina.

Al menos había agregado esa breve experiencia laboral como secretaria en la gerencia comercial de Construcciones Porter en su currículum, y era un referente. Claro, no había quemado sus pestañas para ejercer como secretaria, y tampoco se hallaba en la postura de rechazar oportunidades cuando apenas iniciaba su intención de forjar una trayectoria. Si encontraba una vacante en una empresa y tenía relación con su título de administración de negocios, entonces la tomaba, así de simple.

Su jefa, Chantelle, la ayudó a poner en práctica lo aprendido en la universidad. Esto último fue una ganancia en sí misma, en especial considerando que muchos ocupantes de cargos altos en las compañías solían ser egoístas. Ese no fue el caso con Chantelle Richards. Antes de marcharse, le entregaron a Julianne una carta de recomendación por sus casi tres años en la empresa, además de un paquete de liquidación financiera que estaba evaporándose con más celeridad cada día.

Llevaba dos meses sin encontrar trabajo.

Aún no le había comentado a sus padres, Amanda y Darren, la mala noticia. De hecho, continuaba enviándoles dinero para ayudar con los gastos que generaba la granja familiar en Louisville, su ciudad natal en el Estado de Kentucky. Julianne no quería preocuparlos, menos cuando la casa-granja había sido hipotecada por segunda vez cuando tuvieron que pagar las facturas del tratamiento médico que salvó a su padre de la leucemia, años atrás.

Los ciento ochenta acres de propiedad requerían mantenimiento para continuar la cosecha cíclica de maíz, soja, heno. Además, el flujo de capital debía ser constante para invertir en la elaboración de sus productos lácteos artesanales. ¿Cómo podría Julianne no ayudarlos? Sus padres, conscientes del inmenso trabajo que implicaba el negocio, aceptaban a regañadientes la ayuda económica de sus hijos.

En la sencilla tienda familiar de la granja, Sweet & Sour, se vendían mermeladas, quesos, yogurt, dulces, aparte de otros abastos, y era conocida alrededor de la ciudad por la excelente calidad de los productos que solo podían conseguirse visitando Granja Clarence. La tienda estaba ubicada a pocos metros de la entrada principal y poseía zona de parqueo. Julianne había sido la encargada de ser la cajera y manejar la atención al cliente desde la adolescencia; fue cuando descubrió la pasión por la administración de negocios y decidió que estudiaría eso en la universidad.

Darren y Amanda tenían un temple de acero, porque a pesar de que Oliver —su hermano mayor— estaba enlistado en las Fuerzas Armadas y desplegado en una localidad desconocida de Oriente Medio, se mantenían optimistas. No era fácil tener un integrante de la familia en la milicia. Julianne echaba en falta ver a todos sus seres queridos reunidos, y esperaba con ansias los festivos para volar a Louisville, pero sabía que regresar a vivir a Kentucky no estaba dentro de sus opciones.

Si algo aprendió trabajando en la granja —aparte de ordeñar, limpiar establos, cosechar y dar mantenimiento a los envases en que comían los animales— era a no dejar de lado sus responsabilidades hasta que su cuerpo estuviera cansado, pero su espíritu satisfecho.

Aplicaba esos principios también para sobrevivir anímicamente en una ciudad como Nueva York, que no era solo abrupta y fantástica, sino muy solitaria a pesar del bullicio del entorno.

El salario de Julianne había sido muy bueno en Construcciones Porter, así que necesitaba encontrar una posición con una remuneración similar o superior. El gran problema era que todos los gastos debían ser cubiertos mes a mes.

Después de ducharse y darle de comer a Pirata, su gato negro con beige, escuchó la melodía de su móvil. Frenética, porque estaba esperando la llamada de Phoebe, su mejor amiga, desordenó todo hasta que dio con el aparato bajo uno de los cojines de su sofá gris. Con un resoplido agarró el teléfono.

—¡Salió negativo! —gritó Phoebe, eufórica a modo de saludo—. Jules —dijo llamándola con el apelativo que usaban todos sus amigos—, qué susto el que he pasado. Max estaba pálido en la videollamada cuando le dije que me haría la prueba. Tan solo le volvieron los colores al rostro cuando supo que no tendría que postergar toda su rutina para incluir un nuevo integrante de la familia.

—Ufff —exhaló Julianne cerrando los ojos—, no sé cómo resistes la tensión de esperar esos minutos hasta que la prueba de embarazo te dé el resultado. Y Max en Canadá nada menos, a punto de firmar el contrato de su vida, y tú le sales con estas noticias. De verdad, el hombre debe amarte. Siempre tienes alguna situación para ponerle contra las cuerdas.

Phoebe soltó una carcajada.

—Tenemos un bebé que adoramos, y la posibilidad de otro en la mitad de un cambio de casa sería una hecatombe. Quiero ser mamá de nuevo, pero no todavía. Esto me da un respiro y una bofetada al mismo tiempo para ir con más calma.

Julianne meneó la cabeza y se rió con suavidad. Su mejor amiga era chispeante, alegre, atrevida y carismática. El hecho de que era una diseñadora de interiores, con clientes que pagaban muchísima pasta para que ella personalizara la decoración de millonarias propiedades en Manhattan, que ostentaba sin pretensiones un

portafolio profesional muy vistoso siendo tan joven, pues era de aplaudirse.

—Envidio que tu vida sexual, con tres años de casada, siga siendo tan interesante como el primer año de novios. Creo que pocas tienen la suerte de experimentar eso llamado «amor a primera vista», así que ten un poco de compasión por el resto de los mortales, Phoebe —dijo bromeando—. Debo decir que me gusta la idea de ser madre algún día, pero de momento me conformo con tener sobrinos.

El sonido del llanto de un bebé en el fondo dejaba en firme que, si el pequeño Kiernan estaba ya despierto, su madre y la mejor amiga de esta no podrían cotillear. No era la primera vez, después de todo el nene tenía solo un año y medio.

A diferencia de Phoebe Nielsson, Julianne siempre supo que antes de tener hijos necesitaba consolidarse en algo que la apasionara. Y estar sin empleo no era precisamente su concepto de éxito profesional a sus veinticuatro años. ¿Qué clase de madre sería si vertía sus emociones de sueños frustrados en sus hijos? Conocía muchos casos de esos y los traumas que venían enlazados. Ella no pretendía sumar en esas estadísticas sociológicas.

—Te he presentado al menos dos amigos de Max, y siempre pones excusas después de la primera cita. No te culpo, me he equivocado con algunos, pero tampoco es que hubieran sido catastróficas elecciones, Jules.

Julianne soltó una exhalación y acomodó mejor el trasero sobre el sofá. El tiempo invertido en sus estudios apenas le dio la posibilidad de salir con chicos. Tenía muy claro que abrir su propia compañía de asesoría de negocios era una prioridad, y no lograría su cometido si se dedicaba a ir de fiesta en fiesta o de cama en cama. Sabía cómo divertirse, claro que sí, pero llevaba claro su objetivo.

Después del fiasco con su exnovio diez meses atrás, ella no tenía intención de involucrarse sentimentalmente con nadie. El muy cretino, después de serle infiel, tuvo el descaro de decirle que la culpable era ella. Julianne no tenía inclinación a dejar pasar las afrentas por estar o no enamorada; daba lo mismo que Blake le hubiera propuesto matrimonio tres meses antes de que ella lo pillara con el pene en la boca de la secretaria de la oficina en la que ejercía

como abogado criminalista. El amor no justificaba dejar pasar las mentiras. Además, para ella el respeto de una mujer empezaba por sí misma, y hacer la vista gorda con un hombre infiel era atentar contra ese principio.

Por otra parte, Julianne tenía el ejemplo del vínculo de sus padres: un matrimonio que llevaba cuarenta años de vigencia, con altos y bajos, pero jamás con infidelidades. Aquel referente dejaba el listón alto para sus relaciones sentimentales. Por eso, perdonar una traición tan grande como la de Blake no fue una opción. Merecía amor, y no iba a conformarse con menos. ¿Acostarse con alguien solo por placer? Lo había hecho una o dos ocasiones. De eso aprendió que el vacío que dejaban en su cama, y daba lo mismo si era o no buen sexo, no solo era físico.

—Bueno, quiero sexo, pero también algo más en el departamento emocional, Phoebe. Desesperada no estoy. Que si tengo urgencia está Thor.

Phoebe soltó una risotada, mientras agarraba a su bebé en brazos para acunarlo. La experiencia del parto fue dolorosa, aunque jamás podría arrepentirse cada que conectaba con la mirada pura de amor incondicional que le brindaba Kiernan.

—Tu vibrador nada menos, mira ¡qué pesar contigo, Jules! —dijo en tono bromista, y dándole palmaditas suaves en la espalda a su hijo—. Sé que Blake te hizo una jugarreta, pero es injusto tratar a todos los prospectos como potenciales infieles.

—Lo sé, Phoebe… A veces es inconsciente.

—Trabaja en ello, aceptando mis próximas ideas como Cupido.

—Ja-ja-ja. Paso.

Phoebe esbozó una sonrisa.

—En todo caso, Jules, no dudes que te presentaré otro candidato que esté buscando algo más que sexo de una noche. Lo prometo. Además de mi gran noticia sobre el no-embarazo —rio—, te tengo una información muy interesante.

—¡Cuéntame! —exclamó, feliz de dejar de lado el tema de parejas. Su amiga, a quien conocía desde que ambas salieron de Kentucky para forjarse una vida en Nueva York, podía llegar a ser muy persistente.

—Una clienta me ha dicho que necesita orientación para elaborar una guía de ruta con un nuevo negocio que tiene en mente. Me pidió recomendaciones, y de inmediato le di tu nombre. ¿Cómo estás de tiempo hoy?

—Tengo que hablar con mi casera, pero aparte de eso estoy libre.

—Debra Michaels, mi clienta, es la gerente de bebidas y alimentos en el Hotel Plaza. ¿Puedes reunirte con ella? Sé que no es tu idea de empleo el dar asesoría, sino que buscas manejar fondos pequeños de capitales, y sé que lo vas a lograr en algún momento, pero Jules, antes de que digas no, si Debra te contrata, pues esta sería una manera de salir del bache hasta que llegue algo mejor.

Julianne esbozó una sonrisa y se incorporó del sofá.

—Claro que estoy interesada, ya sabes que jamás rechazo las oportunidades.

—Sí, pero como sé cuán enfocada eres cuando buscas algo…

—Lo que no es equivalente a ser tonta. Los que necesitan no pueden hacerse de rogar. Y yo necesito un jodido empleo lo antes posible. ¿Te dejó saber tu clienta algún detalle sobre el negocio que tiene en mente?

—La idea de Debra es crear una línea de cosméticos ecológicos, algo pequeño y personal, pero necesita la orientación adecuada. No quiere dejar su trabajo en el Plaza, aunque sí explorar este proyecto que, según me contó, lo lleva en mente desde hace ya bastante tiempo. Es todo lo que alcanzó a decirme.

—La llamaré de inmediato. Gracias, Phoebe.

El bebé empezó a quedarse dormido en brazos de su madre, aunque esta sabía que el descanso le duraría poco. Pronto le tocaba el biberón.

—Te acabo de enviar la información de ella. —El sonido de mensaje recibido sonó en el móvil de Julianne—. Jules, déjame saber cómo va todo. ¿Vale?

—Seguro que sí, nos vemos la próxima semana para el cumpleaños sorpresa de Max. Ojalá todo salga bien en Canadá con él. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—Lo sé. —Ambas se rieron—. Ahora iré a preparar el biberón de tu ahijado.

Julianne llamó a Debra y acordaron reunirse esa tarde en el lobby del Hotel Plaza. Le quedaban un par de horas libres, así que iba a aprovecharlas para hablar con la dueña del edificio, Renée Winchester. La señora le extendió el plazo de pago de la renta cuando Julianne le comentó que estaba desempleada, y por eso quería compensar la generosidad.

Sabía que las personas que más dinero poseían eran menos propensas a ser flexibles en asuntos monetarios, y eso hacía que valorara más el gesto de Renée.

Se calzó unas botas altas de tacón que compró en rebajas, era así como conseguía gran parte de su guardarropa de diseñador, que eran Gianvito Rossi. Se recogió el cabello negro azabache en una coleta alta. Llevaba un jean oscuro ajustado, y una blusa con cuello alto que hacía juego con el tono de sus ojos azul cielo.

La chaqueta larga para el frío, así como la bufanda y los guantes, los dejó sobre el sofá antes de salir de su estudio. Apenas regresara del piso de Renée, sabía que la mujer disfrutaba de las largas charlas, estaría a tiempo para ir hacia su reunión en el Plaza. Le hizo mimos a su gato, y cuando este ronroneó varias veces, Julianne se quedó tranquila. Pirata era una mascota muy engreída y adorable.

Salió al pasillo y se dirigió hacia los elevadores.

—Me alegra que seas puntual, hoy tengo muchas actividades —dijo Renée con una sonrisa abriendo la puerta de madera oscura—. Pasa, por favor.

La muchacha asintió con suavidad. El tono de voz de la casera era gentil, aunque distante. Por lo general parecía mantener una barrera emocional, al menos así era durante las ocasiones en que se llevaban a cabo las reuniones de inquilinos una vez cada cinco meses, aunque con Julianne parecía más abierta en su conversación.

—Aprecio que me recibieras.

—No hay problema.

Con el cabello tinturado de gris platino, peinado con mimo con una sutil raya a un lado; ataviada una falda larga y una blusa de

seda, Renée era una mujer elegante. Aquella era la segunda ocasión que Julianne entraba en la casa de la mujer. La primera fue al firmar el contrato de arrendamiento.

El penthouse ofrecía una vista espectacular a la ciudad, y a pesar de que toda la infraestructura estaba hecha de materiales de primera categoría, no parecía ostentoso. El entorno tenía toques que creaban calidez e invitaba a sentirse en casa.

—Toma asiento, mientras Harriet trae el té —replicó Renée, haciéndole un gesto con la mano para que se acomodara en uno de los dos sofás grandes color café—. Ahora, sí, cuéntame en qué puedo ayudarte.

Julianne sonrió.

—Ya lo has hecho al aplazarme el pago del alquiler, pero me gustaría compensártelo de algún modo. Es ese el motivo por el que pedí verte.

Renée elevó ligeramente ambas cejas.

—Ese es un gesto muy noble de tu parte, aunque no hace falta que compenses nada. Alguna vez, durante algunos años, mi vida pendía de un salario mísero. No siempre he sido una persona adinerada. Cuando las cosas no van bien para alguien y puedo ayudar, como en este caso, lo hago sin esperar algo a cambio —dijo con amabilidad—. Dicho lo anterior, y ya que hemos quedado para esta pequeña reunión, sería una grosería de mi parte no escucharte.

Julianne asintió con una sonrisa.

Renée era una mujer con modales propios de personas con educación, y que al mismo tiempo eran educadas; ambas características no solían ir de la mano. También poseía la capacidad de ser un camaleón, pues jamás parecía fuera de sitio y daba igual la edad de sus interlocutores. Ella adaptaba con perfecta naturalidad su interacción a cualquier tipo de persona que estuviera a su lado.

Las personas que vivían en el edificio sabían que la dueña era viuda y tenía dos hijos que se preocupaban mucho por ella. No solo eso, sino que el nombre Winchester se reconocía como uno de los mayores donantes en campañas filantrópicas de misiones humanitarias en países de África.

—Gracias… —se aclaró la garganta—, tengo una maestría en negocios, Renée, y según me comentaste hace poco, has considerado lanzar una línea de ropa especial para mascotas y accesorios de cuidado especial para ellas. Yo puedo ayudarte a crear la estrategia de negocios, la ruta de aplicación con calendario y presupuestos estimados e incluso hacer el perfil de los inversionistas para este tipo específico de operación si acaso los llegases a requerir.

Renée esperó a que Harriet sirviera el té, y una vez que cada una tuvo su taza en mano, procedió a beber un pequeño sorbo. El sabor que prefería era Darjeelin.

—Es bastante refrescante saber que algunas personas prestan atención a las conversaciones breves —sonrió—, Julianne. Efectivamente, aun tengo esa idea en mente, porque me gustan muchos los animales, pero debido a mis alergias no puedo tenerlos conmigo. Me gustaría tener un inversionista o dos que no tengan que ser mis hijos —se rió bajito—, pero de ese asunto me encargo yo. Sin embargo, acepto tu ayuda para el plan de negocios e incluso hablaríamos de que seas tú quien lo administre cuando yo esté fuera de la ciudad por viajes o eventualidades. Mis ideas, por lo general, no se quedan en concepciones creativas; ahora que tengo la posibilidad procuro siempre concretarlas. Lo cierto es que has llegado en un momento idóneo, porque dentro de nueve días pensaba reunirme con alguien que ya ha hecho proyectos para mí y mi familia, pero quiero ver un punto de vista diferente y creo que el tuyo será más que bienvenido.

Julianne asintió complacida de poder ayudar.

—Suena estupendo —replicó dejando la taza sobre la mesita de centro. Enlazó las manos sobre el regazo—. Hoy tengo una entrevista de trabajo, y espero conseguir el empleo, así me permitirá estar al día con el alquiler de mi estudio.

—Te dije que no tengo prisa, y has sido una buena arrendataria, así que puedo esperar un par de meses.

Julianne meneó la cabeza. La posibilidad de acumular más la renta le parecía horrorosa, porque además de sus préstamos de la

universidad lo que menos deseaba era incrementar el valor que le adeudaba a Renée.

—La idea es no quedarte mal, ni continuar viviendo a base de ramen —dijo con una risa, aunque era precisamente ese su alimento base los últimos meses—. Mi oferta no tiene ningún costo, que lo sepas, Renée. Por Dios, imagínate qué descarada tendría que ser para decir que quiero ayudarte y luego pedirte una paga.

Renée, con la espalda siempre erguida en una postura regia, inclinó la cabeza un poco, mirando a su interlocutora.

—Julianne, no puedes obsequiar tu trabajo, porque las personas se mal habitúan y luego se te hará difícil decir no. Todo es costumbre, incluso aprender a darle valor a tu tiempo, ¿queda claro? Es un consejo no pedido de una mujer que lleva en el planeta más años que tú —dijo con suavidad.

—Pero…

—No, no, déjame terminar. —Julianne cerró la boca—. Acepto tu ayuda, porque entiendo que es un gesto que surge de tu generosidad, pero voy a pagarte lo mismo que le pagaría a cualquier profesional con tus credenciales. El tiempo es dinero, muchacha. Yo no estoy dejando de cobrarte la renta, tan solo he aplazado sin intereses el cobro; jamás entregues más de lo que recibes.

—Vaya… Llevas razón en lo que me dices, Renée. Quizá deba venir a charlar contigo más a menudo.

Renée se rió.

—Escucha, si no me gusta lo que haces, te lo diré; no seré indulgente. Como te he dicho, no quiero que retribuyas regalándome nada.

—No esperaría menos, claro que tendrás que decirme si no te gusta algo. Quiero que ese proyecto para mascotas, porque las adoro, sea un éxito. Y lo será.

—Me complace tu optimismo —replicó, mientras observaba con disimulo el reloj que estaba sobre la pared a su derecha—. Creo que eres una muchacha con mucho carácter, y haces lo que sea necesario para sobrevivir. Lo último que podría ofrecerte sería lástima, creo que no eres ese tipo de persona. Me recuerdas un poco

a mí cuando era joven. La vida me quitó mucho, pero me entregó a cambio unos hijos de los que estoy muy orgullosa.

A pesar de que Julianne solía toparse con la anciana de vez en cuando, las charlas que sostenían eran encantadoras, aunque breves. Esta era la primera ocasión que revelaba algo sobre su vida personal; por lo general era bastante críptica.

—¿Vienen a visitarte muy seguido? —preguntó con interés.

—Ya quisiera —se rió, meneando la cabeza—. Ese par tiene adicción al trabajo. Un mal que no logro arrancarles. Ahora que he envejecido encuentro la necesidad de decirles a mis hijos que el dinero soluciona muchos problemas; que la ambición lleva lejos; pero sin el soporte de una persona o una familia a tu alrededor, nada vale la pena. Tan solo mi hijo mayor, Nicholas, lo entendió y me ha dado dos preciosos nietos. El caso de Erick es más complicado.

—Seguro pronto encontrará a la persona que le haga cambiar de opinión —replicó llevándose una galleta a la boca. A pesar de que llevaban charlando veinte minutos, a ella le parecía que eran apenas dos.

—Pocos están dispuestos a luchar por el amor cuando lo encuentran. Los jóvenes de ahora tienen unas normas extrañas… —dijo con un tenue atisbo de nostalgia, evocando los recuerdos de su vida con Arnold, su difunto esposo con el que estuvo casada durante treinta y ocho años—. Imagino que soy demasiado vieja y obtusa para intentar entenderlos —terminó.

Julianne reparó en los dos portarretratos que descansaban en la mesita que estaba al lado izquierdo de su anfitriona. Una de las fotografías era en blanco y negro: Renée en el día de su boda. En la otra fotografía estaban dos niños pequeños, imaginaba que eran los dos hijos de su casera, porque se notaba bastante antigua.

—Nah, lo cierto es que a veces a mí me cuesta entender a mi propia generación —se rió—. Da igual el método que utilicemos para tratar de encontrar pareja; nadie escapa de las decepciones —dijo sin evitar la amargura en su voz recordando a su ex—. Nuestra cultura contemporánea del romance está enfocada en lo descartable.

Renée dejó su taza de té vacía sobre la mesita de centro, y se incorporó. Julianne la imitó. El tiempo de charla se había agotado.

—Me gustaría continuar esta conversación, pero pronto debo atender unas diligencias. Ven a verme cuando te sea posible, y coordinamos tu participación en mi nueva línea de negocios. ¿De acuerdo?

—Fantástico —replicó, mientras Renée caminaba con ella hacia la puerta principal—. Estoy segura de que lograremos algo bueno con tu proyecto.

—Buena suerte en tu entrevista de hoy.

—Voy a necesitarla —murmuró, mientras salía del penthouse, con la idea muy clara de que no iba a extender más meses la acumulación de su renta.

Daba igual que Renée le acabase de decir que estaba libre de intereses, y que podía esperarla. A veces la presión que Julianne ejercía sobre sí misma en relación con sus responsabilidades, en especial las financieras, era más fuerte que si tuviese al ejecutivo más atroz del Servicio de Rentas tras ella.

Bajó a su estudio, y durante las siguientes horas previas a la entrevista, organizó su habitación. Aquella era la forma de mitigar la ansiedad o el enojo. Aprovechó para imprimir su hoja de vida, pero tan solo lo hizo cuando sintió que sus nervios estaban apaciguados. A pesar de que ya había enviado su currículum a Debra, por email, Julianne creía que llevarlo en papel era una precaución ante una posible excusa usual: «no lo leí», «no alcancé a leerlo», «seguro está en la carpeta de spam».

No podía echar a perder esa entrevista y dejarle a la tecnología todo el trabajo. ¿Qué si se iba la conexión y su email no llegaba? ¿Qué si de pronto había un apagón en la ciudad? Okeeey… Estaba exagerando un poco, pero es que no solo estaba ante una tabla de salvación potencial, sino que se trataba de una recomendación de Phoebe.

Su mejor amiga, por más de que la quisiera y conociera desde sus primeros años en el Kinder en Louisville, jamás la recomendaría si no confiara plenamente en su capacidad profesional. Prefería cubrir todos los frentes, y eso incluía llevar una mini presentación

hipotética de todo lo que podría hacer para el proyecto de Debra si esta decidía contratarla.

Le dio un beso a Pirata, y este maulló antes de ir a esconderse bajo la frazada que Julianne le había comprado. La butaca solitaria de la esquina izquierda de la sala era el sitio preferido en el que ese consentido dormía.

La primera parada, antes de ir a la entrevista, era la gasolinera.

Su automóvil era un Toyota C-HR plateado relativamente nuevo. No necesitaba que fuese cuatro puertas. Tan solo era ella, Pirata cuando iba al veterinario, y sus compras. Procuraba usar el vehículo lo menos posible para evitar el gasto que implicaba ponerlo en circulación; en su vivienda el garaje estaba incluido dentro del alquiler; otro alivio presupuestario. Además de que parquear en Manhattan era una pesadilla y cual más prefería usar el transporte público.

Esta vez, Julianne iba a hacer una excepción e iría en automóvil. Primero porque hacía un frío de cojones y prefería estar calentita todo el tiempo; y segundo, porque Debra le aseguró que, si iba en coche, no tendría que pagar parqueo en el hotel, porque era una cortesía ya que iba a reunirse con ella.

A Julianne le costaba entender cómo el Gobernador de Nueva York de turno parecía perder la perspectiva. Gastaban el presupuesto en chorradas, cuando los neoyorkinos necesitaban a gritos un metro en buenas condiciones. Eso no implicaba solo que funcionara, sino que estuviera libre de hedores, y suciedad. Quizá en otra realidad, ella podría ser una eficiente política en su país.

El panorama esa tarde, aunque con aguanieve alrededor, pintaba estupendo.



Le quedaban pocas calles para llegar, y el teléfono empezó a sonar. Solía dejar el aparato en el asiento del copiloto por si alguna llamada de casa la pillaba; aunque no era una conductora imprudente, la

posibilidad de no estar disponible si sus padres tenían noticias de Oliver o si ellos necesitaban algo, la causaba un poco de ansiedad.

El semáforo estaba a punto de cambiar, así que Julianne miró con el rabillo del ojo la pantalla. El número era desconocido. Sabía que podían ser los de telemarketing, así que prefirió ignorarlo. En esas milésimas de segundo, en que enfocaba de nuevo su completa atención a la calle, la luz roja dio paso a la verde. Dudó varios segundos antes de ponerse en movimiento.

Un automóvil que estaba detrás de manera súbita impactó contra el de ella, y su Toyota pareció zigzaguear sobre la calle. Asustada maniobró como pudo para intentar guiar el vehículo, pero en medio de la inestable situación su pie, en lugar de presionar el freno, piso el acelerador de nuevo.

Con un balbuceo incoherente de miedo intentó cambiar su pie hacia el freno, activó el freno de mano, pero era demasiado tarde. El Toyota patinó e impactó contra otro vehículo con fuerza. «Quizá había sido muy apresurado creer que el universo estaba confabulado para darle solo buenas noticias durante ese día».

¿Quieres leer el resto de **PASIÓN IRREVERENTE?** Ya puedes comprar esta novela o leerla GRATIS con Kindle Unlimited.
Este libro pertenece a la Bilogía Sombras
Son 3 libros en total, y cada uno se lee de forma independiente.
Descubre más de la historia de Julianne & Ryder, aquí:
http://mybook.to/PasionIrreverente

QUÉDATE EN CONTACTO CON KRISTEL RALSTON

FACEBOOK
INSTAGRAM
Encuentra todos los libros de Kristel Ralston aquí:
AMAZON

Website
WWW.KRISTEL-RALSTON.COM

Únete al canal de WhatsApp:

EL REFUGIO DE KRISTEL RALSTON

https://whatsapp.com/channel/0029VbCaHaAHLHQb9XrqMV1F

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Disponible en las principales plataformas digitales. AppleBooks, Kobo, Scribd, Tolino, El Corte Inglés, La Casa del Libro, Fnac, etc.
Formato papel + audiolibro (Audible).
La mayor parte de las novelas están gratis con Kindle Unlimited vía Amazon.

Retazos del amanecer
Trazos de euforia
Detrás de la perfidia
El legado de las dunas.
Al filo de la medianoche.
Placeres furtivos.
Sinuosa tempestad.
Cautivos en la penumbra.
Veneno en tu piel.
Hermosas Cicatrices.
Pasión Irreverente (Bilogía Sombras 1)
Silencio Roto (Bilogía Sombras 1.5)
Pasión Sublime (Bilogía Sombras 2)
Los Mejores Planes
El placer del engaño
Seduciendo al destino
Bajo tus condiciones (Grupo Editorial Planeta)
Hermosas Cicatrices
Regresar a ti (HarperCollins Ibérica – HQÑ)
Lazos de cristal
Entre las arenas del tiempo (Maktub 1) (Papel con Nova Casa Editorial)
Estaba escrito en las estrellas (Maktub 2)
El llamado del desierto (Maktub 3)
Más allá del ocaso
Un capricho del destino

Desafiando al corazón
Un orgullo tonto
Brillo de luna
Oscura redención
Mientras no estabas
El precio del pasado
La venganza equivocada
Si hubiese un mañana
Un hombre de familia
Tentación al amanecer
La última princesa del desierto
El último riesgo (Match Point 1)
Un acuerdo inconveniente (Match Point 2)
Punto de quiere (Match Point 3)
Un desastre perfecto (HarperCollins Ibérica – HQÑ)
Votos de traición.
Antes de medianoche.
Cálido Invierno (Relato corto).

Puedes encontrar a la autora también en **Wattpad** con su usuario: @KREATEB

También tiene cuenta en **Inkspired:** @KristelRalston

SOBRE LA AUTORA



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasiona narrar historias en las que un héroe arrogante y obstinado hace todo lo posible para conquistar a la mujer que ama. ¿Enemigos y amantes? ¡Sí, ese es uno de sus temas favoritos a escribir, además de las venganzas entre los protagonistas! La autora disfruta recreando y creando escenarios en diferentes partes del mundo.

Kristel se graduó de periodista, pero optó por dar otro enfoque a su carrera y fue a Europa para estudiar un máster en relaciones públicas. En su estancia académica descubrió su pasión por la narrativa romántica y decidió escribir su primer libro.

En el 2014, Kristel renunció a su trabajo de oficina, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados 40 títulos y ese número promete continuar en ascenso. La autora no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que ha publicado también con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico HQÑ), y Nova Casa Editorial. Muchas de sus historias pueden encontrarse también en diferentes plataformas digitales de pago, así como en Audible.

Su novela “Lazos de Cristal”, fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y escritora de novela romántica entre los finalistas. Ella también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, con el libro “Bajo tus condiciones”, organizado por la Editorial Vestales de Argentina y el blog literario Escribe Romántica. La novela finalmente fue publicada por Grupo Planeta España y Ecuador, en formato papel y digital.

Kristel ha publicado varias novelas como Trazos de euforia, Detrás de la perfidia, El legado de las dunas, Sinuosa tempestad, Veneno en tu piel, Hermosas Cicatrices, Sueños Robados, Seduciendo al Destino, Pasión Irreverente, Pasión Sublime, Silencio Roto, Seduciendo al Destino, El Placer del Engaño, Los Mejores Planes, Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Un desastre perfecto, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Los libros de Kristel también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México y Monterrey.

Kristel ha sido jurado del Premio Literario Amazon Storyteller en español, ediciones 2020, 2021, 2022, 2023 y 2024. Ella es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. La autora se considera una ciudadana del mundo que disfruta viajando y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices. En 2025 fue reconocida con un doctorado *honoris causa* en Bellas Artes por la Universidad Anglo Hispano Mexicana.

Instagram: @KristelRalston
Grupo VIP de Facebook: Entre Páginas con Kristel
Email: kristelralstonwriter@gmail.com
Web: www.kristel-ralston.com
